

CLIVE CUSSLER

CON GRANT BLACKWOOD

EL ORO DE ESPARTA



Lectulandia

En el año 1800, mientras cruzaba los Alpes con sus tropas, Napoleón realizó un hallazgo asombroso: un tesoro persa perdido hacía siglos. Incapaz de transportarlo, dibujó en doce botellas de vino un enigmático mapa. Cuando Napoleón murió, lo hizo también su último secreto, pues la curiosa bodega se dispersó por el mundo. Sam y Reimi Fargo, dueños de la fundación Fargo, están rastreando tesoros en Maryland. Lo que hallan en el fondo de un pantano no es lo que esperaban: un pequeño submarino de la segunda guerra mundial. En su interior hay una extraña botella, quizá pertenezca a la mítica reserva personal de Napoleón. Fascinados por el descubrimiento, querrán buscar el resto de la colección. Pero Hadeon Bondaruk, un oscuro millonario mitad ruso mitad persa, también anda tras la pista de las botellas. Él sabe que son la antesala de una presa mayor, el legendario tesoro de Jerjes, el conquistador que desafió a Esparta en la batalla de las Termópilas. Está convencido de que el tesoro le pertenece a él por derecho de herencia y nada ni nadie debe interponerse en su camino.

Lectulandia

Clive Cussler con Grant Blackwood

El oro de Esparta

Las aventuras de Fargo 1

ePUB v1.1

Rayul 09.07.11

más libros en lectulandia.com

Queremos agradecerles a las siguientes personas el habernos ofrecido generosamente su experiencia:

Yvonne Rodoni Bergero, Stanford Society, Archaeological Institute of America; Martin Burke; Christie B. Cochrell, director de exposiciones, Stanford University Press; K. Kris Hirst, Archaeology Section, About.com.

Doctor Patrick Hunt, director del Stanford Alpine Archaeology Project 1994-2009 y National Geographic Society Hannibal Expedition 2007-2008, Stanford University; Tom Iliffe, profesor de biología marina, Texas A & M University; doctor D. P. Lyle; Katie McMahon, bibliotecaria, Newberry Library, Chicago; Connell Monette, profesor agregado, Al Akhawayn University en Ifrane, Marruecos; Eric Ross, profesor adjunto, Al Akhawayn University en Ifrane, Marruecos; Jo Stoop; Stephen Toms; Tim Vandergrift, periodista experto en enología y gerente de servicios técnicos, Winexpert Ltd.

En último lugar, pero en absoluto la última: Janet, por sus aportaciones y comentarios.

Prólogo

Paso del Gran San Bernardo, Alpes Peninos, mayo de 1800

Una ráfaga de viento levantó la nieve alrededor de las patas del caballo llamado Styrie, que resopló nervioso y se apartó del sendero antes de que el jinete chasquease la lengua varias veces para calmarlo. Napoleón Bonaparte, emperador de Francia, se levantó el cuello del abrigo y entrecerró los ojos para protegerse de la ventisca. Al este consiguió atisbar el aserrado perfil del Mont Blanc.

Se echó hacia delante en la montura y palmeó el cuello del animal.

—Has visto tiempos peores, viejo amigo.

Napoleón se había hecho con el semental árabe durante su campaña en Egipto dos años antes. Styrie era un soberbio corcel, pero el frío y la nieve no eran para su naturaleza. Nacido y criado en el desierto, Styrie estaba acostumbrado a pisar la arena, no el hielo.

Napoleón se volvió y le hizo un gesto a su ayuda de cámara, Constant, que estaba a tres metros de él, con una reata de mulas. Más atrás, extendiéndose a lo largo de kilómetros por el sinuoso sendero, se encontraban los cuarenta mil soldados del ejército de reserva de Napoleón, junto con sus caballos, mulas y carros de municiones.

Constant desató la mula guía y se acercó deprisa. Napoleón le entregó las riendas de Styrie, luego desmontó y estiró las piernas, con la nieve hasta las rodillas.

—Vamos a dejar que descanse —dijo Napoleón—. Creo que esa herradura le molesta de nuevo.

—Ya me ocuparé, general.

En Francia, Napoleón prefería el título de primer cónsul, pero en campaña usaba el de general. Respiró hondo, se acomodó con firmeza el bicornio azul y miró las moles de granito que se alzaban ante ellos.

—Un día precioso, ¿no es así, Constant?

—Si usted lo dice, general... —murmuró el ayuda de cámara.

Napoleón sonrió para sus adentros. Constant, que llevaba con él muchos años, era uno de los pocos subordinados a los que les permitía una pequeña dosis de sarcasmo. Después de todo, pensó, Constant era un hombre viejo; el frío le calaba hasta los huesos.

Napoleón Bonaparte era de mediana estatura, con un cuello fuerte y hombros anchos. Su nariz aquilina destacaba sobre una boca firme y una barbilla cuadrada, y sus ojos eran de un gris penetrante que parecía diseccionar todo lo que lo rodeaba, humano o no.

—¿Alguna noticia de Laurent? —le preguntó a Constant.

—No, general.

El general de división, Arnaud Laurent, uno de los comandantes de mayor confianza e íntimo amigo de Napoleón, había marchado el día anterior con un pelotón de soldados para explorar el paso. Por poco probable que fuese encontrar allí tropas enemigas, Napoleón había aprendido hacía tiempo a prepararse para lo imposible. Muchos grandes hombres se habían visto derrotados por exceso de confianza. En esa zona, sin embargo, los peores enemigos eran la climatología y el terreno.

A dos mil seiscientos metros de altura en los Alpes Peninos, el paso del Gran San Bernardo había sido durante siglos la encrucijada de caminos para los viajeros. Ubicado entre las fronteras de Suiza, Italia y Francia, había visto pasar a muchos ejércitos: los galos en el 390 a. C, en su camino para aplastar Roma; la famosa travesía de Aníbal con los elefantes en el 217 a. C; Cario Magno en el 800, que regresaba de su coronación en Roma como primer emperador del Sacro Imperio romano.

Una excelente compañía, se dijo Napoleón. Incluso uno de sus predecesores, Pepino el Breve, rey de Francia, en 753 había cruzado los Alpes Peninos en su camino para encontrarse con el papa Esteban II.

Pero allí donde otros reyes han fracasado en su grandeza yo no lo haré, se recordó Napoleón a sí mismo. Su imperio se expandiría sobrepasando los más increíbles sueños de aquellos que lo habían precedido. Nada se interpondría en su camino. Ni los ejércitos, ni la climatología, ni las montañas, ni, desde luego, unos presuntuosos austriacos.

Un año antes, mientras él y su ejército conquistaban Egipto, los austriacos habían tenido el atrevimiento de recuperar el territorio italiano anexionado a Francia de acuerdo con el Tratado de Campo Formio. Su victoria no duraría mucho. Nunca esperarían un ataque en esa época del año, ni se imaginarían que ejército alguno intentara cruzar los Peninos en invierno. Con toda razón.

Con sus imponentes paredes de roca y las sinuosas gargantas, los Peninos eran una pesadilla geográfica para los viajeros solitarios, por no hablar de un ejército de cuarenta mil hombres. Desde septiembre el paso estaba cubierto con diez metros de nieve y a temperaturas siempre bajo cero. Los ventisqueros, con una altura de más de diez metros, acechaban sobre ellos en cada recodo, amenazando con sepultarlos a ellos y a sus caballos. Incluso en el más soleado de los días, la niebla cubría el suelo hasta media tarde. Las tormentas de viento a menudo se levantaban sin previo aviso, convirtiendo un día apacible en una ululante pesadilla de nieve y hielo que les impedía ver más allá de un metro de sus pies. Lo más aterrador de todo eran las avalanchas, algunas veces de ochocientos metros de anchura, que se deslizaban por las laderas para sepultar a cualquiera que tuviese la desgracia de estar en su camino. Hasta ese momento Dios había considerado justo salvar a todos los hombres de

Napoleón, excepto a doscientos.

Se volvió hacia Constant.

—¿Y el informe de intendencia?

—Aquí esta, general. —El ayuda de cámara sacó un fajo de papeles de debajo del abrigo y se lo entregó a Napoleón, quien le echó un vistazo. Realmente, pensó, un ejército lucha según lo que tiene en el estómago. Hasta entonces, sus hombres habían consumido diecinueve mil ochocientas diecisiete botellas de vino, una tonelada de queso y novecientos kilos de carne.

Desde la avanzadilla, bajo el paso, llegó el grito de los jinetes:

—¡Laurent, Laurent!

—Por fin —murmuró Napoleón.

Un grupo de doce jinetes surgió de entre la ventisca. Eran soldados fuertes. Los mejores que tenían, lo mismo que su comandante. Ninguno cabalgaba encorvado, sino erectos, con las barbillas alzadas. El general de división, Laurent, se acercó al trote con su caballo para detenerse delante de Napoleón y le saludó antes de desmontar. Napoleón lo abrazó y apartó con un gesto a Constant, quien se apresuró a ofrecerle al general una botella de brandy. Laurent bebió un trago, luego otro, y después le devolvió la botella.

—Informa, viejo amigo —le pidió Napoleón.

—Recorrimos doce kilómetros, señor. Ningún rastro de tropas enemigas. El tiempo mejora en las cotas bajas, y también es menor la densidad de la capa de nieve. A partir de aquí es más fácil.

—Bien... muy bien.

—Un detalle importante —añadió Laurent, con una mano apoyada en el codo de Napoleón para apartarlo unos pocos pasos—. Encontramos algo, general.

—¿Quieres explicarme la naturaleza de ese algo?

—Sería mejor que lo viese en persona.

Napoleón escudriñó el rostro de Laurent.

Había en sus ojos un brillo de ansiedad apenas contenida. Conocía a Laurent desde que ambos tenían dieciséis años y eran tenientes en la escuela de artillería La Fère. Laurent no era dado a la exageración ni a la excitación. Lo que fuese que hubiera descubierto tenía que ser importante.

—¿A qué distancia? —preguntó Napoleón.

—A cuatro horas a caballo.

Napoleón observó el cielo. Era casi media tarde. Por encima de los picos vio unos amenazadores nubarrones. Se acercaba una tormenta.

—Muy bien —dijo, y palmeó el hombro de Laurent—. Saldremos con la primera luz.

Como era su costumbre, Napoleón durmió cinco horas, y se levantó a las seis, mucho antes del alba. Desayunó y, mientras tomaba un té muy cargado, leyó los despachos de la noche enviados por los comandantes de brigada. Laurent se presentó con su pelotón poco antes de las siete, y marcharon valle abajo por el sendero que el general y los exploradores habían recorrido el día anterior.

La tormenta de la noche había dejado poca nieve, pero el feroz viento había levantado nuevos ventisqueros, imponentes paredes blancas que formaban un cañón alrededor de Napoleón y sus jinetes. El aliento de los caballos se convertía en nubes de vaho, y con cada paso la nieve en polvo se levantaba en el aire. Napoleón soltó las riendas de Styrie, confiando en que el árabe seguiría el sendero, mientras él contemplaba, fascinado, los ventisqueros, aquellas paredes labradas en espirales por el viento.

—Un tanto siniestro, ¿no, general? —preguntó Laurent.

—Es impresionante —murmuró Napoleón—, nunca me había encontrado en medio de un silencio como este.

—Es hermoso —convino Laurent—, y peligroso.

Como un campo de batalla, pensó Napoleón. Exceptuando quizá cuando estaba en la cama con Josefina, donde se sentía más a gusto era en el campo de batalla. El retumbar de los cañones, el estampido seco del fuego de los mosquetes, el olor de la pólvora negra en el aire...; todo eso le encantaba. Solo es cuestión de días, se dijo. En cuanto salgamos de estas malditas montañas... Sonrió para sí mismo.

Más adelante, el jinete de vanguardia levantó el puño por encima de la cabeza, para indicar un alto. Napoleón observó cómo el hombre desmontaba y avanzaba por la nieve, que le llegaba a los muslos, con la cabeza echada hacia atrás y la mirada atenta a los ventisqueros. Desapareció detrás de un recodo del sendero.

—¿Qué busca? —preguntó Napoleón.

—El alba es uno de los momentos en que puede haber más avalanchas —contestó Laurent—. Durante la noche, el viento endurece la capa superficial de la nieve, mientras que debajo permanece en polvo, blanda. Cuando el sol golpea la superficie, comienza a derretirse. A menudo el único aviso que tenemos es el sonido, como si el propio Dios bramase desde las alturas.

Al cabo de unos pocos minutos, el jinete reapareció en el sendero. Le hizo a Laurent la señal de todo despejado, montó en su caballo y reanudó la marcha. Cabalgaron durante otras dos horas por el sinuoso curso del valle en su descenso hacia las estribaciones. Muy pronto entraron en un angosto cañón de granito gris salpicado de hielo. El soldado en cabeza señaló otra parada y desmontó. Laurent hizo lo mismo, seguido por Napoleón.

El emperador miró en derredor.

—¿Aquí?

El general de división sonrió con picardía. —Aquí, general. —Laurent desenganchó dos lámparas de aceite de la montura—. Si me sigue...

Comenzaron a bajar por el sendero, dejaron atrás a los seis caballos que los precedían; los jinetes estaban en posición de firme, en saludo a su general. Napoleón dirigió un gesto solemne a cada soldado hasta que llegó a la cabeza de la columna, donde él y Laurent se detuvieron. Pasaron unos minutos y, entonces, un soldado —el jinete que abría la marcha— apareció por detrás de un saliente de roca a su izquierda y se abrió paso por la nieve hacia ellos.

—General, quizá recuerde al sargento Pelletier —dijo Laurent.

—Por supuesto —respondió Napoleón—. Estoy a su disposición, Pelletier. Guíenos.

Pelletier saludó, cogió un rollo de cuerda de la montura, y luego se apartó del sendero para seguir a pie por un paso que acababa de abrir entre los ventisqueros y que le llegaban a la altura del pecho. Los guió ladera arriba hasta la base de una pared de granito, desde donde caminó paralelo a la piedra otros cuarenta metros hasta detenerse en un nicho en la roca que formaba un ángulo recto.

—Un lugar muy bonito, Laurent. ¿Qué estoy mirando? —preguntó Napoleón.

Laurent le hizo un gesto a Pelletier, que levantó su mosquete por encima de la cabeza y descargó un culatazo en la roca. En lugar de oír cómo se partía la madera en la piedra, Napoleón oyó cómo se rompía el hielo. El sargento golpeó cuatro veces más hasta que apareció una grieta vertical. Tenía unos sesenta centímetros de ancho y casi dos metros de altura.

Napoleón se asomó al interior, pero no vio más que oscuridad.

—Hasta donde podemos deducir —explicó Laurent—, en verano la entrada está tapada por los arbustos y la hiedra; en invierno, la oculta la nieve. Sospecho que hay alguna fuente de humedad en el interior, y eso explica la fina película de hielo. Es probable que se forme todas las noches.

—Interesante. ¿Quién la descubrió?

—Yo, general —respondió Pelletier—. Nos detuvimos para que descansaran los caballos, y yo necesitaba..., bueno, tuve la urgencia de...

—Lo comprendo, sargento. Por favor, continúe.

—Supongo que me adentré demasiado, general. Cuando acabé, me apoyé en la roca para ajustarme el cinturón y el hielo cedió detrás de mí. Me hundí un poco, y no le di mayor importancia hasta que vi... Creo que será mejor que lo vea usted mismo, general.

Napoleón se volvió hacia Laurent.

—¿Ha entrado?

—Sí, general. El sargento Pelletier y yo. Nadie más.

—Muy bien, Laurent, lo seguiré.

La entrada de la cueva se prolongaba otros seis metros, cada vez más estrecha a medida que avanzaban, hasta que tuvieron que caminar encorvados. De pronto, el túnel se abrió y Napoleón se encontró en una caverna. Laurent y Pelletier se apartaron para permitirle el paso, y luego alzaron las lámparas para alumbrar las paredes con la oscilante luz amarilla.

La caverna, de unos quince por veinte metros, con el suelo y las paredes blancas, era un palacio de hielo, que en algunos lugares tenía un grosor de un metro y en otros era tan delgado que Napoleón entreveía la débil sombra de la piedra gris. Las resplandecientes estalactitas llegaban muy abajo, hasta casi fundirse con las estalagmitas y formar unas esculturas en forma de reloj de arena. A diferencia de las paredes y el suelo, el hielo del techo era más burdo y reflejaba la luz de las lámparas como un cielo tachonado de estrellas. De algún lugar de las profundidades de la caverna llegaba el sonido del agua que goteaba; y de aún más lejos, el débil rugido del viento.

—Magnífico —murmuró Napoleón.

—Aquí está lo que Pelletier encontró apenas hubo pasado la entrada —dijo Laurent, y caminó hacia una de las paredes.

Napoleón se acercó donde Laurent iluminaba con la lámpara y vio un objeto en el suelo. Se trataba de un escudo.

Tenía la forma de un ocho de un metro cincuenta de alto y sesenta centímetros de ancho. Estaba hecho de mimbre y cubierto de cuero pintado con cuadros negros y rojos.

—Es antiguo —comentó Napoleón.

—Por lo menos tiene dos mil años de antigüedad —afirmó Laurent—. No recuerdo muy bien mis clases de historia, pero creo que se llama gerron. Lo utilizaba la infantería ligera persa.

—Cielo santo...

—Aún hay más, general. Por aquí.

Laurent lo condujo a través del bosque de estalactitas hasta el final de la caverna y a la entrada de otro túnel ovalado de un metro veinte de altura. Detrás de ellos, Pelletier se ocupaba de atar un extremo de la cuerda alrededor de la base de una columna, alumbrado por el resplandor de la lámpara.

—¿Vamos a bajar? —preguntó Napoleón—. ¿A las profundidades del infierno?

—Hoy no, general —respondió Laurent—. Lo atravesaremos.

Laurent acercó la lámpara a la boca del túnel. Un par de metros más allá había un puente de hielo, de unos sesenta centímetros de ancho, que cruzaba una grieta antes de desaparecer en otro túnel.

—¿Lo ha atravesado? —preguntó Napoleón.

—Es muy sólido. Hay roca debajo del hielo. De todos modos, siempre es preferible tomar precauciones.

Ató la cuerda primero alrededor de la cintura de Napoleón y luego en la suya. Pelletier le dio un último tirón al extremo anudado y le hizo una señal a Laurent.

—Cuidado por donde pisa, general —le advirtió Laurent, y entró en el túnel. Napoleón esperó unos momentos y lo siguió.

Comenzaron a cruzar la grieta. A medio camino, Bonaparte miró por encima del borde. No vio nada más que oscuridad, y las paredes de hielo translúcido que se perdían en el abismo.

Por fin alcanzaron el lado opuesto. Caminaron por el siguiente túnel, que zigzagueaba a lo largo de seis metros, y llegaron a otra caverna de hielo, más pequeña que la primera pero con un techo abovedado y más alto. Con la lámpara levantada, Laurent fue hasta el centro de la caverna y se detuvo junto a lo que parecían dos estalagmitas. Cada una medía cuatro metros de altura, y estaban truncadas en la parte superior.

Napoleón se acercó a una. Sin embargo, antes de llegar se detuvo. Entrecerró los ojos. Comprendió que no era una estalagmita, sino una columna de hielo sólido. Apoyó la palma en ella y acercó la cara. Desde dentro, parecía mirarlo fijamente una mujer de rostro dorado.

1

Pantano de Great Pocomoke, Maryland, hoy en día

Sam Fargo se levantó para mirar a su esposa, que estaba metida hasta la cintura en el líquido fango negro. Su peto de pescador amarillo reluciente resaltaba el brillo de su pelo cobrizo. Ella intuyó la mirada, se volvió hacia su marido, frunció los labios y apartó de un soplo un mechón de cabello que le caía sobre la mejilla.

—¿Se puede saber a quién le sonríes, Fargo? —preguntó.

Cuando se había puesto el peto, Sam había cometido el error de comentar que se parecía al Capitán Pescanova; en respuesta, ella lo fulminó con la mirada. Él se había apresurado a añadir «sexy» a la descripción, pero sin ningún resultado.

—A ti —respondió—. Estás preciosa, Longstreet. —Cuando Remi se enfadaba con él lo llamaba por su apellido. En esos casos, Sam siempre respondía utilizando su apellido de soltera.

Remi levantó los brazos, bañados en barro hasta los codos, y le dedicó una sonrisa mal disimulada.

—Estás loco —dijo—. Tengo la cara acribillada de picaduras de los mosquitos, y el pelo hecho un asco. —Se rascó la barbilla y le quedó un pegote de barro.

—Solo aumenta tu encanto.

—Mentiroso.

A pesar de la expresión de desagrado en su rostro, Sam sabía que Remi era una trabajadora sin par. Una vez que elegía una meta, no había nada que pudiese desviarla de ella.

—Bien —añadió—, debo admitir que tú también tienes muy buen aspecto.

Sam se tocó el ala del viejo sombrero panamá, y luego volvió a su trabajo: desenterrar del barro un trozo de madera sumergida que, confiaba, fuese parte de un cofre.

Durante los últimos tres días habían estado chapoteando por el pantano en busca de un indicio que les demostrase que no estaban empeñados en una quimera. A ninguno de los dos les importaba si una buena búsqueda acababa siendo un fracaso —en el caso de descubrir tesoros era algo lógico—, pero siempre era mejor encontrar un botín al final.

En esa ocasión la búsqueda se fundamentaba en una oscura leyenda. Si bien se decía que en las bahías de Chesapeake y Delaware había unos cuatro mil pecios, el premio que buscaban Sam y Remi estaba en tierra. Un mes antes, Ted Frobisher, otro buscador de tesoros que se había retirado no hacía mucho para dedicarse a su tienda de antigüedades en Princess Anne, les había enviado un broche que tenía un origen misterioso.

Al parecer, ese broche —de oro y jade, en forma de pera— había pertenecido a una mujer del lugar llamada Henrietta Bronson, una de las primeras víctimas de la famosa forajida Martha Cannon, apodada Patty, también conocida como Lucrecia.

Según la leyenda, Martha Cannon era una mujer despiadada que en la década de 1820 no solo recorría los bosques de la frontera entre Delaware y Maryland con su banda para robar y asesinar a ricos y pobres, sino que también tenía una posada en lo que entonces era Johnson's Corners, Reliance en la actualidad.

Patty atraía a los clientes a su establecimiento, donde les daba de comer y los alojaba antes de asesinarlos en mitad de la noche. Arrastraba los cadáveres al sótano, les quitaba cualquier cosa de valor y los apilaba en un rincón como si fuesen leña, hasta tener suficientes para llenar una carreta. Después los llevaba a un bosque cercano y los enterraba en una fosa común. Por horroroso que pareciese, Cannon aún cometería, más tarde, lo que sería tildado como el más siniestro de sus crímenes.

Cannon había montado lo que muchos historiadores locales habían denominado un underground train o ferrocarril subterráneo, como el del siglo XIX, porque secuestraba a los esclavos del Sur que habían obtenido la libertad y los retenía, amordazados y maniatados, en una de las muchas habitaciones secretas de la posada, convertida en una improvisada mazmorra, antes de llevárselos, en la oscuridad de la noche, a Cannon's Ferry, donde eran vendidos y cargados en barcos que bajaban por el río Nanticoke con destino a los mercados de esclavos de Georgia.

En 1829, un labrador que araba un campo en una de las granjas de Cannon había descubierto restos humanos. Cannon fue de inmediato acusada de cuatro cargos de asesinato, declarada culpable y condenada a prisión. Cuatro años más tarde murió en su celda a consecuencia de lo que muchos dijeron que fue un suicidio con arsénico.

En los años siguientes, los crímenes de Cannon y su muerte se convirtieron en un mito: unos afirmaban que Patty había escapado de la cárcel y había continuado con los asesinatos y los robos hasta que cumplió los noventa años; otros, en cambio, aseguraban que su fantasma recorría la península de Delmarva para aterrorizar a los inocentes viajeros. Lo que poca gente ponía en duda era que el botín de Cannon —del que, al parecer, solo había gastado una pequeña parte— nunca había sido recuperado. Las estimaciones del valor actual del botín rondaban entre los 100.000 y 400.000 dólares.

Sam y Remi conocían, por supuesto, la leyenda del tesoro de Patty Cannon, pero a falta de pruebas sólidas, la habían registrado en el archivo de «algún día». Con la aparición del broche de Henrietta Bronson y una fecha exacta con la que comenzar la búsqueda, decidieron desentrañar el misterio.

Después de un detallado estudio de la topografía histórica de Pocomoke y de hacer un mapa con los presuntos escondites de Cannon, comparándolo con el lugar donde habían encontrado el broche, habían reducido la cuadrícula de búsqueda a una

zona de cuatro kilómetros cuadrados, la mayor parte de la cual estaba dentro del pantano, un laberinto de cipreses cubiertos de musgo y ciénagas llenas de matorrales. Según sus investigaciones, en esa zona, que en la década de 1820 había sido terreno seco, había estado uno de los escondites de Patty: una choza en ruinas.

Su interés en el botín no tenía nada que ver con el dinero; al menos no para su propio beneficio. Al oír por primera vez la historia, Sam y Remi habían acordado que si tenían la suerte de encontrar el tesoro, la mayor parte del mismo iría al National Underground Railroad Freedom Center en Cincinnati, Ohio, una ironía que estaban seguros enfurecería a Cannon de haber estado viva. O, si tenían suerte, enfurecería a su fantasma.

—¿Remi, cómo era aquel poema... aquel que hablaba de Cannon? —preguntó Sam. Remi tenía una memoria casi fotográfica para los detalles, tanto ocultos como evidentes.

Ella pensó un momento, y después recitó:

*Cierra la boca,
duérmete ya.
La vieja Patty Ridenour te llevará muy lejos.
Tiene una banda de siete
que se lleva a esclavos y libres
cabalgando día y noche
en su caballo negro azabache.*

—Ese es —dijo Sam.

A su alrededor, las raíces de los cipreses asomaban del agua como las garras incorpóreas de algún gigantesco dinosaurio alado. La semana anterior, una tormenta había atravesado la península y dejado atrás montañas de ramas como diques de castores construidos a toda prisa. En lo alto se oía una sinfonía de graznidos y alas que batían. De vez en cuando, Sam, un observador de pájaros aficionado, distinguía un canto en particular y le decía el nombre del ave a Remi, quien respondía con una sonrisa y añadía: «Es muy bonito».

Sam consideraba que lo ayudaba a distinguirlos el saber tocar el piano de oído, un don que había heredado de su madre. Por su parte, Remi tocaba el violín bastante bien, y le servía durante sus frecuentes duetos improvisados.

A pesar de sus estudios de ingeniería, Sam era el pensador intuitivo, mientras que Remi, antropóloga e historiadora formada en el Boston College, estaba sólidamente asentada en el pensamiento lógico. Si bien esta dicotomía los hacía una pareja afectuosa y bien equilibrada, también daba pie a enérgicos debates, que iban desde quién había comenzado la Reforma inglesa hasta qué actor encarnaba mejor a James

Bond o quién era el mejor intérprete de Las cuatro estaciones de Vivaldi. La mayoría de las veces estos debates acababan en risas y en un continuado pero amistoso desacuerdo.

Doblado desde la cintura, Sam buscó al tacto debajo del agua. Deslizó los dedos a lo largo de la madera hasta que tocó algo metálico... Era un trozo de metal en forma de U y con un cuerpo cuadrado.

Un candado, pensó, y por su mente pasó la visión de un cofre cubierto de lapas.

—Tengo algo —anunció.

Remi se volvió hacia él con los brazos cubiertos de fango y pegados al cuerpo.

—¡Aquí está! —Sam lo sacó del agua. A medida que el barro chorreaba del objeto y caía de nuevo al pantano, vio el brillo del óxido y del metal plateado, y después unas letras en relieve: M-A-S-T-E-R-L-O-C-K.

—¿Y bien? —preguntó Remi en un tono cargado de escepticismo. Estaba habituada al, en ocasiones, prematuro entusiasmo de Sam.

—Acabo de encontrar, querida, un antiguo candado marca Masterlock, diría que de los años setenta, más o menos —respondió. Sacó del agua el trozo de madera al que había estado enganchado—. Junto con lo que parece el poste de una verja. —Lo dejó caer de nuevo en el agua y después se enderezó con un gemido.

Remi le sonrió.

—Mi intrépido buscador de tesoros... Bueno, es más de lo que yo he encontrado.

Sam consultó su reloj, un Timex Expedition que solo utilizaba en las expediciones.

—Las seis de la tarde. ¿Damos por acabada la jornada?

Remi se pasó la palma de la mano por el antebrazo opuesto para quitarse el barro, y le dedicó una amplia sonrisa.

—Creí que nunca lo dirías.

Recogieron las mochilas y caminaron los ochocientos metros que los separaban de su lancha, amarrada al tronco de un ciprés. Sam soltó la amarra y empujó la embarcación hasta aguas más profundas, chapoteando hasta la cintura, mientras Remi tiraba de la cuerda de arranque del motor. El fueraborda se puso en marcha y Sam subió a bordo.

Remi apuntó la proa hacia el canal y aceleró. La ciudad más cercana y su base de operaciones era Snow Hill, a cinco kilómetros corriente arriba del río Pocomoke. El hotel que habían escogido tenía una bodega de vinos muy buena y servía una sopa de cangrejo que había hecho que Remi gozara al máximo con la cena de la noche anterior.

Navegaron en silencio, adormecidos por el suave ronroneo del motor y la vista posada en la vegetación. De pronto Sam se volvió en su asiento para mirar a la

derecha.

—Remi, disminuye la velocidad.

Ella desaceleró.

—¿Qué pasa?

Sam cogió los prismáticos de la mochila y se los llevó a los ojos. A una distancia de unos cuarenta y cinco metros de la orilla había un claro en el follaje; otra cala escondida de las docenas que ya habían visto. La entrada estaba tapada en parte por las ramas amontonadas por la tormenta.

—¿Qué has visto? —preguntó ella.

—Algo... No lo sé —murmuró Sam—. Me ha parecido ver una línea en el follaje..., una curva o algo así. No parecía natural. ¿Puedes llevarme hasta allí?

Remi movió el timón y condujo la lancha hacia la boca de la cala.

—Sam, ¿estás alucinando? ¿Has bebido bastante agua? Él asintió con la atención puesta en la cala. —Más que suficiente.

Con un suave golpe, la proa de la lancha topó contra el montón de ramas. La cala era más amplia de lo que parecía, casi quince metros de ancho. Sam ató el cabo a una de las ramas más grandes, y luego deslizó las piernas por encima de la borda y se dejó caer al agua.

—¿Qué estás haciendo, Sam?

—Ahora mismo vuelvo. Quédate aquí.

—Ni lo sueñes.

Antes de que ella pudiese decir una palabra más, Sam respiró hondo, se sumergió en el agua y desapareció. Veinte segundos más tarde, Remi oyó un chapoteo al otro lado de las ramas, seguido por el ruido de Sam al respirar.

—Sam, ¿estás...? —llamó ella.

—Estoy bien. Vuelvo en un minuto.

El minuto se convirtió en dos y después en tres. Por fin, Sam preguntó a través del follaje:

—Por favor, Remi, ¿podrías reunirte conmigo?

Ella notó el tono pícaro en su voz, y pensó: Ay, chico. Le encantaban los impulsos aventureros de su marido, pero ya había comenzado a imaginar las delicias de una buena ducha caliente.

—¿Qué pasa?

—Necesito que vengas aquí.

—Sam, ya estoy casi seca. ¿No podrías...?

—No, querrás ver esto. Confía en mí.

Remi exhaló un suspiro y luego se dejó caer al agua por encima de la borda. Diez segundos más tarde estaba junto a su marido. Los árboles a cada lado de la cala formaban una especie de dosel sobre el agua que los encerraba en un túnel verde.

Aquí y allá el sol alumbraba la superficie cubierta de algas.

—Hola, es muy amable de tu parte haber venido —dijo Sam con una sonrisa, y le dio un beso en la mejilla a Remi.

—Vale, listillo, que estamos...

Él golpeó con los nudillos el tronco que sujetaba con un brazo, pero en lugar de oírse un ruido sordo, Remi oyó un repique metálico.

—¿Qué es?

—Aún no estoy seguro. Es parte de algo, aunque no podré saber qué parte es hasta que baje y entre. —¿Parte de qué? ¿Entrar dónde? —Aquí, ven.

Sam la cogió de la mano y se adentró en la cala para pasar por un recodo, donde el ancho del agua se reducía a seis metros. Se detuvo y señaló un ciprés cubierto de hiedra cerca de la orilla.

—Ahí... ¿Lo ves?

Remi entornó los ojos, y ladeó la cabeza a la izquierda y después a la derecha.

—No. ¿Qué debo ver?

—Aquella rama que sale del agua, aquella que acaba en forma de T.

—Vale, la veo.

—Mira mejor. Entorna los ojos. Te ayudará.

Ella lo hizo, y entrecerró los ojos hasta que poco a poco lo que veía se registró en su cerebro. Soltó una exclamación.

—Dios bendito, es un... No puede ser.

Sam asintió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí. Lo es. Aquello, querida, es el periscopio de un submarino.

Sebastopol, Ucrania

Hadeon Bondaruk estaba frente a los ventanales de su despacho y contemplaba el mar Negro. El despacho era oscuro, alumbrado solo por las lámparas atenuadas que proyectaban suaves charcos de luz en las esquinas de la habitación. La noche había caído sobre la península de Crimea, pero por el oeste, en las costas de Rumania y de Bulgaria, iluminadas por detrás por los últimos rayos del sol poniente, se divisaba una línea de nubes de tormenta que se movía hacia el norte por encima del agua. Cada pocos segundos se veía un destello en el interior de las nubes, y los relámpagos formaban filigranas de luz a través del horizonte. Llegaría allí en menos de una hora, y Dios ayudase a aquellos idiotas que se viesan sorprendidos en medio de una tormenta en el mar Negro.

O que Dios no los ayude, pensó Bondaruk. No tenía importancia. Las tormentas, las enfermedades y, sí, también la guerra eran la manera que tenía la naturaleza de reducir los rebaños. Tenía poca paciencia con las personas que carecían de la sensatez o la fuerza para protegerse a sí mismas de la violencia de la vida. Era una lección que había aprendido de niño y que nunca había olvidado.

Bondaruk había nacido en 1960 en un pueblo al sur de Ashgabat, en Turkmenistán, en lo alto de las montañas Koper Dag. Su madre y su padre, y los padres de estos, habían sido agricultores y pastores que vivían en esa indefinida zona geográfica situada entre Irán y lo que entonces era la Unión Soviética, y como todos los nativos del Kopet Dag habían sido personas duras, que vivían de sus propios recursos y eran tremendamente independientes, sin reconocer a ninguno de los dos países como propios. Sin embargo, la Guerra Fría tenía otros planes para Bondaruk y su familia.

Con la Revolución iraní de 1979 y la caída del sha, la Unión Soviética había comenzado a enviar más tropas a la frontera norte de Irán, y Bondaruk, que entonces tenía diecinueve años, vio cómo la independencia de su pueblo les era arrebatada a medida que las bases del Ejército Rojo y las baterías de misiles antiaéreos comenzaban a aparecer en su, en otro tiempo, tranquilo hogar de montaña.

Las tropas soviéticas habían tratado a los pobladores de Kopec Dag como si fuesen salvajes: iban de pueblo en pueblo como una plaga para apropiarse de la comida y de las mujeres, mataban el ganado para divertirse, y detenían a «elementos revolucionarios iraníes» y los ejecutaban sumariamente. No tenía ninguna importancia que Bondaruk y su gente supiesen muy poco del mundo exterior y de la política mundial. El hecho de ser musulmanes y la proximidad con Irán los convertía en sospechosos.

Un año más tarde, un par de tanques habían aparecido en las afueras del pueblo, junto con dos compañías del ejército ruso. Un pelotón había sido emboscado en una zona cercana la noche anterior, les comunicó el comandante a Bondaruk y a los aldeanos. Ocho hombres a quienes habían degollado y robado sus prendas, armas y pertenencias personales. Los ancianos del pueblo tenían cinco minutos para entregar a los culpables si no querían que toda la comunidad fuese considerada responsable.

Bondaruk había oído historias de los guerrilleros turcomanos que luchaban en el campo ayudados por comandos iraníes, pero hasta donde él sabía, ninguno de los aldeanos estaba involucrado. Al no poder entregar a los culpables, el jefe del pueblo había suplicado misericordia al comandante soviético y, por ello, había sido ejecutado. Durante la hora siguiente, los tanques dispararon contra la aldea hasta reducirla a un montón de ruinas humeantes. En la conmoción, Bondaruk se vio separado de su familia, y él y un puñado de chicos y de hombres se retiraron a las alturas, lo bastante lejos para estar a salvo de los soldados, pero lo bastante cerca para ver durante la noche cómo arrasaban sus casas. Al día siguiente volvieron al poblado y comenzaron a buscar supervivientes. Encontraron más muertos que vivos, incluidos los familiares de Bondaruk, quienes habían buscado refugio en la mezquita y habían muerto sepultados cuando esta se derrumbó. Algo cambió en su interior, como si Dios hubiese echado un oscuro telón sobre su vida anterior. Bondaruk reunió a los aldeanos más fuertes y mejor dispuestos, hombres y mujeres por igual, y se los llevó a la montaña como guerrilleros.

En seis meses, Bondaruk no solo había alcanzado una posición de liderazgo entre sus combatientes, sino que también se había convertido en una leyenda para los compatriotas. Los guerrilleros de Bondaruk atacaban por la noche, tendían emboscadas a las patrullas y los convoyes soviéticos, para después desaparecer en el Kopet Dag como fantasmas. Al cabo de un año de la destrucción de su pueblo, habían puesto precio a la cabeza de Bondaruk. Había llamado la atención de los jefes en Moscú, que ahora se veían involucrados no solo en una creciente tensión con Irán y en una guerra a gran escala en Afganistán, sino también en una guerra de guerrillas en Turkmenistán.

Poco después de cumplir los veintiún años, Bondaruk recibió el aviso de que los agentes de inteligencia iraníes hacían correr la voz de que sus guerrilleros tenían un aliado en Teherán, si estaba dispuesto a sentarse y escuchar, cosa que hizo en un pequeño café cerca de Ashgabat.

El hombre con el que Bondaruk se encontró resultó ser un coronel de la organización paramilitar iraní conocida como Pasdaran, o Guardia de la Revolución. El coronel les ofreció, a Bondaruk y sus combatientes, armas, municiones, entrenamiento y suministros esenciales para su guerra contra los soviéticos. Desconfiado, Bondaruk había buscado alguna trampa en el trato: la condición que

simplemente cambiaría la bota que les aplastaba el cuello, de los soviéticos a los iraníes. Le aseguraron que no existía tal condición. Tenían los mismos antepasados, la misma fe y la misma causa. ¿Qué más vínculos necesitaban? Bondaruk aceptó la oferta, y, durante los siguientes cinco años, él y sus guerrilleros, con la guía del coronel iraní, poco a poco fueron derrotando a los ocupantes soviéticos.

Aquello fue de lo más satisfactorio para Bondaruk, pero su relación con el coronel fue lo que le reportó más beneficios. Resultó que el coronel había sido profesor de historia persa antes de ser llamado para servir a la revolución. El Imperio persa, le explicó, se remontaba a casi tres mil años atrás, y en su momento de apogeo había abarcado las cuencas del mar Caspio y el Negro, Grecia, el norte de África y gran parte de Oriente Medio. De hecho, le dijo a Bondaruk, Jerjes I el Grande, que había invadido Grecia y derrotado a los espartanos en la batalla de las Termopilas, había nacido en las mismas montañas que Bondaruk llamaba su hogar y se decía que había engendrado a docenas de hijos en el Kopec Dag. Ese fue un pensamiento que nunca se apartó de la mente de Bondaruk mientras él y sus guerrilleros continuaban hostigando a los soviéticos hasta que por fin, en 1990, más de una década después de haber invadido el Kopec Dag, el Ejército Rojo se retiró de la frontera. Poco más tarde, se produjo el derrumbe de la Unión Soviética.

Acabada la lucha y en absoluto dispuesto a ser de nuevo un pastor vulgar, Bondaruk, ayudado por su amigo el coronel iraní, se trasladó a Sebastopol, que, tras la caída del imperio soviético, se había convertido en el Salvaje Oeste de la cuenca del mar Negro. Una vez allí, su capacidad de liderazgo y su falta de escrúpulos en el uso de la brutalidad y la violencia le aseguró primero un lugar en el mercado negro ucraniano y luego en la llamada Mafia Roja. Cuando cumplió los treinta y cinco, Hadeon Bondaruk controlaba casi todas las organizaciones criminales de Ucrania y era multimillonario.

Con la posición, el poder y la riqueza asegurados, Bondaruk centró su atención en una idea que le rondaba la cabeza desde hacía muchos años: ¿de verdad Jerjes el Grande había nacido y se había criado en las montañas Kopec Dag, en su tierra natal? ¿Jerjes y él, como niños separados por siglos, habían caminado por los mismos senderos y disfrutado de las mismas vistas de las montañas? Él mismo, Bondaruk, podía considerar descendiente de la realeza persa?

La respuesta no había llegado fácilmente. Había tardado cinco años, gastado millones de dólares y contratado a un equipo de historiadores, arqueólogos y genealogistas, pero, cuando cumplió los cuarenta, Hadeon Bondaruk estaba seguro. Era un descendiente directo de Jerjes I, gobernante del Imperio persa.

A partir de ahí, la curiosidad de Bondaruk creció hasta convertirse en una obsesión por todo lo persa; utilizó el poder que le otorgaba su riqueza e influencia para reunir una colección de objetos, que iban desde la copa utilizada en la boda de

Ciajares hasta un altar de piedra de los ritos zoroastrianos durante la dinastía sasánida y un gerron con gemas llevado por el propio Jerjes en las Termopilas.

Su colección estaba casi completa salvo, se dijo a sí mismo, por un gran detalle. Su museo particular, ubicado en los sótanos de su mansión, era una maravilla que no compartía con nadie, en parte porque nadie era digno de su gloria, pero sobre todo porque aún estaba incompleto.

Por ahora, pensó. Pronto dejaría de estarlo.

En aquel momento se abrió la puerta del despacho y entró su ayuda de cámara.

—Perdón, señor. Bondaruk se volvió.

—¿Qué pasa?

—Tiene una llamada. El señor Arjipov.

—Pásamela.

El ayuda de cámara salió y cerró la puerta con suavidad. Unos momentos más tarde sonó el teléfono en la mesa de Bondaruk. Lo atendió.

—Dime que me llamas para darme buenas noticias, Grigori.

—Así es, señor. Según mis fuentes, el hombre tiene una tienda de antigüedades en la zona. La página web donde colgó la foto es un foro muy conocido para los anticuarios y los buscadores de tesoros.

—¿Alguien ha mostrado algún interés en el fragmento?

—Alguien, pero nada serio. Hasta el momento, todos opinan que no es más que el trozo de una botella.

—Bien. ¿Dónde estás?

—En Nueva York, a la espera de subir al avión.

Bondaruk sonrió al escuchar la respuesta.

—Siempre tomando la iniciativa. Me gusta.

—Para eso me paga —respondió el ruso.

—Si consigues hacerte con este fragmento, habrá un premio para ti. ¿Cómo piensas abordar a ese hombre, al anticuario?

El ruso pareció reflexionar, y Bondaruk casi vio la sonrisa cruel en los labios de Arjipov.

—Creo que el trato directo es siempre el mejor.

Arjipov conocía bien los resultados que se obtenían con el trato directo, pensó Bondaruk. El veterano Spetsnaz era inteligente, despiadado e implacable. En los doce años que llevaba al servicio de Bondaruk, nunca había fracasado en una misión, por sucia que fuese.

—Tienes razón —respondió Bondaruk—. Entonces lo dejo en tus manos. Solo ten la precaución de ser discreto.

—Siempre lo soy.

Y era verdad. Muchos, muchos de los enemigos de Bondaruk habían

desaparecido sin más de la faz de la tierra, o al menos eso habían podido determinar las autoridades.

—Lámame tan pronto como tengas noticias.

—Lo haré.

Bondaruk estaba a punto de colgar cuando se le ocurrió otra pregunta.

—Solo por curiosidad, Grigori, ¿dónde está la tienda de ese hombre? ¿En algún lugar cercano al que creíamos?

—Muy cerca. En una pequeña ciudad llamada Princess Anne.

Snow HUI, Maryland

Sam Fargo estaba al pie de la escalera, apoyado en la barandilla, con las piernas cruzadas en los tobillos y los brazos cruzados sobre el pecho. Remi, como de costumbre, se demoraba, tras haber decidido en el último momento que su vestido negro de Donna Karan resultaría excesivo para ir al restaurante y volver a la habitación para cambiarse. Sam miró su reloj de nuevo; no le preocupaba tanto la reserva como tener el estómago vacío, que llevaba protestando sonoramente desde que habían vuelto al hotel.

El vestíbulo era pintoresco al máximo, de un estilo tradicional norteamericano y decorado con paisajes a la acuarela realizados por artistas locales. En la chimenea ardía un buen fuego, y por los altavoces ocultos les llegaban los suaves sonidos de música folclórica celta.

Sam oyó crujir los peldaños y miró hacia lo alto a tiempo para ver a Remi bajando los escalones; iba vestida con unos pantalones Ralph Lauren color crema, un jersey de cuello cisne de cachemir y un chal rosa sobre los hombros. Llevaba el pelo recogido en una coleta, y algunas puntas cobrizas rozaban su delicado cuello.

—Lo siento... ¿Llegamos tarde? —preguntó mientras aceptaba el brazo que su marido le ofreció cuando llegó abajo.

Sam la miró en silencio unos segundos y luego carraspeó.

—El tiempo se detiene cuando te miro.

—Oh, cállate.

El apretón en el bíceps de Sam desmintió las palabras de Remi, y él supo que, ridícula o no la frase, el halago le había gustado.

—¿Vamos andando o en coche? —preguntó ella.

—Andando. Hace una noche preciosa.

—Además evitarás el riesgo de que te pongan otra multa.

En el camino a la ciudad, Sam había acelerado mucho el BMW de alquiler, lo suficiente para irritar al sheriff, que intentaba comerse su sandwich de salami detrás de un cartel en la carretera.

—Eso, también —asintió Sam.

Había un leve frescor de primavera en el aire, pero no resultaba desagradable, y desde los arbustos que bordeaban la acera les llegaba el croar de las ranas. El restaurante, al que no le faltaba detalle en su réplica de una trattoria italiana, incluido el toldo a cuadros verdes y blancos, estaba a solo dos calles, y llegaron en cinco minutos. Una vez sentados a la mesa, se tomaron unos minutos para leer detenidamente la carta de vinos y al final se decidieron por un burdeos de la región

francesa de Barsac.

—¿Hasta que punto estás seguro? —preguntó Remi.

—¿Te refieres a ya sabes qué? —susurró Sam como un conspirador.

—Creo que puedes utilizar la palabra, Sam. Dudo que a alguien le importe.

Sam sonrió.

—El submarino. Estoy muy seguro. Tendremos que bucear para confirmarlo, por supuesto, pero no imagino que pueda ser otra cosa.

—Pero ¿qué hacía allí, río arriba?

—Es el misterio que tendremos que resolver, ¿no?

—¿Qué pasa con Patty Cannon?

—Tendrá que esperar un par de días. Identificaremos el submarino. Pondremos a Selma y a los demás a desentrañar el misterio, y nosotros volveremos a nuestra sociópata asesina traficante de esclavos.

Remi reflexionó un momento y después se encogió de hombros.

—¿Por qué no? La vida es corta.

Selma Wondrash era la jefa del equipo de investigación —compuesto por tres personas— que tenían en San Diego. Selma era viuda, había perdido a su marido, un piloto de pruebas, en un accidente aéreo hacía diez años. Se habían conocido en Budapest a principios de los años noventa, cuando ella era una estudiante universitaria y él un piloto de caza de permiso. Pese a llevar viviendo quince años en Estados Unidos, Selma nunca había perdido del todo el acento húngaro.

Tras acabar sus estudios en Georgetown y obtener la ciudadanía, había entrado a trabajar en la sección de Colecciones Especiales de la Biblioteca del Congreso, donde siguió hasta que Sam y Remi la captaron. Además de una documentalista de primer orden, Selma había demostrado ser una soberbia agente de viajes y un genio de la logística, y los había llevado y traído de sus destinos con una eficiencia militar.

Si bien a Remi y Sam les gustaba la tarea de documentación, el interés de Selma y su equipo era el de los verdaderos fanáticos; vivían para el detalle oculto, aquella pista esquiva, el acertijo irresoluble que siempre parecía surgir en el curso de un trabajo. Más veces de las que podían contar, Selma y sus dos jóvenes colaboradores habían evitado que una investigación acabase en fracaso.

Por supuesto, trabajo no era el término preciso para designar lo que hacían Sam y Remi. Para ellos no era una actividad que les reportara un salario, sino una aventura que les daba la satisfacción de ver cómo prosperaba la Fundación Fargo. La entidad, que repartía sus donaciones entre la protección de los animales, la conservación de la naturaleza y el cuidado de niños sin medios y maltratados, había crecido a pasos agigantados durante la última década, y el año anterior había donado casi cinco millones de dólares a varias organizaciones. Una buena parte de ese dinero procedía de la fortuna personal de Sam y Remi, y el resto, de donaciones particulares. Para

bien o para mal, sus hazañas habían captado la atención de los medios, algo que a su vez había atraído a los donantes más ricos e importantes.

El hecho de que Sam y Remi pudiesen hacer lo que más les gustaba era un premio que no les había caído del cielo, porque habían trabajado muy duro para alcanzar esa posición en sus vidas.

El padre de Remi, ahora retirado, había sido un promotor inmobiliario que había construido residencias de verano a lo largo de la costa de Nueva Inglaterra, y su madre, una pediatra que había escrito varios best sellers sobre la crianza de los niños. Tras los pasos de su padre, Remi había asistido a su alma máter, el Boston College, donde había obtenido un máster en antropología e historia, con la especialidad de viejas rutas comerciales.

El padre de Sam, que había muerto unos pocos años antes, había sido uno de los principales ingenieros de los programas Mercurio, Géminis y Apolo de la NASA y un coleccionista de libros antiguos, un amor que le había transmitido a Sam a una edad muy temprana. La madre de Sam, Eunice vivía en Key West, donde, pese a rondar los setenta años, tenía una tienda de alquiler de embarcaciones y estaba especializada en la pesca de altura.

Como Remi, Sam había seguido los pasos de su padre, no en la elección de la carrera, pero sí en la vocación, y había obtenido la ingeniería con summa cum laude en Caltech, junto con unos cuantos trofeos conseguidos en el fútbol y el lacrosse.

Durante los últimos meses de Sam como estudiante en Caltech, un hombre se puso en contacto con él; más tarde descubriría que pertenecía a la DARPA, la Defense Advanced Research Projects Agency, donde el gobierno desarrollaba y probaba los más nuevos y más grandes juguetes para los servicios militares y de inteligencia. El salario ofrecido era mucho menor que lo que podía haber ganado en la empresa privada, pero el atractivo de la creación pura, combinado con el hecho de servir a su país, le facilitó a Sam la elección.

Tras siete años en la DARPA, Sam se retiró con la intención, aún imprecisa, de llevar a la práctica algunas de sus propias ideas, y volvió a California. Fue allí, dos semanas más tarde, cuando Sam y Remi se conocieron en el Lighthouse, un club de jazz de Hermosa Beach. Sam había entrado en el local para tomarse una cerveza, y Remi estaba allí celebrando el éxito de una expedición que había confirmado los rumores de que había un galeón español hundido frente a la costa de Abalone Cove.

Aunque ninguno de los dos había dicho nunca que su primer encuentro hubiera sido «amor a primera vista», ambos habían estado de acuerdo en que, desde luego, había sido algo «absolutamente seguro pasada la primera hora». Seis meses más tarde, se casaron donde se habían conocido, con una discreta ceremonia en el Lighthouse.

Animado por Remi, Sam se había dedicado sin más a su propio negocio, y habían

conseguido su primer gran éxito al cabo de un año con un escáner láser de argón que podía detectar e identificar a distancia mezclas y aleaciones, desde oro y plata hasta platino y paladio. Los buscadores de tesoros, las universidades, las empresas y las compañías mineras pujaron para hacerse con la licencia de la invención de Sam, y, al cabo de dos años, el Grupo Fargo estaba obteniendo unas ganancias anuales netas de tres millones de dólares, y al cabo de cuatro, las grandes multinacionales ya habían llamado a su puerta. Sam y Remi aceptaron la mejor propuesta y se vendieron la compañía por un monto que les permitiría vivir cómodamente el resto de sus vidas sin mirar atrás.

—Investigué un poco mientras tú estabas en la ducha —dijo Sam—. Por lo que he visto, creo que podemos tener en nuestras manos un gran hallazgo.

Se acercó el camarero, que dejó una cesta con chapata caliente y una salsa de aceite de oliva Pasolivo, y tomó nota de lo que querían. De primero, pidieron calamares con salsa y setas porcini. De segundo, Sam se inclinó por un plato de pasta a la marinera con langosta y almejas al pesto, mientras que Remi eligió raviolis de langostino y cangrejo con salsa bechamel a la albahaca.

—¿A qué te refieres? —preguntó Remi—. ¿Acaso un submarino no es un submarino?

—Dios mío, mujer, contén esa lengua —dijo Sam, con sorpresa fingida.

El fuerte de Remi eran la antropología y la historia antigua. Sam, en cambio, era un gran aficionado a la historia de la Segunda Guerra Mundial, otra pasión que había heredado de su padre, quien había sido infante de marina en la campaña del Pacífico. El hecho de que Remi tuviese poco interés en quién había hundido el Bismarck o dónde la radicaba la importancia de la batalla de las Ardenas era algo que no dejaba de sorprender a Sam.

Remi era una antropóloga e historiadora sin rival, pero tendía al enfoque analítico de las cosas, mientras que para Sam la historia siempre narraba cosas de personas reales haciendo cosas reales. Remi diseccionaba; Sam soñaba.

—Perdona el desliz —dijo Remi.

—Estás perdonada. El caso es que, dado el tamaño de la cala, no hay manera de que pueda ser un submarino de dimensiones convencionales. Además, el periscopio parecía demasiado pequeño.

—Entonces, un minisubmarino.

—Correcto. Pero había muchas algas en el periscopio. Debe de llevar allí unas cuantas décadas. Y es más, hasta donde sé, los submarinos de uso civil, para exploraciones, trazado de mapas o lo que sea, no llevan periscopio.

—Entonces tiene que ser militar —dijo Remi.

—Tiene que serlo.

—O sea, que hay un minisubmarino militar, a treinta y tantos kilómetros corriente

arriba del río Pocomoke —murmuró Remi—. Vale, lo admito, estoy oficialmente intrigada.

Sam le dedicó una sonrisa.

—Esta es mi chica. ¿Qué dices? Después de cenar, vamos a Princess Anne y vemos qué nos cuenta Ted. Él ha olvidado más leyendas de esta región de lo que muchas personas han llegado a saber. Si hay alguien capaz de darnos alguna idea de que puede ser, es él. —No sé... Se está haciendo tarde y ya sabes cómo detesta Ted las visitas.

Ted Frobisher, pese a toda su genialidad y su amabilidad bien escondida, no era muy aficionado a la gente. Su tienda prosperaba no por su capacidad para las relaciones, sino por la amplitud de sus conocimientos y su habilidad comercial.

—Una pequeña sorpresa le sentará bien —afirmó Sam con una sonrisa.

4

Después del postre, un tiramisú tan delicioso que los dejó por unos momentos sin habla, volvieron al hotel, recogieron de la habitación las llaves del BMW y fueron a Princess Anne, en dirección noroeste por la autopista 12 hasta las afueras de Salisbury, antes de tomar hacia el sudoeste por la autopista 13. El cielo despejado del atardecer había dado paso a unas nubes bajas, y una llovizna constante caía sobre el parabrisas del coche. Remi frunció el entrecejo.

—Tengo la sensación de que conduces demasiado rápido. —Ella disfrutaba del BMW, pero no tenía el latente anhelo de piloto de carreras que despertaba en su marido.

—Voy al límite de velocidad. No te preocupes, Remi. ¿Alguna vez he chocado?

—Bueno, aquella vez en Bombay...

—Oh, no. Si lo recuerdas, los neumáticos estaban casi sin dibujo, y nos perseguía un hombre muy enfadado en un enorme volquete. Además, no choqué. Solo... me salí de la carretera.

—Es una manera de decirlo.

—En mi opinión, es una descripción acertada.

—Vale, entonces, aquella otra vez en Escocia...

—De acuerdo, aquello sí fue culpa mía.

—No te sientas mal, Sam. Aquella turbera apareció delante de nosotros como salida de la nada.

—Muy gracioso...

—De todas maneras, nos sacaste de allí, y eso es lo que cuenta.

—Lo hice. Con una cuerda, el gato del coche, un tocón, una rama para hacer palanca y algunos principios básicos de física bien aplicados.

Prosiguieron el viaje en silencio y observaron el campo, cada vez más oscuro hasta que por fin aparecieron las luces de Princess Anne, casi un kilómetro más allá. Bautizada con el nombre de la hija del rey Jorge II, la ciudad —o aldea, como reclamaban muchos lugareños que se llamase— tenía una población de 2.200 almas, sin contar los estudiantes que consideraban su casa la universidad de Maryland Eastern Shore. Durante su primer viaje a Princess Anne, años antes, Sam y Remi habían admitido que, de no haber sido por los coches en las calles y el alumbrado eléctrico, no hacía falta esforzarse mucho para imaginarse transportado a los días de la Maryland prerrevolucionaria, de tan pintorescas como eran algunas partes de la población.

Sam recorrió la autopista 13 hasta el centro de la ciudad, y luego giró al este por la carretera de Mount Vernon, que siguió durante un kilómetro y medio antes de doblar al norte por East Ridge Road. Se hallaban en las afueras de Princess Anne. La

tienda de Frobisher, cuyo segundo piso era su apartamento, estaba a cuatrocientos metros de la carretera al final de un largo camino de acceso bordeado de arces.

Cuando Sam llegó a la entrada, un Buick Lúcame negro salió del camino y pasó junto a ellos en dirección sur hacia Mount Vernon. En el momento en que las luces del BMW alumbraron el parabrisas del otro coche, Sam alcanzó a ver a Ted Frobisher sentado en el asiento del pasajero.

—Era él —dijo Remi.

—Sí, lo sé —murmuró Sam, distraído.

—¿Qué pasa?

—No lo sé... Su cara indicaba que algo no va bien.

—¿De qué hablas?

—Parecía... asustado.

—Ted Frobisher siempre parece asustado. O enfadado. Son sus dos únicas expresiones, ya lo sabes.

—Sí, quizá —murmuró Sam. Entró en el camino particular, frenó, dio marcha atrás y condujo el BMW de regreso a la carretera para seguir al Lúcame.

—Ay, madre —exclamó Remi—, allá vamos.

—Déjame darme el gusto. Con toda probabilidad no será nada.

—De acuerdo. Pero si se detienen en un área de servicio, prométeme que darás media vuelta y dejarás en paz al pobre hombre.

—Hecho.

El Lúcame no se detuvo en un área de servicio, ni tampoco siguió por la carretera principal mucho tiempo, sino que giró al sur por Black Road unos kilómetros más adelante. Las farolas habían desaparecido hacía mucho, y Sam y Remi conducían en la más absoluta oscuridad. La llovizna de antes se había convertido en un aguacero, y los limpiaparabrisas del BMW funcionaban con un rítmico barrido.

—¿Qué tal es tu visión nocturna, Remi?

—Buena... ¿Por qué?

En respuesta, Sam apagó las luces del BMW y aceleró para acortar la distancia con los faros traseros del Lúcame. Remi miró a su marido con los ojos entrecerrados.

—Estás preocupado, ¿no?

Él respondió con las mandíbulas apretadas.

—Solo es un presentimiento. Espero estar equivocado.

—Yo también. Me estás asustando un poco, Sam.

Él tendió la mano y le apretó el muslo.

—A ver, ¿alguna vez nos hemos metido en problemas...

—Bueno, aquella vez que...

—... sin haber salido bien parados?

—No.

—¿Tenemos cobertura? —preguntó Sam.

Remi sacó el móvil y miró si tenía señal.

—Nada.

—Maldita sea. ¿Todavía tenemos aquel mapa?

Remi buscó en la guantera, encontró el mapa y lo desplegó. Después de treinta segundos, dijo:

—Sam, por aquí no hay nada. Ni casas, ni granjas... Nada en muchos kilómetros.

—Curioso y más que curioso.

Delante, las luces de freno del Lúcame se encendieron una vez, luego otra, y después el vehículo giró a la derecha y desapareció detrás de unos árboles. Sam se acercó al cruce y redujo la velocidad a tiempo para ver que las luces traseras del Lúcame se encendían de nuevo, esa vez a la izquierda, en un camino a unos cien metros más allá. Apagó el motor y bajó la ventanilla del pasajero. Entre los árboles vieron que se apagaban las luces del Lúcame y, seguidamente, oyeron el sonido de una puerta del coche al abrirse y cerrarse, y al cabo de diez segundos, la otra.

Luego una voz.

—¡Eh... no!

La voz de Frobisher inquieto, con toda claridad.

—Bueno, ya tenemos la solución —dijo Sam.

—Sí —convino Remi—. ¿Qué quieres hacer?

—Tú vas hasta la casa más cercana o hasta donde encuentres cobertura y llamas a la policía. Yo voy...

—Oh, no, tú no vas, Sam.

—Remi, por favor...

—Que no, Sam. Sam gimió.

—Remi...

—Estamos perdiendo el tiempo.

Sam conocía a su mujer lo bastante bien para distinguir el tono de su voz y la expresión de su boca. Se había cerrado en banda, y no había nada que discutir.

—De acuerdo —dijo Sam—, pero nada de riesgos estúpidos, ¿eh?

—Eso vale para ti también. Él sonrió y le guiñó un ojo.

—¿Acaso no soy un ejemplo vivo de prudencia? Está bien, no me respondas.

—Huimos del fuego... —comenzó Remi.

—... para caer en las brasas —concluyó Sam.

5

Con los faros apagados, Sam condujo el BMW poco a poco por la carretera, con mucha precaución para evitar los baches, hasta que llegaron a unos cincuenta metros de la entrada de automóviles, y luego apagó el motor.

—Por favor, ¿podrías esperar en el coche? —preguntó Sam.

Remi lo miró ceñuda.

—Eh, creo que no nos han presentado. —Le tendió la mano para que se la estrechase—. Soy Remi Fargo.

Sam exhaló un suspiro.

—Entendido.

Mantuvieron una breve conversación sobre la estrategia y el peor de los escenarios. Después Sam le dio su americana y se bajaron del coche.

Se apartaron de la carretera y siguieron por una acequia, protegida a ambos lados por los hierbajos. Llegaba hasta el camino privado, donde desembocaba en una alcantarilla. Agachados, y haciendo pausas cada pocos pasos para escuchar, siguieron la acequia hasta el final y después buscaron un camino entre los árboles. Unos seis metros más allá, los árboles comenzaron a espaciarse, y se encontraron en el borde de un claro.

Era inmenso, aproximadamente una hectárea, y en él había unas grandes estructuras tubulares, algunas del tamaño de garajes, otras del tamaño de coches pequeños, tumbadas o inclinadas como un juego de palillos chinos. A medida que los ojos de Sam se acostumbraban a la oscuridad comprendió lo que estaba viendo: un desguace de calderas. Cómo y por qué estaban allí, en mitad de la campiña de Maryland, no lo sabía, pero allí estaban. A juzgar por el tamaño, se dijo que las calderas provenían de diversos orígenes: locomotoras, barcos y fábricas. La lluvia golpeaba las hojas a su alrededor y rebotaba con suavidad en el acero de las calderas, y el eco sonaba entre los árboles.

—Bueno, esto es lo último que esperaba encontrar aquí —susurró Remi.

—Yo también.

Y aquello les dijo algo del asaltante de Ted. O bien conocía esa zona a la perfección o bien la había investigado antes de ir. Ninguna de ambas cosas fue de mucho consuelo para Sam.

El Buick Lucerne estaba aparcado en mitad del claro, pero no había ninguna señal de Frobisher o del conductor del coche. Parecía evidente que se habían metido en el laberinto de calderas. Pero ¿por qué ir allí?, se preguntó Sam. La primera respuesta que le vino a la mente lo dejó helado. Lo que el secuestrador de Ted le tenía preparado era desconocido, pero una cosa era segura: el hombre necesitaba privacidad. O un lugar donde dejar un cadáver. Quizá las dos cosas. Sam sintió que se

le aceleraba el corazón.

—Podemos cubrir más terreno si nos separamos —propuso Remi.

—Olvídalo. No sabemos quién es ese tipo o de lo que es capaz.

Estaba a punto de salir de entre los árboles cuando se le ocurrió una idea. Un Buick Lucerne. Buick... GMC. Llevó a Remi de nuevo a cubierto.

—Espera aquí —le dijo—. Ahora vuelvo.

—¿Qué...?

—Quédate aquí. No voy muy lejos.

Echó una última mirada a uno y otro lado, alerta al más mínimo movimiento y, luego, al no ver nada, salió corriendo hacia el Lucerne. Llegó a la puerta del conductor, se agachó y, tras una rápida plegaria, tocó la manilla. Se abrió. Se encendió la luz interior. Sam volvió a cerrar la puerta.

¡Maldita fuera! Al menos no había alarma de llaves en el contacto.

No había nada que hacer excepto arriesgarse.

Sam abrió la puerta, se metió en el Lucerne, cerró la puerta y esperó treinta segundos, mirando de vez en cuando por encima del salpicadero. No se movía nada. Comenzó a buscar en el interior y, casi de inmediato, encontró en el salpicadero lo que buscaba: un botón que decía OnStar. Sam lo apretó. Pasaron veinte segundos, y luego sonó una voz en los altavoces de la radio.

—Soy Dennis de OnStar. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Oh, sí —gruñó Sam—. He tenido un accidente. Estoy herido. Necesito ayuda.

—¿Señor, puede decirme dónde está?

—Eh... no.

—Espere un momento, señor. —Pasaron cinco segundos—. Ya está, señor. Lo tengo ubicado cerca de Black Road, al oeste de Princess Anne, Maryland.

—Sí, creo que sí.

—He avisado a la policía de su zona. La ayuda va de camino.

—¿Cuánto tardará? —gimió Sam con su mejor interpretación de conductor herido.

—Seis o siete minutos, señor. Continuaré conversando con usted.

Pero Sam ya había salido del coche y cerrado la puerta. Con su navaja suiza cortó la válvula del neumático trasero izquierdo. Luego se arrastró hasta el lado opuesto y repitió el proceso con el otro neumático trasero, y a continuación corrió hacia los árboles para reunirse con Remi.

—¿El OnStar? —preguntó Remi con una sonrisa.

Sam le dio un beso en la mejilla.

—Genios.

—¿Cuánto tardará en llegar la caballería?

—Entre seis y siete minutos. Sería fantástico si pudiéramos largarnos antes de que

lleguen. No me apetece una sesión de preguntas y respuestas.

—A mí tampoco. Me apetece una copa de brandy tibio.

—¿Preparada para jugar al escondite?

—Guíame.

Tenían pocas esperanzas de poder encontrar huellas en el fango, así que Sam y Remi corrieron a través del claro y comenzaron a buscar un camino entre los senderos y túneles formados por las calderas. Sam encontró dos trozos de barra metálica, le dio el más corto a Remi y se quedó el largo. Solo habían avanzado unos quince metros cuando oyeron una débil voz a través de la lluvia.

—No sé de qué me habla... ¿Qué fragmento?

Era Ted.

Una voz masculina dijo algo, pero Sam y Remi no consiguieron entender las palabras.

—¿Qué cosa? Era un trozo de una botella. Nada importante.

Sam volvió la cabeza, intentando captar la dirección del sonido y saber de dónde procedía. Señaló con gestos adelante y a la izquierda, debajo de un arco formado por una caldera que estaba apoyada en otra. Remi asintió. Una vez pasado el arco, las voces se oían mejor.

—Quiero que me diga exactamente dónde la encontró —decía el hombre no identificado. La voz tenía acento de Europa del Este o de Rusia.

—Ya se lo he dicho... No lo recuerdo. Fue en algún lugar del río.

—¿El río Pocomoke?

—Así es —respondió Ted.

—¿Dónde?

—¿Por qué hace esto? No entiendo que...

Se oyó un sonido como el de una bofetada, algo duro que pegaba contra la carne. Ted gruñó, y luego se oyó un chapoteo que claramente indicaba que se había caído en un charco de barro.

—¡Levántese!

—¡No puedo!

—¡He dicho que se levante!

Sam le hizo un gesto a Remi para que esperase mientras él se adelantaba, muy pegado al costado de una caldera, y luego avanzó hasta poder mirar por la esquina.

Allí, en un espacio entre dos calderas del tamaño de camionetas, estaba Ted Frobisher. Caído de rodillas, con los brazos atados a la espalda. Su asaltante se encontraba a un par de pasos delante de él, con una linterna en la mano izquierda y un revólver en la derecha. El arma apuntaba al pecho de Ted.

—Dígame dónde la encontró y lo llevaré a su casa —dijo el hombre—. Se podrá

olvidar de todo esto.

Es la mentira más grande que jamás he oído, pensó Sam. Aquel tipo no había llevado a Ted hasta allí solo para acompañarlo de vuelta a casa y acostarlo en su cama. «Lamento mucho todo esto, que descanse...» Consiguiese o no lo que quería el asaltante, el destino de Ted estaba escrito a menos que actuaran de prisa.

Sam reflexionó unos segundos y elaboró un plan rudimentario. Habría preferido una solución más elegante, pero no tenían ni tiempo ni medios. Además, lo sencillo a menudo era lo más elegante. Volvió donde Remi lo esperaba.

Le describió la escena que había visto y también su plan.

—A mí me parece que te estás quedando con la parte más peligrosa —opinó Remi.

—Confío plenamente en tu puntería.

—Y en mi sincronización.

—Eso también. Ahora mismo vuelvo.

Sam desapareció entre los árboles durante medio minuto, y después volvió para darle una piedra del tamaño de un pomelo.

—¿Podrás subirla con una sola mano? —preguntó señalando hacia una oxidada escalera que había en un lateral de la caldera más cercana.

—Si oyes un fuerte golpe en la oscuridad, tendrás la respuesta. —Se inclinó hacia delante, lo cogió de la pechera de la camisa y lo atrajo hacia ella para un darle un rápido beso—. Escucha, Fargo, intenta parecer inofensivo y, por lo que más quieras, ten cuidado. Si te matan, nunca te lo perdonaré.

—Ya somos dos.

Sam sopesó la barra metálica y echó a correr por donde había llegado, luego se desvió a la derecha y corrió formando un círculo. Se detuvo para consultar su reloj. Habían pasado seis minutos desde la llamada a OnStar. No podía esperar más.

Se metió la barra metálica por debajo del cinturón, a la espalda, respiró hondo para serenarse y comenzó a caminar hasta que pasó junto a una caldera y vio el halo de luz de la linterna en la oscuridad. Entonces se detuvo.

—¡Eh! ¡Hola! ¿Todo bien? —gritó.

El desconocido se volvió para iluminar el rostro de Sam.

—¿Quién es usted?

—Pasaba por aquí —respondió Sam—. Vi el coche. Pensé que alguien había tenido una avería. Oiga, ¿puede apartar la linterna? Me está deslumbrando.

En la distancia se oyó el sonido de las sirenas.

Con el arma preparada, el hombre se volvió hacia Ted y después de nuevo hacia Sam.

—¡Eh! ¿Qué hace con un arma?

Sam levantó las manos y avanzó con cuidado.

—¡No se mueva! ¡Quédese donde está!

—Solo intento ayudar. —Sam contuvo la respiración y dio otro paso, quedando a unos cinco metros.

Prepárate, Remi...

Levantó la voz para asegurarse de que su mujer lo oyese por encima del estrépito de la lluvia.

—Si quiere que me marche, ningún problema.

Remi estaba atenta a su entrada en escena, y Sam vio a su derecha una sombra que cruzaba el cielo oscuro desde lo alto de la caldera. La piedra pareció suspendida en el aire durante muchísimo tiempo, antes de caer con un desagradable sonido en el pie derecho del hombre. La puntería de Remi había sido perfecta. Si bien un golpe en la cabeza habría facilitado mucho las cosas, lo más probable es que lo hubiera matado, una complicación que no necesitaban.

En cuanto aquel tipo retrocedió gimiendo, Sam corrió a abalanzarse sobre él, sacando la barra metálica que había guardado en el cinturón con la mano izquierda. El hombre movía los brazos tratando de recuperar el equilibrio, y casi lo había conseguido cuando recibió el puñetazo de Sam en la barbilla. El arma y la linterna volaron por el aire, la primera cayó en el fango y la segunda rodó hacia Ted. Por el rabillo del ojo, Sam vio a Remi aparecer por detrás de Ted. Lo ayudó a levantarse y echaron a correr.

El desconocido estaba tumbado boca arriba, medio hundido en el fango y gimiendo. Un tipo duro, pensó Sam. El puñetazo tendría que haberlo dejado inconsciente. Sam pasó la barra metálica a su mano derecha. Las sirenas estaban muy cerca ahora, a no más de dos minutos.

Sam recogió la linterna y alumbró alrededor hasta que vio el revólver del hombre, enterrado en el barro unos pocos pasos más allá. Lo sacó con la punta del zapato y acto seguido la deslizó por debajo y lo arrojó hacia los árboles.

Se volvió y alumbró el rostro del hombre. El desconocido dejó de moverse y entrecerró los ojos para protegerse del resplandor. Su rostro era delgado y curtido; tenía los ojos pequeños, de mirada cruel, y una nariz que había sido rota muchas veces. La raya blanca de una cicatriz le iba desde el puente de la nariz a través de la ceja derecha hasta justo por encima de la sien. No solo duro, pensó Sam, sino también malvado. Eso se lo decía la mirada de sus ojos.

—Supongo que no tendrá interés en decirme quién es o por qué está aquí —dijo Sam.

El hombre parpadeó varias veces para despejarse, luego miró a Sam y soltó una palabra. Ruso, pensó Sam. Aunque su ruso era pasable para fines turísticos, no reconoció la palabra. De todas maneras, estaba claro que se refería o a su madre o a alguna forma de conocimiento carnal, o a ambas cosas.

—Eso ha sonado poco amigable —comentó Sam—. Vamos a probar de nuevo: ¿quién es usted y qué quiere de nuestro amigo?

Otra maldición, esa vez, una frase entera.

—No lo creo —dijo Sam—. Bien, le deseo mejor suerte la próxima vez, amigo.

Dicho esto, se inclinó hacia delante y blandió la barra metálica para finalmente golpear al hombre detrás de la oreja con lo que esperaba fuese la fuerza suficiente. Y una barra metálica no es la más delicada de las armas. El hombre gruñó y cayó inconsciente.

—Espero que nunca más volvamos a encontrarnos —dijo Sam, y echó a correr.

6

—Ted, bébete esto —dijo Sam, y le dio a Frobisher una copa de brandy tibio.

—¿Qué es? —protestó Frobisher. Ni Sam ni Remi esperaban que la aventura de Ted en el desguace de calderas hubiese mejorado su carácter, claro que si Ted fuera un tipo alegre, ya no sería Ted.

—Bébetelo —insistió Remi y le palmeó la mano.

Frobisher bebió un sorbo e hizo una mueca, pero después siguió bebiendo.

Sam echó otro leño al fuego y fue a sentarse junto a Remi en el sofá. Frobisher, que acababa de darse una ducha caliente, estaba instalado en un sillón orejero, envuelto en una manta de lana.

Tras dejar al hombre misterioso tendido en el barro, Sam había corrido hasta el BMW, que Remi ya había llevado hasta la entrada. La decisión de marcharse antes de que llegase la policía había sido instintiva. Aunque no habían hecho nada malo, verse involucrados en una investigación policial solo serviría para relacionarlos con el atacante de Frobisher. El instinto de Sam le decía que cuanto más lejos estuviesen del hombre, mejor para todos.

Cuando Sam entró en el coche, se alejaron a gran velocidad por Black Road y luego doblaron al este por Mount Vernon Road. Treinta segundos más tarde vieron las luces centelleantes por una curva detrás de ellos y cómo entraban en Black Road. A una indicación de Sam, Remi hizo un giro en U, se detuvo en el arcén y puso las luces de posición, a la espera de que los que acudían a atender la emergencia —al parecer, un coche de la policía y un camión de bomberos— llegaran al desguace de calderas. Después arrancó y fue hacia Princess Anne. Cuarenta minutos más tarde estaban de nuevo en su habitación de hotel.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Sam a Frobisher.

—¿Cómo crees que me siento? Me han secuestrado y golpeado.

Frobisher tenía unos sesenta y tantos, y era calvo excepto por un poco de pelo canoso alrededor de la cabeza. Usaba unas pequeñas gafas para leer. Sus ojos eran de un azul claro. Aparte de estar empapado, muerto de frío y asustado, la única huella de su odisea era una hinchazón en la mejilla derecha, donde el atacante le había pegado con el cañón del revólver.

—Secuestrado y golpeado es mucho mejor que secuestrado, golpeado y muerto —comentó Sam.

—Supongo —respondió Ted, y luego gruñó algo por lo bajo.

—¿Qué has dicho?

—Gracias por rescatarme, he dicho.

—Estoy seguro de que te ha dolido decirlo —afirmó Remi.

—No tienes ni idea. Pero lo digo de verdad. Gracias. A los dos. —Acabó la copa

y acto seguido la levantó para que le sirviesen más. Remi lo hizo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Sam.

—Estaba durmiendo y me desperté cuando alguien comenzó a llamar a mi puerta. Sin abrir, pregunté quién era, y alguien respondió: Stan Johnston, de un poco más abajo en la carretera. Dijo que Cindy, su esposa, estaba enferma y que tenían averiado el teléfono.

—¿Hay un Stan Johnston? —preguntó Sam.

—Por supuesto que hay un Stan Johnston. En la granja que hay al norte.

Sam comprendió que aquello era significativo. A juzgar por el acento del atacante, parecía razonable asumir que no era de la zona, y eso significaba que había planeado el asalto a la casa de Ted y que incluso había averiguado los nombres de sus vecinos para utilizarlos en su ataque.

Durante el tiempo que estuvo en la DARPA, Sam había tenido suficiente relación con muchos agentes del servicio secreto, de la CIA, para saber cómo pensaban y cómo trabajaban. Todo lo que había hecho el atacante de Ted indicaba que era un profesional. Pero ¿un profesional para quién? ¿Con qué fin?

—Así que tú abriste la puerta... —dijo Remi para que Frobisher continuase con el relato.

—Abrí la puerta, y él se me echó encima, me tiró al suelo me apuntó con el arma a la cara. Comenzó a hacerme preguntas, me gritaba...

—¿Qué preguntaba?

—Por un fragmento de vidrio. No era nada, un trozo del casco de una botella de vidrio. Quería saber dónde estaba, así que se lo dije. Me ató las manos con cinta aislante, luego fuimos a la tienda y comenzó a buscar. Lo rompió todo y regresó con el cristal y empezó a preguntarme dónde lo había encontrado.

—¿Dónde lo encontraste?

—No lo recuerdo con exactitud. De verdad que no. Fue en el Pocomoke, en algún lugar al sur de Snow Hill. Estaba pescando y...

—¿Tú pescas? —preguntó Sam, sorprendido—. ¿Desde cuándo?

—Desde siempre, idiota. ¿Qué te crees, que me paso todo el día sentado en la tienda acariciando platos y baratijas? Como decía..., estaba pescando y pillé algo. Una bota, una vieja bota de cuero. El cristal ese estaba dentro.

—¿Todavía tienes la bota?

—¿Qué soy, el basurero? No, la tiré. Era una vieja bota podrida, Sam.

Sam levantó las manos con las palmas hacia delante, en un gesto de calma.

—Vale, vale, continúa. Comenzó a gritarte y...

—Entonces sonó el teléfono.

—Era yo.

—Me preguntó si esperaba a alguien y respondí que sí, confiando en que se

marcharía. No lo hizo. Me arrastró hasta el coche y me llevó allí, dondequiera que fuese. Es todo. El resto ya lo sabes.

—Él llevaba el cristal encima —murmuró Sam—. Tendría que haberlo cacheado.

—¿Cuántas veces te lo tengo que decir, Sam? Aquel trozo de vidrio no era nada. No tenía ninguna etiqueta ni nada escrito, solo un símbolo extraño.

—¿Qué clase de símbolo?

—No lo recuerdo. Hay una foto en mi página web. La colgué pensando que quizá alguien supiera qué era.

—Remi, ¿te importa? —preguntó Sam.

Ella ya se había levantado para coger el portátil. Lo colocó en la mesa de centro y lo abrió. Treinta segundos más tarde, dijo:

—Aquí está. ¿Es esto, Ted? —Giró el ordenador hacia el anticuario.

Ted miró la pantalla, y asintió.

—Sí, es eso. Lo ves, no es nada.

Sam se acercó a Remi y miró la imagen. Tal como lo había descrito, parecía el fondo cóncavo de una botella de vidrio verde. En el centro había un símbolo. Remi lo amplió hasta que pudieron verlo con claridad.



—A mí no me dice nada en absoluto —dijo Sam—. ¿Y a ti?

—Tampoco —contestó Remi—. ¿Significa algo para ti, Ted?

—No, ya te lo he dicho.

—¿No ha habido ninguna llamada telefónica extraña o algún mensaje electrónico? ¿Nadie mostró la menor curiosidad?

Frobisher refunfuñó.

—No, no y no. ¿Cuándo puedo irme a casa? Estoy cansado.

—Ted, no creo que sea una buena idea —dijo Sam.

—¿Qué? ¿Por qué?

—El tipo sabe dónde vives...

—Ah, no era más que un loco. Seguro que se había inyectado algo. No es más que un trozo de una botella de vino, por amor de Dios. Ya lo tiene. Se ha acabado.

Lo dudo, pensó Sam. Tampoco creía que el hombre fuese un loco o un yonqui. Por alguna razón, alguien consideraba que ese culo de botella, ese curioso fragmento de vidrio verde, era muy importante. Tan importante como para matar.

A setenta kilómetros de distancia, Grigori Arjipov yacía inmóvil debajo de las ramas de un árbol, con el rostro cubierto de barro y la mirada atenta a los movimientos de un policía del condado de Somerset, mientras el conductor de la grúa acababa de enganchar el Lucerne. En alguna parte primitiva de su cerebro, Arjipov quería moverse, actuar, pero reprimió el impulso y se concentró en permanecer inmóvil. Habría sido fácil —para no mencionar satisfactorio— atacar al poli y al conductor de la grúa por sorpresa, matarlos a los dos, hacerse con uno de los vehículos y desaparecer en la noche, pero sabía que eso le causaría más problemas que satisfacción. Un policía asesinado daría lugar a una cacería del hombre, controles en las carreteras y quizá incluso el FBI lo buscaría, y nada de ello lo ayudaría en su misión.

Se había despertado del golpe en la cabeza en medio del resplandor de las luces blancas y el aullido de las sirenas, y había abierto los ojos para encontrarse mirando unos faros. Permaneció quieto, seguro de que las figuras corrían hacia él, pero cuando no vino nadie, comenzó a rodar sobre sí mismo y a arrastrarse para ir detrás de las calderas y de los árboles, donde estaba en ese momento.

No te muevas, se ordenó a sí mismo. Se quedaría allí, invisible, y esperaría a que se marchasen. El coche de alquiler lo había obtenido con un falso carnet de conducir y una tarjeta de crédito que no llevarían a la policía a ninguna parte. La lluvia había convertido el lugar en una ciénaga, así que no había ninguna señal de pelea que pudiera despertar la curiosidad del policía. En ese punto, lo único que tenían era un coche abandonado, y lo más probable era que creyeran que la llamada a OnStar había sido una broma de algunos adolescentes.

Ha sido un truco muy astuto, pensó Arjipov, como también lo había sido la emboscada. Humillante, sí, pero el profesional que había en Arjipov apreció el ingenio. El coraje. Aunque le dolía el pie, no se atrevía a mirarse la herida hasta estar solo.

El barro había absorbido parte del golpe de la piedra en el pie, pero, sin duda, tenía fracturados los dos dedos más pequeños. Doloroso, que no paralizante. Había soportado dolores mucho peores. En el Spetsnaz, un hueso roto nunca garantizaba recibir tratamiento médico, y en Afganistán, los muyahidines eran unos guerreros salvajes que por encima de todo preferían la lucha cuerpo a cuerpo, y mejor todavía con cuchillos, y tenía cicatrices que se lo recordaban. El dolor, como bien sabía Arjipov, era algo simple, cosa de la mente y nada más.

¿Quiénes eran esos misteriosos salvadores? No eran los buenos samaritanos típicos, de eso estaba seguro. Sus acciones mostraban habilidad y coraje. Y recursos. El hombre había dicho que eran amigos de Frobisher. Había sido un desliz que Arjipov estaba muy dispuesto a explotar. Le bastaría. Los encontraría, con un poco de suerte, antes de tener que informar a su jefe del incidente.

Era obvio que tenían estrechos vínculos con el anticuario. ¿Por qué si no iban a arriesgar sus vidas? Estaba más claro que el agua. Si Frobisher no quería cooperar y decirle dónde había encontrado el casco de vidrio, quizá su amigo y la mujer estarían mejor dispuestos.

Si no era así, bueno, se tomaría la revancha y seguiría con lo suyo. A la vista de lo ingeniosos que habían sido al tenderle la emboscada, creía justo descubrir una forma novedosa de devolverles la jugada.

Río Pocomoke

—¿Cuáles crees que son las probabilidades de que Ted se mantenga al margen?
—preguntó Remi al tiempo que tiraba de la cuerda de arranque del fueraborda.

Sam subió a bordo y, desde la proa de la lancha, la apartó del muelle con el pie.

—Supongo que me ha entendido, pero con Ted nunca se sabe. La tienda es su vida.

Tras interrogar a Frobisher durante otra media hora la noche anterior y convencerse de que sabían toda la historia, Sam pidió una cama supletoria a la recepción y acostó a Ted, quien para entonces ya estaba un tanto achispado después de tres copas de brandy.

A la mañana siguiente, en cuanto desayunaron, lo convencieron de que se tomase unas vacaciones; después hicieron unas cuantas llamadas y encontraron una casa en la playa, en la isla Fenwick, que pertenecía a un amigo de un amigo de un amigo. Era poco probable que alguien pudiese seguir a Frobisher hasta allí. No sabían si Ted se quedaría en la isla, pero, a menos que lo atasen, eran lo mejor que podían hacer.

La pregunta para ellos era si debían involucrarse más. Debido a su personalidad y a sus firmes convicciones libertarias, Ted había descartado su sugerencia de llamar a las autoridades. Sentía muy poco aprecio por el gobierno, y aseguraba que la policía se limitaría a recibir la denuncia y que después la archivarían, y en eso, Sam y Remi tendían a estar de acuerdo. Dudaban que el secuestrador de Ted hubiese dejado una pista que se pudiese seguir.

Mientras reflexionaban, Sam había decidido que continuarían con el plan original de identificar el minisubmarino atrapado en la cala, y después volverían a la búsqueda del tesoro de Patty Cannon.

Remi puso el motor en marcha, viró la embarcación y apuntó la proa río abajo; el ruido del motor producía un suave ronroneo en el fresco aire de la mañana.

—Qué diferente se ven las cosas a la luz del día —comentó, con la mirada puesta en el cielo.

—Amén —asintió Sam.

La lluvia de la noche pasada había cesado poco antes del alba, y había dado paso a un cielo azul brillante salpicado de nubes que parecían copos de algodón. A lo largo de la ribera, los pájaros volaban de rama en rama con alegres trinos. La superficie del agua, cubierta por una niebla poco espesa, era plana salvo por alguna ondulación aquí y allá cuando algún pez asomaba a la superficie para atrapar a una mosca distraída o una chinche de agua.

—¿Te he dicho ya lo orgullosa que estoy de ti? —preguntó Remi.

—¿Por qué? ¿Por haber conseguido aquellos cruasanes esta mañana?

—No, tonto. Por lo de anoche. Te comportaste como un héroe.

—Sí, lo mencionaste. Gracias. Pero no olvides que tuve una ayuda fenomenal. No podría haberlo hecho sin ti.

Remi se encogió de hombros y sonrió ante el cumplido.

—¿Sabes?, tenías un aspecto muy sexy, cubierto de barro de pies a cabeza y con aquella barra en la mano. Muy cavernícola.

—¡Ja, ja, ja!

Remi se rió.

—Por cierto, lamento lo del suéter.

El suéter de cachemir de cuello cisne no había sobrevivido a la aventura de la noche anterior, porque había adquirido el fuerte e inconfundible olor a cabra mojada.

—No es más que un suéter. Se puede reemplazar, mientras que otras cosas no — dijo Remi con una sonrisa afectuosa.

—Como si no lo supiese —añadió Sam.

—¿Supongo que has tomado medidas para asegurarte de que no vuelva a ocurrir? —preguntó Hadeon Bondaruk.

Arjipov apretó el teléfono contra su oreja hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Sí. Ahora tengo aquí a tres de mis mejores hombres. Calculo que nos llevan una ventaja de una hora.

—¿Cómo se llaman? —preguntó Bondaruk.

Tal como Arjipov había creído, descubrir las identidades de los salvadores de Frobisher había sido una tarea bastante fácil.

Tras la marcha del policía y el conductor de la grúa, Arjipov había medio corrido, medio cojeado por la carretera hasta la granja más cercana, donde encontró una vieja camioneta Chevrolet con las llaves puestas en el contacto, detrás del granero. Fue hasta la tienda de Frobisher y aparcó detrás del garaje, después entró en la casa y la puso patas arriba, y halló lo que necesitaba en diez minutos. Frobisher solo tenía apuntados en su agenda unas pocas docenas de nombres, la mitad de ellos gente del ramo, la otra mitad personales, y de estos solo ocho eran parejas. Una breve búsqueda en Google le dio lo que necesitaba.

Desde la casa de Frobisher hasta la estación de autobuses de Princess Anne solo se tardaban cinco minutos. Aparcó la camioneta en una callejuela lateral, y dejó las placas de la matrícula en un cubo de basura, bajo unos restos de café y huesos de pollo del KFC.

Veinte minutos más tarde había recuperado su mochila de la consigna y se había registrado en un Motel 6 con otro carnet de conducir y otra tarjeta de crédito.

—Sam y Remi Fargo —respondió Arjipov a Bondaruk—. Son...

—Sé quiénes son. Buscadores de tesoros, y muy buenos, por cierto. ¡Maldita sea! Es una mala señal. Que estén allí no puede ser una coincidencia. Está claro que Frobisher descubrió qué tenía y los llamó.

—No estoy convencido de que sea así. He interrogado a muchos hombres en mi vida y sé qué cara tiene la mentira. Frobisher decía la verdad, estoy seguro.

—Puede que estés en lo cierto, pero supón que mentía. Supón que los Fargo están detrás de lo mismo que nosotros, y actúa en consecuencia.

—Sí, señor.

—¿Cuándo te vas?

—La lancha ya está preparada. —Al disponer de los nombres de los Fargo, había sido fácil rastrear las compras que habían hecho con la tarjeta de crédito y llegar hasta la tienda de alquiler de embarcaciones en Snow Hill—. No tardaremos mucho en atraparlos.

Sam había marcado la posición exacta de la cala en el mapa, así que la encontraron sin mayores problemas. La lluvia de la noche anterior había amontonado más ramas en la entrada de la cala. Ahora parecía un refugio de cazadores, una maraña de ramas y hojas, secas y verdes. Remi guió la lancha a lo largo de ella, y después ató la amarra a una de las ramas más gruesas. Dejaron que la lancha se moviera empujada por la corriente hasta que el cabo se tensó y Sam se convenció de que aguantaría. Remi se metió en el agua y fue hasta la orilla. Sam nadó hasta el otro lado, le alcanzó las dos bolsas que contenían su equipo, y luego se cogió de la mano que le tendía Remi para alcanzar la orilla.

Con una bolsa en cada hombro, Sam fue abriendo paso entre la vegetación a lo largo de la costa y se desvió tierra adentro unos seis metros hasta que llegaron al borde de la cala. A su izquierda entre los matorrales apenas alcanzaban a ver el montón de ramas y, más allá, el brazo principal del río. Como el día anterior, la cala tenía un aspecto siniestro, un túnel verde que de alguna manera parecía separado del resto del mundo.

Por supuesto, admitió Sam, parte de esa sensación se debía al periscopio cubierto de algas que asomaba del agua a solo unos pasos delante de ellos, como el cuello de una primitiva serpiente marina.

—Un poco espectral, ¿no? —susurró Remi, que se cruzó de brazos como si quisiese protegerse del frío.

—Más que un poco —convino Sam. Dejó caer las bolsas y se frotó las manos con entusiasmo—. No temáis, los Fargo están aquí.

—Solo prométeme una cosa —dijo Remi.

—Dime.

—Después de esto, unas vacaciones. Unas vacaciones de verdad.

—Usted elige dónde, señora Fargo.

Lo primero que debían hacer era sumergirse y determinar el estado general de la embarcación, buscar cualquier señal que les pudiese servir para identificarla, y con un poco de suerte encontrar una entrada. Sam aún no había compartido ese último objetivo con Remi, a sabiendas de que le prohibiría entrar en el submarino, lo que, desde luego, era lo prudente. Pero Sam confiaba en que, con su habilidad como buceador y la capacidad de Remi, no tendrían problemas para enfrentarse a lo que fuese.

Para ello habían llevado unas gafas de buceo, un par de aletas, linternas sumergibles con pilas de recambio, cuatro cuerdas de nailon y tres cabrestantes para asegurar el submarino y evitar que cambiase súbitamente de posición cuando entrase Sam. Si es que llegaban tan lejos.

Además, el día antes, le había pedido a Selma que le enviase por FedEx tres botellas Spair Air de emergencia, cada una con aire para sesenta respiraciones, que permitían alargar la inmersión entre dos y cinco minutos.

—Conozco esa expresión en tu cara, Fargo —dijo Remi—. Quieres entrar, ¿verdad?

—Solo si es seguro. Confía en mí, Remi. Anoche ya tuve mi ración de adrenalina para varios días. No voy a correr ningún riesgo estúpido.

—Vale.

Sam se deslizó por la orilla hasta el agua, y luego nadó hasta donde emergía el periscopio. Lo sujetó, dio un tirón y lo sacudió varias veces. Parecía sólido. Remi le arrojó dos cuerdas, que él ató en el periscopio. Remi cogió los otros dos extremos, los pasó por las roldanas de los cabrestantes y los amarró al tronco de dos árboles cercanos. Sam volvió a la orilla y juntos accionaron las palancas de los cabrestantes hasta que las cuerdas se tensaron. Sam dio un tirón a cada una.

—Ya no se moverá. De acuerdo, voy a echar una rápida ojeada. Tres minutos, no más.

—¿Quieres que yo...?

—Silencio —susurró Sam, y se llevó un dedo a los labios.

Volvió la cabeza, con el oído atento. Pasaron cinco segundos y entonces muy débilmente, desde la distancia, les llegó el ruido de un motor.

—Viene hacia aquí —advirtió Sam.

—Deben de ser pescadores.

—Es probable. —Pero después de la noche de ayer..., pensó.

A Sam le inquietaba la proximidad del submarino al lugar donde Ted, según les había dicho, había encontrado el trozo de vidrio. Era poco probable que estuviesen

vinculados, pero sí tal vez lo suficiente para que el atacante de Ted hubiese decidido buscar en esa zona del Pocomoke.

Se agachó junto a una de las bolsas, buscó en el interior y sacó unos prismáticos. Con Remi pegada a sus talones, corrió a lo largo de la orilla hasta donde habían amarrado la lancha. Se dejaron caer de rodillas en la hierba, y Sam miró con los prismáticos río arriba. Pocos segundos más tarde apareció una embarcación rodeando un recodo. A bordo viajaban cuatro hombres. Uno en el timón, otro en la proa y dos sentados a popa. Sam se centró en el rostro del piloto. Caracortada.

—Es él —murmuró.

—Estás de broma —dijo Remi.

—Qué más quisiera.

8

—¡La lancha! —ordenó Sam en voz baja—. ¡Vamos!

Se arrastró cuerpo a tierra por la orilla hasta el agua. Cuatrocientos metros río arriba, Caracortada había llevado la lancha hacia la boca de otra cala, que el hombre que estaba en la proa observaba a través de los prismáticos. Sam escuchó el eco de la voz de Caracortada seguida por otra voz que decía: «Nyet».

Fantástico, más matones rusos.

Sam nadó hasta donde había sujetado la amarra, se apresuró a deshacer el nudo, luego fue hasta la lancha y sujetó la cornamusa de proa. Miró por encima del hombro. Caracortada viraba la embarcación para dirigirse hacia ellos.

—Sam...

—Los veo.

Sujetó el cabo con el puño y luego aceptó la ayuda de Remi para subir a la orilla.

—Tira —susurró—. ¡Con todas tus fuerzas!

Juntos tiraron del cable. La proa de la lancha chocó contra la orilla y después comenzó a subir la margen.

La otra embarcación estaba a unos doscientos setenta metros de distancia. La atención de los tripulantes parecía centrada en la costa opuesta, pero Sam sabía que podía cambiar en cualquier momento. Una mirada y estaban acabados.

—Tira, Remi.

De nuevo tiraron con todas sus fuerzas. Sam abrió las piernas y clavó los talones en el suelo, y tiró hasta que los tendones del cuello le sobresalieron. La proa apareció por encima del borde, pero fuera del agua y sujeto a la gravedad, el motor hizo sentir su peso. La lancha se deslizó hacia abajo poco más de un palmo.

—Otro buen tirón —dijo Sam—. A la de tres. Uno... dos... ¡tres!

La lancha pasó por encima del borde y se deslizó sobre terreno llano. Sam y Remi caminaron hacia atrás al mismo tiempo para arrastrarla entre la hierba.

—Cuerpo a tierra, Sam.

Remi se tiró boca abajo, seguida una fracción de segundo más tarde por Sam. Permanecieron inmóviles e intentaron bajar el ritmo de la respiración.

—¿Crees que lo hemos conseguido? —susurró Remi.

—Lo sabremos dentro de muy poco. Si las cosas se ponen feas, quiero que corras todo lo rápido que puedas. Ve hacia el bosque y no mires atrás.

—No, Sam...

—¡Chist!

El ruido del motor aumentaba por momentos, daba la impresión de que iba directamente hacia ellos.

Entonces oyeron la voz de Caracortada:

—¿Veis algo?

—Nada. Por cierto, ¿en qué navegan?

—En una lancha, de unos cuatro metros de eslora.

—No pueden estar en este lado —dijo la voz—. Aquí no hay nada. Ha de ser la otra orilla. Hay muchos brazos laterales donde ocultarse.

—Sí.

El sonido del motor comenzó a alejarse y se perdió a través del agua, hasta que Sam y Remi solo oyeron el eco distante.

—Se han metido en otro brazo —dijo Sam. Se puso de rodillas y espió por encima de la hierba—. Sí. No los veo. Se han ido.

Remi se giró boca arriba y dio un suspiro.

—Gracias a Dios.

Sam se tumbó a su lado. Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Tú qué dices? —preguntó Sam—. ¿Nos vamos o nos quedamos?

Remi no titubeó.

—Hemos llegado hasta aquí. Sería una pena dejar el misterio sin resolver.

—Esa es la mujer que amo —dijo Sam.

—¿Qué, temeraria e insensata?

—No, valiente y resuelta.

Remi cantó por lo bajo:

—You say potayto, I say potahto.

—Venga. Vamos, de vuelta al trabajo.

Sam escupió en las gafas de buceo, las sumergió en el agua y luego se las puso en la cabeza. Remi estaba en la orilla, con los brazos en jarras y la preocupación grabada en su rostro.

—Solo voy a echar una ojeada —le aseguró él—. Ahorraré el aire por si tenemos que entrar. No ocurrirá, pero si se mueve en mi dirección mientras estoy abajo, no tienes más que tirar de las palancas de los cabrestantes hasta que vuelva a su posición. Si no aparezco, digamos, dentro de cuatro a seis horas, puedes comenzar a preocuparte.

—¡Anda ya!

—Vigila el fuerte. Ahora mismo vuelvo.

Sam encendió la linterna, respiró hondo y se sumergió. Con la mano izquierda extendida fuera de la superficie, aleteó para bajar.

Casi de inmediato, el agua llena de algas tomó un color verde oscuro y la visibilidad se redujo a medio metro. Los sedimentos y restos de plantas acuáticas se movían en el rayo de luz, y Sam tuvo la sensación de que estaba atrapado dentro de una de aquellas bolas de cristal que, al darles la vuelta, imitan una nevada.

Su mano tocó algo sólido: el casco. Continuó nadando y dejó que su mano siguiese la curva del casco hasta que por fin el fondo apareció en la luz. La quilla estaba montada sobre un montón de troncos sumergidos, en un equilibrio precario pero lo bastante estable para que Sam estuviera seguro de que el submarino no le caería encima. Sintió que los pulmones le dolían hasta casa arderle, así que volvió a la superficie.

—¿Todo en orden? —le preguntó Remi en cuanto él recuperó el aliento.

—Sí. Buena noticia. Está más o menos en posición vertical. Bien, probaré de nuevo.

Se sumergió, y esa vez calculó el diámetro del casco mientras pasaba a su lado. Al llegar a la quilla, fue hacia popa. Más o menos por la mitad encontró un soporte que sobresalía del casco y seguía su perfil. Por un momento lo que veía no se registró en su cerebro. Lo había visto antes... en una fotografía de su anterior investigación. Cuando la respuesta le vino a la cabeza, Sam sintió que se le hacía un nudo en la boca del estómago.

El soporte de un torpedo.

Dejó de aletear y movió la luz a lo largo del fondo, y esta vez lo vio con nuevos ojos. ¿Era uno de esos, en apariencia, inocentes troncos hundidos algo completamente distinto?

Continuó nadando hacia popa hasta que la luz de la linterna le mostró el extremo ahusado del submarino, donde sobresalía el timón de profundidad. Cuando llegó a la altura del mismo, se dio la vuelta y subió siguiendo el perfil del casco hasta que la última pieza del rompecabezas apareció a la vista. En lo que se podía considerar como la cubierta había un tubo de unos treinta centímetros de alto y cuyo diámetro era aproximadamente la anchura de los hombros de Sam.

La escotilla de entrada.

Sam emergió a la superficie y nadó hasta la orilla, donde Remi lo ayudó a salir. Se quitó las aletas y las gafas, tras lo cual se tomó un momento para poner en orden sus pensamientos.

—¿Bien? —preguntó ella.

—Hay una carpeta en una de las bolsas. ¿Puedes cogerla?

Remi se la llevó, sin demora. Sam buscó entre los papeles durante un par de minutos, después sacó una de las hojas y se la pasó a Remi.

—Molch —leyó ella—. ¿Se puede saber...?

Su voz se apagó mientras continuaba leyendo.

—Molch significa «salamandra» —dijo Sam—. Era un tipo de minisubmarino fabricado por la Alemania nazi en 1944.

Construido para la Kriegsmarine por A. G. Weser, una empresa de Bremen, el

Molch era un ingenio del doctor Heinrich Drager. Con una eslora de doce metros, un metro de la cubierta a la quilla, y dos metros de manga, estaba diseñado para llevar a un tripulante y dos torpedos G7e en las lanzaderas colocadas a babor y estribor hasta una profundidad de cuarenta metros y hasta una distancia de cincuenta millas náuticas a una velocidad máxima sumergido de tres nudos, poco más de un paso normal.

Como arma ofensiva, el Molch, como la mayoría de los minisubmarinos alemanes, tuvo muy poco éxito: era difícil de gobernar, casi imposible de sumergir, y de un radio de acción tan limitado que requería naves auxiliares de apoyo y para el despliegue.

—¿Estás seguro, Sam? —preguntó Remi.

—Lo estoy. Todo encaja.

—¿Cómo demonios acabó aquí?

—Eso es lo que no encaja. Según lo que he leído, estos sumergibles solo entraron en acción en Holanda, Dinamarca, Noruega y el Mediterráneo. No hay ningún registro de que los Molch fuesen desplegados tan al oeste.

—¿Cuántos fabricaron?

—Casi cuatrocientos, y la mayoría de ellos se perdieron, hundidos o desaparecidos. Eran trampas mortales, Remi. Solo los locos se ofrecían voluntarios para servir en un minisubmarino.

—Dijiste que llevaban un único tripulante. ¿No creerás...?

—No lo sabremos hasta que entre.

—Y aquella otra preciosa palabra que utilizaste: torpedo...

—Eso es lo peliagudo. Mi idea es que fue empujado hasta aquí río arriba por más de sesenta años de tormentas. Es probable que los torpedos, si es que llevaba alguno, se desprendieran hace tiempo.

—Bueno, es un consuelo —dijo Remi—. Salvo para el desafortunado pescador que algún día pille uno.

—Tendremos que decírselo a alguien; a los guardacostas o a la marina. Cómo solucionarán el problema, no tengo ni idea.

—Vamos por partes.

—Correcto. Paso uno: asegurarse de que no está colocado sobre un par de torpedos de sesenta años de antigüedad.

9

Sam utilizó una de las botellas de aire para inspeccionar el fondo debajo del Molch de proa a popa, y tocó con suavidad cada tronco con la punta de su cuchillo rogando para no oír un sonido metálico como respuesta. Tuvieron suerte; solo oyó el suave golpe de la madera podrida.

Dada la apariencia de los troncos que estaban más arriba, muchos de los cuales aún mostraban restos de corteza, Sam sospechó que el Molch había llegado hasta allí recientemente, empujado por la tormenta fuera del canal principal y hasta esa cala. Si era así, los torpedos estarían perdidos en alguna parte del canal principal del Pocomoke, entre allí y la bahía, unas veinte millas al sur.

Una teoría sólida, pero, al fin y al cabo, una teoría, se recordó Sam.

Acabó la exploración del fondo, y luego pasó a la siguiente tarea. Aunque no había visto ningún daño externo en el casco del Molch, eso no significaba que no estuviese inundado, y en ese caso, se les habría acabado la suerte. Pequeño si se lo comparaba con sus hermanos mayores, el Molch no era ninguna pluma, porque pesaba once toneladas. Si a eso añadía el volumen de agua que podía haber en su interior, ese minisubmarino sería como el Titanio para las cuerdas y los cabrestantes que ellos tenían.

Sam se movió desde la popa hacia la proa, y fue golpeando el casco cada pocos centímetros con los nudillos, atento al eco. Sonaba a hueco. Diablos, ¿podrían tener tanta suerte?

Volvió a la superficie y subió a la orilla.

—Buenas y malas noticias —dijo Sam—. ¿Qué quieres primero?

—Las buenas.

—Estoy seguro en un noventa por ciento de que los torpedos no están allí y de que no está inundado.

—¿Y las malas?

—Solo estoy seguro en un noventa por ciento de que los torpedos no están allí.

Remi lo pensó durante un momento y después comentó:

—Bueno, si estás equivocado, al menos nos iremos juntos, y con gran estruendo.

Sam dedicó la hora siguiente a colocar los cabos en el submarino, comprobó y volvió a comprobar la ubicación, los ángulos y los puntos de anclaje a los tres cabrestantes, que habían distribuido en abanico a lo largo de la orilla, cada uno atado a la base de un árbol. Sam había enganchado los otros extremos en la proa del Molch, alrededor de la escotilla de entrada y en el eje de la hélice.

En dos ocasiones, durante los preparativos, oyeron el ruido de un motor, y cada

vez se arrastraron por la hierba hasta su punto de observación que daba al río. La primera vez resultaron ser un padre y su hijo que pescaban carpas. La segunda, cinco minutos más tarde, eran Caracortada y su tripulación, que iban río arriba hacia Snow Hill. Como antes, se detuvieron en la entrada de cada cala de la orilla opuesta. Caracortada iba al timón, mientras uno de los otros, arrodillado en la proa, observaba con los prismáticos. Al cabo de diez minutos desaparecieron por un recodo. Sam y Remi esperaron otros cinco minutos para asegurarse de que se habían ido de verdad, y después volvieron al trabajo.

Incluso con el sumergible lleno de aire, moverlo requeriría utilizar la cantidad precisa de fuerza, aplicada de la manera correcta. Sam realizó los cálculos en su libreta, teniendo en cuenta los vectores de fuerza y las variables de flotación, hasta que estuvieron seguros de que lo conseguirían.

—Lo sabremos en cuanto se deslice de los troncos —dijo Sam—. Si se hunde, se acabó. Abrir la escotilla lo inundará. Si flota, la aventura continúa.

Repasaron el plan una vez más y luego ocuparon sus posiciones; Sam en el cabrestante del centro, Remi en el de popa.

—¿Preparada? —preguntó Sam.

—Preparada.

—En cuanto veas que se aparta de los troncos, comienza a mover la palanca. — Lo haré.

Sam empezó a mover su palanca poco a poco, más o menos cada segundo, oyendo el zumbido del cable por la tensión y el crujir del acero. Treinta segundos y cuarenta movimientos de palanca más tarde oyeron un suave crujido desde el agua y después, como si se moviese en cámara lenta, el periscopio del Molch comenzó a girar hacia ellos.

Se oyó otro sonido apagado, y Sam se imaginó cómo se partían los troncos debajo de la quilla. Sintió un débil temblor bajo sus pies, después el cabo se aflojó.

—Venga, Remi, lo más rápido que puedas.

Juntos comenzaron a mover las palancas. Pasados diez segundos, el cabo de Sam se volvió a tensar. Corrió hacia el cabrestante de proa y movió la palanca hasta que el cabo tembló con la tensión. Sam miró a Remi y vio vibrar el cabo.

—¡Vale, para!

Remi se quedó inmóvil.

—Comienza a caminar hacia atrás, tumbate boca abajo y espera hasta que yo te dé la señal.

Si cualquiera de los cabos se cortaba por la tensión, el trallazo tendría una fuerza letal.

Sam caminó hacia delante, con una mano apenas apoyada en el cabo para notar la tensión. Llegó al borde de la cala y miró hacia abajo.

—Cuánto amo la física —susurró Sam.

El Molch estaba apoyado en la ribera en un ángulo de treinta grados, con el periscopio entre las ramas de los árboles y la escotilla de entrada asomando por encima del agua.

Remi apareció a su lado.

—Hala —susurró.

—«Hala» es muy apropiado.

Añadieron un segundo cabo al que estaba amarrado a la escotilla, y después soltaron poco a poco los cabos de popa y de proa, los recogieron y los volvieron a atar en los troncos más cercanos a la orilla. Sam se apoyó en uno para mantener el equilibrio, y subió con cuidado a la cubierta del Molch. Se oyó un crujido, se movió un poco y se hundió unos centímetros, pero aguantó.

—¿Quieres hacer los honores? —preguntó Sam, y señaló la escotilla.

—Claro.

—Ten.

Sam le arrojó el martillo y ella lo cogió al vuelo, después subió a cubierta y se arrodilló junto a la escotilla. Le dio un buen golpe a cada una de las palancas, dejó el martillo a un lado e intentó moverlas. No se movieron. Repitió el proceso tres veces antes de que las palancas comenzasen a girar con un sonoro chirrido.

Remi respiró hondo, miró a Sam con los ojos muy abiertos y levantó la escotilla. De inmediato, arrugó la nariz y echó la cabeza hacia atrás.

—Dios, es horrible.

—Supongo que eso responde a la pregunta de si el tripulante aún estaba a bordo —dijo Sam.

—Sí, no hay ninguna duda —contestó Remi, que se tapó la nariz y echó un vistazo por la escotilla—. Me mira a los ojos.

El cadáver vestía una gorra de la Kriegsmarine y un mono azul oscuro. La palabra cadáver parecía del todo inadecuada para lo que Sam y Remi estaban mirando.

Atrapado en el interior estanco del Molch durante sesenta y cuatro años, aquel cadáver había sufrido una transformación que Sam solo podía describir como parte líquida y parte momificada.

—Creo que no me equivoco si digo que murió asfixiado —comentó Remi—. Una vez muerto, el cuerpo comenzó a descomponerse, pero sin oxígeno el proceso se detuvo, y lo dejó, digamos, a medio cocer.

—Oh, eso es precioso, cariño. Nunca olvidaré esa imagen.

La posición de los restos, que estaban tumbados en la cubierta al fondo de la

escalerilla con un brazo petrificado sobre uno de los peldaños, hablaba de las horas o los minutos finales del tripulante. Atrapado en el interior de aquel oscuro cilindro, consciente de que, con cada respiración, tenía la muerte más cerca, parecía natural que hubiese ido hacia la única salida, quizá con la ilusión de un milagro que en el fondo de su corazón sabía que nunca se produciría.

—Supongo que no te importará quedarte aquí arriba mientras exploro —dijo Sam.

—Adelante.

Sam encendió la linterna, deslizó las piernas por el interior de la escotilla, tanteando hasta que encontró un peldaño, y comenzó a descender.

Unos pocos peldaños antes de llegar abajo, se apartó de la escalerilla, por el lado opuesto del cadáver, y utilizó los brazos para alcanzar la cubierta.

De inmediato, Sam sintió una opresión. No resultaba claustrofóbico, pero sí diferente. No era lo bastante alto para estar de pie, apenas cabía con los brazos extendidos, y el interior parecía una mazmorra. Los mamparos, pintados de gris mate, estaban cubiertos con cables y tuberías, que parecían ir a todas partes y a ninguna a la vez.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Remi.

—Repugnante es la única palabra para describirlo.

Sam se arrodilló junto al cadáver y comenzó a buscar en los bolsillos. Todos estaban vacíos salvo el del pecho, en cuyo interior encontró una cartera. Se la pasó a Remi, y después fue hacia proa.

Por la poca información que había encontrado sobre el interior del Molch, la sección frontal de la proa contenía la batería principal y detrás, entre un par de tanques de lastre, el asiento del tripulante con unos controles rudimentarios y un hidrófono primitivo para detectar los barcos enemigos.

Debajo del asiento, Sam encontró una pequeña caja de herramientas y una funda de cuero en la que había una pistola Luger y un cargador de recambio. Se los guardó.

Atornillado al mamparo, debajo de cada tanque de lastre, había una taquilla rectangular. En una encontró media docena de botellas de agua, todas vacías, y una docena de latas de comida vacías. En la otra había una bolsa de cuero y un par de diarios encuadernados en cuero negro. Los guardó en la bolsa, y luego echó una última ojeada. Algo llamó su atención: un trozo de tela que asomaba por detrás de la taquilla. Se arrodilló y vio que era un saco de arpillera; en el interior había una caja de madera del tamaño y la forma de un pan. Sujetó el saco debajo del brazo y volvió a la escalerilla, le pasó todos los objetos a Remi y subió. En lo alto, se detuvo y miró al cadáver.

—Nos ocuparemos de que vuelvas a casa, capitán —susurró.

De nuevo en cubierta, Sam sujetó el cabo para que Remi pudiese saltar a la orilla.

Cuando separaba los pies, tocó con la punta del zapato el saco de arpillera. Del interior llegó el tintineo sordo del cristal.

Dominados por la curiosidad, ambos se arrodillaron en la cubierta. Remi abrió el saco y cogió la caja, que no tenía ninguna marca. Con mucho cuidado abrió el cierre de latón y levantó la tapa, para dejar a la vista lo que parecía un viejo hule. Remi la apartó.

Durante diez segundos ninguno de los dos habló, con la mirada puesta en el objeto que reflejaba la luz del sol.

—No puede ser, ¿verdad? —murmuró Remi.

Era una botella, una botella de vino de cristal verde.

Sam no respondió, con el dedo índice levantó un extremo fuera de la caja, para ver el fondo.

—Dios bendito... —dijo Remi.

El símbolo grabado en el vidrio les era bien conocido:



La Jolla, California

—Pobre hombre —comentó Remi—. Morir así... no me lo puedo imaginar.

—Pues yo no quiero imaginarlo —contestó Sam.

Estaban acostados en las tumbonas, en el solárium rodeado por palmeras y helechos, con el sol del mediodía alumbrando cada tono de las lajas de la Toscana. Era una de las habitaciones preferidas de la casa, lo cual era de difícil elección.

La casa y base de operaciones de los Fargo, situada en lo alto de los acantilados que daban a Goldfish Point y las azules aguas del Pacífico, tenía cuatro plantas de altura y una superficie de mil cien metros cuadrados, era de estilo español con techos abovedados y vigas de roble, y contaba con ventanas y claraboyas suficientes para tener al encargado de mantenimiento ocupado durante ocho horas cada mes.

En la última planta estaba el dormitorio de Sam y Remi, y debajo de esta, las cuatro habitaciones de invitados, una sala de estar, un comedor y una amplia cocina que se proyectaba sobre el acantilado. La segunda planta la ocupaba el gimnasio con todos los artículos de aeróbic y máquinas de entrenamiento, un baño turco y una piscina HycroWorx, además de un espacio de noventa metros cuadrados para que Remi practicara esgrima, y Sam, judo.

En la planta baja, de ciento ochenta metros cuadrados, estaban las oficinas de Sam y Remi y el despacho de Selma, con tres ordenadores Mac Pro conectados a pantallas panorámicas de treinta pulgadas y un par de televisores LCD de treinta y dos pulgadas colgados en la pared. En el lado este se encontraba el orgullo y alegría de Selma: un acuario de agua salada.

—Siempre podemos pensar que murió rápida y tranquilamente —le dijo Sam a Remi.

El hombre en cuestión, la pobre alma que habían encontrado tumbada al pie de la escalerilla del Molch, ahora tenía, gracias a los diarios que habían hallado a bordo, un nombre: Manfred Boehm. Korvettenkapitán Manfred Boehm. Uno había resultado ser el diario de a bordo del Molch; el otro, el diario privado de Boehm, que se remontaba a los primeros días de la Segunda Guerra Mundial.

Provistos de unas traducciones aproximadas hechas con traductores automáticos, Sam y Remi se habían sumergido en lo que muy pronto comenzó a parecer la última voluntad y testamento de Boehm y su submarino, del que no tardaron en saber que también tenía un nombre: UM-34 (Untersee Molch, el treinta y cuatro de la serie).

Sam se había dedicado al diario del UM-34 en un intento por descubrir de dónde había llegado y cómo había acabado en una cala del río Pocomoke, mientras que Remi se había ocupado del diario de Boehm, para saber cómo era el hombre más allá

del uniforme y el rango.

Después de cargarlo todo en la lancha y haber dejado el Molch en su último fondeadero, consideraron prudente evitar Snow Hill y Maxine's Bait 'n' Boat, llevados por la sospecha de que Caracortada y sus amigos estarían por allí a la espera de su regreso. En cambio, siguieron diez millas río abajo y desembarcaron al sur de Willow Grove, donde el Pocomoke estaban muy cerca de la autovía 113. Desde allí primero llamaron a la compañía de taxis de Pomoke City y luego a Maxine's. Sam les dio una breve y vaga explicación, y ofreció una generosa propina por la molestia de tener que recoger la lancha. La última llamada fue al director del hotel, quien aceptó enviarles las pertenencias a California.

Cinco horas más tarde estaban en el Aeropuerto Internacional de Norfolk para tomar un avión que los llevaría a casa.

En cuanto llegaron, le dieron a Selma la botella del UM-34, pero no tuvieron más noticias de ella porque se encerró en el taller con sus ayudantes, Pete Jeffcoat y Wendy Corden (que eran novios y estaban hartos de bromitas sobre Peter Pan), para una investigación maratoniana que no acabaría hasta que obtuvieran una respuesta.

A primera vista, Pete y Wendy eran los típicos jóvenes californianos veinteañeros —bronceados, atléticos, con el pelo rubio desteñido por el sol, y siempre sonrientes—, pero intelectualmente no había nada convencional en ellos, porque ambos se habían graduado en la University of Southern California entre los primeros de la promoción. Pete era licenciado en arqueología y Wendy en ciencias sociales.

Fuera lo que fuese lo que Sam y Remi habían descubierto, no había ninguna duda de que el símbolo del insecto en la botella concordaba a la perfección con el del fragmento de vidrio de Ted, ni tampoco había ninguna duda sobre la procedencia de la botella. La etiqueta estaba escrita en francés. Nada menos que en francés escrito a mano.

Las preguntas se acumulaban: ¿cuál era la relación entre los dos cristales? ¿Qué significaba el símbolo? ¿Las dos botellas habían comenzado el viaje a bordo del UM-34, y si era así, cómo se habían separado? Por último, ¿qué había en esas botellas que pudiera justificar un asesinato?

Qué hacer con el UM-34 y los restos de Boehm había sido una espina en las conciencias de Sam y Remi desde que habían dejado Maryland. Si bien se trataba de una zona un tanto gris, se podía decir que el submarino era un yacimiento arqueológico, y en cierto sentido eso los convertía en saqueadores de tumbas. Se consolaron con la promesa de que, una vez acabada la investigación de todas las posesiones de Boehm, las devolverían a su legítimo propietario, fuese el gobierno alemán o la familia o los descendientes de Boehm.

Dispuestos a poner la mayor distancia posible entre ellos y el UM-34, que ahora era a todas luces el objeto codiciado por Caracortada, habían llamado a su abogado,

quien les garantizó que alguien competente encontraría el submarino y que se informaría a las autoridades acerca de la posible presencia de torpedos en algún punto del Pocomoke.

—Tenía esposa e hijos —dijo Remi sin apartar la mirada de las páginas del diario—. Frieda y Helmut, en Arnsburg, en las afueras de Dusseldorf.

—Eso es fantástico. Entonces las posibilidades de que tenga familia allí son muchas. Si se confirma, los encontraremos.

—¿Qué tal va el diario de a bordo?

—Es un trabajo lento. Tendré que comenzar a apuntar en las cartas algunas de estas coordenadas, pero al parecer el 34 estaba unido a un barco nodriza que Boehm llamaba Gertrude.

—¿Gertrude? ¿Acaso la marina de guerra alemana ponía a sus navíos nombres...?

—No, tiene que ser un código.

—Códigos secretos, submarinos perdidos y misteriosas botellas de vino. Parece una novela de suspense.

—Quizá cuando resolvamos el rompecabezas...

Remi se echó a reír.

—Creo que ya tenemos más que suficiente.

—Algún día tendremos que escribir todo esto, ya sabes. Sería un gran libro.

—Algún día... Cuando seamos muy viejos y tengamos canas. Por cierto, hable con Ted. No se ha movido de allí.

—Gracias a Dios. ¿Qué has decidido? ¿Le preguntaste por el submarino?

—No.

Frobisher se mantenía aferrado a su vida bien ordenada, y su encuentro con un misterioso asaltante había sido una aventura que lo superaba. Además, Sam conocía a Ted. En cuanto el descubrimiento del submarino apareciese en los medios, comenzaría a preguntarse, dada su proximidad, si el cristal y el sumergible guardaban relación. Sin duda, los llamaría si tenía algo importante que decirles.

—Escucha esto —dijo Remi, y su dedo siguió una frase en la página—: «Wolfi me dio dos botellas de vino bueno, dos de las tres que traje. Dijo que lo celebraríamos juntos al final de la misión».

—Wolfi —repitió Sam—. ¿Sabemos quién es?

—No. He estado saltando páginas. Ahora lo buscaré. Aquí hay más: «Wolfi dijo que me merecía dos porque tengo la tarea más difícil». Me pregunto cuál sería.

—No lo sé, pero al menos sabemos de dónde procede el casco de Ted. En algún momento de la misión, Boehm perdió una de las botellas.

Sonó una voz en el intercomunicador que estaba en la pared, detrás de Remi.

—¿Señor y señora Fargo? —A pesar de los repetidos intentos, aún no habían conseguido que Selma los llamase por su nombre de pila.

Remi levantó una mano y apretó el botón del intercomunicador.

—Sí, Selma.

—Yo, esto..., tengo algo... Bueno, he encontrado...

Sam y Remi se miraron el uno al otro con curiosidad. En los diez años que Selma trabajaba para ellos nunca la habían oído hablar de otra manera que no fuese escueta y segura.

—¿Va todo bien? —preguntó Remi.

—Esto... bueno, por qué no bajan, intentaré explicárselo.

—Vamos para allá.

Encontraron a Selma sentada en un taburete frente a la mesa de trabajo central, con la mirada fija en la botella de vino que tenía delante. Pete y Wendy no estaban por ninguna parte.

El aspecto de Selma era un tanto desconcertante. Llevaba el pelo al estilo que Remi había bautizado como el «corte revisado de los sesenta», mientras que sus gafas de concha, colgadas de una cadena alrededor del cuello cuando no las usaba, estaban sacadas directamente de los cincuenta. Por defecto vestía pantalones de algodón, zapatillas y una, al parecer, interminable colección de camisetas desteñidas. Selma no bebía, no fumaba, no decía palabrotas, y su única adicción eran las infusiones, que bebía por litros. Un armario de la sala de trabajo estaba destinado a sus hierbas, la mayoría de las cuales tenían nombres que Sam y Remi eran incapaces de pronunciar.

—¿Dónde están Pete y Wendy? —preguntó Sam.

—Los envié a casa temprano. Me pareció que ustedes preferirían oír esto en privado. Ya decidirán más tarde si se lo quieren decir.

—Vale —respondió Remi.

—Por favor, dime que no has encontrado una botella llena de ébola líquido —le rogó Sam.

—No.

—Entonces ¿qué?

—No estoy segura de por dónde comenzar.

—Por donde quieras —dijo Sam con un tono amable.

Selma frunció los labios, y pensó en la respuesta.

—En primer lugar, el símbolo que hay en el culo de la botella, el insecto..., no tengo idea de lo que significa. Lo siento.

—No pasa nada, Selma. Continúa.

—Permítanme que vuelva atrás. Hablemos primero de la caja. Las bisagras y el cierre son de latón, y la madera es de una variedad de haya que se encuentra en muy pocos lugares del mundo. Casi todos están en los Pirineos, entre el sur de Francia y el norte de España.

»En cuanto a la envoltura interior, podría ser un descubrimiento en sí mismo. Podría ser, todo depende de las fechas, una primera muestra de hule europeo. Se trata de piel de becerro (seis capas) embebida en aceite de lino. Las dos capas exteriores están secas y algo mohosas, pero las cuatro interiores están en perfecto estado.

»El vidrio también es algo notable: de muy alta calidad y muy grueso, casi dos centímetros y medio. Aunque no estoy dispuesta a hacer la prueba, estoy segura de que podría soportar muchos golpes.

»La etiqueta de la botella es de cuero repujado a mano, pegado al vidrio y también atado por arriba y por abajo con un cordel de cáñamo. Como ven, las marcas de la etiqueta fueron trazadas en el cuero con un buril, y luego rellenas con tinta... En realidad, es una tinta muy especial, una mezcla de *Aeonium arboreum* "Schwartzkopf"...

—Traduce, por favor —pidió Remi.

—Es una variedad de rosa negra. La tinta es una mezcla de sus pétalos y de cigarra aplastada; una cigarra espumadora que solo se encuentra en las islas del mar de Liguria. En cuanto a los detalles de la etiqueta... —Selma cogió la botella, esperó a que Sam y Remi se acercasen, y luego encendió una lámpara halógena—. Esta frase..., «mesures usuelles», en francés significa «medidas habituales». Es un sistema que no se utiliza desde hace ciento cincuenta años o más. Y esta palabra aquí..., «demis», significa «mitades», que equivale aproximadamente a la pinta inglesa, o sea, medio litro.

—No es mucho líquido para una botella de ese tamaño —observó Remi—. Tiene que ser el grosor del vidrio.

Selma asintió.

—Ahora vamos a ocuparnos de la tinta: como ven, está borrada en algunos puntos, así que llevará tiempo recrear la imagen, pero ¿ven las dos letras en las esquinas superiores derecha e izquierda, y los dos números en las esquinas inferiores derecha e izquierda?

Los Fargo asintieron.

—Los números representan un año. Uno y nueve. Diecinueve.

—¿Diecinueve diecinueve? —preguntó Remi.

Selma sacudió la cabeza.

—Dieciocho diecinueve. En cuanto a las letras, HyA, son iniciales.

—¿Qué pertenecen a...? —la animó Sam.

Selma se echó hacia atrás e hizo una pausa.

—A ver, tengan presente que no estoy segura de esto. Debo hacer unas cuantas averiguaciones más para tener la certeza...

—Lo comprendemos.

—Creo que las iniciales corresponden a Henri Archambault.

Sam y Remi oyeron el nombre, se miraron el uno al otro, y después miraron a Selma, que sonrió como si se disculpase y se encogió de hombros.

—Vale, solo para confirmar que hablamos de lo mismo —dijo Remi—. Nos referimos a Henri Archambault, ¿no?

—El único e inimitable —respondió Selma—. Henri Emile Archambault; el enólogo jefe de Napoleón Bonaparte. A menos que esté muy confundida, han encontrado una botella de la bodega perdida de Napoleón.

Sebastopol

El faisán salió de la maleza y cruzó el cielo, con las alas batiendo furiosas en el frío aire de la mañana. Hadeon Bondaruk esperó a que el pájaro tuviese una buena ventaja, se llevó la escopeta al hombro y disparó. El faisán se sacudió en el aire, las alas se detuvieron, y comenzó a caer a tierra.

—Buen disparo —comentó Grigori Arjipov, que estaba unos pocos pasos más allá.

—¡Ve! —ordenó en persa Bondaruk.

Los dos perros labradores que habían estado sentados pacientemente a los pies de Bondaruk se lanzaron a la carrera en busca del pájaro caído. El suelo alrededor del cazador estaba salpicado con nada menos que una docena de faisanes, todos destrozados por los perros.

—Detesto el sabor de su carne —le explicó Bondaruk a Arjipov, quien apartó un faisán de un puntapié—. A los perros les encanta el ejercicio. ¿Qué dices tú, Jolkov, te gusta cazar?

Vladimir Jolkov, que estaba un poco por detrás de Arjipov, ladeó la cabeza mientras pensaba la respuesta.

—Depende de la presa.

—Buena respuesta.

Jolkov y Arjipov habían servido juntos la mayor parte de su estancia en el Spetsnaz: Arjipov era el comandante; Jolkov, el leal oficial ejecutivo, una relación que habían continuado en su vida civil como mercenarios. Durante los últimos cuatro años, Hadeon Bondaruk había sido el indiscutible mejor postor y había convertido a Arjipov en un hombre rico.

Tras informar a Bondaruk de su fracaso en la búsqueda de los Fargo, Jolkov y Arjipov habían sido llamados a la residencia de vacaciones de su jefe en las colinas de la península de Crimea. Aunque había llegado el día anterior, Bondaruk aún no había mencionado el incidente.

Arjipov no tenía miedo de ningún hombre —eso lo había presenciado Jolkov en el campo de batalla docenas de veces—, pero ambos reconocían a un hombre peligroso cuando lo veían, y Bondaruk era de los más traicioneros. Aunque nunca lo había presenciado, no tenía duda de la capacidad de Bondaruk para la violencia. No era el miedo lo que los inquietaba cuando estaban cerca de Bondaruk, sino una saludable cautela adquirida por la experiencia. Bondaruk era imprevisible, como un tiburón que se mueve pacíficamente, sin prestar atención a nada y a todo, dispuesto a atacar en un instante. Incluso en ese momento, mientras hablaban, Jolkov sabía que

su jefe no desviaba la mirada de la escopeta de Bondaruk, atento al movimiento del cañón como si fuese la boca de un gran tiburón blanco.

Jolkov sabía algo de la juventud de Bondaruk en el Turkmenistán. El hecho de que su actual jefe hubiese matado a muchas docenas de sus compatriotas —quizá incluso hombres que él conocía— durante el conflicto en la frontera con Irán le importaba muy poco. La guerra era la guerra. Los mejores soldados, aquellos que habían sobresalido y sobrevivido, por lo general se ocupaban de matar a sus enemigos sin pasión alguna.

—Es fácil disparar bien con un arma de calidad —comentó Bondaruk, que abrió el cerrojo y extrajo el cartucho—. Hecha a mano por Hambrusch Jagdwaffen en Austria. ¿Te atreves a adivinar que antigüedad tiene, Grigori?

—No tengo ni idea —respondió Arjipov.

—Ciento ochenta años. Perteneció nada menos que a Otto von Bismarck.

—No me diga.

—Es parte de la historia viva —manifestó Bondaruk como si Arjipov no hubiese hablado—. Mira allá. —Bondaruk señaló al sudeste hacia las tierras bajas junto a la costa—. ¿Ves aquellas colinas?

—Sí.

—En 1854, durante la guerra de Crimea, allí fue donde se libró la batalla de Balaclava. ¿Conoces el poema de Tennyson: «La carga de la brigada ligera»?

Arjipov se encogió de hombros.

—Creo que lo leímos en la escuela primaria.

—La batalla fue relegada a la sombra por el poema; hasta tal punto que muchas personas no tienen idea del relato. Setecientos soldados británicos (caballería de los regimientos 4 y 13 de dragones, el 17 de lanceros y el 8 y el 11 de húsares) cargaron contra una posición rusa fortificada con cañones. Cuando se despejó el humo, de aquellos soldados quedaban menos de doscientos. Tú eres un militar, Vladimir. ¿Cómo lo llamarías? ¿Locura o valentía?

—Es difícil saber lo que estaba en la mente de los comandantes.

—Otro ejemplo de historia viva —dijo Bondaruk—. La historia trata de personas y legados. Grandes hechos y grandes ambiciones. También, por supuesto, de grandes fracasos. Venga, venid conmigo.

Con la escopeta en el pliegue del codo, Bondaruk paseó por la alta hierba, y de cuando en cuando le disparaba a algún faisán que remontaba vuelo.

—No te culpo por haberlos perdido —manifestó Bondaruk—. He leído sobre los Fargo. Les gustan las aventuras. El peligro.

—Los encontraremos.

Bondaruk hizo un gesto como si descartase esas palabras.

—¿Sabes por qué esas botellas son tan importantes para mí, Grigori?

—No.

—La verdad es que las botellas, el vino que contienen y su procedencia no tienen importancia. Una vez que cumplan su propósito, puedes destrozarlas, que a mí no me importa.

—Entonces ¿por qué...? ¿Por qué las desea tanto?

—Por dónde nos pueden llevar. Es lo que han estado ocultando durante doscientos años; durante otros dos mil anteriores. ¿Cuánto sabes de Napoleón?

—Algo.

—Napoleón era un táctico astuto, un general despiadado y un soberbio estratega. Todos los libros de historia coinciden, pero hasta donde a mí me interesa, su mayor rasgo era la previsión. Siempre miraba diez pasos adelante. Cuando le encargó a Henri Archambault que crease el vino y las botellas que lo contenían, Napoleón pensaba en el futuro, más allá de las batallas y la política. Pensaba en su legado. Por desgracia, la historia lo alcanzó. —Bondaruk se encogió de hombros y sonrió—. Supongo que la adversidad de un hombre es la buena suerte de otro.

—No lo entiendo.

—Sé que no.

Bondaruk comenzó a caminar y llamó a sus perros para que lo siguiesen, y de pronto se volvió hacia Arjipov.

—Me has servido muy bien, Grigori, durante muchos años.

—Ha sido un placer.

—Como he dicho, no te culpo por haber perdido a los Fargo, pero necesito tu palabra de que no volverá a ocurrir.

—La tiene, señor Bondaruk.

—¿Lo juras?

Por primera vez en los ojos de Arjipov se reflejó la incertidumbre.

—Por supuesto.

Bondaruk sonrió; pero no había ninguna sonrisa en sus ojos.

—Bien. Levanta la mano derecha y jura.

Después de un instante de vacilación, Arjipov levantó la mano a la altura del hombro.

—Juro que...

La escopeta de Bondaruk giró en sus manos, y de la boca del cañón salió una llama naranja. La mano y la muñeca derecha de Arjipov desaparecieron en una nube de sangre. El antiguo Spetsnaz se tambaleó un paso atrás, miró por un instante el muñón, del que salía un surtidor de sangre, antes de soltar un gemido y caer de rodillas.

Jolkov, que estaba unos pasos atrás y a un costado, se apartó, con los ojos fijos en la escopeta de Bondaruk. Arjipov se sujetó sin fuerzas el muñón, y después miró a

Jolkov.

—¿Por qué...? —gimió.

Bondaruk se acercó a Arjipov y lo miró.

—No te culpo, Grigori, pero la vida es causa y efecto. De haber trabajado más rápido con Frobisher, los Fargo no habrían tenido tiempo de intervenir.

Bondaruk movió la escopeta de nuevo, apuntó al tobillo izquierdo de Arjipov y apretó el gatillo. El pie desapareció. Arjipov soltó un alarido y cayó de lado. Bondaruk abrió el arma, cargó otros dos cartuchos que llevaba en el bolsillo y después procedió a volarle la mano y el pie que quedaban, y a continuación observó cómo su subordinado se retorció en el suelo. Pasados treinta segundos, Arjipov se quedó inmóvil.

Bondaruk miró a Jolkov.

—¿Quieres su trabajo?

—¿Perdón?

—Te ofrezco un ascenso. ¿Lo aceptas? Jolkov respiró hondo.

—Debo admitir que su estilo de dirigir al personal me da que pensar.

Bondaruk sonrió al escucharlo.

—Arjipov no está muerto porque cometió un error, Vladimir. Está muerto porque cometió un error que no se puede reparar. Ahora los Fargo están involucrados, y es una complicación que no podemos permitirnos. Se te tolera cometer errores, siempre que no sean irreversibles. Necesito que me contestes ahora.

Jolkov asintió.

—Acepto.

—¡Fantástico! Vamos a desayunar.

Bondaruk dio media vuelta y comenzó a alejarse, con los perros en sus talones, pero luego se detuvo para volverse otra vez.

—Por cierto, cuando lleguemos a la casa, quizá quieras mirar el canal de noticias norteamericano. Oí que un agente de la policía estatal de Maryland se encontró con un minisubmarino alemán medio hundido.

—Vaya.

—Interesante, ¿no?

La Jolla

—No lo dirás en serio —le dijo Sam a Selma—. La bodega perdida de Napoleón no es... no es más...

—Que una leyenda —acabó Remi por él.

—Correcto.

—Quizá no —señaló Selma—. En primer lugar, hablemos un poco de historia para poder situarnos en el contexto, ya sé que ambos conocen, más o menos, la historia de Napoleón, pero tengan un poco de paciencia. No los aburriré, así que nos centraremos en su primer puesto como comandante.

»Curso de nacimiento, Napoleón ganó sus primeras menciones en el sitio de Toulon en 1793 y fue ascendido al rango de brigadier general, y luego al de general del ejército de Occidente, comandante del ejército interior y después comandante del ejército francés en Italia. Durante los años siguientes libró una serie de batallas en Austria y regresó a París convertido en héroe nacional. Tras pasar unos pocos años en Oriente Medio en su campaña de Egipto, que en el mejor de los casos fue un triunfo marginal, regresó a Francia y participó en un golpe de Estado que le permitió convertirse en el primer cónsul del nuevo gobierno francés.

»Un año más tarde llevó un ejército a través de los Alpes Peninos para librar la segunda campaña italiana...

—El famoso cuadro donde aparece montado en su caballo...

—Así es —asintió Selma—. Montado en un caballo brioso, con la barbilla firme y el brazo señalando a lo lejos... La verdad, sin embargo, es un poco diferente. En primer lugar, la mayoría de las personas creen que el nombre del caballo era Marengo, pero en realidad, en aquel momento se llamaba Styrie; le cambió el nombre después de la batalla de Marengo, unos pocos meses más tarde. Y aquí está lo gracioso: lo cierto es que Napoleón realizó la mayor parte del viaje en una mula.

—No del todo adecuado para su imagen.

—No. En cualquier caso, después de la campaña, Napoleón regresó a París y fue designado primer cónsul a perpetuidad; en esencia, una dictadura benevolente. Dos años más tarde se proclamaría emperador.

«Durante la década siguiente o un poco más, libra batallas y firma tratados hasta 1812, cuando comete el error de invadir Rusia. No resulta como está planeado, y se ve obligado a dirigir una retirada en invierno que diezma su gran ejército. Regresa a París y durante los dos años siguientes lucha contra Prusia y España, no solo en el extranjero, sino también en suelo francés. Poco después de aquello, cae París. El Senado declara acabado el imperio de Napoleón, y en la primavera de 1814 abdica en

favor de Luis XVIII, de la línea de los Borbones. Un mes más tarde, Napoleón es exiliado a Elba, y su esposa e hijo huyen a Viena.

—No era Josefina, ¿verdad? —preguntó Sam.

—Así es. Napoleón imitó a Enrique VIII y se divorció de ella en 1809 porque no le había dado un heredero varón. Se casó con la hija del emperador de Austria, María Luisa, quien le dio un hijo.

—Vale, continúa.

—Al cabo de un año de exilio, Napoleón escapó, regresó a Francia y reunió a un ejército. Luis XVIII abandonó el trono y Napoleón lo asumió. Eso fue el comienzo de lo que los historiadores llaman la Campaña de los Cien Días; aunque no duró tanto. No habían pasado tres meses, en junio, cuando Napoleón fue derrotado por los ingleses y los prusianos en la batalla de Waterloo. Napoleón abdica de nuevo y es exiliado por los británicos a Santa Helena, un trozo de roca en medio del Atlántico, entre África occidental y Brasil. Pasó allí los últimos seis años de su vida y murió en 1821.

—De cáncer de estómago —dijo Sam.

—Es la teoría más aceptada, pero muchos historiadores creen que fue asesinado, envenenado con arsénico.

»Esto nos lleva de nuevo a la bodega perdida —continuó Selma—. El mito se remonta a 1852 y a la supuesta confesión en el lecho de muerte de un contrabandista llamado Lionel Arienne, quien afirmó que en junio de 1820, once meses antes de la muerte de Napoleón, fue abordado por un agente de este en una taberna en Le Havre. El militar, al que Arienne sencillamente se refirió como «el comandante», contrató a Arienne y a su barco, el Faucon, para que lo llevase a Santa Helena, donde debían recoger una carga y transportarla a un destino que sería mencionado después de dejar la isla.

«Según Arienne, cuando llegaron a Santa Helena, seis semanas más tarde, fueron recibidos en una pequeña cala por un hombre en una barca de remos, que subió a bordo una caja, de unos sesenta centímetros de largo y treinta de ancho. De espaldas a Arienne, el comandante abrió la caja, inspeccionó el contenido, la volvió a cerrar y, de pronto, desenvainó la espada y mató al barquero. El cadáver fue sujetado con un trozo de cadena y arrojado por la borda. El bote lo hundieron.

»Fue en este punto del relato de Arienne cuando el viejo contrabandista, según la historia, exhaló su último suspiro, nada menos que en mitad de la frase, y se llevó con él cualquier pista acerca del contenido de la caja o de dónde el comandante y él la hubiesen llevado. Este habría sido el final —añadió Selma—, de no ser por Lacanau.

—El nombre del viñedo particular de Napoleón —dijo Sam.

—Correcto. Mientras Arienne y el desconocido comandante iban camino de Santa Helena, el viñedo de Lacanau, que el gobierno francés había permitido con toda

generosidad que permaneciera como parte de las propiedades de Napoleón, fue arrasado por un incendio provocado por una o varias personas desconocidas. Los viñedos, la bodega, todos los toneles quedaron destruidos. Incluso la tierra, a la que rociaron con sal y lejía.

—También las semillas, ¿no es así? —dijo Remi.

—Las semillas, también. En realidad el nombre «Lacanau» era de conveniencia. De hecho, las cepas del viñedo Lacanau procedían de semillas recogidas en las regiones corsas de Patrimonio y Ajaccio. Napoleón le ordenó a Archambault que las utilizase para crear la variedad Lacanau.

»En cualquier caso, cuando aún estaba en el poder, Napoleón dispuso que las semillas de las uvas Lacanau se guardasen en depósitos seguros en Amiens, París y Orleans. Según la leyenda, mientras los incendios consumían Lacanau, las semillas desaparecieron misteriosamente y se las dio por destruidas. La uva Lacanau, que solo crecía en aquella región costera de Francia, había desaparecido para siempre.

—Ahora supongamos que todo esto no es solo una leyenda —dijo Remi—. Así pues, desde el exilio, Napoleón, a través de un mensajero secreto, de una paloma mensajera o lo que fuese, le habría ordenado a Henry Archambault, su vinatero, que produjese una última partida de vino y lo enviase a Santa Helena, y luego habría dado órdenes a sus fieles en Francia para que destruyesen los viñedos, arruinasen la tierra y después recuperasen y destruyesen las semillas. Unos meses más tarde, le habría pedido a ese... comandante que viajase a la isla para llevarse el vino a unos destinos desconocidos. —Remi miró a Sam y Selma—. ¿Lo he explicado bien?

—Suenan bien —dijo Sam.

Los tres hicieron una pausa durante diez segundos y miraron con nuevos ojos la botella que estaba sobre la mesa.

—¿Cuánto valdrá? —le preguntó Remi a Selma.

—La historia dice que había doce botellas en la caja que el comandante y Arienne se llevaron de Santa Helena, y, por lo que parece, una de las botellas se ha roto. Si la caja estuviese completa..., yo diría que nueve o diez millones de dólares, para el comprador adecuado, por supuesto. Pero si la caja no está completa, eso bajaría el precio. Si tuviese que dar una cifra..., diría que cada botella vale entre seiscientos y setecientos mil dólares.

—Una botella de vino —murmuró Remi.

—Por no mencionar el valor histórico y científico —señaló Sam—. Estamos hablando de una variedad de uva que con toda probabilidad se ha extinguido.

—¿Exactamente qué es lo que quieren hacer? —preguntó Selma.

—Debemos asumir que Caracortada busca el vino y no el submarino —respondió Sam.

—A mí no me pareció un entendido —añadió Remi.

—Eso significa que trabaja para alguien. Haré unas cuantas llamadas, cobraré unos cuantos favores y veré qué encontramos. Mientras tanto, Selma, llama a Pete y Wendy y ponlos al corriente. ¿Remi?

—Estoy de acuerdo. Selma, tú continúa investigando sobre Lacanau. Necesitamos saberlo todo: de la botella, de Henry Archambault... Ya sabes qué debes hacer.

Selma tomaba nota.

—Estoy en ello.

—Cuando Pete y Wendy —dijo Sam— lleguen aquí y estén preparados, que se ocupen de Napoleón y su misterioso comandante. Lo que sea.

—Hecho. No obstante, hay una cosa que no deja de inquietarme. La tinta hecha con cigarra machacada de la etiqueta viene del archipiélago toscano en el mar de Liguria.

Sam comprendió lo que ella insinuaba.

—Que es donde está Elba.

—Y donde Napoleón pasó su primer exilio —intervino Remi—. Seis años antes de la afirmación de Arienne de que él y el comandante habían llegado a Santa Helena para recoger el vino.

—Puede ser que Napoleón estuviese planeando eso desde Elba, o que se llevara la tinta a Santa Helena —señaló Sam—. Quizá nunca lo sepamos. Selma, empieza con tu parte.

—Vale. ¿Y ustedes dos?

—Tenemos que ocuparnos de unas lecturas —contestó Remi—. Esta botella estaba a bordo del submarino, dejada allí por Manfred Boehm. Descubrimos dónde iniciaron el viaje el UM-34 y Boehm. Descubrimos de dónde procedía la botella.

Leyeron el diario de Boehm y el diario de a bordo del submarino hasta altas horas de la noche. Remi tomaba notas que podían ayudarlos a entender mejor al hombre; Sam intentaba recrear el rumbo del submarino hasta su última posición.

—Ya está —dijo Remi, que se irguió en la silla y tocó el diario—. Esto es lo que estábamos buscando: Wolfgang Müller. Escucha este apunte: «3 de agosto de 1944: por primera vez como compañeros de armas, Wolfi y yo zarpamos juntos esta mañana. Ruego a Dios que triunfemos y nos mostremos dignos de nuestros mandos».

—Compañeros de armas —repitió Sam—, y el hombre con la otra botella. Así que Müller también pertenecía a la Kriegsmarine; Boehm era el capitán del UM-34, Müller el capitán de... ¿qué? ¿Quizá del Gertrude? ¿La nave nodriza de Boehm?

—Quizá. —Remi cogió el móvil y llamó al taller—. ¿Selma, puedes utilizar tu magia para nosotros? Necesitamos cualquier cosa que puedas averiguar de un marino de la Segunda Guerra Mundial llamado Wolfgang Müller. En el verano o el otoño de 1944 pudo haber comandado una nave de algún tipo. Bien, gracias.

Fiel a su reputación, Selma llamó media hora más tarde. Remi puso el teléfono en manos libres.

—Lo encontré —dijo Selma—. ¿Quieren la versión larga o corta?

—La corta, por ahora —contestó Sam.

—Capitán de fragata Wolfgang Müller, nacido en 1910 en Munich. Entró en la marina de guerra en 1934. Los ascensos habituales, ninguna sanción disciplinaria. En 1944 fue nombrado capitán de la nave auxiliar Lothringen. Su base era Bremerhaven, y su zona de servicio, el Atlántico. Según la base de datos de la marina alemana, el Lothringen fue primero un transbordador francés llamado Londres. Los alemanes lo capturaron en 1940 y lo convirtieron en un lanzaminas. Fue reasignado para una tarea especial en julio de 1944, pero no hay ninguna mención de detalles.

—¿Un lanzaminas, dices? —exclamó Remi—. ¿Por qué querrían...?

—En ese momento de la guerra, los alemanes estaban perdiendo y lo sabían. Todos menos Hitler, por supuesto —dijo Selma—. Estaban desesperados. Los barcos auxiliares, que por lo general se habrían utilizado para llevar al UM-34, habían sido hundidos o convertidos en transporte de tropas.

»También encontré una página web llamada Sobrevivientes del Lothringen, junto con varios blogs dedicados al tema. Al parecer, el Lothringen fue atacado e inutilizado durante una tormenta por un destructor de la armada norteamericana en septiembre de 1944 frente a Virginia Beach.

—A unas cincuenta millas al sur de la bahía Pocomoke —dijo Remi.

—Así es. Solo la mitad de la tripulación del Lothringen sobrevivió al ataque. Los que lo lograron pasaron el resto de la guerra en un campo de prisioneros de Wisconsin llamado Campo Lodi. El Lothringen fue remolcado hasta Norfolk y vendido a Grecia después de la guerra. Hasta donde sé no hay ningún registro de que haya sido desguazado.

—¿Qué paso con Müller? ¿Alguna idea de qué fue de él, Selma?

—Nada todavía. Continúo buscando. Uno de los blogs sobre el Lothringen, que lleva la nieta de un sobreviviente llamado Froch, es en sí mismo un diario. Las entradas hablan mucho de las semanas anteriores al ataque. Si hemos de creer al relato, el Lothringen estuvo durante un mes en una base secreta alemana en las Bahamas para unas reparaciones, y los tripulantes se lo pasaron de miedo con las muchachas nativas. En un lugar llamado Rum Cay.

—Selma, ¿en el Lothringen había algún espacio destinado a hacer reparaciones?

—Ni hablar. Lo mejor que podía hacer era amarrar el UM-34 en la cubierta, taparlo con una lona para mantenerlo oculto de miradas curiosas y luego transportarlo a través del Atlántico.

—Eso explicaría por qué no hicieron ninguna reparación en el mar —dijo Remi.

—Es cierto, pero ¿por qué no hicieron la reparación en Bremerhaven antes de

zarpar? Quizá tenían prisa. Como he dicho, por aquel entonces ya estaban desesperados.

—Esperad un momento —exclamó Sam. Cogió el diario de a bordo y comenzó a pasar páginas—. ¡Aquí, aquí mismo! Al principio del diario, Boehm menciona un lugar, pero solo con las iniciales: R. C.

—Rum Cay —murmuró Remi.

—Tiene que serlo.

—Encaja —asintió Selma.

Sam miró a Remi, que sonrió y asintió con un gesto.

—Vale, Selma, es hora de que hagas de agente de viajes. Búscanos dos asientos en el primer vuelo a Nassau.

—Hecho.

—También un coche de alquiler —añadió Sam—. Algo veloz y sexy.

—Me gusta tu estilo —dijo Remi con una sonrisa astuta.

Nassau, Bahamas

Selma había hecho de agente de viajes con su eficacia habitual y les había reservado dos asientos de primera clase en el último vuelo que salía de San Diego con dirección este. Tras siete horas de viaje, incluida una escala, aterrizaron en el Aeropuerto Internacional de Nassau, poco después del mediodía. Tuvieron menos suerte con el coche de alquiler, pues acabaron con un Volkswagen Escarabajo descapotable rojo brillante; según Selma, el coche más rápido y sexy de las Bahamas. Sam sospechó que Remi había sobornado a Selma, pero no dijo nada hasta que, al salir del aparcamiento, pasaron junto a un Corvette con la pegatina de Avis.

—¿Lo has visto? —dijo Sam, que miró por encima del hombro.

—Es por tu propio bien, Sam —respondió Remi, y le dio una palmada en la rodilla—. Confía en mí. —Mantuvo una mano en el ala de su sombrero blanco para impedir que volase y echó la cabeza hacia atrás para disfrutar del sol tropical.

Sam gruñó algo en respuesta.

—¿Qué has dicho? —preguntó Remi.

—Nada.

En la recepción del Four Seasons les esperaba un mensaje:

Tengo información.

Llamad por línea terrestre lo antes posible.

R.

—¿Rube? —preguntó Remi. Sam asintió.

—¿Por qué no vas tú al bungalow? Veamos qué tiene que decir, y después me reuniré contigo.

—Vale.

Sam buscó un rincón aislado en el vestíbulo y sacó su teléfono móvil. Rubin Haywood descolgó al primer tono.

—Espera, Sam. —Se oyó un clic y después un chirrido mientras Rube ponía en marcha lo que Sam dedujo que sería algún aparato de cifrado—. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Gracias por esto. Te debo una.

—No, ni hablar.

La amistad de Haywood y Sam se remontaba a doce años atrás, a los primeros días de Sam en la DARPA, y se habían conocido en el Campo Perry de la CIA en los

bosques de Virginia, cerca de Williamsburg. Haywood, que era un agente de la Dirección de Operaciones de la CIA, participaba en un curso de operaciones encubiertas. Sam estaba allí con el mismo propósito, pero como parte de un programa experimental destinado a someter a los mejores y más brillantes de la DARPA a una serie de situaciones reales que los agentes vivían en las misiones. La idea era sencilla: cuanto mejor pudiesen entender los ingenieros de la DARPA lo que era en realidad el trabajo de campo —de primera mano y desde cerca—, mejor diseñarían herramientas y artilugios que respondiesen a los desafíos del mundo real.

Sam y Rube se habían hecho amigos en el acto, y su amistad se consolidó durante las seis largas semanas de entrenamiento. Desde entonces se habían mantenido en contacto y una vez al año, en otoño, se encontraban para una excursión de tres días por Sierra Nevada.

—Todo lo que te diré no está clasificado, al menos oficialmente.

Sam leyó entre líneas. Después de recibir su llamada, Rube a su vez había hecho varias llamadas, aprovechando fuentes y contactos fuera del gobierno.

—Vale. Tú mensaje sugería que es urgente.

—Sí. El tipo al que tú llamas Caracortada utilizó una tarjeta de crédito ligada a una serie de cuentas falsas para pagar la embarcación en Snow Hill. Su nombre es Grigori Arjipov. Un antiguo miembro de las fuerzas especiales rusas. Estuvo destinado en Afganistán y Chechenia. Él y su mano derecha, un tipo llamado Jolkov, dejaron el ejército en 1994 y se pusieron a trabajar por libre. A Arjipov ya lo conoces; te envío por correo electrónico una foto de Jolkov. Si no lo has visto todavía, lo verás. Hasta donde sabemos, llevan trabajando para un único hombre desde 2005, un tío peligrosísimo llamado Hadeon Bondaruk.

—He oído ese nombre.

—Me sorprendería que no fuese así —manifestó Rube—. Es el rey de la mafia ucraniana y lo más destacado de la alta sociedad de Sebastopol. Ofrece fiestas y cacerías en su finca varias veces al año y restringe su lista de invitados a los supermillonarios: políticos, realeza europea, celebridades... Nunca ha sido acusado de un crimen, pero se sospecha que es autor de docenas de asesinatos; en su mayoría, de otros jefes mafiosos y matones que por alguna razón provocaron su ira. Aparte de los rumores, no hay gran cosa sobre su pasado.

—Me encantan los chismes —dijo Sam—. Cuéntamelos.

—El rumor dice que estuvo al mando de un grupo guerrillero en Turkmenistán durante todo el conflicto en la frontera ruso-iraní. Se movía por las montañas como un fantasma, emboscaba a patrullas y convoyes y nunca dejaba a nadie vivo.

—Un verdadero samaritano.

—¿Por qué te interesa?

—Creo que va detrás de lo mismo que nosotros.

—¿Que es qué?

—Será mejor que no lo sepas, Rube. Ya te has jugado bastante el pellejo.

—Venga, Sam...

—Déjalo, Rube. Por favor.

Haywood hizo una pausa y después suspiró.

—De acuerdo, tú eres el jefe. Pero escucha: aunque hasta ahora has tenido suerte, se te puede acabar de pronto.

—Lo sé.

—¿Al menos me dejarás que te ayude? Conozco a un tipo allí que deberías ver. ¿Tienes un boli?

Sam cogió el bloc de papel de la mesa y apuntó el nombre y la dirección que le dio Rube.

—Confío en él. Ve a verlo.

—De acuerdo.

—Por el amor de Dios, tened mucho cuidado, ¿me oyes?

—Te oigo. Remi y yo ya hemos pasado por algunos aprietos graves. Nos ocuparemos de este.

—¿Cómo lo harás?

—Muy fácil. Nos mantendremos siempre un paso por delante.

Tres horas más tarde, Sam, en el Volkswagen Escarabajo, dejó la carretera de la costa para entrar en un pequeño aparcamiento y se detuvo junto a un oxidado cobertizo donde había una manga de viento y un cartel pintado a mano que decía: air sampson. Cincuenta metros a la derecha había otro cobertizo más grande, y entre las dobles puertas correderas vieron el morro de un avión. Al otro lado del hangar había una pista de aterrizaje hecha con conchas machacadas.

—¿Es aquí? —preguntó Remi, con los ojos entrecerrados.

Sam consultó su mapa.

—Sí, es aquí. Selma jura que es el mejor lugar de la isla para alquilar un avión.

—Si ella lo dice... ¿Estás dispuesto a llevar esa cosa? —Remi señaló con un gesto un objeto envuelto con una toalla que estaba en el suelo a los pies de Sam.

Después de hablar con Rube, Sam había ido al bungalow y le había resumido la conversación a Remi, quien lo escuchó con atención y sin hacer preguntas.

—No quiero verte herido —dijo ella por fin y tomó sus manos entre las suyas.

—Y yo no quiero verte herida. Sería el final de mi mundo.

—Entonces evitemos que nos hieran. Como dijiste, nos mantendremos un paso por delante. Y si las cosas se ponen muy mal...

—Llamaremos a los buenos y nos iremos a casa.

—Claro que sí —afirmó ella.

Antes de ir al aeródromo, tras salir del hotel, habían ido a la dirección que les había dado Rube y que correspondía al local de un zapatero remendón en el centro de Nassau, donde los esperaba Guido, el propietario y contacto de Rube.

—Rube no estaba seguro de si vendrían —dijo Guido en un inglés con un leve acento italiano—. Comentó que ambos son muy testarudos.

—¿Eso dijo?

—Sí, sí.

Guido fue hasta la puerta, colgó el cartel de he salido a comer, y los llevó al cuarto de atrás, desde donde bajaron unos pocos escalones de piedra hasta un sótano alumbrado por una única bombilla. En un banco de trabajo, entre zapatos por remendar, había un revólver de cañón corto calibre 38.

—Están acostumbrados a manejar armas, ¿no?

—Sí —respondió Sam por los dos.

Remi era una excelente tiradora y no tenía miedo a manejar armas, pero intentaba evitarlas todo lo posible.

—Bien —respondió Guido—. No hay número de serie en el arma. Imposible rastrearla. Pueden tirarla cuando acaben. —Envolvió el revólver y una caja de cincuenta proyectiles en una toalla y se la dio a Sam—. Un favor, si no le importa.

—Diga —le pidió Sam.

—No maten a nadie.

Sam sonrió.

—Es la última cosa en el mundo que queremos hacer. ¿Cuánto le debemos?

—Nada, por favor. Un amigo de Rube es amigo mío.

—¿Quieres que lo deje? —preguntó Sam.

—No, creo que no. Es mejor estar seguro que lamentarlo.

Dejaron el coche, cogieron las mochilas del maletero y entraron en el cobertizo. Un hombre negro, de sesenta y tantos años, estaba sentado en una tumbona detrás del mostrador, con un puro en la boca.

—Hola —dijo, y se levantó—. Soy Sampson, propietario y hombre para todo. —Hablaban un inglés perfecto con acento de Oxford.

—¿Supongo que no es de por aquí? —comentó Sam después de presentarse.

—Nací en Londres. Vine aquí hace diez años para vivir la buena vida. ¿Van ustedes a Rum Cay?

—Así es.

—¿Negocios o placer?

—Ambos —contestó Remi—. Observaciones de pájaros..., fotografías. Ya sabe.

Sam le dio su licencia de piloto y rellenó los formularios. Sampson miró los formularios y asintió.

—¿Pasarán la noche allí?

—Probablemente.

—¿Han reservado un hotel?

Sam sacudió la cabeza.

—No, preferimos el aire libre. Ayer debió recibir unos paquetes: una tienda, agua potable, equipo de acampada... —Guiados por una de sus docenas de listas, Selma había preparado todo lo necesario, desde lo más mínimo hasta los «por si acaso».

—Los recibí. Ya están cargados —dijo Sampson. Cogió una tablilla de la pared, escribió una nota y la volvió a colgar—. Les he dado un Bonanza G36, con combustible y revisado.

—¿Flotadores?

—Tal como pidió. Vaya al hangar y Charlie les mostrará cómo salir.

Se volvieron y, de camino a la puerta, Sampson preguntó:

—¿Qué clase de pájaros les interesa ver?

Ambos se volvieron.

Sam se encogió de hombros y sonrió.

—Los nativos de la isla.

Rum Cay, Bahamas

La isla tenía una superficie de poco menos de ochenta kilómetros cuadrados, y a primera vista parecería que encontrar una base oculta en Rum Cay fuese una tarea sencilla para los aventureros noveles, pero Sam y Remi habían pasado por esa situación antes y sabían que la costa, irregular como era, con centenares de calas, en realidad medía por lo menos seis veces la circunferencia de la isla.

Conocida primero como Mañana por los indios lucayanos, la isla había sido rebautizada como Santa María de la Concepción por Cristóbal Colón, y había recibido el nombre moderno cuando los exploradores españoles encontraron un barril de ron en una de las playas de arena blanca.

La única ciudad importante de la isla, Port Nelson, estaba en la costa noroeste, rodeada por plantaciones de cocoteros. Con una población que, según el censo de 1990, rondaba entre las cincuenta y las setenta personas, la mayoría de las cuales vivían en Port Nelson, la principal aunque pobre industria de Rum Cay era el turismo, seguido por las pinas, la sal y el sisal, que habían sido explotados durante décadas. Otros asentamientos, desde hacía mucho desiertos, llevaban nombres exóticos, como Black Rock y Gin Hill. Unos formidables arrecifes, cañones de coral y precipicios submarinos rodeaban la isla, convirtiéndola en un destino favorito para los piratas de antaño, o así decía el folleto que Remi había recogido en Nassau.

—Incluso hay un famoso naufragio —le comentó mientras Sam viraba con el Bonanza a la derecha para seguir el contorno de la isla.

Por muy improbable que fuese ver su objetivo desde el aire, ambos consideraron prudente dar por lo menos una vuelta sobre la isla para hacerse una idea de lo que les esperaba.

—¿Barbanegra? —preguntó Sam—. ¿El capitán Kidd?

—Ninguno de los dos. El Conqueror, el primer barco de guerra a hélice británico. Se hundió en 1861 a unos diez metros de profundidad cerca de Sumner Point Reef.

—Suena como algo digno de repetir el viaje. Rum Cay ofrecía algún hotel de lujo y también cabañas en la playa. Por las aguas azules, las ondulantes colinas cubiertas de vegetación y un aislamiento relativo, a Sam le pareció un lugar perfecto para unas tranquilas vacaciones.

—Allí está la pista —dijo Remi y señaló por la ventanilla. La pista pavimentada de mil quinientos metros de longitud estaba a unos tres kilómetros de Port Nelson, una T truncada blanca en medio del bosque que parecía decidido a reclamarla. Sam veía a los trabajadores en el borde de la pista y parecían hormigas, cortando la vegetación con machetes. Al este de la pista vieron Salt Lake, y unos pocos

kilómetros al norte, Lake George.

Si bien a Sam no le preocupaba utilizar la pista, le habían pedido a Selma que se asegurase de que el avión que alquilaban llevase flotadores. Explorar la isla en coche suponía por lo menos semanas y kilómetros de viaje campo a través. Con los flotadores podían ir a cualquier punto de la isla e investigar los más interesantes que encontrasen.

Sam descendió a seiscientos metros, se puso en comunicación con la torre de control de Port Nelson, que verificó su plan de vuelo y el permiso, y luego viró alrededor del cabo noreste y siguió hacia el sur a lo largo de la costa. Como era el lugar menos poblado de la isla, Remi y él lo consideraron la mejor zona para iniciar la búsqueda. Dado que la mitad oeste de la isla estaba bien explorada y poblada —al menos para lo que era Rum Cay—, el descubrimiento de una base secreta no habría pasado inadvertido. Selma no había encontrado ningún informe al respecto, y Sam y Remi lo interpretaron como una buena señal. Siempre y cuando la base secreta no hubiese sido más que un invento de algún marino alemán senil.

—Aquello parece una buena base de operaciones —dijo Sam, señalando con un gesto de la cabeza, a través del parabrisas, una cala con forma de tres cuartos de luna con playas blancas como el azúcar. El edificio más cercano, que parecía ser una casa abandonada, se hallaba nueve kilómetros tierra adentro.

Sam miró de nuevo y redujo la velocidad y la altitud, hasta ponerse a sesenta metros por encima de las olas, y a continuación apuntó el morro del Bonanza a la playa. Hizo una rápida inspección visual para asegurarse de que no había pasado por alto ningún arrecife, y luego continuó bajando y niveló el aparato para permitir que los flotadores rozasen la superficie. Puso el motor al ralentí y dejó que el impulso llevase el Bonanza hacia delante. Los flotadores chirriaron al tocar la arena y se detuvieron a un metro de tierra firme.

—Hermoso aterrizaje, señor Lindbergh —dijo Remi, y se desabrochó el cinturón de seguridad.

—Me gustaría creer que todos mis aterrizajes son perfectos.

—Por supuesto que lo son, cariño. Excepto aquella vez en Perú...

—Déjalo.

Remi saltó a la playa, y Sam le pasó las mochilas y los macutos que contenían el equipo de acampada. Sonó el móvil de Sam y este contestó.

—Señor Fargo, soy Selma.

—Muy oportuno. Acabamos de amerizar. Espera un momento. —Sam llamó a Remi y conectó el altavoz—. Vamos por orden: ¿estáis protegidos?

Después de conocer los antecedentes de Bondaruk, Arjipov y Jolkov por boca de Rube, Sam había ordenado a Selma, Pete y Wendy que se trasladaran a la casa de Goldfish Point y conectaran el sistema de alarma, que Sam había perfeccionado hacía

años para satisfacer sus caprichos de ingeniero; el sistema daría trabajo incluso a un grupo de expertos de la CIA. Y como, por esas cosas del destino, el inspector jefe de la policía de San Diego y compañero de judo de Sam vivía a un kilómetro de su casa, siempre había coches de la policía que vigilaban el vecindario las veinticuatro horas.

—Bien atrincherados —contestó Selma.

—¿Cómo va la batalla?

—Por ahora viento en popa. Tendremos algunas lecturas interesantes para ustedes cuando regresen a casa. En primer lugar, buenas noticias: he averiguado qué es el insecto que hay en el fondo de la botella. Aparece en el escudo de armas de la familia de Napoleón. En el lado derecho del escudo hay lo que parece una abeja. Aunque hay cierto debate al respecto entre los historiadores, la mayoría de ellos creen que no es una abeja, sino una cigarra dorada, o al menos eso era al principio. El símbolo fue descubierto en 1653 en la tumba de Childerico I, el primer rey de la dinastía merovingia. Representa la inmortalidad y la resurrección.

—La inmortalidad y la resurrección —repitió Remi—. Un tanto rebuscado, pero claro, estamos hablando de Napoleón.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Sam—. ¿El sello de Napoleón era un saltamontes?

—Casi, pero no exactamente —señaló Selma—. Pertenecen a una diferente rama del árbol familiar. La cigarra está más cerca de la langosta y la cigarra espumadora.

Sam se echó a reír.

—Ah, sí, la cigarra espumadora real.

—Con la cigarra y la marca de Henri Archambault, no hay ninguna duda de que la botella pertenece a la bodega perdida.

—Buen trabajo —aprobó Sam—. ¿Qué más?

—También he acabado de analizar la traducción del diario de Manfred Boehm. Hay una frase allí que menciona «la Cabeza de Cabra...»

—La recuerdo —dijo Remi. Ella y Sam habían creído que se trataba de una taberna en Rum Cay que Boehm y sus compañeros habían visitado.

—Bueno, he manipulado un poco la traducción y he utilizado el alto y bajo alemán, y creo que la Cabeza de Cabra es un punto de referencia de algún tipo, quizá una referencia náutica. El problema es que he hecho algunas investigaciones y no he encontrado nada de una Cabeza de Cabra relacionada con Rum Cay, ni con ninguna de las otras islas.

—Mantendremos los ojos bien abiertos —manifestó Sam—. Si estás en lo cierto, es probable que se trate de alguna formación rocosa.

—De acuerdo. Por último, les debo una disculpa.

—¿Por?

—Un error.

—Reconocerlo lo soluciona.

Selma muy pocas veces cometía errores, y los que cometía siempre eran de muy poca importancia. Incluso así, era muy estricta, y más todavía con ella que con cualquier otro.

—Me equivoqué en la traducción del artículo de los archivos navales alemanes. Wolfgang Müller no era el capitán del Lothringen. Era un pasajero, al igual que Boehm. De hecho, era otro capitán de submarino. Estaba asignado al minisubmarino UM-77.

—Así que Boehm y Müller junto con los submarinos estaban a bordo del Lothringen, que navegó a través del Atlántico y entró en Rum Cay para reaprovisionarse y hacer reparaciones.

—Esa es la palabra que el marinero Froch utilizó en su blog, ¿no?

—Correcto. Reparación.

—Entonces, una semana más tarde, la embarcación de Boehm, el UM-34, acabó en el río Pocomoke y el Lothringen fue hundido. Eso plantea una pregunta, ¿dónde está el submarino de Müller, el UM-77?

—En los archivos alemanes aparece como perdido. En los archivos de la marina norteamericana se dice que no encontraron nada a bordo del Lothringen cuando lo capturaron.

—Eso indica que el UM-77 probablemente se hundió durante su propia misión —apuntó Remi—. Diría que era similar a la misión de Boehm.

—Estoy de acuerdo —admitió Sam—, pero hay una tercera posibilidad.

—¿Cuál es?

—Que todavía esté aquí. Es la palabra reparación la que ha despertado mi interés. El Lothringen tenía... cuánto, ¿cincuenta metros de eslora?

—Más o menos —dijo Selma.

—Reparar un barco de ese tamaño requiere unas instalaciones bastante grandes, de un tamaño que ya a estas alturas se habría descubierto. Comienzo a pensar que la reparación mencionada era para el UM-34 y el UM-77, y si hemos acertado con su misión secreta, desde luego no iban a hacerlo al aire libre, no con los Catalinas PBY de vigilancia que despegaban de Puerto Rico.

—Eso significa... —comenzó Remi.

—Eso significa que nos espera algo de espeleología —dijo Sam.

Acabaron de descargar el Bonanza, lo afianzaron bien sobre la arena y comenzaron a buscar un lugar donde acampar. Solo faltaban unas pocas horas para la noche. Seguirían por la mañana.

—Tenemos a un competidor —dijo Remi, y señaló playa, abajo.

Sam se protegió los ojos con la mano y miró.

—Bueno, eso es algo que no ves todos los días.

A unos cuatrocientos metros, junto a los árboles a lo largo del brazo norte de la cala, había lo que parecía una versión de Hollywood de una choza polinésica, con el techo cónico de paja y las paredes de tablas. Colgada entre los dos postes delanteros de la choza había una hamaca; en ella, una figura, con un pie balanceándose por encima del borde y meciendo la hamaca. Sin mirarlos, la figura levantó una mano para saludar:

—Hola —dijo.

Sam y Remi recorrieron la distancia que los separaba. Delante de la choza había una hoguera rodeada de troncos como asientos.

—Bienvenidos —añadió el hombre.

Tenía un aspecto distinguido y también algo curtido, con el pelo blanco, una barba bien recortada y brillantes ojos azules.

—No pretendíamos ser intrusos —se disculpó Sam.

—No se preocupen. Los aventureros son siempre bienvenidos, y ustedes dos, desde luego, lo parecen. Por favor, siéntense.

Sam y Remi dejaron las mochilas en el suelo y se acomodaron en un tronco. Sam se presentó al anfitrión, que les respondió:

—Me alegro de verlos. Es más, les voy a ceder la propiedad a ustedes. Es hora de marchar.

—Por nosotros no se vaya —dijo Remi.

—No es eso, querida dama. Tengo una cita en Port Henry. No volveré en un par de días.

Dicho esto, el hombre desapareció entre los árboles y volvió al cabo de unos minutos empujando una moto Vespa.

—Ahí dentro hay cañas, cebos, ollas y sartenes, y de todo —añadió—. Pónganse cómodos. Hay una trampilla que da a la bodega. Están invitados a probar una botella.

Sam, seguro de que podía confiar en ese extraño, preguntó:

—¿Por casualidad no conocerá alguna leyenda de una base secreta que hay por aquí?

—¿Habla de una base de submarinos nazis?

—La misma.

El hombre apoyó la moto sobre el caballete. Fue al interior de la choza y volvió con lo que parecía un trozo de metal del tamaño de una bandeja. Se lo dio a Sam.

—¿Para servir nuestra cena? —preguntó Sam.

—Es un hidroplano, hijo. Y de un submarino muy pequeño, por lo que se ve.

—¿Dónde lo encontró?

—En Liberty Rock, en el lado norte cerca de Port Boyd.

—Suenan como el lugar más indicado para comenzar la búsqueda.

—Lo encontré en una laguna. Yo diría que llegó allí empujado por un río submarino. Aquí, en el lado este de la isla, todos fluyen de norte a sur. El problema es que no tienen fuerza para empujar nada más grande que ese hidropilano.

—No pretendo molestar —intervino Remi—, pero si sabía a qué pertenecía, ¿por qué no lo buscó usted mismo?

El hombre sonrió.

—Yo ya he hecho muchas exploraciones. Me dije que tarde o temprano vendría alguien para hacer las preguntas correctas. Y aquí están ustedes. —El hombre caminó hacia su moto, luego se detuvo y se volvió—. ¿Sabes?, si yo hubiese sido un marinero alemán buscando un lugar donde esconderme, me habría encantado encontrarme con una cueva marina.

—A mí también —dijo Sam.

—Por esas cosas del destino, Rum Cay las tiene a montones. Hay docenas en esta sola playa, la mayoría de ellas inexploradas y unidas por ríos subterráneos.

—Gracias. Por cierto, ¿alguna vez ha oído hablar de un lugar llamado Cabeza de Cabra?

El hombre se rascó la barbilla.

—No puedo decir que sí. Bueno, tengo que irme. Buena caza.

Puso en marcha la moto y desapareció. Sam y Remi permanecieron en silencio unos momentos, y después Sam exclamó: —¡Maldición! —¿Qué?

—Ni siquiera se nos ocurrió preguntarle el nombre. —No creo que lo necesitemos —dijo Remi, y señaló la choza.

Junto a la puerta había una placa de madera. Pintado en letras rojas decía: casa de Cussler.

—Podría acostumbrarme a esto —comentó Sam, con la mirada puesta en la hoguera.

—Te secundo —dijo Remi.

Habían decidido aceptar la invitación del dueño para pasar la noche en la choza. Mientras el sol bajaba hacia el horizonte, Sam fue hasta la playa y recogió trozos de madera, y Remi utilizó la caña de bambú del anfitrión para pescar tres pargos en las rompientes. Cuando cayó la noche, estaban tumbados con las cabezas apoyadas en el tronco, junto a la hoguera, y los estómagos llenos de pescado a la brasa. La noche era clara y negra, con estrellas como diamantes que llenaban el cielo. Aparte del rumor de las olas y el ocasional susurro de las palmeras, reinaba el silencio.

El anfitrión no les había mentado sobre la bodega, que, aunque era poco más grande que un armario, guardaba dos docenas de botellas. Habían escogido un Jordán Chardonnay para acompañar el pescado.

Bebieron y contemplaron las estrellas hasta que por fin Remi preguntó:

—¿Crees que nos encontrarán?

—¿Quién, Arjipov y Jolkov? Es poco probable.

Para pagar los pasajes, el hotel y el coche de alquiler habían utilizado una tarjeta de crédito que iba a parar a la cuenta de gastos de la Fundación Fargo a través de otras dos empresas. Si bien Sam no tenía duda de que los matones de Bondaruk contaban con recursos para acabar descubriendo la pista financiera, esperaba que no ocurriera antes de que se hubiesen marchado.

—A menos —añadió— que ya dispongan de una pista que los lleve hasta aquí.

—Es una bonita idea, Sam. He estado pensando en Ted. Aquel ruso, Arjipov, estaba dispuesto a matarlo, ¿verdad?

—Eso creo.

—Por el vino. ¿Qué clase de hombre haría eso? Si Rube está en lo cierto, Bondaruk es multimillonario. Lo que ganaría por vender la bodega secreta sería calderilla. ¿Por qué está dispuesto a matar para conseguirla?

—Remi, para ese tipo el asesinato es algo natural. No es un último recurso. Es una opción permanente.

—Supongo.

—Pero no estás convencida.

—Es que no acaba de cuadrar. ¿Bondaruk es un coleccionista de vinos? ¿Quizá un partidario de Napoleón?

—No lo sé. Tendremos que averiguarlo.

Remi sacudió la cabeza. Después de unos momentos de silencio preguntó:

—¿Por dónde comenzamos?

—Tenemos que aceptar algunas cosas —contestó Sam—. Primero, que Selma está en lo cierto cuando dice que la Cabeza de Cabra es una referencia, y segundo, que Boehm y su equipo tuvieron que escoger la parte más deshabitada de la isla para montar el taller. Esta costa, desde luego, cumple con los requisitos. En cuanto amanezca, cargaremos el equipo en el bote neumático...

—¿No en el avión?

—No creo. La referencia de Boehm tiene que verse desde la superficie. Desde el aire, una cabeza de cabra podría parecer un pie de pato, o la oreja de un burro, o nada en absoluto.

—Tienes razón. La erosión será un problema. Sesenta años de inclemencias pueden hacer muchos cambios.

—Muy cierto.

El archipiélago de las Bahamas era un paraíso para los espeleólogos y los buceadores. Sam sabía que había cuatro tipos de sistemas de cavernas: agujeros azules, a los que se entraba tanto por el mar como por tierra adentro y que, en esencia, eran grandes tubos que se hundían centenares de metros en el océano o en los estratos rocosos de una isla; cuevas hechas por las fracturas, que seguían las fisuras naturales de la piedra; cavernas de disolución, que se formaban a lo largo de los años por el agua de la lluvia mezclada con los minerales del suelo, que disolvía la piedra caliza que había debajo o el carbonato de calcio; y, por último, las cuevas marinas del tipo jardín, formadas en los acantilados por miles de años de golpes de olas. Si bien estos sistemas pocas veces llegaban más abajo de los treinta metros, también solían ser amplios y ofrecían entradas protegidas bajo el agua; precisamente lo que uno esperaría encontrar si buscara un lugar para ocultar un minisubmarino.

—Te has olvidado uno —dijo Remi—. Me refiero a un supuesto.

—¿Cuál es?

—Que todo esto no sea más que una búsqueda inútil o, para ser exactos, una búsqueda desesperada del Molch.

Se despertaron al alba, desayunaron uvas, higos y ciruelas silvestres, que encontraron a cien metros de la choza, luego embarcaron el equipo en el bote neumático y se pusieron en marcha. El motor no les serviría para conseguir ningún récord de velocidad, pero tenía la potencia suficiente para cruzar los arrecifes y aguantar las mareas, y consumía poco combustible. En el momento en que el sol había superado el horizonte, se desplazaban hacia el norte a lo largo de la costa en paralelo a los arrecifes. El agua era de un color turquesa cristalino, tan clara que podía verse los peces multicolores moverse sobre el fondo de arena blanca a una profundidad de seis metros.

Sam llevaba el timón y se mantenía lo más posible cerca de la costa, con un margen de entre cincuenta y cien metros; Remi iba sentada en la proa, observaba los acantilados a través de los prismáticos y sacaba fotos con la cámara digital. De vez en cuando le pedía a Sam que diese la vuelta e hiciese una nueva pasada frente a una formación rocosa, entonces ella ladeaba la cabeza y entrecerraba los ojos, y sacaba más fotos antes de hacer un gesto negativo e indicarle que volviese a recuperar el rumbo.

Pasaron las horas, y hacia el mediodía se encontraron cerca del promontorio de la isla y Junkanoo Rock; más allá, en la costa norte, estaba Port Boyd y la zona oeste, la más poblada. Sam dio la vuelta y fueron hacia el sur.

—Lo más probable es que ya hayamos pasado por delante de docenas de cuevas —comentó Remi.

Era verdad. Muchos de los acantilados que habían visto estaban cubiertos por follaje y trepadoras que salían de cada hueco y cada grieta. Desde esa distancia podían estar frente a la entrada de una cueva y no saberlo. No obstante, poco podían hacer. Entrar en cada arrecife y buscar en cada metro de acantilado les llevaría años. Más frustrante era que la mayor parte de su búsqueda hasta entonces la habían hecho con la marea baja, que debería haberles dado la mejor oportunidad para ver una abertura.

De pronto Remi se irguió y ladeó la cabeza, una postura que Sam conocía muy bien: su esposa acababa de tener una idea genial.

—¿Qué? —preguntó.

—Creo que estamos haciéndolo mal. Estamos asumiendo que Boehm utilizó la Cabeza de Cabra como punto de referencia mientras hacía las pruebas del Molch previas a la misión, ¿correcto? Querían comprobar cualquier reparación que hubiesen hecho, ¿no?

—Eso espero.

—Y cerca de la costa, porque no querrían arriesgarse a vararlo al sumergirse, y eso significa que el Molch no se alejó demasiado... El barco nodriza del Molch, el Lothringen, sin duda llevaba un equipo de navegación avanzado, pero no el minisubmarino, que habría dependido de una observación muy cercana y, lo más probable, de ayudas visuales.

—Otra vez correcto.

—Por lo tanto, la única vez que Boehm tuvo que confiar en una referencia fue cuando volvía de realizar una prueba.

—Desde lejos de la costa —acabó Sam—. Cerca de la costa, una cabeza de cabra quizá no se parecía a una cabeza de cabra, pero desde una milla o dos en mar

abierto...

Remi asintió con una gran sonrisa.

Sam dio la vuelta y llevó la embarcación hacia mar abierto.

Cuando estuvieron a una milla de distancia, repitieron el recorrido de la costa, y regresaron por la ruta que habían seguido antes, más allá del punto del desembarco hasta el extremo sudeste de la isla, Signal Point, y Port Nelson, donde viraron y de nuevo se dirigieron hacia el norte.

Hacia las tres y media, cansados, sedientos y un tanto quemados por el sol pese a los sombreros y los filtros solares, estaban a una milla del extremo norte cuando Remi, que observaba la costa a través de los prismáticos, levantó el puño. Sam redujo la velocidad, puso el motor en punto muerto y esperó. Remi se volvió en su asiento y se inclinó hacia atrás para darle los prismáticos a Sam.

—Mira aquel acantilado. —Señaló—. Rumbo dos-ocho-cero.

Sam apuntó con los prismáticos y siguió la pared de piedra.

—¿Ves dos árboles uno al lado del otro? —preguntó Remi.

—Espera... Vale, los veo.

—Imagínatelos sesenta años atrás, cuando tenían un tercio de su tamaño y menos ramas. Añade un poco de tamaño a la piedra...

Sam hizo el imaginario ajuste y miró de nuevo, pero después de diez segundos sacudió la cabeza. —Lo siento.

—Entrecierra los ojos —le pidió Remi.

Lo hizo y de pronto, como si alguien hubiese apretado un interruptor, lo vio. Seis décadas de erosión habían suavizado el bulto en el acantilado, pero no había ninguna duda: combinados, el saliente y los dos árboles formaban el vago perfil de una cabeza de cabra coronada por unos cuernos cubiertos de vegetación y muy crecidos.

La pregunta era si estaban viendo lo que querían ver, víctimas de la autosugestión, o si de verdad allí había algo. Una mirada al rostro de Remi le dijo que ella se preguntaba lo mismo.

—Solo hay una manera de averiguarlo —dijo Sam.

La brecha que había en el arrecife era estrecha, menos de tres metros de ancho, y con la marea alta y la resaca, la parte superior del coral estaba sumergida lo suficiente para ser invisible desde lejos, pero lo bastante cerca de la superficie para destrozar la goma de la embarcación si Sam se desviaba.

Remi estaba en la proa, con los brazos apoyados en los flotadores mientras se inclinaba hacia delante y miraba el agua.

—Izquierda... izquierda... izquierda —señaló—. Vale, todo recto. Tranquilo.

A cada lado de la embarcación, entre la espuma, Sam veía los afilados bordes del coral justo por debajo de la superficie turquesa. Utilizó el acelerador y el timón para encontrar el delicado equilibrio entre los efectos de este y la potencia; si no utilizaba bastante el primero, no podría evitar verse empujado sobre el coral; si usaba demasiado el segundo, no podría responder a las señales de Remi.

—Bien... ¡todo a estribor!

Sam movió el timón, y la embarcación pasó justo cuando una ola rompía en el arrecife y desviaba la popa.

—¡Aguanta! —Dio un poco más de potencia y compensó.

—Izquierda... un poco más... más...

—¿Cuánto nos falta?

—Otros tres metros y habremos pasado.

Sam miró por encima del hombro. Una ola comenzaba a levantarse seis metros por detrás y aumentaba de tamaño en el borde exterior del arrecife.

—Nos van a dar —gritó Sam—. ¡Sujétate!

—Ya estamos casi allí... A la derecha, ahora recto... Bien. ¡Máxima potencia!

Sam giró el acelerador a tope en el momento en que la ola rompía debajo de la popa de la embarcación. Sintió cómo el estómago se le subía a la garganta. Durante un segundo, la hélice giró fuera del agua con un chillido agudo, y luego la embarcación entró en la tranquilidad de la laguna.

Remi se tumbó de espaldas, apoyada en la proa, y soltó un suspiro.

—Lo diré una vez más: Sam Fargo, tú sí que sabes hacer que una chica se divierta.

—Hago lo que puedo. Bienvenida a la laguna de la Cabeza de Cabra.

—El paraíso, justo delante —dijo Sam, y enderezó la proa de la embarcación.

Después de pasar las últimas ocho horas asándose bajo un sol ardiente y luego navegar por la brecha de un arrecife que era como la boca de un tiburón, la laguna en sombras parecía un paraíso. Con un diámetro aproximado de treinta metros, estaba protegida, al sur y al norte, por las puntas de tierra cubiertas con pinos y palmeras. El acantilado, que se elevaba diez metros por encima del agua, estaba cubierto de follaje y árboles; los dos más grandes eran los que formaban los cuernos de la cabra. A la izquierda había una media luna de arena blanca que tenía el tamaño de la terraza de una casa. Con el sol declinando hacia el anochecer, la laguna se encontraba sumergida en las sombras. El agua era como una balsa de aceite. De los árboles llegaba una sinfonía de graznidos y cantos.

—No es un mal lugar para pasar la noche —comentó Remi—. No es el Four Seasons, pero tiene su encanto. La pregunta es: ¿estamos en el lugar correcto?

—No sé la respuesta, pero lo que sí es cierto es que tenemos una caverna. —Sam señaló algo, luego movió el timón y fue hacia la cara del acantilado y redujo la velocidad cuando se acercó.

Allí el agua, que apenas si se movía en el sentido de las agujas del reloj, mostraba una leve fosforescencia, que por lo general indicaba una salida de agua dulce. Sam cogió las gafas de buceo de la bolsa que tenía a sus pies, se las puso y sumergió el rostro en el agua, que, a pesar de estar tibia por el sol de todo el día, la notó fresca en la piel. Docenas de peces se movían de aquí para allá, comiendo invisibles trozos de nutrientes agitados por la corriente de agua dulce.

Sam levantó la cabeza. Sumergió la punta del dedo en el agua y se la llevó a los labios. Era por lo menos dos tercios menos salada que el agua de mar.

—¿Un río subterráneo? —preguntó Remi.

—Tiene que serlo —contestó Sam, sacudiéndose el agua del pelo.

Si bien era un fenómeno poco común, algunas cavernas marinas de esa zona se unían con las cuevas glaciales y las de disolución, que a su vez se unían a ríos subterráneos procedentes de tierra adentro.

—Tendré que mirarlo en el mapa. Creo que solo estamos a unos cuatro kilómetros del lago George. No me sorprendería que este sistema desaguase allí. O incluso en Salt Lake.

—Ni a mí, pero, si no te importa, preferiría que pusiésemos dicha aventura en nuestra lista de «algún día».

—Hecho.

Sam consultó su reloj. Faltaba media hora para la marea alta. Si iban a explorar la cueva, tendrían que hacerlo dentro de la próxima hora si no querían verse luchando

con toda la fuerza de la resaca. Lo ideal sería entrar al final de la marea alta, aprovechar el paréntesis de cuarenta y cinco a sesenta minutos de calma relativa de la corriente para explorar la cueva, y luego aprovechar la marea de salida. El problema residía en que esa no era la típica caverna cerrada. La fuente del río subterráneo interior crearía corrientes imprevistas que bien podían atraparlos en el interior o llevarlos hacia los túneles de fractura que conducían a las entrañas de la isla. Ninguna de esas opciones resultaba atrayente para Sam.

Le planteó la pregunta a Remi, quien respondió:

—Yo preferiría que esperásemos, pero conozco esa mirada en tus ojos: quieres entrar.

—Es mejor que descubramos ahora si estamos en la pista correcta. Tenemos veinticinco metros de cuerda. Ataremos un extremo a aquella raíz de higuerón y el otro a mi cinturón de lastre. Si me meto en problemas, podré arrastrarme hasta aquí.

—¿Si te golpeas en la cabeza y te desmayas?

—Cada sesenta segundos tiraré tres veces del cabo. Si no lo hago, tú me sacas utilizando la embarcación.

—¿Límite de tiempo?

—Diez minutos, ni un segundo más.

Remi lo pensó un momento, lo miró con los ojos entrecerrados y luego suspiró.

—Vale, Jacques Cousteau. Recuerda lo que dije: si te mueres, nunca te lo perdonaré.

Sam sonrió y le dedicó un guiño.

—Trato hecho.

Diez minutos más tarde estaba vestido y sentado en la proa. Remi hizo que el bote se deslizara hasta detenerse contra el acantilado. Sam se puso de pie con mucho cuidado y ató el extremo del cabo en la raíz que sobresalía, y después se sentó y ató el otro extremo en la anilla de su cinturón de lastre. Remi dio marcha atrás, se detuvo a tres metros de la pared y, con minúsculos ajustes del acelerador, se mantuvo en posición.

Sam escupió en las gafas, frotó la saliva por el interior, luego las sumergió en el agua y se las puso en la cabeza, con el borde inferior justo por encima de las cejas. A continuación se calzó las aletas. Pulsó el botón del regulador para comprobar la salida de aire y después le hizo a Remi una señal con la cabeza.

—Suerte —dijo ella.

—Volveré.

Se puso las gafas y se dejó caer al agua de espaldas.

Flotó inmóvil durante un momento para disfrutar de la súbita inmersión y de la sorprendente claridad del agua que colmaba su visión. Esperó a que se disipasen las

burbujas y la espuma, luego se enderezó y bajó hacia el fondo. Sintió el tirón de la corriente y dejó que lo llevase sobre su costado de forma tal que pudo contemplar la superficie iluminada por el sol durante unos segundos antes de que apareciese el borde del acantilado y quedase sumergido en la oscuridad. Encendió la linterna de buceo y alumbró el entorno.

La entrada de la cueva tenía más o menos una forma semicircular, un arco de tres o cuatro metros de ancho y seis metros de altura. Con la marea alta, la parte superior probablemente solo quedaba a unos centímetros por encima de la superficie de la laguna; ello, combinado con el follaje que cubría la roca, la convertía en invisible. De no haber sido por la Cabeza de Cabra, nunca la habrían encontrado.

Se propulsó en ángulo hacia el fondo y dejó que sus dedos rozaran la arena. Después de los seis metros, el fondo se hundía de pronto en las tinieblas. Se giró de lado, alumbró hacia arriba y vio que el arco de la entrada había desaparecido, reemplazado por el reflejo de la superficie. Comprobó su reloj y dio al cabo sujeto a su cintura tres fuertes tirones: todo en orden, Remi.

De pronto se vio envuelto por un agua más fresca y sintió que una nueva corriente lo dominaba, empujándolo hacia la derecha. Se dio cuenta de que comenzaba a dar vueltas sobre sí mismo, como movido por una mano invisible. Un remolino, pensó con un poco de miedo. Las corrientes de la laguna y el río subterráneo chocaban, el agua más fría se deslizaba por debajo de la más caliente y creaba un vórtice hidráulico. En ese momento estaba en el borde exterior del vórtice, donde la corriente era fuerte pero controlable con el movimiento de las aletas —calculó que era una velocidad de dos nudos—, pero, como todos los vórtices, se hacía más fuerte hacia el centro. Se dirigió hacia lo que esperaba fuese una pared, movió las aletas un par de veces y salió a la superficie.

La mano que tenía extendida tocó la roca, y la palma fue golpeando en la superficie antes de que los dedos consiguiesen sujetarse a un saliente. Se detuvo bruscamente, y sus piernas se estiraron en la corriente circular. Dio al cabo tres fuertes tirones y consultó el reloj: dos minutos en el agua, ocho por delante. Aparte del suave burbujeo de la corriente que rozaba las paredes y el sonido de gotas que llegaba del interior de la caverna, había un silencio siniestro.

Con los dientes se quitó el guante de la mano libre. Sostuvo los dedos hacia arriba, y de inmediato sintió el aire frío que rozaba la piel húmeda. Era una buena señal. Aunque lo juzgó como una posibilidad remota, la conexión de la cueva con un río subterráneo podía implicar contaminantes, y si bien ellos habrían visto alguna señal de toxicidad en la laguna, como ausencia de peces, rocas descoloridas o esponjas muertas, existía el riesgo de que hubiera una acumulación de gas. La fuerte corriente aérea hacía que fuese poco probable. Se quitó el regulador de la boca y

olisqueó; después, respiró. Todo en orden. Tiró del cabo tres veces, se volvió a poner el guante y movió la linterna de un lado a otro.

Dos metros por encima de su cabeza tuvo la primera señal de que estaban en la pista correcta. Una pasarela de tablas colgada del techo con unos cables oxidados cruzaba todo el ancho de la caverna y acababa en la pared opuesta, en un muelle de madera soportado por pilotes clavados en el fondo. Una segunda pasarela se unía a la primera en el punto medio y se extendía hasta la pared trasera en un ángulo de noventa grados. Aquello no era en absoluto sofisticado, pero estaba claro que alguien había trabajado en la estructura, y a juzgar por el óxido de los cables y la capa de fango de las tablas, llevaba allí mucho tiempo.

La caverna era oval, de unos quince metros de ancho y con un techo abovedado, cubierto de estalactitas, que estaba seis metros por encima de la cabeza de Sam. Al mover la luz a lo largo de lo que debería ser la pared trasera, solo vio oscuridad. Había imaginado que la entrada del río subterráneo era un torrente que descargaba por una grieta en la pared, pero comprendió que esa caverna solo era una antecámara. Aparte del estrechamiento de las paredes traseras hasta un diámetro de diez metros, no había ninguna separación visible entre esa caverna y el sistema siguiente. Adonde y hasta dónde llegaba no se podía saber.

¿Las pasarelas y el muelle bastarían para hacer el mantenimiento de uno o dos minisubmarinos?, se preguntó Sam. Decidió que dependía del tipo de trabajo que fuera necesario. Eso le planteó otra pregunta: ¿por qué no había hecho el mantenimiento a bordo del Lothringen mientras estaba en alta mar? Una pregunta para Selma.

El cabo de su cintura comenzó a sacudirse violentamente y, si bien no habían acordado ninguna señal de emergencia por parte de Remi, supo en el acto que le estaba diciendo.

Se colocó el regulador en la boca, dio la vuelta y se sumergió para ir lo más rápido posible hacia la entrada, y para ello avanzó tirando mano sobre mano del cabo. A medida que aparecía la luz de la superficie de la laguna, fue hacia el techo, se puso de espalda y utilizó las aletas para mantenerse apartado de la roca. Pasó por el borde de la entrada y salió a la superficie detrás de una cortina de lianas.

Contuvo el deseo de llamar a Remi, y miró a uno y otro lado.

La laguna estaba desierta.

Remi y el bote neumático habían desaparecido.

Su creciente temor se convirtió de inmediato en alivio cuando vio aparecer una mano por debajo de la vegetación en la orilla, al otro lado de la laguna. La mano lo señalaba, con la palma hacia arriba: espera. Un segundo más tarde, el rostro de Remi apareció entre el follaje. Se tocó la oreja, señaló hacia el cielo e hizo un movimiento giratorio vertical con el dedo índice. Pasaron diez segundos, luego veinte. Un minuto. Entonces Sam oyó el batir de las palas de un helicóptero, débil, pero acercándose deprisa. Asomó la cabeza por debajo de las lianas y espió hacia el cielo en un intento de localizar el sonido.

En la vertical de su cabeza, aparecieron los rotores por encima del borde del acantilado, seguidos un segundo más tarde por el parabrisas curvo que resplandecía con el sol poniente. La superficie de la laguna se onduló con el viento creado por las palas, y una fina bruma llenó el aire. Sam ocultó la cabeza; Remi desapareció de la vista.

Durante lo que parecieron minutos, pero que probablemente fueron menos de treinta segundos, el helicóptero sobrevoló la laguna, para luego virar y seguir hacia el sur a lo largo de la costa. Sam esperó hasta que el ruido desapareció, y luego se zambulló y nadó a través de la laguna hasta que tocó la arena con el vientre. Salió a la superficie y se encontró con la mano de Remi delante de su cara; la sujetó, y ella lo ayudó a arrastrarse entre la vegetación.

—¿Eran ellos? —preguntó Remi.

—No lo sé, pero prefiero creerlo que no ser sorprendido. Además, es un pájaro muy caro, un Bell 430. Cuesta por lo menos cuatro millones.

—Lo mejor para un rey de la mafia ucraniana.

—Con lugar suficiente para sentar a un matón ruso y a ocho de sus mejores amigos. ¿Te vieron?

—No estoy segura. La primera vez que pasó iba a gran velocidad, pero dio la vuelta casi de inmediato, y luego hizo otras dos pasadas. Si no es que sentían curiosidad por este punto, es que saben que estamos aquí.

—¿Dónde está el bote?

Remi señaló a la izquierda y Sam vio unos pocos centímetros de goma gris que asomaban entre el follaje.

—Lo oculté lo más rápido que pude.

—Bien. —Sam pensó durante un momento—. Entremos en la cueva. Si deciden aterrizar y echar una mirada, será nuestro mejor escondite.

Con el oído atento a cualquier señal del regreso del helicóptero, Sam se quitó el equipo y se lo dio a Remi, quien comenzó a ponérselo.

—¿Qué vas a hacer tú? —preguntó ella.

—Cruza la laguna, métete en la caverna y espérame. Ten cuidado porque hay una corriente. Recoge el cabo y mantente cerca de la entrada. Tres tirones por mi parte es emergencia; dos, todo en orden, espera.

—Recibido.

—Yo traeré el bote e intentaré meterlo de la caverna. Esperaremos hasta que anochezca, y luego veremos lo que podamos ver.

Remi asintió, acabó de ponerse el equipo de buceo, echó una última mirada, se metió en el agua y desapareció debajo de la superficie. Sam observó el rastro de burbujas a través de la laguna hasta que desapareció en el interior de la cueva. Después se arrastró entre la maleza hasta donde Remi había escondido la embarcación. Inmóvil, cerró los ojos y prestó atención, pero no oyó nada.

En cuanto acabó de guardar el equipo suelto en dos bolsas impermeables y de atar estas en las cornamusas, se amarró alrededor de la cintura un extremo del cabo de proa, que medía dos metros y medio de longitud, se metió en el agua y comenzó a nadar braza a través de la laguna. Estaba a medio camino cuando de pronto, desde la dirección de la playa, oyó el batir de los rotores. En el momento en que miraba por encima del hombro, el helicóptero apareció sobre las copas de las palmeras y se detuvo justo encima de él. La portezuela estaba abierta, y una figura con un mono oscuro se asomaba para mirarlo. Se dio cuenta de inmediato de que no era el secuestrador de Frobisher, Arjipov, sino el otro, cuya foto Rube le había enviado por correo electrónico: Jolkov. Tampoco había error posible en identificar el corto objeto cilíndrico en las manos de Jolkov: una metralleta.

Respiró hondo, se dio la vuelta y se sumergió. Justo en el mismo momento en que su cabeza desapareció debajo de la superficie, uno de los flotadores estalló. Se levantaron surtidores en el agua, y por el rabillo del ojo vio las trayectorias de las balas marcadas por las burbujas en sus estelas. El bote se sacudió con cada impacto, y luego se plegó sobre sí mismo con un fuerte siseo y se hundió con el motor, arrastrándolo por la popa.

Sam movió las piernas con fuerza, con los brazos extendidos, mientras avanzaba hacia la entrada de la cueva. Los disparos cesaron durante dos segundos —Sam se dijo que para cambiar el cargador— y luego se reanudaron. Las balas impactaban en la superficie como el granizo, y alcanzaban una profundidad de poco más de un metro antes de perder el impulso y hundirse hasta el fondo sin causar daños. Todo se volvió oscuro cuando Sam pasó por debajo del arco de piedra. El sonido de las detonaciones y el batir de los rotores se amortiguó.

Se dio la vuelta y movió las piernas para subir, con la mano buscando el techo. Venga, cabo, venga. ¿Dónde estás?

Sintió que algo le rozaba los pies: el bote neumático. En su viaje hacia el fondo, la corriente de la cueva había atrapado el bote. Sintió un tirón en la cintura cuando el

cabo se tensó, y se vio arrastrado hacia abajo. Apenas si se oían las detonaciones del exterior. Sus dedos tocaron el cabo; desenvainó el cuchillo de la funda que llevaba sujeta a la pantorrilla y lo cortó. Luego vio que se movía, arrastrado hacia el interior.

Con los pulmones fatigados y la cabeza a punto de estallar por la falta de oxígeno, Sam luchó, intentando anudar la cuerda en el mango del cuchillo. El cuchillo escapó de sus dedos y le golpeó en el pecho. Lo cogió de nuevo, consiguió hacerle un nudo y luego salió a la superficie. A la derecha, por el rabillo del ojo, vio a Remi, que se sujetaba a la pared. Sintió que el vórtice lo apresaba, comenzaba a arrastrarlo.

—Sam, que...

—¡Suelta todo el cabo que puedas!

Sam arrojó el cuchillo en un arco que lo llevó hacia arriba y por encima de la pasarela. Mientras caía en el agua ya estaba nadando hacia allí, con la mano buscando el cabo. De pronto se vio apartado, llevado hacia la pared, a medida que la embarcación era arrastrada hacia el fondo por la corriente circular.

—¡Remi, el cabo, arrójalo!

—¡Ahí va!

Oyó un chapoteo, la vio nadar hacia él. La embarcación era un peso muerto. Sam se hundió debajo de la superficie; el agua le entró en la boca y la nariz.

—¡Cógelo! —gritó Remi—. ¡Lo tienes delante!

Sam sintió que algo le rozaba la mejilla y lo cogió. Sus dedos tocaron el cabo y lo apretó en el puño. Se detuvo.

Contuvo el aliento, esperó hasta que desaparecieran las estrellas que veía en los ojos y luego miró por encima del hombro.

Remi estaba colgada con medio cuerpo fuera del agua en el otro extremo del cabo. La luz de la linterna que pendía del cinturón de lastre proyectaba sombras en movimiento sobre las paredes.

—Buen lanzamiento —dijo Sam.

—Gracias. ¿Estás bien?

—Sí, ¿y tú?

—No mucho.

Permanecieron colgados e inmóviles durante un momento, para orientarse, y después Sam dijo:

—Voy a subir a la pasarela. Suelta el cabo y yo me reuniré contigo.

—De acuerdo.

Los noventa minutos de yoga y las sesiones de pilates que Remi tenía tres veces por semana demostraron su valor cuando trepó por el cabo como un mono para encaramarse a la pasarela. Los tablones hicieron un ruido seco, que fue seguido de un lento crujido al astillarse. Remi se quedó inmóvil.

—Tiéndete —le gritó Sam—. Distribuye el peso, poco a poco.

Ella lo hizo, y después, con las rodillas y los codos, presionó en las tablas hasta convencerse de que ninguna más iba a partirse.

—Creo que está todo en orden. —Se quitó las aletas, las enganchó en el cinturón, y luego desató el cabo.

—Tengo el bote y todo nuestro equipo colgando de mi cintura —dijo Sam—. Voy a intentar salvarlo.

—Vale.

Entre el nudo de Remi y él solo había seis metros de cabo; el resto flotaba en la corriente. Sam recogió unos tres metros, improvisó un arnés y luego, guiado solo por el tacto, pasó el extremo anudado del cabo por debajo del cinturón para hacer un nudo de ballestrinque. Con la mano derecha sujeta alrededor del cabo por encima de su cabeza, tiró del lazo del arnés. Con un sonido como el de una cuerda de guitarra, el cabo se tensó. Se elevó de la superficie, vibró unos segundos y luego se mantuvo firme.

—Creo que aguantará —dijo Sam.

Trepó por el cabo y se tumbó en la plataforma junto a Remi. Ella lo abrazó con fuerza, y su pelo empapado mojó el rostro de su marido.

—Creo que los disparos respondieron a nuestra pregunta —susurró.

—Diría que sí.

—¿Estás seguro de que no te han dado? —preguntó Remi, y sus manos y ojos le recorrieron el pecho, los brazos y el abdomen.

—Estoy seguro.

—Será mejor que nos pongamos en marcha, algo me dice que esto aún no se ha acabado.

Sam sabía que Remi casi siempre tenía razón, pero también tenía claro que disponían de pocas alternativas: salir por donde habían entrado, encontrar otra salida, pelear o esconderse. La primera no se podía tomar en cuenta porque era caer en manos de los perseguidores; la segunda planteaba un enigma pues esa caverna podía no tener salida, tanto figurativa como literalmente; la tercera tampoco era válida. Si bien disponían del revólver que les había dado Guido el zapatero, Jolkov y sus hombres iban armados con metralletas. La cuarta opción, esconderse, era la única alternativa viable para salir de ese apuro.

La pregunta era: ¿cuánto tiempo esperarían sus perseguidores antes de seguirlos hasta allí? Sam comprendió, tras consultar su reloj, que tenían algo a favor. Se acabaría la marea baja; dentro de unos minutos, la corriente volvería a subir y complicaría la entrada.

—Así que esto es lo que se considera una base secreta para un submarino nazi —comentó Remi mientras se quitaba el resto del equipo.

—Es probable, pero no hay manera de decirlo hasta que encontremos...

—No, Sam, no era una pregunta. Mira.

Sam se volvió. Remi alumbraba con la linterna la pared por encima del muelle. Aunque hecho de forma artesanal con botes de hojalata aplastados y pinturas que hacía mucho habían perdido el color, el rectángulo de un metro y medio por uno era reconocible.

—La bandera de la Kriegsmarine nazi —susurró Sam. En su apresurada observación de la caverna, no la había visto—. Supongo que es el orgullo del propietario.

Remi se rió.

Dando pasos al mismo tiempo y con mucho cuidado, atentos a los puntos débiles mientras avanzaban, los dos fueron por la pasarela hasta el muelle; aparte de algunos crujidos que les pusieron la carne de gallina, las tablas aguantaron. Los cables, aunque envueltos por una gruesa capa de óxido, también eran sólidos y estaban atornillados al techo y a las paredes de piedra. Con la ayuda de la luz de la linterna de Remi, Sam volvió a cruzar la pasarela, sujetó el cabo y regresó al muelle, arrastrando la embarcación sumergida. Juntos la levantaron. Si bien el bote estaba destrozado, el motor y el bidón de gasolina habían resistido con solo algunos roces. Igual estaban las dos bolsas impermeables: una mostraba una docena o más de agujeros, y la otra estaba intacta.

Camaron hasta el final para echar una mirada a la pared del fondo. La segunda caverna era, como Sam había sospechado, un sistema que seguía las fracturas. Mientras que miles de años de erosión acuática habían pulido las paredes de la caverna principal, la secundaria tenía las paredes rugosas. En la unión había dos túneles que formaban una gran V, uno iba hacia la izquierda y el otro hacia abajo por la derecha. El agua salía por el túnel de la izquierda, y la mitad de su volumen llegaba a la caverna principal, mientras la otra mitad desaparecía por el túnel de la derecha.

—Ahí tienes tu río —dijo Remi.

—No puede llevar mucho tiempo aquí —comentó Sam. Las paredes son demasiado ásperas.

—¿Cuánto calculas?

—Yo diría que no más de un siglo. A ver, déjame la luz.

Sujeta mi cinturón. —Remi lo hizo, y se echó hacia atrás, mientras Sam se tumbaba hacia delante. Alumbró el túnel de la derecha, y luego dijo—: Muy bien, dame cuerda.

—¿Qué? —preguntó Remi.

—El túnel da la vuelta otra vez hacia la derecha. Al otro lado veo otro muelle y más pasarelas.

—La historia se complica.

Con el resto del cabo que tenían —veinte de los veinticinco metros originales— montaron un sistema que les permitiese moverse con el equipo por el túnel de la derecha. Remi fue primero, y Sam fue soltando cabo por un lazo alrededor de una pilastra hasta que llegó al siguiente muelle.

—¡Vale! —gritó ella—. Calculo que son unos diez metros.

Sam recogió el cabo, ató el motor y luego la embarcación (que no querían dejar para que no la encontrasen los perseguidores, si es que sospechaban que sus presas aún estaban en las cuevas), las dos bolsas impermeables y el equipo de buceo en un extremo. Acabada esa parte, tiró del cabo hasta que Remi lo avisó:

—Vale, aguanta. —La oyó gruñir mientras sacaba el equipo del agua—. Suelta.

Sam oyó un gorgoteo que provenía de la entrada, y luego el soplido de un regulador que asomaba a la superficie. Se tumbó boca abajo y se quedó quieto, con el rostro apoyado en las tablas del muelle. Se encendió una linterna que alumbró las paredes y el techo. En el resplandor, Sam alcanzó a ver la cabeza del hombre; a su lado había un objeto con forma de proyectil: un propulsor eléctrico. Combinado con unas buenas aletas y piernas fuertes, podía mover a un hombre de noventa kilos a una velocidad de entre cuatro y cinco nudos. Vaya con la ventaja de la marea, pensó Sam.

El hombre arrojó lo que parecía un garfio por encima de la pasarela, le dio un tirón a la cuerda, y después gritó en inglés con acento ruso:

—Todo despejado, adelante. —Dirigió el propulsor hacia el muelle y comenzó a cruzar la caverna.

Sam no se concedió tiempo para pensar o adivinar, sino que le dio al cabo tres tirones de emergencia, rodó por encima del borde y se metió debajo del agua. La corriente lo atrapó y lo llevó por el túnel. Unos segundos más tarde, el otro muelle apareció a la vista. Remi estaba arrodillada en el borde, ocupada en recoger el cabo. Sam se llevó el dedo a los labios, y ella asintió al tiempo que lo ayudaba a subir al muelle.

—Los malos —susurró.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Solo el suficiente para escondernos.

Sam miró a un lado y al otro. Una parrilla de pasarelas con forma de E cruzaba la caverna para unir el muelle con otro en la pared opuesta; en ambos había pilas de cajones de madera con el símbolo de la marina de guerra alemana.

Esa caverna, si bien casi el doble de grande que la primera, era del tipo de cuevas de lava, lo que significaba que no encontrarían ninguna salida por el lado del mar. ¿O sí?, se preguntó Sam al tiempo que alumbraba el entorno. En el techo colgaba lo que había tomado en un primer momento por una estalactita muy larga. A la luz de la

linterna vio en ese momento que se trataba de un grupo de raíces y lianas que bajaban casi hasta la superficie del agua.

—¿Una salida? —preguntó Remi.

—Quizá. Aquí la corriente es más lenta.

—Medio nudo, no más —asintió Remi.

Desde la primera caverna oyeron un par de voces que se llamaban la una a la otra, y después una tercera. Una detonación resonó en el túnel, seguida por otra, luego una ráfaga de diez segundos.

—Disparan al agua —susurró Sam—. Intentan hacernos salir.

—Mira aquí, Sam.

Volvió la linterna y apuntó al agua, donde Remi le señalaba. Apenas por debajo de la superficie había una forma curva.

—Un casco —susurró ella.

—Creo que tienes razón.

—Quizá acabamos de encontrar el UM-77.

—Vamos, tenemos trabajo.

Le explicó el plan sobre la marcha. Envolvieron el motor y el resto del equipo en el bote neumático acribillado, lo ataron con el cabo de proa y, a continuación, ocultaron el bulto debajo del muelle. Después, cortaron un trozo de diez metros de cabo y comenzaron a hacerle nudos cada cincuenta centímetros. Una vez hecho esto, Sam preguntó:

—¿Qué parte quieres?

—Tú te sumerges, yo trepo.

Remi le dio un rápido beso, cogió el cabo y comenzó medio a correr medio a arrastrarse por la pasarela.

Sam cogió la linterna, se descolgó del muelle y se sumergió.

De inmediato se dio cuenta de que no era un minisubmarino Molch. Era demasiado pequeño, al menos un metro ochenta más corto, la mitad del diámetro del UM-34. Llegó a la conclusión de que se trataba de un sumergible Marder; en esencia, un par de torpedos G7e apoyados uno sobre el otro: el de arriba, vaciado y convertido en una cabina y compartimiento de baterías con una cúpula de acrílico; el otro, un torpedo desprendible.

Al seguir la curva del casco hasta el fondo, Sam comprobó que faltaba el torpedo, solo quedaba la cabina tumbada de lado, la cúpula estaba medio enterrada en la arena. Siguió la eslora del casco hasta la cabina, dejó la linterna en la arena y se puso a abrir los cierres. Estaban atascados.

Tiempo, Sam, tiempo.

Los pulmones comenzaron a arderle. Sujetó la palanca con las dos manos, apoyó

los pies en el casco y tiró. Nada. Probó otra vez. Nada.

A través del agua oyó de nuevo unas voces ahogadas, en esa ocasión más cerca. Apagó la linterna, miró hacia arriba, se orientó, y luego se apartó del submarino para nadar hacia la pared más lejana. Los pilones del muelle aparecieron en la penumbra, se deslizó entre ellos y giró a la derecha, para seguir la pared. Pasado el muelle, flotó hacia arriba y salió con suavidad a la superficie.

Al otro lado de la caverna y por el túnel del río vio las luces que bailaban sobre las paredes; eran Jolkov y sus hombres al final del muelle, e iban hacia él. A tres metros a la izquierda, las raíces y las lianas colgaban justo por encima de la superficie; cerca había un agujero que tenía el diámetro de un bidón de doscientos litros. Nadó hasta allí, buscó un momento y encontró el cabo de Remi. Comenzó a subir.

Un minuto más tarde y cinco metros más arriba, su mano encontró el pie de Remi, que descansaba en un lazo. Le dio un apretón y recibió en respuesta una risita. Colocó el pie en un lazo, hizo lo mismo con la mano derecha y se puso cómodo.

—¿Has tenido suerte? —susurró ella.

—No. Está atascada.

—¿Ahora qué?

—Ahora esperamos.

La espera fue corta.

Los hombres de Jolkov se movían deprisa, y emplearon el mismo sistema de cuerdas que Sam y Remi habían utilizado para llegar al segundo muelle. Sam espió entre las lianas y contó a seis hombres. Uno de ellos caminó por el muelle y alumbró con la linterna los cajones, el agua y las pasarelas.

—¿Dónde demonios están? —exclamó.

Sam comprendió que era Jolkov en persona.

—¡Vosotros cuatro, hacedlos salir! —ordenó Jolkov. Luego le hizo un gesto al otro hombre y añadió—: Tú, ven conmigo.

Mientras Jolkov y el hombre buscaban entre los cajones, los otros se colocaron en el borde del muelle y comenzaron a disparar ráfagas al agua. Al cabo de un minuto, Jolkov ordenó:

—¡Alto el fuego, alto el fuego!

—Hay algo ahí abajo —afirmó uno de los hombres, que alumbró el agua con su linterna.

Jolkov se acercó, miró durante un momento y luego señaló a dos de sus subalternos.

—¡Tiene que ser eso! Poneos el equipo y echad una mirada.

Los hombres volvieron a los cinco minutos, y pasados otros cinco ya estaban en

el agua.

—Primero buscad en la caverna —les ordenó Jolkov—. Comprobad que no están escondidos en ninguna parte.

Los hombres desaparecieron debajo de la superficie en una nube de burbujas. Sam vio las luces moverse por el fondo, bajo los dos muelles y a lo largo de las paredes antes de que reapareciesen.

—No están aquí —informó uno de ellos—. No hay lugar donde ocultarse.

Sam soltó el aliento que contenía. No habían encontrado el equipo hundido.

—Quizá se hayan ido por el túnel del río —comentó el hombre que estaba junto a Jolkov, pero el jefe lo pensó un momento.

—¿Estáis seguro de que no hay nadie? —les preguntó a los submarinistas.

Ambos asintieron, y Jolkov se volvió hacia el que había sugerido el túnel del río.

—Llévate a Pavel, ataos y buscad en el túnel cualquier rastro de ellos.

El hombre asintió, fue hasta el extremo del muelle y comenzó a desenrollar un cabo.

—Buscad en el submarino —le ordenó Jolkov a los buceadores, que se colocaron los reguladores y se sumergieron.

Sam observó cómo las luces se movían a lo largo del casco hasta que se detuvieron junto a la cúpula de la cabina.

Las luces oscilaron y se oyó el débil golpe del metal contra el metal. Pasados tres minutos, uno de los hombres salió a la superficie y se quitó el regulador de la boca.

—Es un Marder. El 77.

—Bien —respondió Jolkov.

—Los cierres están atascados. Necesitamos la palanqueta.

Uno de los que estaban en el muelle se arrodilló junto a la mochila y sacó una palanqueta. El buceador se le acercó, cogió la herramienta y se sumergió de nuevo.

Pasaron otros cinco minutos de golpes ahogados de metal contra metal, después el silencio durante unos momentos, y de pronto una enorme burbuja estalló en la superficie del agua.

Continuó la espera hasta que por fin los dos buceadores salieron a la superficie. Uno de ellos soltó una exclamación de triunfo y levantó un objeto alargado fuera del agua.

—¡Tráelo! —ordenó Jolkov.

Cuando los hombres llegaron al muelle, se arrodilló y cogió el objeto. Sam vio que era la ya familiar caja de madera rectangular. El ruso analizó la caja durante un minuto, la movió de un lado a otro y observó con atención la tapa, antes de levantarla con mucho cuidado y mirar al interior. La cerró y asintió.

—Buen trabajo.

Desde el túnel del río llegó un grito:

—¡Ayuda! ¡Sacadnos, sacadnos!

Varios hombres corrieron por el muelle y comenzaron a tirar de la cuerda. Al cabo de diez segundos, un hombre apareció en el extremo. Las luces lo alumbraron. Estaba semiconsciente y tenía la mitad del rostro bañado en sangre. Lo izaron y lo tendieron en el muelle.

—¿Dónde está Pavel? —preguntó Jolkov. El hombre murmuró algo incoherente. El jefe lo abofeteó y le sujetó la barbilla—. ¡Responde! ¿Dónde está Pavel?

—Los rápidos... El cabo se cortó... Se golpeó la cabeza. Intenté alcanzarlo, pero ya había desaparecido. Un segundo estaba allí y al siguiente había desaparecido. Ya no está.

—¡Maldita sea! —Jolkov se dio la vuelta, recorrió la mitad del muelle y luego volvió otra vez—. Vale, vosotros dos os lo lleváis y volvéis a la laguna. —Señaló al otro hombre—. Tú y yo colocaremos las cargas. Si ya no están muertos, sepultaremos vivos a los Fargo. En marcha.

Jolkov y sus hombres se marcharon. Sam le hizo un gesto a Remi para que lo siguiese, se descolgó por la cuerda y movió su peso hacia atrás y hacia delante, como un péndulo, para darse impulso, y luego le hizo una señal con la cabeza a Remi, quien saltó a la pasarela; la siguió. Se arrodillaron juntos.

—¿Crees que lo dijo de verdad? —susurró Remi.

—Dudo que tengan explosivos suficientes para sepultarnos, pero desde luego pueden sellar la entrada principal. ¿Has buscado una salida allá arriba? —preguntó, y señaló las raíces.

—No hay nada más que una grieta, de no más de cinco centímetros de anchura, y como a un metro ochenta de la superficie.

—Pero ¿viste la luz del día?

—Sí. Se está poniendo el sol.

—Bien, haya una salida o no, al menos tenemos una entrada de aire; pero ellos tienen la maldita botella.

—Vamos por partes, Sam.

—Tienes razón. Salgamos de esta pasarela antes de que... Como si hubiese sido una señal, se oyó un estallido en la caverna principal seguido por otros dos en rápida sucesión.

—¡Abajo!

Sam tumbó a Remi sobre los maderos y se le echó encima.

Unos pocos segundos más tarde los sacudió una ráfaga de aire frío. Una nube de polvo se filtró por el túnel y llenó la caverna, y las partículas más pesadas cayeron sobre la superficie como la lluvia. Sam y Remi levantaron la cabeza.

—Ah, al fin solos —murmuró Remi.

Sam se levantó con una sonrisa, se quitó el polvo y ayudó a su mujer a levantarse.

—¿Te quieres quedar un rato?

—No, gracias.

—Bien, en ese caso lo mejor será ocuparnos de nuestra cápsula de salvamento.

Remi apoyó las manos en las caderas.

—¿De qué hablas?

Sam desenganchó la linterna del cinturón y apuntó al agua para alumbrar el casco del submarino.

—Hablo de eso.

—Explícate, Fargo.

—Lo comprobaré para estar seguro, pero lo más posible es que no podamos salir por donde entramos, y nadie sabe dónde estamos, así que no podemos contar con que vengan a rescatarnos. Eso nos deja una opción: río abajo.

—Ah, ¿te refieres al río que mató a uno de los hombres de Jolkov y se lo llevó al paraíso? ¿Ese río?

—Tiene que salir a alguna parte. El túnel tiene cinco metros de diámetro, y la corriente es rápida y constante. Si se estrecha en alguna parte más abajo, veremos el reflujo o marcas de la marea alta en las paredes. Créeme, tiene que desaguar en alguna parte, ya sea en la superficie, en algún lago o estanque, o en otra caverna marina.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Bastante.

—Es el mejor juicio subjetivo que he oído. —Remi se mordió el labio inferior durante un momento—. ¿A ver qué te parece esto? Aplicas tu magia de ingeniero a una de las botellas de aire y abrimos un agujero en la grieta del techo.

—No tiene suficiente presión, y quizá solo conseguiríamos que el techo se desplomase sobre nosotros.

—Es verdad. Vale, podríamos esperar a que amanezca y pegar fuego a las raíces. Sería una señal de humo. —Guardó silencio y frunció el entrecejo—. Táchalo. Nos asfixiaríamos mucho antes de que llegase la ayuda.

—Tú has explorado tantas cavernas como yo —dijo Sam—. Sabes de geología. El río es nuestra mejor oportunidad. Nuestra única oportunidad.

—De acuerdo. Sin embargo, tenemos un problema. Nuestra cápsula de salvamento está llena de agua y a cinco metros por debajo de la superficie.

—Sí, eso es un problema —admitió Sam.

Después de asegurarse de que la caverna principal estaba sellada, volvieron a la segunda y se pusieron manos a la obra. Primero recuperaron el equipo del fondo y después buscaron en las cajas cualquier cosa que pudiera serles de utilidad. Además de una bien provista con la mayor parte de las herramientas oxidadas, encontraron cuatro linternas y una docena de velas que encendieron con el mechero de Sam. Muy pronto el muelle y el agua circundante estaban alumbrados por la oscilante luz amarilla. Mientras Remi se ocupaba de buscar el resto del equipo y hacía un inventario de la caja de herramientas, Sam permaneció en el borde del muelle, mirando el agua con una expresión distante.

—Ya está —dijo Remi—. Tenemos dos botellas de aire, una llena y la otra a dos tercios; dos linternas que funcionan, pero no sé cuánta carga queda en las pilas; mi cámara está destrozada, pero los prismáticos están bien; el revólver está seco, pero no puedo garantizar las balas; dos cantimploras y un trozo de cecina un tanto mojada; un botiquín de primeros auxilios; tu herramienta multifunción y linterna Gerber Nautilus; una bolsa impermeable en buen estado, la otra hecha un queso gruyere; y,

por último, dos móviles que están secos, funcionan, y con casi toda la carga, pero que son inútiles aquí dentro.

—¿El motor?

—Lo sequé lo mejor que pude, pero no sabremos si funciona hasta que lo probemos. En cuanto al tanque de gasolina, no tiene ningún agujero y todas las válvulas están cerradas, así que creo que está bien.

Sam asintió y continuó mirando el agua. Al cabo de diez minutos carraspeó y dijo:

—Vale, podemos hacerlo. —Se sentó junto a Remi.

—A ver, que yo me entere —dijo ella.

Él comenzó a explicárselo. Cuando acabó, Remi frunció los labios, ladeó la cabeza y después asintió.

—¿Por dónde empezamos?

Empezaron con Sam, avanzando lenta y tensamente, en un ambiente claustrofóbico. No tenía problemas con los espacios cerrados o el agua, pero no le hacía ninguna gracia la combinación de los dos.

Solo con las gafas y el cinturón de lastre, realizó primero una serie de inmersiones de práctica para aumentar la capacidad pulmonar. Luego dedicó un par de minutos en la superficie a los ejercicios de respiración para oxigenar la sangre al máximo.

Respiró hondo y se sumergió hasta el fondo. Con la linterna por delante se metió por la cúpula y fue hacia popa. Sabía, por su estudio de los submarinos alemanes en Pocomoke, que la sección de proa de un minisubmarino Marder tenía un único asiento y rudimentarios controles para el timón y la inmersión. Lo que buscaba —las válvulas de inmersión— tendrían que estar en la popa. Se movió a lo largo del sumergible, palpando las paredes cilíndricas, consciente de que la oscuridad y el agua lo presionaban, lo aplastaban. Sintió que el miedo brotaba en su pecho. Lo dominó y se concentró de nuevo en su tarea. Las válvulas de inmersión, Sam. De inmersión.

Alumbró con la linterna a izquierda y derecha, delante. Buscaba una palanca, un tubo cilíndrico que sobresaliese en el casco... Entonces, de pronto, allí estaba, delante y a la izquierda. Llegó allí, sujetó la palanca y tiró. Trabada. Metió la hoja del cuchillo entre la palanca y el casco, y probó de nuevo. La palanca se movió, acompañada de un crujido y una nube de óxido. Con los pulmones ardiendo, se volvió hacia la válvula opuesta y repitió el proceso, después retrocedió y salió a la superficie.

—¿Estás bien? —llamó Remi.

—Muy bien.

—No estás mortalmente herido.

—Pues no, estoy bien.

La siguiente parte del plan les llevó tres horas, que en buena medida dedicaron a buscar y unir las cuerdas que los alemanes habían dejado atrás, la mitad podridas o tan endebles que Sam no estaba dispuesto a confiar en ellas. Solo tendrían una oportunidad para intentarlo, le dijo a Remi. Si fracasaban, habrían de apelar a su idea de las señales de humo y confiar en que la ayuda llegaría antes de morir asfixiados.

Después de cuatro horas, hacia las dos de la madrugada, según el reloj de Sam, casi habían terminado. Contemplaron su trabajo desde el borde del muelle.

Dos cuerdas de cuatro cabos trenzados, una atada a la proa del submarino y la otra a las cornamusas de popa, se levantaban del agua hasta el techo, donde Remi, como soberbia escaladora que era, las había pasado por los garfios del techo que sujetaban los cables de la pasarela. De allí, cada cuerda volvía a caer y estaba atada a un cable debajo de las tablas de la pasarela. También los cables estaban conectados entre ellos, unidos en el punto central por una muy bien construida telaraña de cuerdas. A uno de los cables —el más apartado de las cuerdas que sujetaban al minisubmarino—, Sam había atado una de las botellas de aire.

—A ver —dijo Remi—, vamos a repasar. Tú le disparas a la botella, la explosión corta los cables, la pasarela cae, el submarino sale a la superficie y se vacía agua. ¿Es eso?

—Más o menos. La botella no explotará, pero saldrá disparada como un cohete. Si lo he hecho todo bien, el impulso tendrá que partir los cables oxidados. Más allá de eso, es pura matemática y teoría del caos.

Calcular el peso del submarino con el agua en su interior, además de los pesos combinados de las pasarelas y el límite de corte de los cables, había sido una pesadilla, pero Sam estaba bastante seguro de que no se había equivocado. Con una vieja y oxidada pero todavía útil sierra que habían encontrado en la caja de herramientas había serrado por la mitad once de los dieciocho cables de la pasarela.

—Y la gravedad —añadió Remi, que lo cogió del brazo—. Ganemos o perdamos, estoy orgullosa de ti. —Le dio el revólver—. Es tu ratonera. Tienes el honor.

Se ocultaron detrás de las cajas que habían apilado al final del muelle y se aseguraron de que no hubiese aberturas en el parapeto, salvo la rendija por donde dispararía Sam.

—¿Preparada? —preguntó Sam.

Remi se tapó las orejas y asintió con la cabeza.

Sam apoyó la culata del arma en el antebrazo opuesto, apuntó y apretó el gatillo.

El disparo se perdió en el acto en medio del brutal estallido, un destello de luz, el aullido del acero que cedía y un estruendoso chapoteo. Sam y Remi asomaron las cabezas por encima de las cajas, pero durante diez segundos no pudieron ver nada, salvo una fina niebla que llenaba la caverna. Se despejó poco a poco. Salieron y

caminaron hasta el borde del muelle para mirar abajo.

—Nunca había tenido la menor duda —murmuró Remi.

El minisubmarino UM-77 de la clase Marder, que había pasado los últimos sesenta años de su vida en el fondo de una caverna marina, estaba en la superficie, y el agua que contenía se vaciaba por las válvulas de inmersión.

—Hermoso —fue todo lo que Sam pudo decir.

Con otro reverberante sonido que Sam y Remi sintieron en sus cabezas, el submarino pasó por encima de otro peñasco, se desvió violentamente a babor, luego se puso en posición vertical y continuó avanzando por el canal principal del río. El agua que se deslizaba por encima de la cúpula de acrílico oscureció la visión de Sam un momento, y después se despejó. Encendió la linterna y alumbró por encima de la proa, pero solo vio las paredes de piedra que pasaban a cada lado y una espuma blanca que golpeaba el cono de proa. Pese al terrible peligro que corría, Sam decidió que se parecía mucho a un viaje en un tobogán de agua de Disney World.

—¿Estás bien ahí atrás? —preguntó Sam.

Remi, tumbada detrás del asiento, con los brazos apoyados en el casco, respondió:

—¡De maravilla! ¿Cuánto llevamos?

Sam consultó su reloj.

—Veinte minutos.

—Dios mío, ¿nada más?

Después de recuperarse de la sorpresa al comprobar que el plan había funcionado, Sam y Remi se habían colgado de la cuerda de proa del submarino para que levantara el morro un palmo por encima de la superficie y permitir así que saliese el resto del agua. A continuación, Remi había entrado para cerrar las válvulas de inmersión.

A partir de ahí, poco más tuvieron que hacer: verificaron que no hubiese ninguna filtración y reforzaron el interior con unas cuantas tablas de la pasarela. Los tanques de lastre de doscientos litros —tubos de doce centímetros de diámetro que iban de proa a popa por las bandas de estribor y babor— estaban llenos y equilibraban el sumergible.

Convencidos de que estaban preparados en la medida de lo posible, habían dormido cuatro horas acurrucados en el muelle dentro de un círculo de linternas. Al amanecer, se habían levantado, desayunado con agua de las cantimploras y cecina, y después de guardar lo más imprescindible en el submarino habían subido a bordo. Sam había utilizado una de las tablas para impulsar el Marder hasta la boca del túnel del río, y tras cerrar la cúpula, habían iniciado el viaje.

Hasta ese momento el casco de aluminio reforzado aguantaba bien, pero ambos sabían que la geología también estaba de su parte: si bien las paredes del túnel eran afiladas, las rocas y los peñascos del canal estaban pulidos por la erosión y no había ningún borde afilado que destrozase el casco.

—¡Sujétate! —gritó Sam—. ¡Una piedra grande!

La proa golpeó de frente contra el peñasco, se levantó, superó la cresta y se desvió a la izquierda. La corriente movió la popa en la dirección opuesta, y el casco golpeó contra la pared.

—¡ Ay! —gritó Remi por encima del estrépito.
—¿Estás bien?
—Solo otro morado para mi colección.
—Te invitaré a un masaje sueco cuando volvamos al Four Seasons.
—Te tomo la palabra.

Una hora dio paso a otra mientras Sam y Remi navegaban por los rápidos, sacudidos por los golpes del submarino contra las paredes, los saltos sobre los peñascos y los bruscos movimientos a un lado y otro de la corriente. De vez en cuando se encontraban en zonas más anchas y tranquilas del río, y eso le permitía a Sam abrir la cúpula y dejar que entrase un poco de aire fresco para completar el que Remi le suministraba a través de la botella de aire.

Casi con la precisión de un cronómetro, cada pocos minutos, el Marder chocaba contra un montón de peñascos, y se encontraban varados, con el submarino tumbado o colgado por encima de los rápidos, equilibrado como un giroscopio. Cada vez tenían que moverlo balanceándolo de un lado a otro hasta que se deslizaba de vuelta al canal, o Sam tenía que abrir la cúpula y empujarlo con la tabla.

Cerca de la tercera hora de viaje, el sonido de agua que corría desapareció de pronto. El submarino redujo la velocidad y comenzó a dar vueltas lentamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Remi.
—No estoy seguro —contestó Sam.

Acercó la cabeza a la cúpula y se encontró mirando el techo abovedado lleno de estalactitas. Oyó que algo raspaba y miró a la izquierda a tiempo para ver una cortina de lianas que colgaban cerca de la cúpula, como las tiras en el interior de un túnel de lavado de coches. La luz entró en la cúpula y llenó el interior con un resplandor amarillo.

—¿Es el sol? —preguntó Remi.
—¡Por supuesto!

El casco rozó la arena, redujo aún más la velocidad y luego se detuvo con suavidad. Sam miró adelante. Estaban en otra laguna.

—Remi, creo que hemos llegado.

Quitó los cerrojos de la cúpula y la abrió. El aire fresco y salobre entró por la escotilla. Sacó los brazos, los dejó colgando, echó la cabeza hacia atrás y se alegró de que el sol calentase su rostro.

Oyó algo a la izquierda, abrió los ojos y volvió la cabeza. Sentada en la arena a tres metros de ellos había una joven pareja con equipos de submarinista. Boquiabiertos e inmóviles, ambos miraban a Sam. El hombre tenía el bronceado de un agricultor; la mujer, el pelo rubio platino; eran estadounidenses del Midwest en una aventura tropical.

—Buenos días —dijo Sam—. Por lo que veo, les interesa sumergirse en las cavernas.

La pareja asintió al unísono sin decir nada.

—Tengan cuidado de no perderse allí dentro —añadió Sam—. Puede ser un poco difícil encontrar la salida. Por cierto, ¿en qué año estamos?

—Deja a en paz a esta gente, Sam —le susurró Remi a su espalda.

21

—El paraíso —murmuró Remi—. El absoluto paraíso.

Fiel a su palabra, en cuanto llegaron al Four Seasons, Sam había pedido, después de compartir una larga ducha caliente, que les sirviesen una ensalada de marisco, pan caliente y una macedonia de frutas tropicales, y luego había llamado a un par de masajistas que, tras una hora de masajes con piedras calientes, habían pasado al masaje sueco. Sam y Remi estaban lado a lado en la galería, junto a las cortinas que se movían alrededor de ellos por la ligera brisa tropical. En la playa, los rompientes añadían su propia canción de cuna.

Sam, casi dormido, murmuró:

—Esto es vida.

Los sorprendidos jóvenes que habían encontrado a la salida de la cueva eran, en efecto, estadounidenses; Mike y Sarah, de Minnesota, y estaban de luna de miel. Después de tres intentos habían respondido a la pregunta: «¿Dónde estamos?», que les había hecho Sam, con: «En la costa norte de Rum Cay, entre Junkanoo Rock y Liberty Rock». Según los cálculos de Sam habían viajado más o menos doce kilómetros por el río subterráneo.

Mike y Sarah se habían ofrecido amablemente a llevarlos y a remolcar el minisubmarino —al que Sam le había tomado mucho cariño— a lo largo de la costa con su embarcación de alquiler. Cuarenta y dos horas después de haber llegado a Rum Cay, Sam y Remi estaban de nuevo en la playa donde habían amerizado. Su anfitrión, el misterioso vagabundo de la playa, no estaba por ninguna parte, así que ocultaron el submarino entre la maleza y dejaron una nota en la pared de la choza: POR FAVOR, VIGÍLELO. VOLVEREMOS A BUSCARLO. Sam no tenía muy claro qué haría con el Mardel, pero le pareció mal abandonarlo sin más.

Luego volvieron al avión y se dirigieron a la isla principal y a su hotel.

Acabados los masajes, Sam y Remi dormitaron un rato y después se levantaron para ir al interior del bungalow. Le habían enviado a Selma un SMS para decirle que estaban bien, y en ese momento Sam la llamó y puso el teléfono en manos libres. Le hizo un rápido resumen de la odisea en la cueva.

—Bien, nadie podrá acusar a los Fargo de tomarse unas vacaciones vulgares —comentó Selma—. Puede que tenga la respuesta a uno de los misterios: por qué es Jolkov quien los está buscando. Llamó Rube: a Grigori Arjipov lo encontraron muerto en un aparcamiento de Yalta; le faltaban las manos y los pies. Amputados a

disparos de escopeta. Rube me dijo...

—Que tuviésemos cuidado —acabó Sam—. Lo tenemos.

—La pregunta es: ¿cómo los encontró Jolkov?

—Eso mismo nos hemos estado preguntando nosotros. ¿Has comprobado...?

—No hay ningún registro en las cuentas que usaron, y todos nuestros ordenadores tienen cortafuegos, así que dudo que hayan descubierto su itinerario por esa vía. Lo mismo con sus pasaportes; el gobierno los tiene muy controlados.

—Eso deja a las aerolíneas o... —dijo Remi.

—O a alguna pista que ellos tienen y nosotros no —acabó Sam—. Pero eso plantea otra pregunta: ¿por qué no habían asaltado ya las cuevas?

—Continuaré investigándolo —dijo Selma—, pero no creo que desde aquí lo descubramos.

—Hasta que lo sepamos, asumiremos lo peor y no dejaremos de mirar a nuestro alrededor —afirmó Remi.

—Bien. En cuanto al submarino... —dijo Selma.

—El UM-77 —le recordó Sam.

—Correcto. ¿Quieren que lo traiga aquí?

—Más nos valdrá —respondió Remi—, o Sam se echará a llorar.

—Es un trozo de historia —protestó él.

Habían acordado que, una vez acabada esa aventura, le comunicarían al gobierno alemán y al de Bahamas la existencia de la base de submarinos y dejarían que arreglasen el asunto entre ellos.

—¿Qué pasará si nadie los quiere? —había preguntado Remi.

—Entonces lo pondremos en la repisa de la chimenea.

—Era lo que me temía —gimió Remi.

Ahora, en el teléfono, Selma dijo:

—Me ocuparé de hacerlo. Puede que me lleve algunos días, pero lo traeré aquí. A ver, Jolkov tiene la botella.

—Eso me temo. ¿Alguna noticia para nosotros?

—De hecho, unas cuantas cosas que creo les resultarán interesantes. ¿Quieren saber qué más, aparte de la cigarra, solo se encuentra en el archipiélago toscano?

—Nuestra rosa negra —se apresuró a contestar Remi.

—Correcto de nuevo. Tendremos que encajarla en la cronología, pero parece probable que la tinta se utilizase en las etiquetas durante la estancia de Napoleón en Elba.

—O después, con tinta de allí —señaló Sam—. En cualquier caso, es otra pieza del rompecabezas.

—Sí, y hay otra —dijo Selma—. Nuestra botella es como una cebolla de acertijos: cada capa es un misterio. La etiqueta de cuero no es de una sola pieza, sino

que son dos unidas. Conseguí quitar la primera sin causar ningún daño.

—¿Y...?

—No hay ningún rastro de tinta, pero sí más grabados: como una parrilla de símbolos, de ocho en horizontal y cuatro en vertical, un total de treinta y dos.

—¿Qué clase de símbolos?

—De todo. Desde símbolos de la alquimia hasta letras cirílicas, pasando por la astrología y otros tantos más. Yo diría que son códigos iconográficos sin ninguna conexión con su origen. Sam, es probable que usted esté familiarizado con los códigos iconográficos.

Así era. Durante su entrenamiento en Camp Perry, habían dedicado tres días a la historia de la criptografía.

—En esencia es un código de sustitución —le explicó a Remi. Cogió un bloc y un bolígrafo de la mesilla de noche y dibujó tres símbolos:



—Ahora supón —añadió Sam— que el primer símbolo representa la letra s; el segundo, la a; y el tercero, la l.

—Sal —dijo Remi—. Parece muy simple.

—En cierto sentido lo es, pero en otro es un código virtualmente indescifrado. Los militares utilizan una versión, un método llamado OTP o «libreta de un solo uso». La teoría es la siguiente: dos personas tienen un libro de cifrado/descifrado. Uno envía un mensaje utilizando el código iconográfico, el otro lo descifra sustituyendo las formas por letras. Sin el libro, no tienes más que símbolos al azar. Para cualquier otro, no tienen el menor significado.

—Y nosotros no tenemos el libro —puntualizó Remi.

—No. ¿Selma, puedes...?

—Va de camino mientras hablamos. No es la fotografía original que tomé de la etiqueta, pero Wendy utilizó un programa de dibujo para recrear algunos de los símbolos. Esta no es más que una muestra.

Momentos más tarde sonó el aviso de que había llegado un correo electrónico, Sam lo abrió y la imagen apareció en la pantalla:



—En cuanto a descifrarlo, quizá tenga una idea al respecto; al menos, por dónde

empezar —dijo Selma—. ¿Recuerdan al hombre misterioso, al comandante que contrató al contrabandista, Arienne, para ir a Santa Helena?

—Por supuesto —dijo Remi.

—Creo que sé quién es el comandante. Lo encontré en una oscura biografía alemana de Napoleón escrita en 1840. En 1779, cuando Napoleón tenía nueve años, fue enviado a un colegio militar francés, Brienne-le-Château cerca de Troyes. Allí conoció a un chico llamado Arnaud Laurent y se hicieron amigos; durante todos los años en la École Royale Militaire, luego en la Escuela de Artillería, y así todo el camino hasta Waterloo. Según el autor, hasta mediados de 1790, poco antes de la primera campaña italiana, Laurent siempre había estado por encima de Napoleón en el rango. Se decía, en privado o entre amigos íntimos, que Napoleón trataba a Laurent con el apodo de el Comandante. Napoleón había tenido varios confidentes a lo largo de los años, pero ninguno tan próximo como Laurent.

—¿Y existe algún edificio que lleve su nombre? —preguntó Sam—. ¿Hay por casualidad alguna Biblioteca Arnaud Laurent?

—No tenemos tanta suerte. No hay gran cosa de Laurent, pero por lo que he averiguado, cuando murió, en 1825, solo cuatro años después de Napoleón, fue enterrado con un objeto que se menciona como «su más valiosa posesión».

—Algo que, con un poco de suerte, bien podría ser un descodificador —dijo Sam.

—O un libro —añadió Remi—. Selma, ¿dónde está enterrado?

—Después de la derrota en Waterloo, la rendición de Napoleón fue aceptada a bordo del Bellerophon, junto con la plana mayor, que supongo incluiría a Laurent, quien entonces era su principal consejero militar. Después el Bellerophon fue a Plymouth, donde, tras dos semanas de espera, Napoleón fue trasladado al Norththumberland..., solo, sin los oficiales, para el viaje final a Santa Helena. Cuando Laurent murió, su viuda, Marie, pidió a los británicos permiso para que lo enterrasen en Santa Helena junto a Napoleón, pero ellos se negaron, así que se le ocurrió que lo mejor sería enterrarlo en Elba.

—Curioso —opinó Remi.

—Es poético —afirmó Sam—. El general de Laurent, su mejor amigo, había muerto en el exilio y había sido enterrado en el exilio. Su viuda escogió un lugar de...

—Sam buscó la expresión correcta—: Solidaridad simbólica.

Remi miró a su marido con la cabeza ladeada.

—Eso es hermoso, Sam.

—Tengo mis buenos momentos. Selma, ¿los restos de Napoleón no fueron sacados de Santa Helena?

—Así es. En realidad es una historia interesante en sí misma. En 1830, los Borbones, que asumieron el trono después de la derrota de Napoleón en Waterloo, se vieron destronados por la dinastía de Orleans. Sentían algo más que nostalgia por

Napoleón, así que solicitaron permiso a los ingleses para llevarlo a casa. Después de siete años de discusiones, los británicos aceptaron, y los restos fueron llevados desde Santa Helena hasta París. Su tumba oficial está bajo la cúpula de Les Invalides.

»La tumba de Laurent todavía está en Elba; en realidad, es una cripta. El truco es: ¿cómo abordar este asunto? Supongo que no querrán forzar la entrada y hacer de saqueadores de tumbas.

—En principio no —dijo Sam.

—Entonces tendrán que pedir un permiso. Da la casualidad de que Laurent tiene una pariente lejana, que vive en Monaco.

—Ah, Monaco en primavera —murmuró Sam—. ¿Cómo podemos decir que no?

—No podemos —afirmó Remi.

Principado de Monaco, Riviera francesa

Sam entró en el camino bordeado de lilas con el Porsche Cayenne verde oliva de alquiler y se detuvo delante de la villa de cuatro pisos, pintada de blanco y con tejado de terracota, que miraba a las aguas de Point de la Veille.

Resultó que la pariente lejana de Arnaud Laurent, Yvette Fournier-Desmarais, era inmensamente rica, tras haber heredado de su difunto marido las acciones de numerosas empresas monegascas, entre ellas media docena de hoteles y clubes náuticos. Según las revistas del corazón era, a sus cincuenta y cinco años, la soltera más cotizada de Monaco, y desde la muerte de su marido, hacía quince años, había sido cortejada por una impresionante colección de personalidades europeas, desde príncipes hasta magnates de la industria. Había salido con todos ellos, pero nunca más de cuatro meses, y se decía que había rechazado docenas de propuestas matrimoniales. Vivía sola en su villa con una reducida servidumbre y un galgo escocés llamado Henri.

Para su sorpresa, Sam y Remi no tuvieron muchos problemas a la hora de concertar una cita, tras presentar sus credenciales y una petición al abogado de la señora Fournier-Desmarais en Niza, que a su vez aceptó comunicarse con su cliente. Ella les respondió por correo electrónico al día siguiente e insistió en que fueran de inmediato.

Se apearon del Porsche, entraron en el patio y siguieron por un camino entre dos rumorosas fuentes hasta la puerta principal, que era de caoba y de cristal esmerilado y se alzaba un metro veinte por encima de sus cabezas. Sam pulsó el timbre y se oyó en el interior un tintineo musical.

—La Marcia de Muneguh —dijo Remi.

—¿Qué?

—La campanilla del timbre; es la Marcia de Muneguh. Es el himno nacional.

Sam sonrió.

—Has leído unas cuantas guías en el avión, ¿no?

—Donde fueres...

Se abrió la puerta y apareció un hombre esquelético de mediana edad vestido con un pantalón azul marino y un polo a juego.

—¿El señor y la señora Fargo? —Su acento era británico. No esperó una respuesta, se hizo a un lado y les hizo un gesto con la barbilla para que pasaran.

Entraron en el vestíbulo, que era sencillo pero muy bien amueblado: suelo de pizarra egipcia gris claro y un suave tono azul mediterráneo en las paredes. Encima de una mesa Sheraton del siglo XIX había un espejo con marco de plata.

—Me llamo Langdon —añadió el mayordomo, y cerró la puerta—. La señora está en la galería. Por aquí, por favor.

Lo siguieron a través del vestíbulo, pasaron por varias antesalas hasta la parte privada de la casa y luego cruzaron unas cristaleras de cedro pulido que daban a una terraza de varios niveles.

—La encontrarán allí —les indicó Langdon, y señaló una escalera que subía por la parte exterior de la casa—. Si me perdonan... —Dio media vuelta y desapareció al otro lado de las cristaleras.

—Dios mío, mira qué vistas —exclamó Remi, acercándose a la barandilla.

Sam se reunió con ella. Debajo de una pendiente de piedras, palmeras y floridos arbustos tropicales se abría la extensión del Mediterráneo, una alfombra azul bajo un cielo sin nubes.

—Nunca me canso de mirarlas —comentó una voz femenina.

Se volvieron. Una mujer con un sencillo vestido blanco y una pamelita amarilla estaba en lo alto de los escalones. No podía ser otra que Yvette Fournier-Desmarais, pero los Fargo nunca habrían dicho que tenía más de cuarenta años. Su rostro, protegido por el sombrero, estaba bronceado, con unas apenas perceptibles arrugas de la risa alrededor de los ojos, color avellana.

—Sam y Remi, ¿verdad? —preguntó, mientras bajaba la escalera con la mano tendida—. Soy Yvette, gracias por venir. —Su inglés era excelente, con un mínimo rastro de acento francés.

Le estrecharon la mano, luego la siguieron escalera arriba, hasta un solárium rodeado por cortinas de gasa y amueblado con sillas y tumbonas de teca. Un esbelto perro marrón y negro que estaba sentado a la sombra junto a una de las sillas comenzó a levantarse al ver a Sam y Remi, pero se sentó de nuevo cuando su ama murmuró: «Siéntate, Henri». Una vez que todos se hubieron acomodado, ella comentó:

—No soy lo que se esperaban, ¿verdad?

—Para serle sincero, no, señora... —comenzó Sam

—Yvette.

—Yvette. La verdad es que no, en absoluto.

Ella se rió y sus dientes blancos resplandecieron al sol.

—Y usted, Remi, esperaba a alguien con aspecto de matrona, quizá a una esnob francesa cargada de joyas con un perro debajo de un brazo y una copa de champán en la otra mano.

—Lo siento, pero sí.

—Oh, Dios mío, no se disculpen. La mujer que acabo de describir es aquí más la regla que la excepción. La verdad es que nací en Chicago. Allí fui a la escuela primaria hasta que mis padres volvieron a Niza. Eran personas sencillas, ricos pero de

gustos sencillos. Sin ellos, podría haber acabado convertida en el estereotipo que se imaginaban.

Langdon apareció y dejó una bandeja con una jarra de té frío y copas en la mesa que había entre ellos.

—Gracias, Langdon.

—De nada, señora. —Se volvió, dispuesto a marcharse. —Que se divierta esta noche, Langdon. Y buena suerte. —Sí, señora. Gracias.

En cuanto no la pudo oír, Yvette se inclinó hacia delante y susurró:

—Langdon lleva un año saliendo con una viuda. Va a pedirle que se case con él. Langdon es uno de los mejores pilotos de Fórmula I de Monaco.

—¡Caramba! —exclamó Sam.

—Sí. Es muy famoso.

—Si no le importa que se lo pregunte, ¿por qué...?

—¿...trabaja para mí? —Sam asintió—. Llevamos juntos treinta años, desde que comencé a salir con mi difunto marido. Le pago bien y nos caemos bien. En realidad, no es lo que se considera un mayordomo, sino que es más... ¿Cuál es la palabra...?

—¿Un factótum?

—Sí, eso es. Cumple varias funciones para mí. Langdon era un comando antes de retirarse; perteneció al SAS. Es un tipo muy duro. En cualquier caso, aquí celebraremos la boda y la fiesta... siempre que ella acepte, por supuesto. Ustedes dos tendrían que venir. ¿Les importa tomar té frío? —preguntó, mientras les servía—. No es en realidad la bebida de los ricos, pero me encanta.

Sam y Remi aceptaron cada uno una copa.

—Así que Arnaud Laurent... Mi tata, tata abuelo. Les interesa, ¿verdad?

—Mucho —respondió Remi—. Pero, primero, ¿puedo preguntarle por qué aceptó recibirnos?

—Estoy al corriente de sus aventuras. Y su trabajo de beneficencia. Admiro cómo viven sus vidas. No me gusta criticar, pero aquí hay familias que tienen tanto dinero, pero tanto, que no podrían gastarlo aunque quisieran, y sin embargo, no dan nada. En lo que a mí respecta, cuanto más te aferras al dinero, más te tiene sujeto. ¿No están de acuerdo?

—Lo estamos —dijo Sam.

—Por eso acepté recibirlos. Sabía que me caerían bien, y estaba en lo cierto, y también me intriga saber cómo encaja Arnaud en la búsqueda que tienen en marcha; porque están en una búsqueda, en una aventura, ¿no?

—Más o menos.

—Maravilloso. Quizá pueda unirme a ustedes alguna vez. Bueno, perdón, me estoy yendo de la lengua. ¿Les importaría compartir conmigo la naturaleza de su trabajo?

Remi y Sam intercambiaron una mirada, cada uno leyendo la expresión del otro. Sus instintos, que a menudo eran acertados, les dijeron que podían confiar en Yvette.

—Nos encontramos con una botella de vino, muy curiosa, que pudo estar relacionada con Arnaud...

—La bodega perdida de Napoleón, ¿no? —preguntó ella.

—Bueno, quizá.

—¡Es fantástico! —exclamó Yvette, y se rió—. Fantástico. Si alguien puede encontrar la bodega, son ustedes dos. Por supuesto les ayudaré en todo lo que pueda. Sé que harán lo correcto. En cuanto a Arnaud, con toda justicia les diré que no son los primeros en preguntar por él. Un hombre llamó a mi abogado hace unos meses...

—¿Recuerda su nombre? —preguntó Sam.

—Mi abogado lo tiene, pero yo no lo recuerdo. Creo que era ruso. En cualquier caso, el hombre fue muy insistente, incluso un tanto grosero, así que decidí no verlo. Sam, Remi, veo en sus rostros que significa algo para ustedes. ¿Saben de quién hablo?

—Quizá —respondió Sam—. Nos encontramos con nuestro propio ruso maleducado y, dado hasta dónde está dispuesto a llegar, es probable que hablemos de la misma persona.

—Yvette, ¿ha tenido alguna visita inoportuna? —le preguntó Remi.

—No, no. Tampoco me preocupa. Entre Langdon y sus tres ayudantes, que están acechando por aquí en alguna parte, el sistema de alarma y Henri, me siento del todo segura. Para no mencionar que soy una excelente tiradora.

—Algo que usted y Remi tienen en común —señaló Sam.

—¿Es verdad, Remi, que es buena tiradora?

—Yo no diría tanto...

Yvette se inclinó hacia delante y le tocó la rodilla a Remi.

—Cuando se pueda quedar más tiempo, iremos a disparar, solo nosotras, las chicas. Hay un magnífico club en Mentón, no muy lejos de aquí; tienen una galería de tiro. Volvamos a nuestro villano ruso. Estaba muy interesado en la cripta de Arnaud en Elba. Supongo que por eso han venido a verme.

—Sí —respondió Remi.

—No le dijimos nada. Sospeché que ya había estado allí y se marchó con las manos vacías, y por eso se comportó de aquella manera.

—¿A qué se refiere?

Yvette se inclinó hacia delante y bajó la voz hasta un susurro conspirador.

—Hace unos años hubo algunos actos de vandalismo en Elba, unos adolescentes se dedicaron a hacer gamberradas, pero me hizo pensar. Dado quién era Arnaud, y lo animosos que son algunos partidarios de Napoleón, decidimos trasladar el sarcófago de Arnaud.

—¿Adonde? —preguntó Sam—. ¿Fuera de la isla?

—Oh, no, todavía está allí. Arnaud no habría aprobado que lo sacasen de Elba. No, encontramos otra sepultura en una cripta vacía y lo trasladamos. Está a buen recaudo. Supongo que querrán mi permiso para mirar en el sarcófago. Han venido para eso, ¿verdad?

—Me alegra que lo diga. —Sam sonrió—. No estaba muy seguro de cuál era el procedimiento correcto cuando se le pregunta a un pariente si le importa que curioseemos entre los restos de sus antepasados.

Yvette hizo un gesto con la mano.

—No se preocupen. Estoy segura de que actuarán de una manera respetuosa. Cualquier cosa que se lleven la devolverán, ¿no es así?

—Por supuesto —prometió Remi—. Aunque quizá nada de ello sea necesario. Nos han dicho que Arnaud fue sepultado con algunos efectos personales. ¿Sabe cuáles eran?

—No, lo lamento. Estoy segura de que la única persona que podía responder a esa pregunta era su esposa, Marie. Y les aseguro que el sarcófago no se ha abierto desde que él murió. Por lo tanto, con mucho placer les diré dónde encontrar la cripta, pero con una condición.

—Dígala —le pidió Sam.

—Que se queden a cenar.

—Nos encantará —dijo Remi, con una sonrisa.

—¡Perfecto! Cuando lleguen a Elba, estarán en Rio Marina. A partir de allí deben ir al oeste por la SP26 hacia las montañas...

Elba, Italia

Dejó que la cigarra subiese por su dedo y el dorso de la mano antes de empujarla con el otro dedo a la palma. Sam se incorporó junto a la carretera de tierra y se volvió hacia Remi, que tomaba fotos del mar a lo lejos.

—La historia es curiosa —comentó Sam.

—¿Por qué?

—Esta cigarra. Bien podría estar relacionada con alguna de las que el propio Napoleón utilizó para hacer la tinta.

—¿Suelta espuma?

—No que yo sepa.

—Selma dijo que la tinta provenía de una cigarra espumadora.

—No ves adonde quiero ir a parar. ¿Y tu sentido del humor?

Remi bajó la cámara y lo miró.

—Lo siento —añadió Sam con una sonrisa—, me he olvidado de con quién estaba hablando.

—Te he entendido. —Remi consultó su reloj—. Será mejor que nos pongamos en marcha. Son casi las tres. Cada vez quedan menos horas de luz.

La cena de la noche anterior con Yvette Fournier-Desmarais se había prolongado hasta muy tarde, y después de tres botellas de vino, ella los había convencido de que cancelaran la reserva en el hotel y se quedaran a pasar la noche. Se levantaron a la mañana siguiente y compartieron en la galería un desayuno de café, cruasanes, piña fresca y huevos revueltos con puerros, pimienta y menta antes de ir al aeropuerto.

Por razones que Sam y Remi pudieron entender, los vuelos de ida y vuelta a Elba estaban restringidos a una sola línea aérea, Inter-Sky. Las otras dos compañías, SkyWork y Elbafly, ofrecían más puntos de salida, pero solo volaban tres días a la semana, así que en Niza tomaron un avión de Air France a Florencia, luego un tren a Piombino y, por fin, un transbordador que los llevó a Rio Marina, en la costa este de Elba, a diez millas de distancia.

El coche de alquiler —un Lancia Delta de 1991— no era nada comparado con el Porsche Cayenne, pero el aire acondicionado funcionaba y el motor, aunque pequeño, cumplía su función.

De acuerdo con las instrucciones de Yvette, habían viajado tierra adentro desde Rio Marina, pasando un pintoresco pueblo toscano tras otro —Togliatti, Sivera, San Lorenzo—, por una sinuosa carretera entre preciosas colinas y viñedos que subía cada vez más por las montañas, hasta que se detuvieron en un promontorio que daba a la costa oriental de la isla.

De no haber sido por el exilio de Napoleón, Elba nunca habría sido tan conocida, algo que, desde el punto de vista de Sam y Remi, era una pena porque tenía su propia y exclusiva historia.

A lo largo de su existencia, Elba había recibido a invasores y ocupantes, desde los etruscos hasta los romanos y los sarracenos, hasta el siglo XI, cuando la isla cayó bajo la dominación de la República de Pisa. A partir de entonces había cambiado de manos media docena de veces a través de la venta o la anexión, comenzando con el vizconde de Milán y acabando en 1860, cuando se convirtió en un protectorado del Reino de Italia.

Remi tomó unas cuantas fotos más antes de volver al coche y reanudar la marcha.

—¿Dónde exactamente pasó su exilio Napoleón?

Remi buscó en las páginas que se había marcado de la guía Frommer's.

—En Portoferraio, en la costa norte. En realidad tenía dos casas: la villa San Martino y la villa Dei Mulini. Tenía a su servicio entre seiscientas y mil personas, y adoptó el título de emperador de Elba.

—¿Adoptó el título o se lo otorgaron para humillarlo? —preguntó Sam—. Después de haber gobernado sobre una buena parte de Europa, el título de emperador de Elba tuvo que ser una desilusión.

—Es verdad. Otro hecho curioso: antes de marchar a Elba, Napoleón intentó envenenarse.

—No me digas.

—Al parecer, llevaba colgado alrededor del cuello un pequeño frasco con una mezcla de opio y belladona. Se lo había hecho preparar antes de partir para la campaña rusa.

—Con toda lógica no quería caer vivo en manos de los cosacos.

—Bien, no puedo decir que lo culpe. Creo que lo detestaban con toda el alma. En cualquier caso, se lo bebió, pero para entonces habían pasado dos años y el veneno había perdido gran parte de su fuerza. Pasó la noche retorciéndose de dolor en el suelo, pero sobrevivió.

—Remi, eres una fuente de conocimientos.

Ella no le hizo caso y continuó leyendo.

—En lo que ninguno de los historiadores parece coincidir es en cómo consiguió escapar. Había guardias franceses y prusianos por toda la isla, y un navío de guerra inglés patrullaba frente a la costa.

—Era un tipo muy astuto.

—Nos sigue un coche —comentó Sam unos minutos más tarde.

Remi volvió la cabeza para mirar por la ventanilla trasera.

Casi un kilómetro montaña abajo, un Peugeot color crema pasaba por una curva. Desapareció de la vista un momento detrás de la ladera y luego reapareció.

—Tiene prisa.

Desde que habían dejado las Bahamas, Sam y Remi habían estado muy atentos a cualquier señal de persecución, pero hasta entonces no habían visto nada. El problema con una isla pequeña como Elba era que tenía unos pocos puntos de entrada, y en ese sentido la riqueza de Bondaruk podía conseguir mucho.

Sam agarró con fuerza el volante, y su mirada pasaba una y otra vez del espejo retrovisor a la carretera.

Un par de minutos más tarde, el Peugeot apareció detrás de ellos y acortó la distancia hasta ponerse a pocos metros del parachoques trasero. El resplandor del sol hacía que solo se viese la silueta de los ocupantes, pero Sam pudo distinguir que se trataba de dos hombres.

Sam sacó el brazo por la ventanilla y les hizo señales para que lo adelantaran.

El Peugeot no se movió, pegado al guardabarros del Lancia, y entonces se apartó bruscamente y aceleró. Sam se preparó para pisar el freno. Remi miró por la ventanilla del pasajero; apenas si había un arcén, seguido por una gran caída. Ciento cincuenta metros más abajo se veía a las cabras pastando en un campo. Parecían hormigas. La rueda de su lado se movió unos centímetros a la derecha. La gravilla golpeó contra el lateral del coche. Sam movió el Lancia un poco a la izquierda, de nuevo al asfalto.

—¿Tienes el cinturón puesto? —preguntó casi sin mover los labios.

—Sí.

—¿Dónde están?

—Ahora se están poniendo a nuestro lado.

El Peugeot se situó en paralelo, junto a la puerta de Sam. Un hombre moreno con bigote, que iba en el asiento del pasajero, lo miró. El hombre asintió una vez con la cabeza, luego el conductor pisó el acelerador y los adelantó para desaparecer en la siguiente curva.

—Unos tipos muy amables —comentó Remi con un sonoro suspiro.

Sam relajó las manos en el volante y flexionó los dedos para permitir que la sangre circulase de nuevo.

—¿Cuánto nos queda?

Remi desplegó el mapa y con el dedo recorrió la carretera.

—Ocho o nueve kilómetros.

Llegaron a su destino a última hora de la tarde. Colgada en las laderas del monte Capanello y rodeada por bosques de pinos de Aleppo y enebros, la localidad de Rio nell'Elba, con una población de novecientas personas, estaba a la sombra de un castillo del siglo XI, Volterraio, y a los ojos de Sam y Remi era el epítome del pueblo toscano medieval, con angostos callejones adoquinados, plazas umbrías y balcones de

piedras repletos de orquídeas y lavandas.

—Aquí dice que Rio nell'Elba es la capital de los buscadores de piedra en la Toscana —dijo Remi—. Aún hallan minas que se remontan a los etruscos.

Encontraron un aparcamiento al otro lado de la ermita de Santa Caterina y bajaron del coche. Según Yvette, su contacto, un hombre llamado Umberto Cipriani, era el ayudante del conservador del Museo del Minerali. Remi se orientó en el mapa y llegaron al museo diez minutos más tarde. Al cruzar la plaza, Sam dijo:

—Deja que te haga una foto. Ponte delante de la fuente.

Ella lo hizo, sonrió para varias instantáneas y luego se reunió con Sam, que miró las imágenes en la pantalla de la cámara.

—Tendríamos que hacer otra, Sam, estoy un poco desenfocada.

—Lo sé. Mira lo que sí está enfocado. Sonríe, muéstrate complacida.

Remi miró con atención la imagen. Quince metros detrás de su silueta borrosa vio el capó de un coche color crema que asomaba por la entrada de un callejón en sombras. Detrás del volante, un hombre los miraba con prismáticos.

Remi, en su papel de turista despreocupada, sonrió y apoyó su rostro en el de Sam mientras miraban la pantalla de la cámara.

—Nuestros amables perseguidores —susurró sin dejar de sonreír—. ¿Una coincidencia?

—Me gustaría creerlo, pero los prismáticos me inquietan. A menos que sea un observador de pájaros urbanos...

—O que esté persiguiendo a una antigua novia...

—Creo que debemos suponer lo peor.

—¿Ves por algún lado al tipo del bigote?

—No. Sigamos y vayamos adentro. Actúa con naturalidad. No mires alrededor.

Entraron en el museo, se detuvieron en la recepción y preguntaron por Cipriani. El recepcionista descolgó un teléfono y dijo unas cuantas palabras en italiano. Unos momentos más tarde, un hombre corpulento y con el pelo canoso apareció en el umbral a su derecha.

—Buon giorno —saludó el hombre—. Posso aiutarvi?

—Te toca a ti, Remi —dijo Sam. Si bien ambos hablaban varios idiomas, el italiano, por alguna razón, siempre se le había resistido. A Remi le pasaba lo mismo con el alemán, que Sam hablaba con toda fluidez.

—Buon giorno. —respondió Remi—. Signor Cipriani?

—Si.

—Parla inglese?

Cipriani sonrió de oreja a oreja.

—Hablo inglés, por supuesto, pero su italiano es muy bueno. ¿En qué puedo ayudarles?

—Me llamo Remi Fargo. Él es mi esposo, Sam. —Se estrecharon las manos.

—Les estaba esperando —dijo Cipriani.

—¿Hay algún lugar donde podamos hablar en privado?

—Desde luego. Mi despacho está por aquí.

Los llevó por un pasillo hasta un despacho con una ventana que daba a la plaza. Tomaron asiento. Sam sacó la carta de Yvette y se la dio a Cipriani, quien la leyó con atención y luego se la devolvió.

—Perdón, ¿podrían mostrarme alguna identificación?

Sam y Remi les dieron sus pasaportes, y los recogieron cuando Cipriani acabó.

—¿Cómo está Yvette? —preguntó Cipriani—. Espero que bien.

—Está muy bien —respondió Sam—. Le envía sus saludos.

—¿Y su gata, Moira, está bien?

—En realidad es un perro, y se llama Henri.

Cipriani separó las manos y sonrió como si se disculpase.

—Soy un hombre cauto, quizá demasiado. Yvette me ha confiado este asunto. Quiero estar seguro de comportarme a la altura.

—Lo comprendemos —dijo Remi—. ¿Desde cuándo la conoce?

—Oh, hace veinte años o más. Tiene una casa aquí, delante del castillo. Hubo unos temas legales relacionados con la tierra. Pude ayudarla.

—¿Es usted abogado?

—Oh, no. Solo conozco a gente que conoce a gente.

—Comprendo. ¿Podrá ayudarnos?

—Por supuesto. ¿Únicamente quieren visitar la cripta? ¿Tienen intención de llevarse alguna cosa?

—No.

—Entonces será muy sencillo. No obstante, solo para estar seguros, tendríamos que esperar hasta el anochecer. Los lugareños somos personas muy entrometidas. ¿Tienen algún lugar donde alojarse?

—Todavía no.

—Entonces se quedarán con nosotros, mi esposa y yo.

—No queremos... —comenzó Sam.

—No es ninguna molestia. Serán nuestros huéspedes. Cenaremos, y después los llevaré al cementerio.

—Gracias. ¿Podemos utilizar su despacho durante unos minutos?

—Por supuesto. Tómense todo el tiempo que quieran.

Cipriani se marchó y cerró la puerta al salir. Sam sacó el móvil y marcó el número de Selma, y después de una espera de veinte segundos oyó la voz de la mujer.

—Señor Fargo... ¿Todo en orden?

—Hasta el momento. ¿Algún problema por allí?

—Ninguno en absoluto.

—Necesito que busques un número de matrícula para mí. Podría ser complicado; estamos en Elba. Si tienes algún problema, llama a Rube Haywood. —Le dio el número del despacho de Cipriani.

—Vale. Veré qué puedo hacer. No tardaré en llamar.

Llamó veinte minutos más tarde.

—Me ha costado un poco, pero la base de datos de la Dirección General de Tráfico italiana no es precisamente a prueba de hackers.

—Bueno es saberlo —dijo Sam.

—La matrícula pertenece a un Peugeot crema, ¿correcto?

—Así es.

—Entonces tengo malas noticias. Está registrado a nombre de un agente de la

policía provincial. Ahora mismo envió los detalles.

Sam esperó tres minutos hasta que llegó el mensaje, leyó el contenido, le dio las gracias a Selma y colgó. Se lo dijo a Remi.

—Me he excedido en la velocidad sin darme cuenta, o alguien está interesado en nosotros.

—De haber sido algo oficial, nos habrían detenido en el transbordador, en Rio Marina —opinó Remi.

—Estoy de acuerdo.

—Bien, al menos hemos tenido un aviso.

—Y sabemos qué cara tiene nuestro otro perseguidor.

A sugerencia de Cipriani, dedicaron una hora a visitar Rio nell'Elba, pero lo hicieron con mucho cuidado, procurando mantenerse dentro de los límites del pueblo y a la vista de los transeúntes. No vieron ninguna señal del Peugeot o de sus ocupantes. Mientras paseaban cogidos del brazo, San comentó:

—He estado pensando en lo que dijo Yvette: que sospechaba que Jolkov ya había estado aquí buscando la cripta de Laurent. Bondaruk sabía que en algún momento acabaríamos apareciendo por aquí. Era el paso lógico.

—Así que se sienta y espera a que nosotros hagamos el trabajo más duro.

—Es la jugada astuta —asintió Sam.

A las cinco y media volvieron al museo, donde encontraron a Cipriani cerrando las puertas y aceptaron acompañarlo hasta su casa.

Su casa estaba a menos de un kilómetro y medio, detrás de un olivar. Al llegar, la señora Cipriani, corpulenta como su marido y con unos vivarachos ojos castaños, los saludó sonriente y les dio dos besos en las mejillas. Cruzó cuatro palabras en italiano con Umberto, y este los llevó a la galería y los invitó a sentarse. La cortina de clemátides blancas que colgaba de los aleros transformaba la galería en una cómoda estancia.

—Me tendrán que perdonar un momento —dijo Umberto—. Mi esposa me necesita en la cocina.

Sam y Remi se sentaron, y unos minutos más tarde aparecieron Umberto y su esposa, que se llamaba Teresa, con una bandeja y copas.

—Espero que les guste el limoncello.

—Así es —dijo Sam.

El limoncello era básicamente una limonada con poco azúcar y una generosa dosis de vodka.

—Cento anni di sálate e felicita —brindó Umberto y levantó la copa. Después de beber un sorbo, preguntó—: ¿Sabe qué quiere decir el brindis Cento anni di salute e felicita?

Remi pensó un momento y dijo:

—Cien años de salud y felicidad.

—¡Bravo! Bebamos. No tardaremos en comer.

Después de cenar volvieron a la galería, se sentaron a la luz del crepúsculo y tomaron café, mientras contemplaban las luciérnagas en los árboles. Desde el interior llegaba el ruido de los platos que Teresa lavaba. Se había negado rotundamente a que Sam y Remi la ayudasen y los había acompañado hasta fuera sacudiendo el delantal.

—Umberto, ¿cuánto tiempo lleva viviendo aquí? —preguntó Sam.

—Toda mi vida, y mi familia, desde hace unos trescientos años. Sí, así es. Cuando Mussolini llegó al poder, mi padre y mis tíos se unieron a los partisanos y vivieron en estas colinas durante años. Cuando los británicos desembarcaron aquí en 1944...

—La Operación Brassard —precisó Sam.

—Así es. Muy bien. Cuando los británicos desembarcaron, mi padre luchó junto a los comandos de la Royal Navy. Incluso recibió una condecoración. Yo aún estaba en el vientre de mi madre cuando acabó la guerra.

—¿Su padre sobrevivió a la guerra? —preguntó Remi.

—Él sí, pero ninguno de mis tíos. Fueron capturados y ejecutados por los nazis que envió Hitler para acabar con los guerrilleros.

—Lo siento.

Cipriani separó las manos y se encogió de hombros, como diciendo: «¡Qué se le va a hacer!».

Sam sacó el móvil del bolsillo y miró a Remi, quien asintió. Ya lo habían hablado.

—Umberto, ¿este nombre le resulta conocido?

Umberto cogió el móvil, observó la pantalla un momento y luego lo devolvió.

—Sí, por supuesto. Carmine Bianco. Pero primero permítame que le pregunte: ¿dónde consiguió este nombre?

—Hoy nos siguió un coche. Está matriculado a su nombre.

—Un mal asunto. Bianco es un agente de policía, pero corrupto. Está al servicio de la Unione Corsé, la mafia corsa. ¿Me pregunto por qué estará interesado en ustedes?

—No creemos que sea por la mafia corsa —dijo Remi—. Sospechamos que le está haciendo un favor a algún otro.

—Ah. Eso no significa nada. Bianco es una bestia. ¿Estaba solo en el coche?

Sam sacudió la cabeza.

—Llevaba un compañero: moreno, con bigote.

—No me suena.

—¿Por qué la policía no hace nada con el tal Bianco? —preguntó Remi—. Dice que es corrupto. ¿No pueden detenerlo?

—En tierra firme, quizá, pero aquí, y en Cerdeña y Córcega, las cosas no son tan sencillas. Creo saber la respuesta, pero tengo que preguntarlo: ¿supongo que no podré convencerlos de que se marchen? ¿Esta noche, antes de que Bianco haga algo?

Sam y Remi se miraron e instintivamente comprendieron el pensamiento del otro. Sam respondió en nombre de los dos:

—Gracias, pero tenemos que hacerlo.

Umberto asintió, sombrío.

—Ya me lo suponía.

—No queremos ponerlos a usted y a Teresa en peligro. Si nos dice cómo...

Umberto ya se había levantado.

—Tonterías. Esperen aquí. —Fue al interior de la casa y volvió un minuto más tarde con una caja de zapatos—. Necesitarán esto —dijo, y les entregó la caja.

Dentro, Sam encontró una pistola Luger calibre 9 milímetros junto con dos cargadores llenos.

—Mi padre la recuperó del oficial de la Gestapo que mató a mis tíos. Según mi padre, el hombre ya no la necesitaba.

Umberto sonrió con un gesto grave y les guiñó un ojo.

—No podemos aceptarla —dijo Sam.

—Por supuesto que sí. Cuando hayan acabado, me la pueden devolver. Además, tengo otra. Mi padre era muy bueno recuperando cosas. Vamos, hemos de irnos.

El cementerio al que Yvette había hecho llegar los restos de Laurent no tenía nombre, les explicó Umberto, pero tenía centenares de años de antigüedad y se remontaba a cuando Elba todavía era un protectorado francés. Tampoco aparecía en ningún mapa.

Subieron al Lancia y siguieron la carretera principal hasta las afueras del pueblo y luego giraron al norte para subir a las montañas, ya sumidas en la oscuridad tras la puesta de sol. Después de diez minutos, Umberto, que estaba sentado en el asiento trasero, dijo:

—Detenga el coche, por favor.

—¿Qué pasa? —preguntó Sam.

—Aparque, por favor.

Sam lo hizo, apagó los faros y se detuvo a un costado. Sam y Remi se volvieron, Umberto estaba frotándose la frente.

—He hecho algo terrible —murmuró.

—¿Qué?

—Estoy llevándolos a una trampa.

—¿De qué habla? —preguntó Remi.

—Esta tarde, mientras estábamos en la ciudad, Bianco vino a mi casa. Teresa me llamó. Amenazó con matarnos si no lo ayudábamos.

—¿Por qué nos lo dice?

—El arma. Mi padre le cogió el arma a un hombre que amenazaba a su familia, a sus amigos. Estoy seguro de que él también tenía miedo, como yo, pero él luchó. Debo hacer lo mismo. Lo siento mucho.

Sam y Remi permanecieron en silencio unos minutos, y luego Remi dijo:

—Nos lo ha dicho. Es suficiente, Umberto. ¿Nos están esperando?

—No, pero vendrán. —Consultó su reloj—. Dentro de treinta minutos, no más. Debo dejarles que abran la cripta y recuperen lo que han venido a buscar, entonces ellos se lo quitarán y los matarán a los dos. Quizá a mi también.

—¿Cuántos hombres? —preguntó Sam.

—No lo sé. —Umberto sacó del bolsillo un cargador de reserva de su propia Luger y se lo dio a Sam—. Las balas de la suya son de fogeo.

—Gracias, pero ¿por qué nos dio el arma?

—Quería ganarme su confianza. Espero que puedan perdonarme.

—Lo sabremos dentro de una hora. Si nos ha traicionado...

—Tiene mi permiso para dispararme.

—Le tomo la palabra —dijo Sam, mirándole a los ojos.

—¿Qué pasa con Teresa? —preguntó Remi—. ¿Ella no...?

—Ya se ha marchado —respondió Umberto—. Tengo primos en Nisporto; ellos la protegerán.

—Nosotros tenemos un móvil. Llame a la policía. ¿Umberto?

El italiano negó con la cabeza.

—No llegarían aquí a tiempo.

—Podemos dar la vuelta, o seguir adelante y hacer lo imposible para entrar y salir antes de que lleguen aquí.

—Hay solo dos carreteras para entrar y salir —explicó Umberto—, y Bianco tendrá las dos vigiladas. De eso pueden estar seguros.

Remi miró a Sam.

—Estás muy callado.

—Estoy pensando. —El ingeniero que había en él estaba buscando una solución elegante, pero muy pronto comprendió que estaba analizando la situación en exceso. Al igual que en aquel encuentro con Arjipov en el cementerio de calderas, no tenían tiempo ni medios para un plan sofisticado—. La fortuna favorece a los atrevidos —acabó por decir.

—Oh, no...

—El que no arriesga no gana —añadió Sam.

—Sé lo que eso significa —dijo Remi.

—¿Qué? —preguntó Umberto—. ¿Qué está pasando?

—Improvisaremos sobre la marcha.

Sam arrancó el motor, puso la marcha y partieron.

Encontraron el cementerio en un prado rodeado por tres lados por las estribaciones de las colinas cubiertas de pinos y alcornoques. Solo medía una media hectárea, y estaba cercado por una verja de hierro forjado derrotada, desde hacía mucho tiempo, por el óxido y las hiedras. Como correspondía a una tarea nocturna, una niebla baja cubría el prado y se arremolinaba alrededor de las lápidas y las criptas. El cielo estaba claro y brillaba la luna llena.

—Vale, estoy oficialmente asustada —comentó Remi, que miraba a través del parabrisas cuando Sam detuvo el coche delante de la entrada, y apagó el motor y los faros. En algún lugar entre los árboles una lechuza siseó dos veces, y luego guardó silencio—. Ahora lo único que nos falta es el aullido de los lobos.

—No hay lobos en Elba —dijo Umberto—. Sí perros salvajes y serpientes. Muchas serpientes.

En el cementerio no había el menor orden, ningún respeto por la simetría o la distribución de espacios. Las lápidas asomaban entre las hierbas en ángulos obtusos. Algunas a treinta centímetros de sus vecinas, mientras que las criptas, de todos los tamaños y formas, se levantaban del suelo en diversos estados de abandono, cubiertas

por la vegetación o derrumbadas del todo. En contraste, había varias criptas, pintadas hacía poco, rodeadas por la hierba bien segada y por flores.

—No son muy partidarios de la planificación, ¿verdad? —comentó Sam.

—Llevan aquí tanto tiempo que el gobierno ya no interviene —explicó Umberto—. Lo cierto es que no recuerdo la última vez que enterraron a alguien aquí.

—¿Cuántas personas hay enterradas?

—Creo que centenares. Algunas tumbas son profundas, otras no. Los muertos están apilados unos sobre otros.

—¿Dónde está la cripta de Laurent? —preguntó Remi.

Umberto se inclinó hacia delante y señaló a través del parabrisas.

—En aquel rincón más apartado, la que tiene el techo en forma de cúpula.

Sam consultó su reloj.

—Es hora de saber hasta qué punto el Lancia aguanta el maltrato.

Puso el motor en marcha, dio la vuelta en el camino de gravilla y después giró el volante para ir a través del prado con la hierba alta rascando la parte inferior del coche. Siguió la verja hasta el final del cementerio y se detuvo detrás de la cripta de Laurent. Apagó de nuevo el motor.

—¿Adonde se llega por ahí? —le preguntó Sam a Umberto, y señaló más allá de Remi a través de la ventanilla del pasajero. A unos ochocientos metros de distancia, unas rodadas desaparecían entre los árboles por encima de la colina.

—No tengo ni idea. Es la carretera de una vieja mina. No se ha usado desde hace setenta, ochenta años; desde antes de la guerra.

—La carretera menos transitada —murmuró Remi.

—No por mucho tiempo —afirmó Sam.

Abrió la puerta y bajó del coche. Remi y Umberto lo siguieron. A Remi le dijo:

—¿Por qué no esperas aquí? Ponte al volante y manten los ojos bien abiertos. Solo será un minuto.

Umberto y él fueron hasta la verja y la saltaron.

Comparada con algunas de sus vecinas, la cripta de Laurent era pequeña, un poco más grande que un armario, y de un metro y veinte de alto, pero al acercarse a la fachada, Sam vio que se hundía en el suelo casi un metro. Tres peldaños cubiertos de musgo llevaban a una puerta de madera. Sam sacó la linterna del bolsillo y alumbró la cerradura mientras Umberto metía la llave. En consonancia con la niebla, los siseos de las lechuzas y la luna llena, las bisagras chirriaron cuando Umberto abrió la puerta. El italiano miró a Sam y sonrió, nervioso.

—Vigile —le pidió Sam.

Bajó los escalones, cruzó la puerta y se encontró ante una cortina de telarañas. Las arañas, bajo la luz azulada de la linterna, corrieron por las telas y desaparecieron. Sam utilizó el canto de la mano como cuchilla para cortar la cortina por el centro:

moscas y polillas disecadas cayeron al suelo de piedra. Sam entró.

El espacio medía un metro cincuenta de profundidad y dos metros cuarenta de ancho, y olía a polvo y a excrementos de rata. A su derecha oyó el débil rascar de unas garras diminutas en la piedra. Luego silencio. En el centro, sobre una plataforma de ladrillos de noventa centímetros de altura, se encontraba el sarcófago, sin marcas ni adornos. Sam rodeó el sarcófago hasta la pared trasera, sujetó la linterna con los dientes y empujó la tapa. Era más liviana de lo que había esperado y se deslizó unos centímetros con un ligero chirrido.

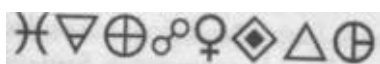
Sam empujó la tapa un poco más, sujetó la punta sobresaliente y la movió hasta colocarla perpendicular al sarcófago. Alumbró el interior.

—Es un placer conocerlo, señor Laurent —susurró.

Arnaud Laurent no era nada más que un esqueleto. Lo habían enterrado con lo que Sam supuso era el uniforme de gala de un general napoleónico, incluso con la espada de ceremonia. Entre las botas había una caja de madera del tamaño de un libro grande. Sam la levantó con cuidado, le quitó la capa de polvo de un soplado, se arrodilló y la puso en el suelo.

En el interior encontró un peine de marfil, una bala de mosquete aplastada con manchas marrones que Sam adivinó que era sangre, unas pocas medallas en pequeñas bolsas de seda, un relicario de oro en cuyo interior había el retrato de una mujer —supuso que era la esposa de Laurent, Marie— y, por último, un libro encuadernado en cuero y del tamaño de un palmo.

Con el aliento contenido, Sam abrió con cuidado el libro por la mitad y vio, a la luz de la linterna, una línea de iconos:



—Bingo —susurró.

Guardó los otros objetos en la caja, la devolvió a su lugar entre los pies de Laurent y, cuando estaba a punto de colocar la tapa, la luz de la linterna se reflejó en algo metálico. Encajado entre la bota de Laurent y el costado del sarcófago había lo que parecía un formón de acero del tamaño de un pulgar. Sam lo sacó. Era un sello, un tipo de formón de piedra. Un extremo estaba achatado como la cabeza de un clavo, el otro era cóncavo con el borde afilado. Iluminó el relieve. Tenía la forma de una cigarra.

—Gracias, general —susurró Sam—. Lamento que no hubiéramos podido conocernos doscientos años atrás.

Se guardó el sello, colocó la tapa y salió.

Umberto no estaba fuera.

Sam subió los escalones y miró a un lado y otro.

—¿Umberto? —llamó en voz baja—. Umberto, ¿dónde...?

Junto a la reja del cementerio se encendieron unos faros que lo cegaron. Se llevó la mano a los ojos para protegerlos.

—No se mueva, señor Fargo —dijo una voz con acento ruso, que llegó desde el otro lado del cementerio—. Un fusil lo apunta a la cabeza. Levante las manos bien alto.

Sam obedeció, y después murmuró por un costado de la boca:

—Remi, lárgate, vete de aquí.

—No va a ser fácil, Sam.

Con mucho cuidado, Sam volvió la cabeza para mirar por encima del hombro.

De pie junto a la puerta del conductor del Lancia, con un revólver apoyado en la sien de Remi, estaba Carmine Bianco.

Sin apartar el arma de la cabeza de Remi, Bianco miró a Sam con la sonrisa satisfecha de una barracuda. Se apagaron los faros. Sam miró hacia la reja y vio dos figuras que caminaban hacia él. Detrás, la silueta oscura de un todoterreno.

—¿Remi, estas bien? —preguntó Sam a su mujer por encima del hombro.

—¡Cállese! —ordenó Bianco.

Sam no le hizo caso.

—¿Remi?

—Estoy bien.

Jolkov se acercó a través de los hierbajos, que le llegaban a la rodilla, y se detuvo a una distancia de tres metros. A su derecha, el tipo del bigote sostenía un fusil de caza, con mira telescópica, a la altura del hombro y la boca del cañón apuntada al pecho de Sam.

—¿Supongo que va armado? —preguntó Jolkov.

—Parecía lo más prudente —respondió Sam.

—Con mucho cuidado, señor Fargo, deje el arma.

Sam, muy despacio, sacó la Luger del bolsillo y la dejó caer en el suelo entre ellos.

Jolkov miró a un lado y otro.

—¿Dónde está Cipriani?

—Atado y amordazado en su granero —mintió Sam—. Después de un poco de charla, nos habló de su alianza.

—Mala suerte para él. En cualquier caso, aquí estamos. Déme el libro.

—Primero dígame a Bianco que deje el arma.

—No tiene nada para negociar. Déme el libro o contaré hasta tres y le ordenaré a Bianco que dispare. Entonces mi amigo le disparará y nos llevaremos el libro.

Tres metros por detrás y a la izquierda de Jolkov, una figura se alzó entre los hierbajos junto a otra cripta y comenzó a acercarse.

Sam mantuvo la mirada fija en Jolkov.

—¿Cómo sé que no nos disparará una vez que tenga el libro?

—No lo sabe —manifestó Jolkov—. Como ya le he dicho, no tiene nada a su favor.

La figura se detuvo detrás del ruso, a poca distancia.

Sam sonrió, se encogió de hombros.

—No estoy de acuerdo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Creo que se refiere a mí —dijo Umberto.

Jolkov se tensó, pero no movió ni un músculo. En cambio, el tipo del bigote

comenzó a volverse hacia Umberto, quien le gritó:

—Si se mueve un centímetro más, será un placer dispararle, Jolkov.

—¡Quieto! —ordenó el ruso. El del bigote se quedó inmóvil.

—Lamento haber desaparecido, Sam —dijo Umberto—. Los vi llegar y solo tuve un momento para decidir.

—Está perdonado —contestó Sam. Luego se dirigió a Jolkov—: Dígale a Bianco que le entregue el arma a Remi y que venga con nosotros.

Jolkov titubeó. Sam vio que se le movían los músculos de la mandíbula.

—No se lo pediré de nuevo.

—Bianco, dale el arma y salta la verja.

Bianco gritó algo. Aunque el dominio de Sam del italiano no era absoluto, tuvo la certeza de que la respuesta había sido escatológica o carnal... o ambas cosas.

—¡Bianco, ahora!

Sin volverse, Sam gritó por encima del hombro:

—¿Remi...?

—Tengo el arma. Ahora está saltando la verja.

—Jolkov, dígale a su amigo del bigote que coja el fusil por el cañón y lo arroje por encima de la verja a los árboles.

Jolkov dio la orden y el hombre obedeció. Bianco apareció por la izquierda de Sam, y se unió a Jolkov y el tipo del bigote.

—Ahora usted —le dijo Sam a Jolkov.

—No voy armado.

—Muéstremelo.

Jolkov se quitó la chaqueta, la puso del revés, la sacudió y después la dejó caer al suelo.

—La camisa.

Jolkov sacó del pantalón los faldones de la camisa y se giró poco a poco. Sam le hizo un gesto a Umberto, y este dio la vuelta alrededor de Jolkov y retrocedió a través del espacio abierto para recoger la Luger, que le entregó a Sam.

—¡Bastardo! —gritó Bianco.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Sam.

—Al parecer, cree que mis padres no estaban casados cuando yo nací.

—Te mataré —amenazó Bianco—. Y a tu esposa.

—Cállese. Ahora reconozco a aquel otro, al del bigote.

—¿Quién es?

—Un matón de tres al cuarto, un chorizo. —Umberto le gritó al hombre—. ¡Sé quién eres! ¡Si te veo de nuevo, te cortaré la nariz!

—Jolkov, ahora haremos las cosas así —dijo Sam—: todos ustedes se tumbarán en el suelo y nosotros nos marcharemos. Si nos siguen, quemaré el libro.

—Miente. No lo hará.

—Se equivoca. Para salvar nuestras vidas, lo haría sin pensarlo ni un momento.

Era una mentira, por supuesto, y Sam sabía que Jolkov también lo sabía, pero confiaba en crear aunque solo fuese una mínima sombra de duda, lo suficiente para permitirles iniciar la fuga. Consideró las otras opciones: atarlos, inutilizarles el vehículo, llamar a la policía... Pero su instinto le decía que debía poner la mayor distancia posible entre ellos y Jolkov, y que debía hacerlo cuanto antes. De haber sido él otro hombre, habría una cuarta opción: matarlos en ese preciso momento. Pero no era de esos y no quería tener en la conciencia un asesinato a sangre fría.

Jolkov era un soldado de primera que conocía más maneras de matar que la mayoría de los cocineros conocen recetas. Cada minuto que Remi, Umberto y él pasasen junto a esos hombres aumentaban las posibilidades de que cambiase la situación.

—No podrán salir de la isla —gruñó Jolkov mientras se tumbaba.

—Quizá, pero no por eso dejaremos de intentarlo.

—Incluso si lo hacen, volveré a encontrarlos.

—Eso lo veremos llegado el momento.

—Sam, quiero pedirle un favor, si me lo permite —intervino Umberto—. Quiero llevarme a Bianco con nosotros. Me aseguraré de que no cause ningún problema.

—¿Por qué?

—Deje que yo me preocupe de eso. Sam lo pensó y luego asintió.

—¡Vamos! —le ordenó Umberto a Carmine Bianco—. ¡Manos arriba!

Amenazado por el arma de Umberto, Bianco comenzó a caminar hacia la verja. Una vez que la pasaron y estaban junto al coche, Umberto cogió las esposas del cinturón de Bianco, se las puso en las muñecas, lo cacheó, lo empujó al asiento trasero y subió tras él. Remi puso en marcha el coche, abrió la puerta para Sam y luego se pasó al asiento del pasajero.

Sam se sentó al volante, puso la marcha, giró y se dirigió rodeando la verja hacia la carretera principal.

—¿Cuánto crees que esperarán? —preguntó Remi.

Sam miró por la ventanilla lateral. Jolkov y el del bigote ya estaban en pie y corrían por el cementerio.

—Unos cinco segundos —dijo, y pisó el acelerador.

Sam aceleró en paralelo a la verja y hacia la entrada principal. Por el rabillo del ojo vio a Jolkov y al tipo del bigote, que corrían en la misma dirección, esquivando las lápidas y con la niebla a su alrededor.

—Tendremos que pasar realmente cerca —murmuró Sam.

—¿Adonde vamos? —preguntó Remi—. Ya has oído a Umberto... Bianco tendrá vigiladas las carreteras.

—¿Qué tal tienes hoy tu puntería?

—¿Qué? Oh. —Sujetó el arma de Bianco como si de pronto hubiese recordado que la tenía—. Bien, ¿por qué?...

—Voy a hacer una pasada rápida junto al todoterreno. A ver si puedes darle a los neumáticos. Umberto, ¿está seguro de que se puede ocupar de él?

En el asiento trasero, Bianco estaba apoyado en una esquina con la misma sonrisa satisfecha. Umberto cogió la Luger por el cañón y descargó un culatazo en la sien de Bianco; el hombre perdió las fuerzas y cayó al suelo.

—¡Estoy seguro!

La esquina de la verja estaba cada vez más cerca; diez metros más allá y a la derecha se encontraba el todoterreno. Jolkov se había adelantado al del bigote y estaba a unos segundos de llegar a la entrada.

—¿Preparada? —gritó Sam.

Remi bajó el cristal de la ventanilla, sacó la pistola por el hueco y apoyó el brazo en el marco.

—¡Vas demasiado rápido!

—Es preciso. Hazlo lo mejor que puedas. Si no alcanzas a los neumáticos, inténtalo con el parabrisas. ¡Maldita sea!

Jolkov cruzó la entrada y se detuvo junto a la puerta del conductor del todoterreno. La luz interior se encendió.

Remi disparó dos veces. Las balas impactaron en la carrocería, sin alcanzar el neumático.

—¡Demasiado rápido! —insistió Remi.

—¡El parabrisas! ¡Vacía el cargador!

Remi disparó cuatro veces, y los fogonazos alumbraron la noche. Tres agujeros aparecieron en el parabrisas del todoterreno.

—¡Bien hecho!

De pronto Jolkov apareció por delante del coche, se puso con una rodilla en tierra, con un arma en las manos. Sam giró el volante a la izquierda. La parte trasera del Lancia derrapó, los neumáticos delanteros patinaron en la hierba húmeda hasta que por fin encontraron agarre. Dos sonidos metálicos resonaron por el coche cuando las

balas de Jolkov alcanzaron el maletero. Sam aceleró de nuevo, corrigió la dirección y volvió a través del campo hacia las colinas.

—¿Todos bien? —preguntó Sam.

Umberto asomó la cabeza por encima del asiento delantero, respondió «Sí» y desapareció de nuevo. Remi dijo:

—Lamento no haberle dado a los neumáticos. íbamos demasiado rápido.

—No te preocupes. Le has dado al parabrisas; eso los retrasará. Tendrán que acabar quitándolo o conduciendo con las cabezas asomadas por las ventanillas laterales.

Remi se volvió en el asiento y vio a Jolkov y al tipo del bigote encaramados en el capó del todoterreno, rompiendo el parabrisas a puntapiés.

—Opción A —dijo.

El parabrisas cayó hacia dentro; Jolkov y Mostachos se agacharon, lo sacaron y lo arrojaron a un lado. Segundos más tarde se encendieron los faros del todoterreno, y comenzó a avanzar a toda velocidad por el prado.

—Aquí vienen. Con la tracción en las cuatro ruedas podrán...

—Lo sé —murmuró Sam—. ¡Sujétate!

El Lancia se movió de lado cuando los neumáticos delanteros resbalaron en las rodadas de la carretera de la mina. Sam pisó el freno, giró el volante, sintió que las ruedas traseras seguían, y después pisó de nuevo el acelerador. El Lancia subió la colina. La carretera era más estrecha de lo que había imaginado; no llegaba al metro ochenta. Cuando llegaron a lo alto, los árboles los rodearon, y las ramas golpeaban los laterales del coche y tapaban el cielo. La luz de los faros alumbró la ventanilla trasera cuando el todoterreno encaró la subida.

Al comenzar el descenso, Sam aceleró, pero de inmediato tuvo que pisar el freno cuando la carretera se desvió a la derecha y se adentró más en los árboles. Detrás de ellos el morro del todoterreno superó la cuesta, voló y luego cayó con todo el peso.

—Se la saltará —dijo Remi.

Tenía razón. Todavía rebotando por el impacto, el todoterreno se paso la curva y acabó por detenerse con el capó hundido entre los árboles. Sam miró por el espejo retrovisor a tiempo para ver cómo se encendían los pilotos de freno del todoterreno un segundo antes de que el Lancia comenzase a bajar por otra ladera. Sam atisbo por un instante las rodadas que había delante y gritó: «¡Sujétense!». Con las ruedas traqueteando y los amortiguadores chillando, el Lancia pasó por ese tramo, luego por otra pendiente al otro lado y por un trozo recto. Sam aceleró. Las ramas golpeaban el parabrisas, las pinas rebotaban en el capó y el techo. El todoterreno reapareció detrás de ellos, con las luces de los faros moviéndose enloquecidas mientras Jolkov pasaba por ese tramo.

Si bien era más resistente y tenía más potencia que el Lancia, el todoterreno

también era sesenta centímetros más ancho, y Sam vio que esa desventaja daba sus frutos. Las ramas de los pinos que solo habían rozado al Lancia fustigaban el capó del todoterreno y se metían por el agujero donde había estado el parabrisas. Las ramas se quebraban, se enganchaban en la calandra y se enredaban en los limpiaparabrisas. Los faros se quedaron más atrás.

—¡Sam, cuidado!

Él apartó la mirada del espejo retrovisor a tiempo para ver un peñasco que se alzaba delante. Dio un volantazo y el Lancia derrapó. El peñasco llenó la ventanilla de Sam. Pisó el acelerador cuando el Lancia se tambaleó, pero no fue lo bastante rápido. Con un crujido, la parte lateral trasera golpeó contra el peñasco y se rompió el cristal de la ventanilla. El impacto hizo que el coche culease, para acabar saliéndose de la carretera y metiéndose debajo de las ramas. El parachoques lateral golpeó contra un tronco y se detuvieron. El motor se calentó. Las agujas de pino llovieron sobre el parabrisas.

—Acabamos de perder la fianza —comentó Remi.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Sam—. ¿Remi?

—Bien.

—Espléndido —dijo Umberto.

—¿Bianco?

—Todavía duerme.

Por la ventanilla de Sam vieron los focos del todoterreno; su luz se filtraba entre los árboles. Hizo girar la llave de contacto. Nada.

—Todavía tienes puesta la marcha —dijo Remi.

—¡Maldita sea! Gracias.

Puso la palanca de cambio en punto muerto y giró la llave. El motor de arranque giró y giró pero no engranó. Lo intentó de nuevo.

—Vamos, vamos...

Carretera abajo, el todoterreno estaba a mitad de camino y se acercaba al peñasco.

El motor del Lancia arrancó, subió de revoluciones y se calentó de nuevo.

—Nos la estamos jugando, Sam —dijo Remi, con los dientes apretados.

Sam cerró los ojos, rezó y probó una vez más. El motor arrancó. Puso la marcha, giró el volante a la derecha y aceleró para volver a la carretera.

—¡Umberto, intente retrasarlos!

—¡Vale!

Umberto sacó la Luger por la ventanilla y primero hizo dos disparos y luego otros dos. Las balas golpearon en la calandra y destrozaron el faro del lado del conductor. El todoterreno viró a la izquierda, fue en línea recta hacia el peñasco, y luego a la derecha. El espejo lateral rozó la roca, se destrozó y se perdió en la oscuridad.

Las luces del todoterreno llenaron el interior del Lancia. Sam entrecerró los ojos y

de un manotazo desvió el espejo retrovisor. Miró por encima del hombro y vio una mano que sujetaba un arma y que asomaba por el hueco del parabrisas.

—¡Abajo, abajo! —gritó, y Remi se deslizó al suelo.

El arma disparó, el fogonazo iluminó el interior oscuro. Umberto asomó la cabeza por encima del asiento.

—Yo los retrasaré —dijo, y se asomó por la ventanilla lateral con la Luger.

—¡No!

Dos disparos más. Umberto soltó un grito y se dejó caer en el asiento.

—¡Me han dado!

—¿Dónde?

—¡En el antebrazo! Estoy bien —jadeó.

—¡Al infierno con esto! —murmuró Sam—. —¡Sujetaos!

Pisó el freno durante dos segundos y luego el acelerador otra vez. El todoterreno patinó, se desvió y chocó contra el parachoques del Lancia. Sam lo había calculado bien, acelerando un momento antes del impacto. Se adelantaron al todoterreno: seis metros... diez: cuatro largos de coche.

—¡Hala!

De pronto, los árboles desaparecieron a ambos lados. Remi levantó la cabeza.

—¡Oh, no!

Las ruedas del Lancia chocaron con el arcén, y por un momento se encontraron volando. El espacio abierto apareció en el parabrisas. El Lancia aterrizó y rebotó, las ruedas levantaron una lluvia de grava.

—¡El arcén!

—Lo veo —dijo Sam y giró el volante a la izquierda.

El Lancia derrapó. Movié el volante a la derecha para compensarlo y después enderezó. Al otro lado de la ventanilla de Remi se veía una pendiente sembrada de peñascos que bajaba varios centenares de metros hasta una garganta.

Con el motor a tope, el todoterreno de Jolkov voló por encima del obstáculo y golpeó en la carretera.

—No lo conseguirá —dijo Remi.

—Esperemos que así sea.

El todoterreno derrapó, y Jolkov compensó demasiado. La rueda trasera del lado del pasajero aplastó las piedras que había junto al arcén y se deslizó por el borde. Llevado por la inercia, casi una tercera parte del vehículo pasó por encima del arcén y se fue acercando centímetro a centímetro al precipicio, hasta que se detuvo con la parte trasera sobresaliendo en el vacío.

Sam quitó el pie del acelerador y dejó que el Lancia se detuviese poco a poco. Quince metros detrás de ellos, el todoterreno se balanceaba en el borde de la carretera. Aparte del débil y rítmico crujir del metal, reinaba el silencio.

Remi se sentó y miró a un lado y al otro.

—Con cuidado —susurró Sam.

—¿Vamos a ayudarlos? —preguntó Remi.

Una mano apareció del interior oscuro del todoterreno y se sujetó a uno de los limpiaparabrisas. Se vio el fogonazo dentro de la cabina.

Una bala rebotó en el parachoques del Lancia.

—¡Que se vayan al infierno! —dijo Sam, y pisó el acelerador.

—Para que veas lo agradecida que es la gente —comentó Remi—. Podríamos haberles dado un empujón para hacerlos caer a la garganta.

—Algo me dice que lamentaremos no haberlo hecho.

Grand Hotel Beauvau Vieux Port, Marsella, Francia

Sam acababa de darle la propina al botones y de cerrar la puerta cuando Remi ya marcaba en el iPhone. Selma respondió a la primera llamada.

—¿Sanos y salvos, señora Fargo?

—Sanos y salvos —contestó Remi al tiempo que se sentaba en la cama y se quitaba los zapatos—. ¿Ahora me dirás por qué estamos en Marsella?

Después de dejar a Jolkov y a su compañero del bigote en el borde del precipicio, habían ido en el Lancia a toda velocidad hasta Nisporto. Umberto, con el antebrazo vendado con su camisa, utilizó el móvil para avisar de su llegada a su primo.

Nisporto, un pueblo de unos pocos centenares de habitantes, estaba al fondo de una bahía con forma de V, a dieciséis kilómetros de Portoferraio. Cuando llegaron, Teresa, la esposa de Umberto, y sus primos, que eran cinco, los esperaban en la puerta de atrás. Mientras Teresa se ocupaba de la herida de Umberto, que por suerte no había afectado a ningún hueso ni arteria, los primos encerraron al ya despierto Bianco en el garaje. La señora de la casa, Brúñela, la tía de Umberto, invitó a Sam y Remi a entrar y los acompañó hasta la mesa de la cocina, donde se disponía a alimentarlos con tallarines caseros en salsa de tomate, cebollas, alcaparras y aceitunas. Media hora más tarde apareció Umberto, con el brazo vendado.

—Lo hemos puesto en peligro —dijo Sam.

—Tonterías. Me han ayudado a salvar el honor. Creo que mi padre estaría orgulloso.

—Yo creo lo mismo —afirmó Remi, y le dio un beso en la mejilla—. Gracias.

—¿Nos gustaría saber qué hará con Bianco? —preguntó Sam.

—Aquí y en Córcega, es intocable. Pero en tierra firme... —Umberto se encogió de hombros—. Haré algunas llamadas. Creo que con las pruebas adecuadas, reales o no, los Carabinieri estarán muy contentos de llevárselo. En cuanto al otro, su compañero..., es un cobarde. Estaremos bien, amigos míos. Ahora, acaben de comer y nos ocuparemos de que salgan de la isla.

Sabiendo la influencia de Bondaruk y lo concienzudo que era Jolkov, el aeropuerto de Marina di Campo era muy peligroso, así que habían apelado a Ermete, uno de los primos de Umberto, para que los llevase en su barco de pesca a Piombino, en la costa italiana. De allí habían vuelto a Florencia, donde se habían alojado en el Palazzo Magnani Feroni, y habían llamado a Selma, quien les pidió que le enviaran por correo electrónico los símbolos del libro de claves de Laurent, y después fuesen sin demora a Marsella. A la mañana siguiente metieron el libro en un sobre para mandarlo a San Diego, y después fueron al aeropuerto.

—¿A qué viene tanto misterio? —le preguntó Remi a Selma. Sam se sentó en la cama y Remi puso el teléfono en manos libres.

—No es ningún misterio —contestó Selma—. Estaba puliendo algunos detalles, pero supe que en cualquier caso querrían estar en Marsella. Por cierto, Pete y Wendy están trabajando con los símbolos ahora mismo. Es algo fascinante, pero la gran incógnita es el estado de conservación del libro...

—Selma —dijo Sam.

—Oh, perdón. ¿Recuerdan a Wolfgang Müller, capitán del UM-77? Lo encontré.

—¿A él? ¿Te refieres a...?

—Sí, todavía vive. Hubo que investigar mucho, pero resultó ser que estaba a bordo del Lothringen cuando fue capturado. Después de la guerra lo repatriaron a Alemania vía Marsella. Desembarcó, pero no tomó el tren de vuelta a casa. Vive con su nieta. Tengo la dirección...

A la mañana siguiente se levantaron y fueron hasta un café, Le Capri, unas pocas manzanas más arriba de la rué Bailli de Suffren que daba al puerto Viejo, donde había multitud de veleros de todas las formas y tamaños, con las velas aleteando en la brisa marina. El brillante sol de la mañana se reflejaba en el agua. En la bocana del puerto, en la costa norte y sur, estaban las fortalezas de San Juan y San Nicolás. Más arriba se alzaban la abadía de San Víctor y las iglesias de San Vicente y Santa Catalina. Más allá, en lo que era la bahía de Marsella, estaban las cuatro islas que formaban el archipiélago de Frioul.

Sam y Remi habían estado en Marsella en tres ocasiones, la última unos pocos años antes camino a la Camarga. Cada mes de mayo, unos veinte mil gitanos de toda Europa se reunían allí para celebrar su herencia romaní.

Acabaron de desayunar y tomaron un taxi. Le dieron al conductor una dirección en el Panier, un barrio medieval de casas pintadas color pastel, entre el edificio del ayuntamiento y el Vieille Charité. Wolfgang Müller vivía en un apartamento en el segundo piso de un edificio color amarillo claro y con persianas blancas, en la rué de Cordelles. Una joven rubia de unos veintitantos años les abrió la puerta.

—Bonjour —dijo Sam.

—Bonjour.

—Parlez-vous anglais?

—Sí, hablo inglés.

Sam hizo las presentaciones.

—Buscamos al señor Müller. ¿Está en casa?

—Sí, por supuesto. ¿Puedo preguntarles el motivo de su visita?

El matrimonio ya había hablado sobre eso y habían decidido que la verdad era el mejor camino.

—Nos gustaría hablar con él del UM-77 y el Lothringen —contestó Remi.

La joven ladeó la cabeza un poco y entrecerró los ojos. Era obvio que su abuelo le había hablado de su servicio en la guerra.

—Un momento, por favor. —Dejó la puerta abierta, se alejó por el pasillo y desapareció en una esquina. Oyeron voces ahogadas durante un minuto, y luego ella reapareció—. Por favor, pasen. Me llamo Monique. Por aquí, por favor.

Los llevó hasta la sala, donde encontraron a Müller sentado en una mecedora, delante de un televisor sin sonido, sintonizado en el canal meteorológico. Vestía una chaqueta gris abotonada hasta el cuello y se cubría las piernas con una manta azul y amarilla. Calvo, con el rostro surcado de arrugas, Müller los miró con sus tranquilos ojos azules.

—Buenos días —dijo con una voz vigorosa. Señaló con una mano temblorosa un sofá tapizado con un estampado de flores que estaba delante de él—. Por favor. ¿Puedo invitarlos a un café?

—No, gracias —contestó Remi.

—Monique me dice que han encontrado a Ilsa.

—¿Ilsa? —preguntó Sam.

—Es el nombre que le di al 77. El nombre de mi esposa; ella murió en los bombardeos de Dresden pocos meses después de nuestra partida de Bremerhaven. ¿La encontraron en la cueva, en Rum Cay?

—Estábamos haciendo unas exploraciones y nos encontramos con la entrada —explicó Remi—. Estaba hundida y casi en perfecto estado.

—¿Todavía está allí?

Sam sonrió.

—Bueno, no del todo. Hubo un... problema. Tuvimos que utilizarla, digamos, como una balsa de salvamento.

—No lo entiendo.

—La entrada principal se derrumbó. Nos montamos en el 77...

—Ilsa.

—Navegamos montados en Ilsa por el río subterráneo y salimos por otra cueva.

Müller abrió los ojos de par en par y sonrió.

—Eso es asombroso. Me alegro de que haya sido útil.

—Lo tenemos todo arreglado para que la lleven a Estados Unidos. Si usted lo quiere, podemos enviarla...

Müller sacudió la cabeza.

—Es muy amable de su parte, pero no. Quédensela; cuídenla bien. —Sonrió y movió un dedo apuntando hacia ellos—. Algo me dice que no han venido hasta aquí solo para contarme esto.

—También encontramos el UM-34.

Al oírlo, Müller se inclinó hacia delante.

—¿Y Manfred?

—El capitán Boehm aún estaba a bordo. —Sam le narró el descubrimiento del submarino sin hacer ninguna mención de Bondaruk o Jolkov—. Las autoridades se están ocupando ahora del rescate.

—Mein Gott... Siempre nos preocupaba el tiempo. Aquellas embarcaciones no estaban pensadas para mar abierto. —Por un momento apareció una mirada distante en los ojos de Müller, después parpadeó y los miró de nuevo—. Manfred era un buen amigo mío. Siempre me dolió no saber qué había pasado. Gracias.

—La razón por la que estamos aquí es el vino —dijo Remi.

—¿El vino? Ah, las botellas... Sí, íbamos a beberías después de la misión. ¿Me están diciendo que se conservan?

—Una a bordo del 34, y otra a bordo de Ilsa.

—¿Y la tercera? ¿También la encontraron? Como Manfred tenía la más arriesgada de las dos misiones, a él le di dos botellas.

—Encontramos un trozo cerca de donde estaba el submarino. No estamos seguros de cómo salió de la nave.

Müller agitó una mano.

—Los caprichos de la guerra.

—Solo por curiosidad, ¿puede decirnos cuál era la misión? —preguntó Sam—. ¿Qué pretendían conseguir Boehm y usted?

Müller frunció el entrecejo mientras pensaba. Al cabo de unos momentos respondió:

—Supongo que ya no tiene importancia... Fue una misión absurda, inventada por el propio Hitler. Manfred tenía que entrar en la bahía de Chesapeake y atacar la base naval de Norfolk. Al mismo tiempo, yo tenía que atacar el depósito de municiones de Charleston, pero Ilsa tuvo una avería en la hélice y nos demoramos. Antes de que pudiésemos repararla, nos llamaron para que volviésemos a Bremerhaven. Ya conocen el resto, eso del Lothringen y demás.

—¿Se detuvieron en Rum Cay para hacer unas reparaciones? ¿De qué tipo?

—Baterías más grandes para aumentar el radio de alcance de los submarinos. Otro plan idiota. Manfred y yo sabíamos que las misiones eran un suicidio.

—Entonces ¿por qué se presentaron voluntarios?

Müller se encogió de hombros.

—El deber. Las tonterías de la juventud. Ninguno de los dos éramos partidarios de Hitler ni del partido, pero seguía siendo nuestro país. Queríamos hacer lo que pudiésemos.

—Esperábamos que quizá usted nos dijera algo más de las botellas —intervino Remi—. ¿De dónde procedían?

—¿Por qué?

—Somos coleccionistas. Resulta que son muy antiguas y muy raras.

Müller se rió.

—Nunca lo supe. Quizá debería haber pensado que tenían alguna importancia. Me las dio mi hermano Karl antes de que saliésemos de Bremerhaven. Me dijo que las había encontrado aquí, cuando estaba en el ejército y formaba parte de las fuerzas de ocupación.

—¿Dónde las encontró?

—Déjeme que haga memoria... —Müller se rascó la cabeza—. Mi memoria ya no es tan buena. Fue en un castillo... no, no un castillo. Una fortaleza. —Suspiró, irritado, y entonces se le iluminaron los ojos—. Fue en una de las islas de la bahía... ¿Recuerdan aquel libro de Dumas, El conde de Montecristo?

Sam y Remi lo habían leído. En un instante supieron de qué hablaba Müller.

—¿La isla de If?

—¡Sí! Esa. Las encontró en el castillo de If.

Castillo de If, Francia

A pesar de su amor por Marsella, los Fargo nunca habían conseguido incluir en su itinerario el archipiélago Frioul y el castillo de If, una omisión que pensaban corregir aquella noche con su propia visita privada. Dudaban que el personal del château les permitiera explorar todos los rincones de la isla. Ninguno de los dos sabía con exactitud qué buscaban o si lo reconocerían si aparecía, pero la expedición parecía el siguiente paso lógico del viaje.

Desde el apartamento de Müller tomaron un taxi hasta el Malmousque, un barrio a orillas del mar y orientado hacia las islas, y buscaron un café tranquilo. Se sentaron a una de las mesas de la terraza bajo una sombrilla y pidieron dos expresos dobles.

A poco menos de dos kilómetros de la costa se veía el castillo de If, un trozo de roca de color ocre desvaído con grandes acantilados, arcos de piedra y murallas verticales.

Si bien la isla tenía una extensión de poco más de tres kilómetros cuadrados, el castillo era un cuadrado pequeño, de unos treinta y tres metros de lado, y consistía en un edificio de tres pisos flanqueado en tres lados por torres circulares con almenas para los cañones.

Construido por orden del rey Francisco I, el castillo de If había comenzado su vida en 1520 como fortaleza para defender a la ciudad de los ataques por mar, un propósito que duró muy poco porque se convirtió en cárcel para los enemigos políticos y religiosos de Francia. Al igual que la prisión de Alcatraz en San Francisco, la ubicación del castillo de If y sus mortales contracorrientes le dieron la fama de ser a prueba de fugas, una afirmación que fue desmentida, al menos en la ficción, por Edmundo Dantés, el personaje de El conde de Montecristo, de Alejandro Dumas, que logró escapar de If tras catorce años de encierro.

Sam leyó en voz alta el folleto que había recogido en la oficina de turismo del puerto Viejo:

—«Más negro que el mar, más negro que el cielo, se alza como un fantasma el gigante de granito, cuyas rocas sobresalientes parecen brazos dispuestos a atrapar a la presa.» Así es como lo describió Dantés.

—Visto desde aquí no tiene mala pinta.

—Ya me lo dirás cuando pases una docena de años en una de las mazmorras.

—Tienes razón. ¿Qué más?

—La cárcel funcionaba de acuerdo con una estricta estructura de clases. Los ricos podían disfrutar de celdas privadas en los pisos superiores, con ventanas y chimenea. En cuanto a los pobres, a ellos les daban los calabozos del sótano; y a los oubliettes,

que son...

—Deriva de oublier, que significa «olvidar»; o sea, que oubliettes son los olvidados. Eran agujeros cavados en el suelo de las mazmorras, y cerrados con una trampa. —Remi hablaba mejor el francés que Sam—. Te metían allí y te olvidaban; dejaban que te pudrieras.

Sonó el teléfono y Sam contestó. Era Selma.

—Señor Fargo, tengo algo para usted.

—Adelante —dijo Sam, mientras ponía el teléfono en manos libres para que Remi pudiese oírla.

—Hemos descifrado las dos primeras líneas de símbolos de la botella, pero eso es todo —comenzó Selma—. Las otras líneas nos llevarán más tiempo. Creo que nos falta una clave. En cualquier caso, las frases forman un acertijo:

Locura de los capetianos, revelación de Sébastien;
una ciudad bajo cañones;
desde el tercer reino de los olvidados,
una señal que el eterno Sheol fracasará.

—Intentamos descifrarlo...

—Hecho —proclamó Sam—. Se refiere al castillo de If.

—¿Perdón?

Le relató el encuentro con Wolfgang Müller.

—La fortaleza es donde su hermano encontró las botellas. Ya tengo la respuesta. A partir de allí es solo cuestión de ir hacia atrás. «Capetiano» se refiere a la línea dinástica a la que pertenecía el rey Francisco; él mandó construir la fortaleza. «Sébastien» es el nombre de pila de Vauban, el ingeniero que tuvo que decirle al soberano que la fortaleza era inútil. Por las razones que sean, los arquitectos la habían construido con las fortificaciones más fuertes y los emplazamientos de la artillería no apuntados al mar abierto ni a los posibles invasores, sino a la ciudad: «una ciudad bajo cañones».

—Impresionante, señor Fargo.

—Está todo en el folleto. En cuanto a la tercera línea, no lo sé.

—Yo creo que sí —dijo Remi—. En hebreo, Sheol significa el lugar de los muertos, la ultratumba. Lo opuesto, el Sheol eterno, es la vida eterna. ¿Recuerdas la cigarra de la botella?

Sam asentía con la cabeza.

—El escudo de Napoleón: resurrección e inmortalidad. ¿Y la otra parte... «el tercer reino de los olvidados»?

—Es el equivalente francés de una mazmorra: oubliette. Olvidar. A menos que estemos en un error, en algún lugar de los sótanos del castillo hay una cigarra que espera ser encontrada. Pero ¿por qué un acertijo? —se preguntó Remi—. ¿Por qué no simplemente: «Ve allí, encuentra esto»?

—Ahí es donde se pone interesante —manifestó Selma—. Por lo que he podido descifrar hasta ahora, el libro de Laurent es en parte un diario y en parte una clave de descifrado. Deja bien claro que las botellas en sí mismas no son el premio. Las llama «flechas en un mapa».

—¿Flechas a qué? —preguntó—. ¿Quién las debe seguir?

—No lo dice. Sabremos más cuando acabemos de descifrarlo.

—Bueno, parece que Laurent hacía esto obedeciendo las órdenes de Napoleón —dijo Sam—, y si se tomaron todo este trabajo para ocultar las botellas, lo que sea que esté al final del mapa ha de ser algo espectacular.

—Eso explicaría por qué Bondaruk no tiene ningún problema para asesinar —opinó Remi.

Conversaron un rato más, y después colgaron.

—Vaya, vaya —dijo Remi, señalando con la mirada—. Mira quién está aquí.

Sam se volvió. Jolkov cruzaba la terraza hacia ellos, con las manos en los bolsillos de la americana. Sam y Remi se tensaron, preparados para moverse.

—Tranquilos, ¿creen que soy tan estúpido como para matarlos a los dos en pleno día? —preguntó Jolkov, deteniéndose ante ellos. Sacó las manos de los bolsillos y las levantó—. Desarmado.

—Veo que escapó del pequeño balancín —comentó Remi.

Jolkov cogió una silla y se sentó.

—Por favor, siéntese —dijo Sam en tono desabrido.

—Podrían habernos empujado por el borde sin problemas —comentó Jolkov—. ¿Por qué no lo hicieron?

—Se nos ocurrió, créame. De no haber sido por su amigo del gatillo fácil, ¿quién sabe?

—Me disculpo. Una reacción excesiva.

—Supongo que no le importará explicarnos cómo nos ha encontrado —dijo Remi.

Jolkov sonrió. Pero la sonrisa no se reflejó en sus ojos.

—Supongo que no están dispuestos a decirme por qué se encuentran aquí.

—Supone acertadamente —respondió Remi.

—Lo que sea que vende, no estamos dispuestos a comprarlo —señaló Sam—. Su colega secuestró, torturó y a punto estuvo de matar a un amigo nuestro, y usted intentó matarnos dos veces. Díganos por qué está aquí.

—Mi jefe propone una tregua. Una alianza.

Remi se rió por lo bajo.

—A ver si lo adivino. Nosotros lo ayudamos a encontrar lo que sea que busca, y tarde o temprano usted nos mata.

—En absoluto. Unimos fuerzas y repartimos lo que sea, ochenta-veinte.

—Ni siquiera sabemos qué buscamos —admitió Sam.

—Algo de gran valor, tanto histórica como monetariamente.

—A Bondaruk ¿cuál de los dos aspectos le interesa más? —preguntó Remi.

—Eso es asunto suyo.

Sam y Remi no se hacían ilusiones. Su predicción sobre los planes que Bondaruk y Jolkov tenían para ellos era la muerte. Fuera cuales fuesen los verdaderos motivos de Bondaruk y la recompensa, de ninguna manera iban a permitir que cayesen en manos del ucraniano.

—Digamos que los artículos tienen que ver con un legado familiar —añadió Jolkov—. Solo intenta acabar algo que comenzó hace mucho tiempo. Si lo ayudan a conseguirlo, será muy generoso.

—No hay trato —dijo Sam.

—Y ya puede pasarle un mensaje a Bondaruk de nuestra parte: ¡que lo zurzan! —añadió Remi.

—Tendrían que reconsiderarlo —manifestó Jolkov—. Echen una mirada.

Sam y Remi lo hicieron. En el extremo más apartado de la terraza estaban tres de los hombres de Jolkov; todas caras conocidas de la cueva de Rum Cay.

—Toda la banda está aquí —dijo Sam.

—No, no están todos. Hay más. Allí adonde vayan, estaremos nosotros. De una manera u otra conseguiremos lo que buscamos. Lo que deben hacer es decidir si quieren salir con vida de todo esto.

—Ya nos apañaremos —afirmó Remi.

Jolkov se encogió de hombros.

—Ustedes mismos. Supongo que no habrán sido tan estúpidos como para traer con ustedes el libro del código, ¿verdad?

—No —respondió Sam—. Y tampoco somos tan estúpidos como para haberlo dejado en el hotel, pero puede ir a mirar.

—Ya lo hemos hecho. Supongo que ya está en manos de la señora Wondrash.

—Allí, o en una caja de seguridad —dijo Remi.

—No, no lo creo. Creo que su gente está intentando descifrarlo ahora mismo. Quizá les hagamos una visita. Me han dicho que San Diego es muy hermoso en esta época del año.

—Pues le deseo suerte —dijo Sam con un tono indiferente, al tiempo que se esforzaba por mantener el rostro impassible.

—¿Habla de su sistema de seguridad? —Jolkov hizo un gesto despectivo—. No

será ningún problema.

—Está visto que no conoce mis antecedentes —le advirtió Sam.

Jolkov titubeó.

—Ah, sí, es ingeniero. Ha modificado el sistema de alarmas, ¿no?

—Incluso si consigue saltárselo, ¿quién sabe qué encontrará una vez dentro? —añadió Remi—. Usted mismo lo ha dicho: no somos estúpidos.

Jolkov frunció el entrecejo, una chispa de duda brilló en sus ojos, pero desapareció en el acto.

—Ya lo veremos. Una última oportunidad, señor y señora Fargo. Después, se acabaron los miramientos.

—Tiene nuestra respuesta —manifestó Sam.

Castillo de If, Francia

Poco después de salir del hotel, había empezado a caer una fina lluvia, que a medida que se acercaba la medianoche se había convertido en un aguacero que barría las calles y gorgoteaba en las alcantarillas. Las calles brillaban con el resplandor amarillo de las farolas. Aquí y allá los transeúntes caminaban presurosos por las aceras bajo paraguas o periódicos plegados, o esperaban al abrigo de las paradas de autobús.

Sam y Remi se encontraban en un callejón al otro lado del hotel, entre sombras, observando las puertas del vestíbulo.

Un poco más allá había un Citroen Xsara gris aparcado, a oscuras, con un par de figuras apenas visibles en el interior. Un rato antes, desde la ventana de la habitación del hotel, Remi había conseguido verle el rostro al conductor: había estado con Jolkov en el café de Malmousque. Si había más hombres vigilándolos por la zona, no lo sabían, pero se dijeron que era mejor creer que sí.

Después de despedirse de Jolkov en el café, habían pasado la tarde paseando por el Malmousque, haciendo algunas compras y disfrutando de las vistas durante unas horas. No vieron a Jolkov ni a ninguno de sus hombres hasta que emprendieron el regreso al hotel, cuando dos hombres montados en motocicletas siguieron a su taxi.

A pesar de su indiferencia ante las amenazas de Jolkov, Sam y Remi se las habían tomado muy en serio. Como sospechaban que podía haber micros en su habitación, buscaron un rincón tranquilo en el bar casi desierto del hotel y llamaron a Rube Haywood por el teléfono vía satélite; no estaba en el cuartel general de la CIA en Langley, pero lo encontraron en su casa.

Sam puso el teléfono en manos libres y le hizo un rápido resumen de la situación y sus preocupaciones.

—Conozco a un tipo en Long Beach —dijo Rube— que trabajaba para el servicio de seguridad diplomático. Ahora tiene su propio negocio. ¿Quieres que le llame para que mande a un par de los suyos a la casa?

—Te estaríamos muy agradecidos.

—Dame diez minutos.

Llamó en cinco.

—Hecho. Estarán allí dentro de dos horas. Dile a Selma que llevarán tarjetas de identidad: Kozal Security Group. Preguntarán por la señora French.

—Recibido.

—¿No creéis que ya es hora de dar por acabado este asunto? —preguntó Rube—. Ya habéis visto hasta dónde están dispuestos a llegar esos tipos. Nada puede valer

tanto.

—Ni siquiera sabemos qué es —dijo Remi.

—Supongo que me habéis entendido. Estoy preocupado por vosotros dos.

—Te lo agradecemos, Rube, pero vamos a seguir este asunto hasta el final.

Haywood exhaló un suspiro.

—Al menos dejad que os ayude.

—¿Qué se te ha ocurrido? —preguntó Sam.

—He ojeado de nuevo el expediente de Jolkov. Hace unos años estaba en Chechenia; creemos que hacía de intermediario para un traficante que vendía AK-47. No costaría mucho colar su nombre en la lista de terroristas más buscados. Con un par de llamadas podría ponerlo en la mira de la DCPJ —respondió. Se refería a la Direction Centrale Pólice Judiciaire, la versión francesa del FBI—. No hay nada que justifique su arresto, pero podrían retenerlos, a él y a sus compinches, durante un tiempo.

—Hazlo, cualquier pequeña ventaja que nos puedas conseguir nos ayudará.

—El problema es saber si serán capaces de encontrarlo. Dados sus antecedentes, desde luego no se lo pondrá fácil.

Tres horas más tarde, Rube volvió a llamar. La DCPJ había emitido una orden de búsqueda de Jolkov, pero no sabría nada más durante unas horas, si es que tenía suerte. Los franceses, comentó Rube, eran un tanto herméticos a la hora de compartir información.

—¿Supongo que no tendrás una versión francesa de Guido el zapatero-barratraficante de armas?

—Sam, los franceses se toman muy en serio las leyes de tenencia de armas; no querrás que te pillen con una sin licencia. Pero conozco a un tipo llamado Maurice...

Le dio a Sam el número de teléfono y colgaron.

Remi se levantó el cuello de la chaqueta para protegerse del frío y se acurrucó junto a Sam debajo del paraguas.

—No veo a nadie más.

—Yo tampoco. ¿Nos vamos?

Tras una última mirada a su alrededor salieron del callejón y caminaron por la acera.

Sirviéndose de las artes secretas básicas que Sam había aprendido en Camp Perry, caminaron por las calles al norte de la bahía durante una hora, volvieron sobre sus pasos, entraron en cafés y salieron por la puerta de atrás, siempre atentos a cualquier señal de persecución. Convencidos de que estaban solos, tomaron un taxi y le dijeron al chófer que los llevase a la rué Loge en el puerto Viejo.

Tal como les había prometido el encargado de la compañía de alquiler, en un

amarre de la esquina noroeste de la bahía encontraron un Mistral gris de seis metros de eslora. Aunque no era más que una chalupa a motor con una cabina acristalada apenas más grande que una cabina de teléfono, era ancho de manga y disponía de un motor Lombardi. Confiaban en que sirviera a sus propósitos.

Con la llave que el encargado le había enviado con un mensajero, Sam quitó el candado de la guindaleza y los cabos de amarre mientras Remi ponía el motor en marcha. Saltó a bordo y Remi aceleró al tiempo que apuntaba la proa hacia la bocana.

Diez minutos más tarde, el rompeolas apareció a proa. A popa las luces de Marsella, borrosas en la lluvia, se reflejaban en la ondulada superficie del agua. El único limpiaparabrisas se movía suavemente para quitar las gotas de lluvia que caían sobre el cristal de la cabina.

Junto a Remi, que llevaba el timón, Sam dijo:

—He estado pensando en las palabras de Jolkov. —Vio la expresión de ella y se apresuró a añadir—: No sobre su oferta, sino sobre el interés de Bondaruk por todo esto. Mencionó que era un legado. Sabemos que se lo toma muy en serio, así que quizá la respuesta esté en la historia de su familia.

—Bien pensado —afirmó Remi, que viró alrededor de una boya para dejarla por la banda de babor—. Le diremos a Selma que se ocupe de ello. No se te estará ocurriendo alguna otra cosa, ¿verdad?

—Solo en lo que a ti respecta.

Remi sonrió en la oscuridad, su rostro apenas iluminado por la luz verde de la consola.

—Hemos pasado por cosas peores.

—¿Cuáles?

—Bueno, para empezar, aquella vez en el Senegal, cuando insultaste a un chamán...

—Olvida mi pregunta.

Treinta minutos más tarde apareció a la vista la isla de If, una masa blanca que emergía del mar oscuro a media milla de la proa. El castillo había cerrado a las cinco y media y, aparte de una solitaria luz de navegación roja que parpadeaba contra el cielo nocturno, la isla estaba completamente a oscuras.

—No parece un lugar muy agradable de noche, ¿verdad? —comentó Remi.

—Tienes toda la razón.

Se habían preparado para el paseo nocturno, utilizando Google Earth para buscar en la isla los amarres que pudiesen ocultarlos no solo de Jolkov, si es que él y sus hombres los seguían, sino también de la patrulla portuaria de Marsella. Habían

encontrado un lugar adecuado en el lado de la isla que daba a mar abierto.

Remi llevó el Mistral a babor. Dedicaron media hora a dar la vuelta a la isla, atentos a la presencia de otras embarcaciones o de señales de vida. Al no ver nada, viraron y fueron hacia la costa norte. La torre más al oeste del castillo, la más grande de las tres, apareció a la vista por encima de las almenas. Remi fue hacia la cala que había abajo, redujo la velocidad y dejó que el Mistral se detuviese en la base de la muralla. Aparte de la lluvia, el agua estaba en calma. Sam echó el ancla y utilizó el bichero para mantener el Mistral cerca de las rocas. Remi saltó a tierra y avanzó, con el cabo de popa en la mano. Sujetó la amarra alrededor de una roca del tamaño de una pelota de baloncesto.

Cogidos de la mano, buscaron su camino a lo largo de la muralla. Saltaron de un peñasco a otro hasta que llegaron a uno muy alto que habían visto en las fotos de satélite. Sam se encaramó, se colocó debajo de una saetera en las almenas utilizadas por los arqueros y luego saltó para sujetarse al borde interior de la pared. Trepó y pasó por encima del muro, y luego ayudó a Remi a subir. Se acurrucó junto a ella.

—Demos gracias a Dios por la mala arquitectura —dijo.

De no haber sido por las fortificaciones traseras, habrían necesitado una escalera extensible para conseguir lo que acababan de hacer.

—No veo a nadie —murmuró Remi—. ¿Y tú?

Sam negó con la cabeza. En su investigación no habían encontrado ninguna mención a que en la isla hubiese guardias, pero para estar seguros actuarían como si los hubiese.

Con Remi en cabeza, avanzaron a lo largo de la pared curva de la torre hasta donde se encontraba con la pared occidental, y la siguieron hasta el final. Junto a ellos, la piedra, calentada por el sol durante todo el día y después empapada por la lluvia, olía a tiza. Remi se asomó por la esquina.

—Despejado —susurró.

El móvil vía satélite vibró en el bolsillo de Sam. Lo sacó y respondió en voz muy baja. Era Rube.

—Malas noticias, Sam. La DCPJ no encuentra a Jolkov ni a sus compinches. Saben que entró en el país con su propio pasaporte, pero ninguno de los hoteles ni agencias de coches de alquiler tienen ningún registro de él.

—Utiliza un pasaporte falso —dijo Sam.

—Es probable. Por lo tanto, todavía anda por ahí. Tened cuidado.

—Gracias, Rube. Nos mantendremos en contacto.

Sam colgó y le comunicó la noticia a Remi.

—No estamos peor que antes. ¿Seguimos?

—Por supuesto.

Continuaron por la pared sur y llegaron a la siguiente torre, en la entrada lateral

del castillo, una arcada que daba al patio de armas.

—Quieta —susurró Sam—. Agáchate muy despacio. —Se pusieron de rodillas.

—¿Qué? —susurró Remi.

—Delante de nosotros.

A unos cien metros al otro lado del patio había dos edificios de tejados rojos. El de la izquierda, con la forma de una J truncada, daba a la pared junto a la costa norte de la isla. Debajo de los aleros vieron cuatro ventanas, rectángulos negros en la penumbra. Esperaron, inmóviles durante un minuto, luego dos. Pasados tres minutos, Remi susurró:

—¿Has visto algo?

—Me lo ha parecido. Supongo que me he equivocado. Vamos.

—Quieto —dijo ella—. No te has equivocado. Allá, en la esquina más apartada.

Sam miró hacia donde señalaba Remi. Sus ojos tardaron un minuto en verlo, pero no se trataba de una equivocación. Apenas visible en la oscuridad estaba el óvalo blanco del rostro de un hombre.

Observaron aquel rostro durante un minuto; el hombre parecía una estatua, y solo de vez en cuando movía la cabeza para mirar atrás y a los lados, pero por lo demás permanecía inmóvil.

—¿Un guardia? —sugirió Remi.

—Quizá. Pero ¿un guardia perezoso que intenta mantenerse fuera de la lluvia estaría tan inmóvil? Estaría moviéndose, fumando o haciendo alguna cosa. —Con una lentitud exagerada, Sam buscó en el bolsillo interior del chubasquero y sacó un monocular Nikon. Lo enfocó hacia el edificio y se centró en el rostro del hombre—. No se parece a ninguno de los hombres de Jolkov que hemos visto.

—Si son ellos, ¿cómo llegaron aquí? No hemos visto ninguna embarcación.

—Son comandos entrenados, Remi. Infiltrarse es lo suyo.

Sam observó el terreno y se tomó su tiempo para mirar en las sombras y los portales oscuros, pero no vio a nadie más.

—Un magnífico regalo de Navidad —opinó Sam—. Un monocular de visión nocturna.

—Ha sido un placer.

—No veo a nadie más. Espera...

El hombre que estaba bajo los aleros se movió para mirar por encima del hombro. En la manga de la chaqueta llevaba una insignia; en el cinturón, una linterna y un llavero.

—Me alegra informarte de que me he equivocado —murmuró Sam—. Es un guardia. Así y todo, lo mejor será que no nos pesquen rondando por un monumento nacional francés en mitad de la noche.

—Tienes razón.

—Cuando diga vamos, muévete lentamente hacia el túnel y detente a medio camino. No vayas al patio. Y mantente alerta para quedarte inmóvil.

—De acuerdo.

Sam observó al guardia a través del monocular hasta que desvió la mirada una vez más.

—Ahora.

Remi corrió agachada hacia la esquina, luego siguió a lo largo de la pared y llegó al arco. Sam continuó vigilando. Pasaron otros dos minutos, pero por fin el hombre se movió de nuevo y Sam fue a reunirse con Remi.

—El corazón me late a cien por hora —admitió ella.

—El placer de la adrenalina.

Se tomaron un momento para recuperar el aliento, y luego avanzaron poco a poco por el túnel hasta la salida al patio, y solo se detuvieron al llegar al umbral.

A la izquierda de la puerta había un murete y un banco de madera. A la derecha, unos escalones de piedra con una barandilla de hierro forjado que subían por la pared interior del patio, giraban a la izquierda y continuaban hasta una torreta, donde se bifurcaban para comunicar con una pasarela que daba la vuelta al patio. Sam y Remi observaron la pasarela y se fueron deteniendo en cada ventana o puerta, atentos a cualquier movimiento. No vieron nada.

Miraron adelante, echaron una última ojeada al patio y la pasarela, y cuando se preparaban para moverse, Sam vio, entre las sombras, otra arcada debajo de los escalones.

Nada se movía. Aparte del repiqueteo de la lluvia, todo estaba en silencio.

Siempre atento a cualquier presencia en el patio, Sam se inclinó para hablar en susurros a Remi.

—Cuando te lo diga, sube los escalones y entra en la torreta. Yo estaré...

Detrás de ellos un rayo de luz llenó el túnel.

—¡Remi, ahora!

Como un velocista al oír el disparo, Remi salió disparada y subió los escalones de dos en dos. Sam se echó boca abajo y permaneció inmóvil. La luz de la linterna alumbró todo el túnel, y después se apartó y todo volvió a quedar a oscuras. Sam se arrastró por encima del umbral hasta el patio, luego se puso de pie y fue a reunirse con Remi en la torreta.

—¿Nos ha visto?

—No tardaremos en saberlo.

Esperaron un minuto, dos, para ver si el guardia cruzaba el arco, pero no apareció. Sam miró el interior oscuro de la torreta.

—¿Estamos en la correcta?

El mapa del folleto señalaba varias entradas al nivel de los olvidados, y una de ellas estaba en esa torreta.

—Sí, es el siguiente rellano hacia abajo, creo —contestó Remi, e hizo un gesto hacia la escalera de caracol que bajaba; otra llevaba a las almenas.

Comenzaron a bajar los escalones, con Remi en cabeza. En el siguiente rellano encontraron una trampilla de madera en el suelo, asegurada al borde de piedra con un candado. Sam cogió una pequeña palanqueta que llevaba sujeta al cinturón. Dado que la mayor parte del castillo era de piedra, y al recordar las palabras de Müller cuando dijo que su hermano había encontrado las botellas escondidas en una grieta, habían supuesto que la herramienta les sería útil.

Si bien el candado parecía nuevo, el cerrojo era un trozo de metal oxidado por años de exposición al aire salado. Remi apuntó su linterna al cerrojo, pero Sam le impidió que la encendiese.

—Esperemos hasta estar fuera de su vista.

Tardaron treinta segundos de delicado trabajo con la punta de la palanqueta para quitar el cerrojo de la madera. Sam levantó la trampilla y dejó a la vista una escalera de madera que se perdía en un hueco oscuro.

—Será mejor que yo pruebe primero —dijo Remi.

Se sentó, deslizó las piernas en el interior del agujero y comenzó a bajar. Diez segundos más tarde susurró:

—Vale. Son unos cuatro metros. Baja con cuidado. Está atornillada a la piedra, pero parece tan vieja como el cerrojo.

Sam entró en el agujero, se agachó en el segundo escalón y cerró la trampilla dejando un espacio suficiente para los dedos, que utilizó para colocar el cerrojo de nuevo en su lugar; con un poco de suerte, el guardia no vería que estaba arrancado.

En la más total oscuridad y guiándose solo por el tacto, Sam comenzó a bajar. La escalera crujió y se movió, y en cuanto oyó que los pernos rascaban en el interior de los agujeros, se quedó quieto. Contuvo el aliento durante diez segundos, y comenzó a bajar de nuevo.

El peldaño que tenía debajo del pie más adelantado se partió con un estampido seco. Se sujetó con las manos a los más altos, para detener la caída, pero el súbito cambio de peso fue demasiado para la escalera, que se movió de lado. Se oyó una detonación cuando los pernos saltaron de los agujeros y Sam comenzó a caer. Se preparó para el golpe, y chocó contra el suelo de espaldas.

—¡Sam! —susurró Remi, y al instante se acercó a la carrera y se arrodilló a su lado.

Sam gimió, parpadeó varias veces y luego se levantó apoyado en los codos.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Eso creo. Solo tengo un poco dolorido el orgullo.

—Y el trasero.

Lo ayudó a levantarse.

Delante de ellos la escalera era una ruina. Los largueros se habían separado y los peldaños colgaban en cualquier dirección.

—Bueno —dijo Remi—, al menos ahora sabemos cómo no podremos salir de aquí.

—Siempre hay un lado bueno —admitió Sam.

Remi encendió la linterna y miraron alrededor. Detrás de ellos había una pared de piedra; delante, un pasillo un poco más alto que Sam se adentraba en la oscuridad. A diferencia de las murallas de la fortaleza, allí las piedras eran de color gris oscuro y mal cortadas, y en ellas se veían las marcas de los formones, que tenían más de cuatrocientos años. Ese era el primer nivel de las mazmorras; había un segundo y, más abajo, el reino de los olvidados.

Remi apagó la linterna. Agarrados de la mano, caminaron por el pasillo.

Cuando habían dado veinte pasos, Sam encendió su linterna, echó una ojeada y la volvió a apagar. No vio el final del pasillo. Continuaron caminando. Después de otros veinte pasos, notó el apretón de la mano de Remi en la suya.

—He oído un eco —susurró ella—. A la izquierda.

Sam encendió la linterna, y quedó a la vista un túnel en el que había una docena de celdas, seis por cada lado. Por razones de seguridad habían quitado las puertas de barrotes. Entraron en la celda más cercana y echaron un vistazo.

Si bien esos túneles eran lóbregos por derecho propio, Sam y Remi encontraron que las pequeñas celdas donde no llegaba ni el más mínimo rayo de luz eran una pesadilla. Los guías del castillo acostumbraban a separar a los turistas en grupos de tres o cuatro, apagaban las luces y pedían que todos se mantuviesen en silencio durante treinta segundos. Aunque Sam y Remi se habían encontrado en situaciones similares antes —la más reciente en Rum Cay—, las celdas del castillo de If inspiraban una sensación de miedo única, como si estuviesen compartiendo el espacio los fantasmas todavía encerrados.

—Ya hemos tenido bastante —dijo Sam, y salió de nuevo al pasillo.

Encontraron el siguiente túnel un poco más allá a la derecha. Era algo más largo y tenía veinte celdas. Esa vez a paso más rápido, repitieron el proceso, pasando un túnel tras otro hasta que llegaron al final del pasillo, donde encontraron una puerta de madera. Estaba cerrada pero no tenía candado ni cerrojo. Junto a la puerta había un cartel en francés que decía: prohibida la entrada, solo personal autorizado.

—¿Por qué no hay cerradura? —se preguntó Remi en voz alta.

—Lo más probable es que la hayan quitado para evitar que algún turista acabe encerrado por accidente en lugares donde no debería estar.

Metió el dedo por el agujero de la cerradura y tiró con suavidad. La puerta se abrió un par de centímetros. Crujieron las bisagras. Se detuvo, tomó aliento y después abrió la puerta del todo.

Remi pasó por el hueco, Sam la siguió y cerró la puerta. Permanecieron inmóviles unos momentos, atentos a cualquier sonido, y después Remi hizo una pantalla con los dedos en el foco de la linterna y la encendió. Estaban en un pequeño rellano cuadrado de un metro veinte de lado. A la derecha de la puerta había un escalón; a su espalda, otra escalera de caracol que bajaba. Juntos echaron un vistazo por encima del reborde.

La luz de la linterna no fue más allá de diez escalones.

Siguieron los rayos blancos y azules de las linternas y bajaron los escalones hasta el siguiente rellano. Al igual que arriba, encontraron una puerta de madera, y a su lado otro cartel con una advertencia: prohibida la entrada. Sam, que esperaba oír otra vez el chirrido de las viejas bisagras, se sorprendió cuando la puerta se abrió silenciosamente. Entraron.

Otro túnel, este de poco menos de un metro veinte de anchura y un metro cincuenta de altura, obligó a Sam y Remi a avanzar agachados. Separadas a intervalos de un metro veinte a lo largo de cada pared estaban las puertas rectangulares de las celdas, pero a diferencia de las del nivel superior, estas conservaban lo que Sam y Remi supusieron que eran las rejas originales, cada una abierta y sujeta a la piedra con un trozo de cordel. Sam observó a la luz de la linterna la puerta más cercana y vio que aún conservaba la cerradura y el pestillo.

—Justo cuando uno creía que no podía ser más deprimente —susurró Remi.

Observaron las paredes mientras avanzaban por el túnel, y después de unos veinte o veinticinco metros encontraron un túnel lateral de tres metros de profundidad en el lado izquierdo. Al final había una abertura rectangular a la altura de la cintura. Se arrodillaron, y Sam metió la cabeza en el hueco. Muy poco más allá había una trampilla en el suelo; la levantó y alumbró el interior.

—Otra escalera —susurró—. Baja unos dos metros. Creo que hemos encontrado el lugar.

—Yo iré primero —dijo Remi, y se deslizó con los pies por delante por la trampilla y comenzó a bajar—. Vale —gritó—. La escalera parece fuerte.

Sam bajó y se arrodilló junto a ella. Ese túnel era todavía más angosto: noventa centímetros de ancho y un metro veinte de alto. A lo largo de la línea central había una trampilla tras otra, cada una, un agujero negro con barrotes que parecía engullir los rayos de las linternas.

—Dios bendito —susurró Sam.

—¿Cuántas crees que hay? —preguntó Remi.

—Si este túnel es tan largo como los de arriba..., cuarenta o cincuenta.

Remi permaneció en silencio durante unos diez segundos, que parecieron muchos más.

—Me pregunto cuánto tardará una persona en volverse loca aquí abajo.

—Depende de la persona, pero después de un día o dos, tu mente comienza a alimentarse de sí misma. No hay sensación de tiempo, ningún punto de referencia, ningún estímulo exterior... Venga, acabemos con esto. ¿Cuál era la última línea del acertijo...?

—Desde el tercer reino de los olvidados...

Poniendo mucho cuidado en dónde pisaban, caminaron a lo largo de la pared hasta la tercera trampilla. A la luz de la linterna de Remi, Sam observó la rejilla. Habían quitado las bisagras, y el cerrojo y los barrotes estaban roídos por la corrosión. Tocó uno; las escamas se desprendieron y cayeron en la oubliette. Cogió los barrotes, levantó la rejilla y la dejó a un lado.

La oubliette estaba al fondo de un hueco de metro ochenta, mientras la celda en sí misma tenía un metro veinte de lado y noventa centímetros de profundidad; no era lo bastante ancha para que un preso pudiese acostarse del todo ni tampoco lo bastante alta para mantenerse en pie sin doblarse por la cintura.

—Será mejor que vaya yo —dijo Remi—. Soy más pequeña y yo no podría sacarte.

Sam frunció el entrecejo, pero asintió. Cogió de nuevo la palanqueta. Ella se quitó la chaqueta y la dejó a un lado. Se sujetó la palanqueta en el cinturón y dejó que Sam la bajase al hueco, y luego se soltó para caer los últimos sesenta centímetros. A gatas, encendió la linterna, la sujetó entre los dientes y comenzó a buscar en las paredes de piedra y el suelo. Al cabo de dos minutos de arrastrarse, murmuró de pronto:

—Aquí está.

—¿La cigarra?

—Sí, en todo su esplendor. Tallada en una esquina de este bloque. Hay una buena grieta... Espera.

Remi metió la palanqueta en una grieta, luego en la otra, para ir quitando el bloque poco a poco del muro. Con un gruñido, lo sacó y lo dejó a un lado, y después se tumbó boca abajo y alumbró al interior del agujero.

—Tiene unos sesenta centímetros de profundidad... Maldita sea.

—¿Qué?

Remi se puso de rodillas para mirar por el hueco hacia arriba.

—Roca sólida. No hay aberturas ni grietas... Aquí no hay nada, Sam.

Remi se tomó unos minutos para asegurarse de que no había pasado nada por alto, y volvió a colocar la piedra en su lugar. Sam tendió los brazos y la levantó. Ella frunció los labios y se sopló un mechón de pelo que le caía sobre la ceja.

—Ya me lo temía. Karl Müller halló aquí tres botellas. Algo me dice que no vamos a encontrar el resto.

Sam asintió.

—No sé cual era la intención de Laurent, pero es poco probable que las guardase todas aquí.

—Bueno, valía la pena intentarlo. Hay una cosa que sabemos a ciencia cierta: Laurent utilizó el sello de la cigarra.

—Vamos, es hora de dejar la fiesta y buscar la salida.

Colocaron la rejilla y volvieron por el túnel hasta la puerta. Remi se apoyaba en una de las paredes y Sam en la otra. A tres metros del final, de pronto Sam se desplomó de lado en un hueco y cayó al suelo de culo con un sonoro quejido.

—¿Sam? —llamó Remi.

—Parece que he encontrado algo.

Miró a un lado y al otro. Con solo noventa centímetros de profundidad, la mitad posterior del suelo del hueco estaba ocupada por una trampilla que no tenía barrotes.

Remi rodeó la oubliette que había entre ellos y se agachó para entrar en el hueco con Sam. El alumbró la trampilla con la linterna y luego bajó, seguido por Remi. Sam apagó la linterna un momento. Perpendicular al túnel superior, había un espacio por el que solo se podía avanzar a gatas y que se perdía en la oscuridad.

Comenzaron a recorrerlo, Remi en cabeza y Sam detrás. Poco dispuestos a saltarse cualquier bifurcación, cada pocos metros tocaban las paredes.

Después de arrastrarse durante un minuto, Sam tocó el trasero de Remi para indicarle que se detuviera y volvió a encender la linterna. El túnel continuaba hacia delante.

—¿Te has fijado en las paredes? —susurró Remi.

—Sí.

El espacio no había sido construido con bloques de piedra, sino que lo habían tallado en la roca viva. Arrastrarse en la oscuridad en un espacio tan reducido hacía que unos pocos centímetros recorridos parecieran metros.

Tras otros treinta segundos, Remi se detuvo.

—Pared —susurró—. Bifurcación a la derecha.

Doblaron a la derecha, siguieron a gatas otros seis metros hasta dar con otra bifurcación, esta a la izquierda. Después de un tramo corto y otras dos vueltas a derecha e izquierda, se encontraron con una trampilla en el techo lo bastante alta para que Remi se pusiese de pie. Volvió a agacharse y dijo:

—Hay una cornisa, y después una caída a algo que parece una habitación.

—¿Podrás hacerlo?

—Eso creo. —Tomó impulso y desapareció. Diez segundos más tarde dijo—: Vale.

Sam se levantó, se arrastró por encima de la cornisa y se dejó caer junto a Remi, quien ya estaba observando la habitación, que medía tres metros por tres. Al igual que el túnel, las paredes, el suelo y el techo eran de roca viva. Montados en tres de las paredes había lo que parecían ser armeros, cada uno dividido en espacios verticales para acomodar los mosquetes o las espadas. En la pared de la izquierda había un arco truncado.

—Esto tiene que ser una parte original de la fortaleza —afirmó Sam, en voz baja

- . Probablemente, el último bastión y armería para los defensores.
 - Por consiguiente, tiene que haber otra manera de entrar y salir.
 - A menos que la tapiasen cuando el castillo fue convertido en prisión.
 - Ni se te ocurra decirlo.
 - Solo hay una manera de averiguarlo.
- Cruzaron el arco y entraron en el túnel.

Era un laberinto. Durante la hora siguiente recorrieron el túnel con mucha atención, encontraron callejones sin salida y cuartos en forma de herradura, y subieron y bajaron escaleras hasta que Sam decidió que tenían que detenerse. Delante, el túnel se dividía de nuevo en tres bifurcaciones como los radios de una rueda.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Remi.

—No sé si tiene un nombre —respondió Sam—, pero creo que continúa siendo parte de la teoría de la última línea de defensa; los atacantes bajan aquí, quedan atrapados y son emboscados por los defensores. —Se mojó un dedo y lo levantó en el aire—. Hay una corriente. —Dio una vuelta completa con la intención de descubrir de dónde provenía y acabó negando con la cabeza—. No puedo saber de dónde viene.

Remi no le prestaba atención. Con los ojos cerrados se volvió primero a un lado, luego al otro, con las manos en la cintura, al tiempo que movía los dedos alternativamente a izquierda y derecha.

—Hemos vuelto sobre nuestros pasos —susurró finalmente—. Aquel es el camino de vuelta al patio. —Señaló el túnel de la izquierda—. Eso creo. Si hay una entrada oculta, tiene que estar allí.

—A mí ya me vale —dijo Sam.

La cogió de la mano y se pusieron en marcha de nuevo.

Cada vez que se encontraban con una nueva bifurcación, Remi se detenía para repetir el giro en cámara lenta con los ojos cerrados, y después señalaba.

Tras otra hora de marcha llegaron a un callejón sin salida, o casi callejón de salida. Apoyada en la pared había una tosca escalera de mano hecha con lo que parecía ser madera de roble español, con los largueros y los escalones un tanto torcidos. Alumbraron hacia arriba con las linternas. La escalera, que tenía más de diez metros de altura, acababa en una trampilla de madera.

—¿La hueles? —preguntó Remi—. Es la lluvia, Sam. Estamos cerca.

Él asintió, distraído, con la mirada puesta en la escalera.

—Es muy antigua —murmuró—. Bien puede ser la original. Quizá tenga centenares de años.

—Es fantástico, Sam, pero ahora mismo lo único que me importa es saber si soportará nuestro peso.

Sam sacudió la escalera, luego puso todo el peso en el primer peldaño. Crujió, pero se mantuvo firme.

—Por favor, Remi, pásame la palanqueta.

Se la enganchó en el cinturón y subió hasta la trampilla.

—Está cerrada —avisó.

Sam metió el filo de la herramienta en la grieta e hizo palanca una vez, otra y una tercera, y el cerrojo se rompió. Levantó la trampilla. El aire fresco entró por la abertura y bajó por la escalera.

—Estamos en una de las torretas —susurró Sam.

Salió del agujero y Remi subió la escalera. Cuando su cabeza asomó por el hueco, al otro lado de la puerta oyeron el raspar de la suela de un zapato en la piedra. Sam ayudó a Remi a salir y juntos fueron a la puerta.

Por encima de la barandilla vieron al guardia —supusieron que era el mismo de antes— que cruzaba el patio, con la luz de la linterna moviéndose a izquierda y derecha. El hombre se volvió, alumbró unos segundos la pasarela y después desapareció a través del arco.

Le dieron treinta segundos para que se alejara a una distancia prudencial, antes de recorrer la pasarela a la carrera, bajar los escalones de la izquierda, cruzar el patio y meterse en el túnel por donde habían entrado al principio.

En el exterior continuaba lloviendo y la temperatura había bajado varios grados. Sintieron frío. Miraron a un lado y al otro para orientarse, y descubrieron que estaban donde habían comenzado. Al otro lado de la plaza, vieron los edificios de techos rojos. El guardia, cuyos progresos eran marcados por la linterna, se encontraba a unos cien metros, de regreso a la zona de recepción.

—¿Suficiente visita para una noche? —preguntó Sam.

—Y para unas cuantas más —dijo Remi—. Además, como te conozco, estoy segura de que no faltarán en nuestro futuro.

—Haces bien.

Juntos salieron a la lluvia.

Grand Hotel Beauvau

Una hora más tarde y después de una ducha caliente, Sam y Remi estaban en la terraza contemplando el puerto Viejo, cada uno con su segundo gibbon de Bombay Sapphire. Las luces de la ciudad se reflejaban en la superficie del agua como un mosaico rojo, amarillo y azul que se movía poco a poco con la lluvia. Desde lejos llegaba el lúgubre aullido de una sirena de niebla, y más cerca el repique de la campana de una boya.

Sonó el teléfono. Sam miró la pantalla: era Rube. Tan pronto como habían vuelto al hotel, lo había llamado para hacerle un relato somero de los acontecimientos de la noche, y después le había pedido que lo llamase más tarde.

Sam cerró la puerta de la terraza, contestó al teléfono y lo puso en manos libres.

—Rube, por favor, dínos que Jolkov y su alegre banda están detenidos.

—Lamento decir que no. La DCPJ no ha podido encontrarlos.

—Desearía poder decir que estoy sorprendido.

—Yo también. ¿Preparados para abandonar y volver a casa?

—Ni lo sueñes.

—¿Remi?

—Ni por asomo.

—Bueno, lo bueno es que el nombre y la foto de Jolkov están en todas partes. Si intenta dejar el país a través de un aeropuerto, puerto o estación ferroviaria, lo pillarán.

—Claro que —dijo Sam—, por lo que me has dicho, los Spetsnaz están entrenados para cruzar las fronteras. Tampoco me pareció alguien tan estúpido como para ir a un aeropuerto.

—Es verdad.

—¿Qué pasa con Bondaruk? —preguntó Remi—. ¿Hay alguna posibilidad de investigar los secretos de su familia y descubrir qué lo impulsa?

—Es posible. Resulta que el coronel de la guardia revolucionaria iraní, que fue el control de Bondaruk durante la guerra en la frontera, años más tarde tuvo algunos problemas con el ayatolá. No sabemos cuál fue la causa de los problemas, pero el coronel, que se llama Aref Ghasemi, escapó a Londres y comenzó a trabajar para los británicos. Aún está allí. He mandado a alguien que lo busque.

—Gracias, Rube —dijo Remi, y colgó.

A la mañana siguiente durmieron hasta las nueve y desayunaron en la terraza. La

lluvia de la noche anterior había cesado, y ahora había un cielo azul con algunas nubes dispersas que parecían copos de algodón. Mientras tomaban el café llamaron a Selma, que estaba despierta pese a que casi eran las doce de la noche en California. Hasta donde sabían, su jefa documentalista dormía solo cinco o seis horas, y sin embargo nunca parecía sentirse cansada.

Sin entrar en detalles innecesarios, Sam le habló del escondite vacío en el castillo de If.

—La cigarra estaba allí —añadió Remi—, y parecía una réplica perfecta del sello de Laurent.

—Eso es mejor que nada —opinó Selma—. Estoy haciendo algunos progresos en descifrar las líneas tres y cuatro de la botella, pero en cuanto al resto, nada. Creo saber la razón: hay una tercera clave.

—Explícate —le pidió Sam.

—El libro de Laurent es una clave, y la botella que tenemos es otra, al menos las cuatro primeras líneas lo son. Creo que la tercera clave es otra botella. Necesitamos las tres para cruzar las claves y descifrar el resto de las frases.

—Parece complicado —dijo Remi.

—Quizá lo sea desde nuestra perspectiva, pero tenemos que hacer algunas suposiciones: primero, que Laurent tenía la intención de ocultar las doce botellas del cajón original en ubicaciones separadas, sus flechas en el mapa apuntan a lo que fuese, al final de esto.

—Necesitamos encontrarle un nombre a esto —señaló Sam.

—El oro de Napoleón —sugirió Remi y se encogió de hombros.

—A mí ya me vale.

—De acuerdo, el oro de Napoleón —asintió Selma—. Sospecho que su intención era que funcionase de esta manera: encuentras una botella, la descifras con el libro, después el acertijo te lleva a la siguiente botella...

Sam lo pilló en el acto.

—Entonces utilizas el libro para descifrar el código de la etiqueta, y con la primera botella descifras la siguiente línea.

—Y su acertijo te lleva a otra botella... y así siempre. La buena noticia es, y solo es una suposición, que no creo que haya una secuencia en el código; en otras palabras, Laurent lo diseñó de forma tal que cualquier botella pudiese llevar a otro acertijo.

—Si es así —dijo Remi—, ¿por qué ocultó tres botellas juntas en el castillo?

—No lo sé. Quizá lo averigüemos más adelante.

—Estamos negando la evidencia —manifestó Sam—. Sabemos a ciencia cierta que una botella se perdió; el fragmento del río Pocomoke lo demuestra. Sin esa botella, podríamos estar perdiéndonos el último enigma; aquel que nos señala el oro

de Napoleón.

—Pensaba lo mismo —declaró Remi—. Supongo que no lo sabremos hasta haber llegado al final.

—Selma, ¿cuáles son las posibilidades de que la botella que Jolkov encontró en Rum Cay les sirva para algo? —preguntó Sam.

—Muy pocas. A menos que tengan un libro de códigos. Si nos basamos en que no dejan de pisarnos los talones, diría que están perdidos.

—De nuevo negamos la evidencia —señaló Remi—. En algún momento tendremos que hacernos con la botella de Rum Cay.

—Eso significa —afirmó Sam— meternos en la boca del lobo.

Sebastopol

Tres mil doscientos kilómetros al este de Marsella, Hadeon Bondaruk estaba sentado tras su escritorio, con las manos entrelazadas sobre la mesa. Encima de la carpeta de cuero rojo oscuro había una docena de fotos en color de alta resolución, cada una correspondiente a una hilera de símbolos. Por décima vez en una hora, cogió una lupa con luz y observó cada foto, atento a los más mínimos detalles de cada símbolo: el ángulo derecho de cierto cuadrado, la curva de una omega truncada, la inclinación de una media luna... Nada. ¡No había nada!

Tiró la lupa en la mesa y luego pasó el brazo por encima de la carpeta para dispersar las fotos.

A pesar de su valor monetario, la botella en sí era un objeto inútil para sus intereses, y ahora que los Fargo tenían el libro de Arnauld Laurent debía suponer que no tardarían en descifrar el código. Por mucho que deseara culpar a Jolkov por la pérdida del libro, Bondaruk debía admitir que también él había subestimado a los Fargo. Eran buscadores de tesoros, aventureros. Ni él ni Jolkov habían previsto que pudiesen convertirse en semejante problema. O que tuviesen tantos recursos. Quizá tendrían que haberlo hecho. Después de todo parecía lógico suponer que las aventuras de los Fargo los habían puesto en suficientes situaciones complicadas para dotarlos de una gran experiencia.

Así y todo, los recursos de los Fargo no podían compararse con los suyos. Solo en estudiar a Napoleón había gastado centenares de miles de dólares. Sus investigadores habían diseccionado la vida de ese hombre, desde la cuna hasta la sepultura, habían rastreado no solo a todos sus descendientes conocidos, sino también a las docenas de amigos, consejeros y amantes en quienes Napoleón hubiese podido confiar, incluido Arnauld Laurent. Cada libro escrito sobre Napoleón se había incorporado a la base de datos y analizado en busca de pistas. Obras de arte de la época, desde escenas de batallas hasta retratos y bocetos, habían sido examinadas tratando de hallar cualquier

dato que pudiese orientarlos: un símbolo en el botón de una casaca, un dedo señalando a algo en el fondo, un libro en un estante detrás de la cabeza de Napoleón...

Como resultado de tantos esfuerzos, pese al dinero gastado y el tiempo invertido, no tenía nada más que una inservible botella de vino y el pictograma de un maldito insecto.

Sonó el teléfono que estaba sobre la mesa, y Bondaruk contestó.

—Soy yo —dijo Vladimir Jolkov.

—¿Dónde has estado? —gruñó Bondaruk—. Esperaba tu llamada anoche. Dime qué ha pasado.

—Los seguimos ayer por la tarde hasta Marsella. Me encontré con ellos y les propuse una tregua y una alianza.

—¿Has hecho... qué? ¡No te dije que hicieras eso!

—Proponer una tregua y mantenerla son dos cosas diferentes, señor Bondaruk. En cualquier caso, no aceptaron.

—¿Dónde están ahora?

—De nuevo en Marsella.

—¿De nuevo? ¿Eso qué significa?

—He tenido que dejar Francia; estoy en La Junquera, al otro lado de la frontera española. La policía francesa me busca. Alguien ha emitido un comunicado.

—Los Fargo. Han tenido que ser ellos. ¿Por qué lo habrán hecho?

—Lo estoy investigando. No tiene importancia. Si se marchan, lo sabré.

—¿Cómo? Jolkov se lo explicó.

—¿Qué pasa con el libro? —preguntó Bondaruk.

—Tengo a un hombre vigilando su casa, pero los Fargo no mentían. Tienen un dispositivo de seguridad muy bueno. Creo que causará más problemas de lo que vale. Dado que sabemos adonde van y cuándo, podemos dejar que hagan el trabajo duro por nosotros.

—De acuerdo.

Bondaruk colgó, fue hasta la ventana y se obligó a respirar hondo para calmarse. Jolkov tenía razón: aún había tiempo. Los Fargo llevaban ventaja, pero todavía tenían un largo camino por delante y muchos obstáculos que vencer antes de llegar al final. Tarde o temprano cometerían un error. Cuando lo hiciesen, Jolkov estaría allí.

Sebastopol

Sam salió con el Opel alquilado fuera de la carretera de tierra y se detuvo a un par de metros del borde del precipicio. Faltaba una hora para el ocaso y el sol bajaba hacia el horizonte, tiñendo la superficie del mar Negro con tonos dorados y rojos. Debajo de ellos, los acantilados del cabo Fiolent se sumergían en el agua azul verdosa y, a unos pocos metros de la costa, docenas de escollos afilados asomaban a la superficie, cada uno rodeado por la espuma de la marejada.

A lo lejos se oyó el grito de una gaviota, y después reinó el silencio y solo quedó el sonido del viento que pasaba a través de la ventanilla abierta de Sam.

—Algo inquietante —comentó Remi.

—Solo un poco —convino Sam—. Claro que hace honor a su reputación.

La reputación a la que se refería era la de Hadeon Bondaruk. Conscientes de que necesitaban otra botella para completar las otras frases del código, Sam y Remi habían escogido el único camino que tenían: robar la botella de Bondaruk.

Era una idea peligrosa y hasta cierto punto idiota, pero sus aventuras les habían enseñado muchas cosas, una de las cuales Sam la había llamado la «ley inversa del poder y la presunción de invulnerabilidad». Dado el poder y la fama de Bondaruk, ¿quién en su sano juicio se atrevería a robarle? Tras haber reinado como jefe supremo de la mafia de Ucrania durante tantos años, Bondaruk, como muchos hombres poderosos, había comenzado a creerse su propia fama. Desde luego, él y su propiedad estaban muy bien vigilados, pero, como los músculos que no se han ejercitado durante mucho tiempo, existía la probabilidad de que la seguridad se hubiese relajado; al menos, esa era la teoría.

Por supuesto, ninguno de los dos estaba dispuesto a arriesgarse a tal aventura solo por la intuición, así que le habían pedido a Selma que hiciese un estudio de las posibilidades: ¿había algún punto flaco en la seguridad de Bondaruk? Ella descubrió que los había. Uno, que guardaba su colección de antigüedades en la finca, al cuidado de un pequeño equipo de expertos que mantenían y supervisaban las piezas. Dos, la finca en sí misma era enorme y estaba cargada de historia, algo que, según Selma, podía ofrecerles un camino de entrada.

Bajaron del coche, fueron hasta el borde y miraron al norte. A un kilómetro y medio a lo largo de la ondulante costa, de cara a un puente de piedra que sobresalía del acantilado estaba Jotyn, la finca de cuarenta hectáreas de Bondaruk. El puente, tallado por milenios de erosión, se extendía hasta un pilar de roca que se erguía en el mar como un rascacielos.

El hogar de Bondaruk era un castillo de estilo ruso de Kiev, de cinco pisos con

empinados techos de pizarra, ventanas con gabletes y minaretes con las cúpulas acebolladas de cobre, todo rodeado por un muro de piedra bajo y encalado, y por arboledas de hoja perenne.

Jotyn nació a mediados del siglo XVIII como residencia de un jefe del kanato de Crimea, descendiente de una rama escindida de la horda dorada mongol, que en el siglo XVI se había instalado en la zona. Tras cien años de dominio, la familia del jefe había sido reemplazada por las fuerzas rusas moscovitas dirigidas por un comandante cosaco de Zaporozhia que la reclamó como botín de guerra; treinta años más tarde, ocupó su lugar otro oficial más poderoso.

Durante la guerra de Crimea, Jotyn había estado ocupada por Pavel Stepanovich Najimov, el más destacado almirante de la flota del mar Negro del zar Nicolás II, que la utilizó como residencia particular, y después cambió de manos cuatro veces: primero fue museo dedicado al sitio de Sebastopol; luego, cuartel general de la Wehrmacht durante la Segunda Guerra Mundial; después, otra vez residencia veraniega de los altos mandos soviéticos, tras la liberación de la ciudad. Desde 1948 hasta la caída de la Unión Soviética, Jotyn se había convertido en una ruina, y había estado abandonada hasta que Bondaruk la compró al gobierno de Ucrania en 1997.

Dada la historia de la finca, Selma no había tenido mayores problemas en encontrar muchas pistas interesantes, pero al final fue una de las motivaciones humanas más básicas —la codicia— lo que facilitó una grieta en la coraza de Jotyn.

—Repíteme aquella historia —le pidió Sam a Remi mientras observaba la finca a través de los prismáticos.

—Su nombre era Bogdan Abdank —dijo Remi—. Era el cosaco de Zaporozhia que se la quitó a los mongoles.

—Así es.

—Al parecer, Abdank solo era cosaco a tiempo parcial. El resto del tiempo lo dedicaba al contrabando... de pieles, gemas, licores, esclavos y cualquier cosa que se pudiese vender en el mercado negro. El problema era que había otros muchos grupos cosacos y señores de la guerra rusos de Kiev que querían apropiarse del negocio de Abdank.

—Pero el viejo Bogdan era astuto —señaló Sam, entusiasmado con la historia.

—Y muy trabajador.

Según los archivos que Selma había conseguido en la Universidad Nacional Taras Shevchenko de Kiev, Abdank había utilizado mano de obra esclava para excavar, en los acantilados y las colinas que rodeaban Jotyn, una serie de túneles donde ocultar las mercancías. Los barcos de carga que traían visón de Rumania, diamantes turcos o prostitutas de Georgia destinadas a Occidente echaban el ancla en las aguas próximas a Jotyn para descargar en las chalupas, que después desaparecían en la noche para, de nuevo, descargarlo todo en los túneles del contrabandista, debajo de la mansión.

—Así que más cuevas en nuestro futuro —comentó Remi.

—Eso parece. La pregunta es: ¿hasta dónde conoce Bondaruk la historia de Jotyn? Si los túneles existen y lo sabe, ¿habrá decidido cerrarlos?

—Mejor todavía: ¿habrá seguido los pasos de Abdank y los utiliza?

Sam consultó su reloj.

—Bueno, no tardaremos en saberlo.

Tenían que encontrarse con un contacto.

Tal como resultó, la investigación de Selma sobre Jotyn se había convertido en algo así como ir de compras a unos grandes almacenes, pues no solo les había dado una pista de cómo colarse en Jotyn, sino también, con un poco de suerte, un mapa de carreteras para moverse por el lugar.

El encargado de los archivos de la universidad Taras Shevchenko, un hombre llamado Petro Bohuslav, detestaba su trabajo y deseaba con desesperación trasladarse a Trieste, en Italia, y abrir una librería. Después de algunas negociaciones, le había hecho su oferta a Selma: por el precio correcto, estaba dispuesto a compartir una serie de planos de Jotyn aún no archivados, además de su conocimiento personal de la finca.

Sam y Remi se encontraron con él en un restaurante que daba al puerto deportivo de Balaclava, unos pocos kilómetros más allá. Ya era de noche cuando entraron en el restaurante, iluminado con lámparas de aceite en cada mesa. Música folclórica sonaba en los altavoces ocultos por los helechos colgantes. El lugar olía a salchichas y a cebolla.

Cuando entraron, un hombre que estaba sentado en uno de los reservados levantó la cabeza y los observó durante cinco segundos, y después volvió a la lectura de la carta. Una camarera con falda roja y blusa blanca se les acercó. Sam sonrió y señaló al hombre mientras caminaban entre las mesas hasta el reservado.

—¿Señor Bohuslav? —preguntó Remi en inglés.

El hombre alzó la mirada. Tenía el pelo blanco y la nariz roja del bebedor. Asintió.

—Soy Bohuslav. ¿Ustedes son el señor y la señora Jones?

—Así es.

—Siéntense, por favor. —Lo hicieron—. ¿Les apetece comer alguna cosa? ¿Tomar una copa?

—No, gracias —contestó Remi.

—Quieren entrar en Jotyn, ¿no es así?

—Eso no lo hemos dicho —señaló Sam—. Somos escritores y estamos escribiendo un libro sobre la guerra de Crimea.

—Sí, me lo dijo su ayudante. Por cierto, una mujer muy dura.

—Lo es —admitió Remi con una sonrisa.

—¿El libro que están escribiendo es sobre el sitio de Sebastopol o sobre la guerra?

—Las dos cosas.

—Necesitarán detalles especiales. ¿Están dispuestos a pagar?

—Depende de los detalles —respondió Sam— y de lo especiales que sean.

—Primero, dígame, ¿saben quién vive allí ahora?

Remi se encogió de hombros.

—No, ¿por qué?

—Un hombre muy malo compró Jotyn en los noventa. Un criminal. Se llama Bondaruk. Ahora vive allí. Hay muchos guardias.

—Gracias por la información, pero no estamos pensando en un asalto —mintió Sam—. Háblenos de usted. ¿Cómo es que sabe tanto del lugar? No solo de los planos, espero.

Bohuslav sonrió, y dejó a la vista tres dientes postizos de plata.

—No, más que eso. Verá, después de la guerra, tras haber expulsado a los alemanes, estuve destinado allí. Era cocinero del general. Más tarde, en 1953, me trasladé a Kiev y trabajé en la universidad. Comencé como conserje, y ascendí a asistente investigador en el departamento de historia. En 1969 el gobierno decidió instalar un museo en Jotyn y le pidió a la universidad que dirigiese el proyecto. Fui con compañeros del departamento a hacer una inspección. Pasé un mes allí, tomando fotos, dibujando planos, explorando... Tengo todas mis notas originales, bocetos y fotos.

—¿Además de los planos?

—Los planos también.

—El problema es —señaló Remi— que han pasado cuarenta años. Muchas cosas pueden haber cambiado en ese tiempo. Quién sabe qué ha hecho el nuevo propietario desde que usted estuvo allí.

Bohuslav levantó un dedo en señal de triunfo.

—Ah... Se equivoca. Ese hombre, Bondaruk, me contrató el año pasado para que fuese a Jotyn y ayudase en la restauración. Quería que la finca volviese a tener el aspecto del período del cosaco. Pasé dos semanas allí. Excepto por la decoración, nada ha cambiado. Fui a casi todos los lugares que quería, y la mayoría de las veces sin escolta.

Sam y Remi se miraron de reojo. Tras enterarse de la oferta de Bohuslav por boca de Selma, su primera preocupación fue que Bondaruk les estuviese tendiendo una trampa, pero después de pensarlo un poco más, habían decidido que no era muy probable, sobre todo basándose en la ley inversa del poder y la presunción de invulnerabilidad, de Sam, pero también por la sospecha que les preocupaba desde el

comienzo del viaje: Bondaruk, tras haber tenido poca fortuna a la hora de descifrar el acertijo por su cuenta, ¿les estaba dando rienda suelta para que lo llevaran hasta aquello que ellos llamaban el oro de Napoleón? Era posible, si bien eso no cambiaba sus opciones: seguir adelante o renunciar. Pero, por poco probable que pareciese la idea de una trampa, aún sentían curiosidad por los motivos de Bohuslav. La suma que pedía, cincuenta mil grivnas ucranianas, o diez mil dólares americanos, parecía una cantidad ridícula comparada con lo que Bondaruk le haría si descubría su traición. Sam y Remi sospechaban que se trataba de pura desesperación, pero ¿por qué?

—¿Por qué hace esto? —preguntó Sam.

—Por el dinero. Quiero ir a Trieste...

—Eso lo sabemos. Pero ¿por qué enemistarse con Bondaruk? Si es tan malo como usted dice...

—Lo es.

—Entonces ¿por qué arriesgarse?

Bohuslav titubeó y frunció el entrecejo. Exhaló un suspiro.

—¿Han oído hablar de Pripjat?

—La ciudad cercana a Chernóbil —dijo Remi.

—Sí. Mi esposa, Olena, estaba allí en la adolescencia, cuando estalló la planta nuclear. Su familia fue una de las últimas en salir. Ahora tiene cáncer de ovarios.

—Lo sentimos —manifestó Sam.

Bohuslav se encogió de hombros en una muestra de fatalismo.

—Siempre ha querido ver Italia, vivir allí, y le prometí que lo haríamos algún día. Antes de que muera, me gustaría cumplir mi promesa. Tengo más miedo de romper mi promesa a Olena que a Bondaruk.

—¿Qué le impide cambiar de bando y vendernos a Bondaruk por un precio mayor?

—Nada. Excepto que no soy un estúpido. No puedo ir a él y decirle: «Voy a traicionarle, pero por más dinero no lo haré». Bondaruk no negocia. El último hombre que lo intentó, un poli codicioso, desapareció junto con su familia. No, amigo, prefiero tratar con usted. Será menos dinero, pero al menos viviré para disfrutarlo.

Sam y Remi se miraron el uno al otro, y después miraron a Bohuslav.

—Les estoy diciendo la verdad —insistió él—. Me dan el dinero, y les prometo que sabrán más de Jotyń de lo que sabe Bondaruk.

Inclinada sobre la mesa de mapas, iluminada por el resplandor rojo de la lámpara de sobremesa, Remi utilizó el compás y las reglas transportadoras para calcular su actual posición. Con el lápiz que sujetaba entre los dientes hizo unos cuantos cálculos en el margen del mapa, después marcó un círculo en la línea del rumbo y susurró:

—Estamos aquí.

En respuesta, Sam, de pie en el timón, cerró el acelerador Y apagó el motor. El pesquero continuó avanzando entre la niebla, el agua rumoreaba a los lados hasta que se detuvo. Sam salió de la timonera, echó el ancla y volvió al interior.

—Tiene que estar a proa por babor —dijo Remi, que se unió a él junto a la ventana.

Sam se llevó los prismáticos a los ojos y observó la oscuridad delante de la proa, y por un momento solo vio el manto de niebla, y después, muy débil a lo lejos, una luz blanca que lanzaba destellos.

—Bien hecho —afirmó Sam.

Ese punto, a tres millas del faro, era el momento crítico del viaje de esa noche, y como el barco alquilado no tenía un sistema de navegación GPS, habían tenido que utilizar el sistema antiguo de navegar a la estima, basándose en el rumbo y la velocidad, y de vez en cuando en alguna marca recogida por el radar de corto alcance para guiarlos.

—Si solo esto fuese la parte difícil... —comentó Remi.

—Venga, vamos a cambiarnos.

La noche anterior, después de aceptar el precio de Bohuslav y llamar a Selma para que aprobase la transferencia a la cuenta del ucraniano, lo siguieron hasta la estación de trenes de Balaclava y esperaron en el coche mientras él iba a buscar un maletín de cuero en una de las taquillas de la consigna. Una rápida inspección del contenido del maletín pareció confirmar que Bohuslav era honesto: si los bosquejos, las notas, las fotos y los planos no eran genuinos es que estaban tratando con un falsificador profesional.

De nuevo en el hotel en Yevpatoria, a ochenta kilómetros por la costa de Sebastopol, vaciaron el contenido del maletín sobre la cama y se pusieron a trabajar, con Selma mirando a través de la cámara web. Después de una hora de cruzar los datos con lo que ya sabían de la finca de Bondaruk, quedó confirmado que el material de Bohuslav era auténtico. Cada entrada, cada escalera y cada habitación de la casa aparecía señalada, pero lo más importante eran los rumores sobre los túneles donde Bogdan Abdank ocultaba el contrabando. Jotyn estaba plagado de kilómetros de

túneles, que comenzaban en el acantilado debajo de la mansión, donde descargaban las mercancías, y se ramificaban en incontables almacenes y salidas, algunas de las cuales emergían de la tierra a casi un kilómetro y medio más allá de los terrenos de la finca.

Lo más sorprendente fue el descubrimiento de que el comandante cosaco no había sido el único en aprovecharse de los túneles. Todos los posteriores ocupantes, desde el almirante Najimov de la guerra de Crimea pasando por los nazis y hasta el Ejército Rojo, los habían utilizado para distintos propósitos: depósitos de municiones, refugios antiatómicos, prostíbulos privados y, en algunos casos, como bóvedas para sus propios botines de guerra.

Sin embargo, la información que más necesitaban faltaba en el material de Bohuslav: dónde, exactamente, podía guardar Bondaruk la botella de la bodega perdida de Napoleón.

—Por supuesto, hay otra posibilidad —señaló Remi—. Quizá la tiene guardada en alguna otra parte.

—Lo dudo —afirmó Sam—. Todo en la personalidad de Bondaruk sugiere que es un maniático del control. No llegó donde está dejando las cosas importantes libradas al azar. Todo aquello que lo obsesiona quiere tenerlo cerca.

—Bien dicho.

—Asumiendo que eso es correcto —dijo Selma desde el ordenador—, puede haber alguna pista en los planos. Si es un coleccionista de verdad, y sabemos que lo es, entonces guardará sus piezas más preciadas en una zona con atmósfera controlada, y eso supone unidades de aire acondicionado separadas, sistemas de control de humedad, generadores de emergencia, sistemas contra incendios... Y lo más probable es que lo tenga separado del resto de la casa. Busquen en las notas de Bohuslav cualquier mención de estas cosas.

Les llevó una hora de trabajo buscar entre las notas de Bohuslav, que estaban escritas en inglés y ruso, pero por fin Remi encontró una habitación en el ala occidental que estaba marcada como depósito seguro.

—La ubicación encaja —dijo Selma.

—Aquí hay algo más —señaló Sam, leyó otra nota—: «Denegado acceso por el lado oeste». Si lo añadimos al depósito seguro, puede que hayamos encontrado nuestra X.

Como una ironía, la mansión tenía la forma del símbolo de la paz, con la parte principal de la casa en el centro, dos alas que iban por el sudeste y el noreste, y una tercera ala en el oeste, todo rodeado por un murete de piedra.

—El problema es —opinó Remi— que los planos muestran que los túneles de los contrabandistas se unían con la casa en dos lugares: en los establos, a unos doscientos metros al norte de la casa, y en el ala sudeste.

—O sea, que tenemos que correr a través de terreno abierto hasta el ala oeste — manifestó Sam— y confiar en que encontremos la manera de entrar, o ir por el ala sudeste y abrírnos paso a través de la casa... y rogar ser capaces de evitar a los guardias.

Como era natural, Selma les encontró una fuente de equipo fiable en Yevpatoria, un viejo almacén de excedentes de guerra del Ejército Rojo, atendido por un antiguo soldado que se había convertido en mecánico. Sus equipos para la noche eran unos monos de camuflaje de la época de la Guerra Fría; su transporte, un bote de goma de un metro cincuenta con un motor eléctrico.

Vestidos de tal guisa, con el rostro camuflado con pintura negra, hincharon la embarcación, colocaron el motor en el espejo de popa, y después la bajaron por encima de la borda, cargaron las mochilas y subieron a bordo. Remi empujó el costado del pesquero y en cuestión de segundos desapareció en la niebla. Sam dio el contacto, y el motor se puso en marcha con un zumbido. Sentada en la proa, Remi apuntó la brújula al faro, luego levantó una mano y señaló en la niebla.

—A la carga —dijo Sam, y aceleró.

El motor era silencioso pero lento, y los propulsaba a una velocidad de tres nudos, apenas un poco más rápido que el paso de un hombre, y, por lo tanto, transcurrió una hora antes de que Remi, que mantenía la brújula fija en el rayo del faro, levantase la mano para indicar un alto. Sam cerró el acelerador. Todo estaba en silencio excepto por el chapoteo de las olas en los costados de la embarcación. La niebla lo cubría todo salvo un par de metros de agua negra alrededor de ellos. Sam se disponía a hablar cuando oyó, en la distancia, el ruido amortiguado de los rompientes. Remi lo miró, asintió y señaló de nuevo.

Delante tenían el primer obstáculo. Dada la naturaleza de las corrientes del mar Negro, habían decidido acercarse por el sur. Se evitarían luchar con la marea, pero tendrían que abrirse paso entre los escollos que asomaban en la bahía debajo de la finca de Bondaruk, una tarea difícil en mitad de la noche, sin hablar de la niebla. Para complicar las cosas, ante la suposición de que Bondaruk tuviese guardias apostados en los acantilados, habían decidido no utilizar las linternas. Su ventaja estaba en el agudo oído de Remi y la rapidez de reflejos de Sam.

A media velocidad, Sam apuntó la proa durante treinta segundos en la dirección que le había indicado Remi y después redujo la velocidad. Aguzaron el oído. A izquierda y derecha, a lo lejos, llegaba el rumor de las olas. Con los ojos cerrados, Remi movió la cabeza a un lado y al otro, y señaló unos pocos grados a babor de la proa. Sam aceleró de nuevo y continuaron avanzando. Pasados veinte segundos,

Remi levantó la mano. Sam cerró el acelerador hasta conseguir la potencia justa para mantener la posición. En el súbito silencio oyeron el romper de las olas, muy cerca, a la derecha. Después más a la izquierda. Y detrás. Estaban rodeados.

De pronto, delante mismo de la proa, una enorme pared de roca surcada por chorros de agua blanca apareció en la niebla. Las olas, que chocaban contra los bajíos debajo de ellos, levantaron la embarcación y la enviaron hacia delante.

—Sam —avisó Remi en voz baja.

—¡Sujétate! ¡Echate al fondo!

El escollo se alzaba delante de la proa. Sam esperó a que la embarcación bajase entre dos olas, luego aceleró al máximo y movió el timón a la derecha. La hélice batió el agua y los lanzó hacia el escollo antes de desviarse. La roca pasó a la izquierda y desapareció en la penumbra. Sam contó hasta diez y cerró el acelerador. Permanecieron atentos.

—Creo que está más cerca por la derecha —susurró Remi.

—A mí me parece que por la izquierda —dijo Sam.

—¿Lo echamos a cara o cruz?

—Ni hablar. Tu oído es mucho mejor que el mío —admitió Sam, y miró a la izquierda.

—Alto —avisó Remi diez segundos más tarde—. ¿Lo notas?

—Sí. —Sam miró a un lado y al otro.

La embarcación se movía de costado y ganaba velocidad. Sintieron cómo el estómago se les subía a la garganta cuando la barca se vio levantada en otra cresta. A tres metros a la derecha atisbaron una roca dentada que desapareció al cabo de un segundo, perdida en la niebla.

—Remos —dijo Sam, y cogió el suyo del fondo de la embarcación. A proa, Remi hizo lo mismo—. Ojos bien abiertos... —añadió.

—¡Detrás de ti! —avisó Remi.

Sam se volvió con el remo en alto como si fuese una lanza.

El escollo estaba allí mismo, al alcance del brazo.

Golpeó la pala del remo contra la piedra, se apoyó con todo su peso y empujó, pero la ola era demasiado fuerte y la embarcación giró alrededor del pivote creado por el remo.

—Estamos dando la vuelta —avisó Sam, con los dientes apretados.

—¡Lo tengo!

Remi ya estaba girando sobre las rodillas para mirar al otro lado, con el remo en alto y preparado. Con un sonoro golpe lo descargó contra la piedra. La barca, con la inercia interrumpida, se apartó del obstáculo y volvió a girar.

Sam se echó hacia atrás, para cambiar el centro de gravedad y llegar al acelerador. Su mano estaba a medio camino cuando sintió que el estómago le subía de nuevo y

oyó el sonido de la hélice al salir del agua la popa.

Solo tuvo una fracción de segundo para gritar «Remi» antes de verse lanzado al aire. Consciente de que la piedra estaba cerca, pero no sabía cuánto, giró la cabeza para buscarla. Entonces, de entre la niebla, la vio acercarse a su cara.

Segundos, minutos o quizá horas más tarde, Sam notó que su mente luchaba por recobrar la consciencia. Uno tras otro comenzó a recuperar los sentidos; primero notó una suave sensación en la mejilla, seguida por un conocido olor a manzanas verdes.

Pelo, pensó, pelo que roza mi cara. Coco y almendras. El champú de Remi.

Se obligó a abrir los ojos y se encontró contemplando el rostro de su mujer. Miró a ambos lados. Estaba tumbado en el fondo de la embarcación, con la cabeza apoyada en el regazo de Remy.

Carraspeó.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¿Si estoy bien? —susurró Remi—. Estoy bien, so imbécil. Tú eres quien casi se ahoga.

—¿Qué ha pasado?

—Te has dado de cabeza contra el escollo, eso es lo que ha pasado. Justo he mirado en el momento en que comenzabas a caer al agua. Te he arrojado un cabo. Aún no te habías desmayado. Te he gritado que cogieses el cabo y lo has hecho. Te he recogido.

—¿Cuánto tiempo he estado sin sentido?

—Unos veinte, veinticinco minutos.

Él cerró los ojos con fuerza.

—Me duele la cabeza.

—Tienes un tajo en la frente; es bastante largo, pero poco profundo.

Sam se tocó la herida con los dedos, y notó que tenía un vendaje en la parte superior de la frente.

—¿Qué tal la visión? —preguntó Remi.

—Lo veo todo oscuro.

—Es una buena señal, es de noche. Vale, ¿cuántos dedos hay aquí?

Sam refunfuñó.

—Venga, Remi, estoy bien.

—Hazme el favor.

—Dieciséis.

—Sam...

—Cuatro dedos. Me llamo Sam, tú eres Remi y estamos en una balsa en el mar Negro intentando robar una botella de vino de la bodega perdida de Napoleón, que tiene un jefe de la mafia. ¿Satisfecha?

Ella le dio un rápido beso en los labios.

—Lo has acertado todo excepto eso que has dicho de la balsa.

—¿Qué?

—Después de recogerte, la embarranqué. No estoy segura de dónde estamos.

—¿Has navegado entre el resto de los escollos? Diablos, tú tendrías que haber llevado el timón desde el principio.

—Pura suerte y desesperación.

—Parece un buen nombre para un barco. Por cierto, ¿cómo está? Me refiero a la embarcación.

—No he encontrado ninguna fuga. Aún podemos navegar.

—¿Qué hora es?

—Unos minutos después de la medianoche. ¿Te sientes con ánimo para echar una ojeada?

Más notable incluso que Remi hubiese podido abrirse paso entre los escollos, sin sufrir ni un rasguño, era que había encontrado un trozo de playa donde en ese momento descansaba la barca. No medía más de tres metros de profundidad y unos seis de ancho, y se angostaba en ambas direcciones hasta el comienzo de unos senderos de piedra que no tenían más de cincuenta centímetros de ancho.

Una vez que Sam se hubo levantado y sacudido las telarañas, primero fueron hacia el sur, pero encontraron el camino cerrado por una pared de piedra a un par de centenares de metros. Hacia el norte les fue mejor, y caminaron casi ochocientos metros antes de encontrarse con una destartada escalera de madera sujeta al acantilado. Subieron hasta lo alto y miraron en derredor. Allí, muy arriba sobre la superficie del mar, el fuerte viento había barrido la niebla, pero abajo, el mar continuaba cubierto por la bruma. Se orientaron con la brújula.

—Bueno, podemos ir más hacia el sur de la finca o pasarla por el norte —dijo Sam—. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido hasta que has encontrado la playa?

—Veinte minutos. Pero he dado varias vueltas, estoy segura, así que no cuentes con eso.

—¿Qué tal la corriente?

—Durante la mayor parte, agitada y casi de proa.

—Entonces es probable que hayas ido hacia el sur. —Sam alzó los prismáticos y miró a un lado y al otro—. Ves la luz...

—Sí. Allí está —contestó Remi, y señaló. Sam miró hacia donde apuntaba—. Espera —susurró.

Pasaron unos pocos segundos, y en la oscuridad se vio un único destello blanco.

—No está a más de tres kilómetros —calculó Sam—. Todavía estamos en juego.

Diez minutos más tarde estaban de nuevo en el agua y navegaban hacia el norte, esa vez con mucho cuidado de mantenerse a una distancia desde la cual oían el choque de las olas contra la pared del acantilado. Contaban con la ventaja de la marea baja, y el oleaje era lento, pero así y todo, Sam y Remi eran muy conscientes de que

en alguna parte a la izquierda estaban los escollos. Marea baja o no, ninguno de los dos quería arriesgarse de nuevo a pasar por el laberinto.

Tras treinta minutos de navegación, Sam cerró el acelerador y dejó que la pequeña embarcación se moviese por inercia. Remi miró por encima del hombro, con una expresión de interrogación en el rostro. Sam se llevó una mano a una oreja y señaló hacia la proa.

—Embarcación —susurró.

Entre la niebla se oyó el rumor de un motor de gran potencia que funcionaba casi al ralentí, al parecer, moviéndose de izquierda a derecha en algún lugar delante de ellos. Luego se oyó una radio, y una voz que decía algo que Sam y Remi no alcanzaron a entender.

Pasaron diez segundos.

A su derecha, un reflector se encendió en la bruma y comenzó a moverse por encima del agua, cerca de la playa. Después de treinta segundos, la luz se apagó y la embarcación comenzó a alejarse en la dirección por la que habían llegado Sam y Remi.

—¿Guardias de Bondaruk? —susurró Remi.

—También podría ser una nave de vigilancia costera de la marina ucraniana —respondió Sam—. En cualquier caso, no nos interesa en lo más mínimo cruzarnos con ellos. Si es parte de la seguridad de Bondaruk, podemos interpretarlo como una buena señal.

—¿Por qué?

—Si nos hubiesen visto, habrían mandado más de una embarcación.

Durante la hora siguiente continuaron moviéndose hacia el norte a lo largo de la costa al tiempo que jugaban al gato y al ratón con la misteriosa patrullera invisible entre la niebla que los rodeaba, guiados por el ruido del motor y la luz del reflector que se encendía de vez en cuando para barrer la zona y desaparecer de nuevo. Sam tuvo que utilizar el motor tres veces para apartarse poco a poco del rayo de luz.

—Cumple con el horario —dijo Remi—. Lo he estado midiendo.

—Eso nos será útil —señaló Sam—. Haz todo lo posible por mantenerlo controlado.

—Tiene que ser de Bondaruk. Si fuese la marina, ¿qué sentido tendría vigilar el mismo tramo de agua?

—Buena deducción.

Pasados unos minutos más, el ruido del motor se alejó de nuevo y Sam volvió a poner la embarcación en rumbo; no tardaron mucho en ver el resplandor de las luces a su derecha, en lo alto del acantilado. Remi tomó la posición respecto al faro y anunció:

—Ahí es. Ahí tenemos Jotyn.

Con Remi sentada en la proa, atenta, Sam fue hacia la costa. Remi levantó la mano para señalar a la izquierda. Sam viró en aquella dirección y vio a la derecha que la pared del acantilado aparecía en la niebla. Se colocó en paralelo a ella y continuó avanzando. El zumbido del motor cambió de tono al resonar en los muros de piedra cuando pasaron por el arco del puente debajo de la finca. Por los dibujos y planos de la isla sabían que era un túnel enorme, que medía treinta metros de altura y doscientos metros de anchura, y que iba paralelo a la costa durante cien metros. Lo bastante grande para acomodar un yate de tamaño medio.

—Tenemos que arriesgarnos a encender una luz —susurró Sam.

Remi asintió y sacó del bolsillo una linterna con la parte delantera en forma de cono, la encendió y comenzó a mover el haz de luz sobre la roca.

—Ahora veremos si Bohuslav era legal o un estafador —comentó Remi. No habían acabado de salir las palabras de su boca cuando añadió—: Bueno, hablando del rey de Roma... Allí, Sam, debajo mismo del rayo. Retrocede, retrocede.

Sam redujo la velocidad y navegó marcha atrás hasta que quedaron paralelos con el punto que señalaba la linterna de Remi.

De la pared, a la altura de la barbilla, sobresalía lo que parecía una escarpia de vía oxidada; treinta centímetros más arriba había otra, y luego otra... Sam echó la cabeza hacia atrás mientras Remi movía la linterna hacia arriba para dejar a la vista una escalera de escarpias.

—Si se mantienen dentro del horario, ya tendrían que estar volviendo hacia aquí —dijo Remi—. Cuatro o cinco minutos como máximo.

La presencia de la patrullera los obligaba a renunciar al uso de su embarcación, la pieza clave de la retirada. Si la dejaban allí, lo más probable sería que la patrullera la encontrase y diese la alarma. Tampoco había tiempo para encontrar un lugar donde ocultarla, y eso les dejaba una única alternativa.

Cargaron con las mochilas, y entonces Sam descubrió un par de puntos de sujeción en la roca que le permitieron mantener la embarcación estable, mientras Remi usaba sus hombros para auparse y llegar a la primera escarpia. Una vez que ella hubo subido lo suficiente para dejarle espacio, Sam abrió su navaja del ejército suizo y de un tajo rajó uno de los flotadores laterales desde la proa hasta la popa, luego sujetó la escarpia y se levantó mientras la barca se hundía debajo de él con un suave susurro.

—¿Hora? —preguntó Sam.

—Tres minutos, más o menos —contestó Remi, y comenzó a subir.

Estaban a medio camino cuando Sam oyó el rumor de los motores a la derecha. Como había ocurrido con el motor de la barca, el sonido de los motores de la patrullera cambió de pronto y resonó en el túnel.

—Remi, ha llegado la compañía —murmuró Sam.

—Aquí tengo la abertura de un túnel —dijo ella—. Entra en horizontal en la pared, pero no veo hasta dónde...

—Cualquier puerto vale en una tempestad. Entra.

—De acuerdo.

El rumor de los motores estaba en ese instante debajo de ellos, a su paso a lo largo de la pared. Sam miró abajo. Si bien la lancha era invisible en la niebla, vio que esta se abría delante de la proa como el humo alrededor de un objeto en un túnel de viento. Se encendió el reflector y comenzó a moverse en zigzag hacia arriba por el acantilado.

—Estoy dentro —avisó Remi desde lo alto.

Con la mirada alternando entre las escarpas por encima de su cabeza y la mancha de luz que subía deprisa debajo de él, Sam trepó los últimos metros y de pronto sintió la mano de Remi sobre la suya. Encogió las piernas y se dio impulso al tiempo que tiraba con los brazos. Entró en el túnel y ocultó las piernas en el mismo momento en que la luz alumbraba la abertura un instante y continuaba moviéndose.

Permanecieron acurrucados en la oscuridad, y Sam intentó recuperar el aliento mientras oía que la patrullera cruzaba el túnel y se alejaba.

—¿Es aquí? —preguntó Sam, apoyándose sobre los codos y mirando en derredor.

El túnel tenía una forma casi ovalada, una altura de un metro cincuenta y dos metros de ancho.

—Yo diría que sí —contestó Remi y señaló.

Atornillado al techo de la boca del túnel había un entramado de vigas de roble embreadas sostenido por otras verticales atornilladas a las paredes. Colgado del centro había un polipasto oxidado por el que pasaba una gruesa cuerda atada a un cabrestante manual sujeto a una de las vigas verticales. Un par de raíles de vía estrecha montados sobre las traviesas de madera y el balasto aplastado se perdían en la oscuridad.

—Bueno, el cabrestante no es original, eso está claro —comentó Sam—. A menos que la tecnología del comandante cosaco estuviese por delante de su tiempo. Mira... Esos pernos están torneados. Esto podría remontarse a la guerra de Crimea, pero yo diría que corresponden a la Segunda Guerra Mundial. Basta mirar las juntas en inglete... Este artefacto puede levantar miles de kilos. —Fue hasta la boca del túnel y miró por encima del borde—. Ingenioso. ¿Ves cómo lo colocaron justo por encima de este saliente natural en la roca? Incluso durante el día, habría sido invisible desde el agua.

—Lo veo.

—Caray, mira esto...

—Sam.

—¿Qué?

—Detesto poner coto a tu imaginación, pero tenemos que robar una botella de vino.

—Correcto, lo siento. Vamos.

Como habían utilizado Google Earth para dibujar su propio boceto aéreo de la finca de Bondaruk, con todos los ángulos y las distancias, además de las anotaciones de los apuntes de Bohuslav, pudieron controlar su avance por el túnel.

A la luz de las linternas, Sam vio las huellas de las voladuras a lo largo de las paredes, pero la mayor parte del túnel parecía haber sido hecho a la antigua manera, a martillo y formón, y días de trabajo agotador.

Aquí y allá había en el suelo cajas de madera, rollos de cuerdas medio deshechas, hachas y martillos oxidados, un par de botas de cuero, lonas que se hicieron polvo cuando Remi las tocó con el pie... A izquierda y derecha, cada tres metros, había lámparas de aceite, globos de vidrio negros de hollín, depósitos de bronce con las asas cubiertas con una pátina verde... Sam golpeó uno con el índice y oyó un chapoteo.

Tras caminar unos cincuenta metros, Remi se detuvo y observó el bosquejo.

—Ahora tendríamos que estar debajo mismo del muro exterior —indicó—. Otros

cien metros y estaremos debajo de la casa principal.

Solo erró por unos pocos metros. Después de otros dos minutos llegaron a una intersección más grande; el túnel y las vías continuaban en línea recta a la derecha. Cinco volquetes formaban una hilera junto a la pared izquierda, mientras que un sexto estaba en las vías que iban de norte a sur.

—En línea recta vamos a los establos, y a la derecha al ala este —dijo Sam.

—Eso creo.

Sam consultó su reloj.

—Miremos primero en los establos, a ver qué encontramos. Después de caminar casi un kilómetro, Remi se detuvo de pronto, apoyó el índice sobre los labios y susurró:

—Música.

Permanecieron en silencio durante diez segundos. Luego Sam se inclinó para decirle al oído a Remi:

—Frank Sinatra. «Summer wind».

—Oigo voces, risas... —dijo Remi—. Gente que sigue la canción.

—Sí.

Continuaron, y muy pronto llegaron al final del túnel, donde había unos escalones de piedra que llevaban a una trampilla. Sam levantó la cabeza y olisqueó.

—Estiércol.

—Entonces estamos en el lugar correcto.

La música y las risas sonaban cada vez más fuertes, al parecer, directamente por encima de sus cabezas. Sam apoyó un pie en el primer escalón. En aquel momento, le llegó el sonido de una pisada en la trampilla. Se quedó quieto. Otro pie se unió al primero, seguido por otros dos más ligeros, de alguna manera más delicados. A través de las grietas en la trampilla se movieron las sombras, tapando y destapando la luz.

Una mujer se rió y dijo en inglés con acento ruso:

—No, Dimitri, hace cosquillas.

—Esa es la idea, mi lapochka.

—Oh, me gusta. Para, para... ¿Y tu esposa?

—¿Qué le pasa?

—Venga, volvamos a la fiesta antes de que alguien nos vea.

—No, hasta que me lo prometas —dijo el hombre.

—Sí, lo prometo. La semana que viene en Balaclava.

La pareja se alejó y momentos más tarde llegó el sonido de una puerta de madera al cerrarse. En algún lugar relinchó un caballo y después se hizo el silencio.

—Hemos conseguido colarnos en una de las condenadas fiestas de Bondaruk —susurró Remi—. Para que después hablen de mala suerte...

—Quizá sea buena suerte —afirmó Sam—. A ver si podemos conseguir que

trabaje a nuestro favor.

—¿A qué te refieres?

—Son muchas las probabilidades de que Bondaruk sea el único que sepa qué aspecto tenemos.

—Oh, no, Sam.

—Remi, ¿donde están tus modales? —Sam sonrió—. Vayamos a relacionarnos.

Una vez seguros de que no había nadie cerca, Sam subió los escalones, levantó la trampilla y miró alrededor. Se volvió hacia Remi.

—Es un trastero. Vamos.

Salió y sostuvo la trampilla para Remi, y después la cerró. Al otro lado de la puerta abierta había otro espacio, el cuarto de arreos, alumbrado por unos focos instalados en los zócalos. Lo cruzaron y salieron por la puerta opuesta, que daba a un pasillo de grava con establos a ambos lados. En el techo abovedado había extractores de aire y claraboyas por las que entraba la débil luz de la luna. Oyeron a los caballos resoplar suavemente y moverse en las caballerizas. En un extremo, a unos treinta metros de distancia, estaban las puertas. Fueron hasta ellas y echaron un vistazo.

Delante había una gran extensión de hierba rodeada por setos y antorchas. Banderines de seda multicolores ondeaban en los alambres colocados por encima de la hierba. Docenas de invitados con esmoquin y vestidos de fiesta, la mayoría de ellos parejas, estaban reunidos en grupos o paseaban mientras conversaban y reían. Los camareros, con uniformes blancos, se movían entre la multitud, con las bandejas de cócteles y aperitivos. La fuente de la canción de Frank Sinatra eran los altavoces colocados en columnas estratégicamente ubicadas alrededor de la extensión; en ese momento ofrecían música de jazz.

A la derecha de Sam y Remi se veían los pisos superiores de la casa de Bondaruk, con las cúpulas acibolladas contra el cielo oscuro. A la izquierda, en una entrada en los setos, Sam vio el aparcamiento, donde había coches Mercedes, Bentley, Lamborghini y Maybach.

—No llevamos las prendas adecuadas —murmuró Remi.

—Tienes toda la razón —asintió Sam—. No lo veo, ¿lo ves tú?

Remi se acercó al resquicio y observó a la multitud.

—No, pero a la luz de las antorchas es difícil saberlo.

Sam cerró la puerta.

—Vayamos a explorar el ala sudeste.

Volvieron hasta la trampilla, recorrieron de nuevo el túnel y siguieron por el ramal este. Casi de inmediato encontraron los túneles laterales separados por intervalos de seis a diez metros, a lo largo de la pared norte.

—Almacenes y otras salidas —dijo Sam.

Remi asintió, después de mirar su bosquejo a la luz de la linterna.

—Bohuslav los tiene marcados, pero no hay ninguna descripción de adonde llevan.

Alumbraron con sus linternas, pero no vieron más allá de los tres metros. En algún lugar a lo lejos oyeron el silbido del viento.

—No sé tú, pero yo voto por evitar otro laberinto estilo mazmorra si podemos.

—Amén.

Continuaron caminando y, después de unos pocos centenares de metros, se encontraron delante de otros escalones de piedra.

Esa vez Remi tomó la delantera, se agachó debajo de la trampilla y aguzó el oído hasta asegurarse de que el camino estaba despejado. Levantó la trampilla, asomó la cabeza y se agachó de nuevo.

—Está oscuro. No puedo saber dónde estamos.

—Subamos. A ver si se nos acomodan los ojos.

Remi salió por la trampilla y se apartó para dejar lugar a Sam. Él cerró la trampilla y, con mucho cuidado, extendió el brazo en un intento de medir el espacio. Era un cuadrado de casi un metro veinte de largo. Tras treinta segundos de espera, sus ojos fueron acomodándose poco a poco, y pudo ver un fino rectángulo de luz a su izquierda. Sam se acercó a la pared y acercó un ojo a la grieta. Se echó hacia atrás, frunció el entrecejo y miró de nuevo.

—¿Qué? —preguntó Remi.

—Libros —susurró él—. Parece una biblioteca.

Palpó a lo largo de la pared y encontró una palanca de madera. La movió hacia arriba, apoyó la palma de una mano en la pared y empujó con suavidad. Sin el menor sonido, la pared se abrió sobre unas bisagras ocultas y dejó una abertura de treinta centímetros. Sam se acercó a ella y se asomó. Echó la cabeza hacia atrás, y no había acabado de cerrar la librería cuando se oyó una voz de hombre: «¿Olga, eres tú?». Se oyeron unas pisadas sobre una alfombra, una pausa, y después se movieron en otra dirección. «¿Olga...?» Silencio durante unos segundos, y a continuación el sonido del agua que corría. Alguien cerró el grifo. Otra vez las pisadas y el ruido de una puerta que se abría y se cerraba.

Sam empujó de nuevo la librería y asomó la cabeza.

—Todo despejado —le susurró a Remi.

Salieron juntos y cerraron la librería detrás de ellos.

Estaban en un dormitorio. Medía unos seis metros de lado y tenía un baño anexo, y estaba decorado con muebles de cerezo, una enorme cama con dosel y carísimas alfombras turcas.

—¿Ahora qué? —preguntó Remi.

Sam se encogió de hombros.

—Es hora de acicalarnos y unirnos a la fiesta.

—Lo dices en serio, ¿no?

—¿No tengo cara de serio?

—Sí, eso es lo que me preocupa.

—¿Por qué?

—Porque es una locura, por eso.

—Hay una línea muy fina entre la locura y el ingenio.

—Y una incluso más fina entre el ingenio y la idiotez.

Sam se echó a reír.

—No vi ningún guardia de seguridad en la fiesta, ¿los viste tú?

—No.

—Eso significa que vigilan el perímetro para evitar que nadie entre. Todos los invitados han sido controlados y probablemente cacheados. Hay unas sesenta o setenta personas ahí fuera, y no a nadie comprobando las invitaciones. Ya conoces la regla: si te comportas con naturalidad, no llamarás la atención y nadie se fijará en ti.

—Eso parece más un samfargoísmo que una regla.

—Me gusta pensar que son lo mismo.

—Ya lo sé.

—En cuanto a los guardias, es poco probable que puedan distinguir entre nosotros y la reina de Inglaterra. ¿Crees que alguna vez se le pasó a Bondaruk por la cabeza que fuésemos a invadir su casa? En absoluto. Su ego es demasiado grande para eso. La fortuna favorece a los atrevidos, Remi.

—Otro fargoísmo. ¿Y qué pasa si aparece Bondaruk?

—Lo evitaremos. Mantendremos nuestras miradas atentas a los invitados. Dada la reputación de Bondaruk, serán nuestro mejor sistema de primer aviso. Cuando aparezca, se separarán como el cardumen ante la presencia de un tiburón.

Remi exhaló un suspiro.

—¿Hasta qué punto estás seguro de eso?

—¿De qué parte?

—De todo.

Sam sonrió y apretó la mano de su esposa.

—Relájate. En el peor de los casos, daremos una vuelta, nos haremos una idea del terreno, volveremos aquí y pensaremos en nuestro siguiente paso.

Remi se mordió el labio inferior mientras pensaba, y luego asintió.

—Vale, a ver si Olga es de mi talla.

La talla no era perfecta, pero con unos pocos alfileres que Remi encontró en el

baño se ajustó el vestido negro con el escote en V tan bien que solo un modisto habría podido darse cuenta de que no era suyo. Remi hizo lo mismo con el esmoquin negro de Sam, le ajustó la cintura y le recogió la camisa con un alfiler en la espalda. Bien peinados y con los rostros limpios, y tras haber ocultado los monos de camuflaje y las mochilas al otro lado de la biblioteca, se miraron el uno al otro, guardaron algunas cosas esenciales en los bolsillos de Sam y salieron.

Cogidos del brazo caminaron por el pasillo, que, como el dormitorio, estaba decorado con madera oscura, gruesas alfombras, tapices y paisajes al óleo. Fueron contando las puertas a medida que caminaban, pero dejaron de hacerlo cuando llegaron a las treinta, tras decidir que la habitación que acababan de dejar no era la única. Quedaba claro que esa era el ala de invitados de Bondaruk.

—Un problema —murmuró Remi cuando llegaron al final del pasillo y entraron en una estancia de techo muy alto donde había dos escaleras de caracol de granito marrón. El resto del espacio estaba dividido en zonas para sentarse, con divanes y butacas de cuero. Aquí y allá había lámparas en las paredes que proyectaban unos suaves círculos de luz. Unas arcadas, delante y a la derecha, conducían a otras zonas de la casa.

—¿Qué problema? —preguntó Sam.

—Ninguno de los dos habla ruso o ucraniano.

—Es verdad, pero hablamos el lenguaje internacional —contestó Sam cuando otra pareja entró en la sala y caminó hacia ellos.

—¿Cuál es?

—Una sonrisa y un asentimiento cortés —contestó él, y lo puso en práctica con la pareja, que respondió de la misma manera. En cuanto se alejó, Sam añadió—: ¿Lo ves? Nunca falla.

Un camarero apareció ante ellos con una bandeja con copas de champán. Cada uno cogió una, y el camarero se marchó.

—¿Y si alguien intenta iniciar una conversación? —preguntó Remi.

—Pues entonces sufres un ataque de tos. Es una excusa perfecta para alejarse.

—De acuerdo. ¿En qué dirección vamos?

—Al oeste. Si la colección está aquí, es donde la encontraremos. ¿Tienes el plano?

—En el escote.

—Mmm...

—Compórtate.

—Perdón. Vale, averigüemos hasta dónde podemos acercarnos al depósito señalado como seguro, antes de ver señales de guardias. Hasta ahora no he visto ninguna cámara, ¿tú sí?

—No.

Se acercó otra pareja. Sam y Remi levantaron sus copas, sonrieron y continuaron caminando.

—Se me acaba de ocurrir una cosa —dijo Remi—. ¿Qué pasa si nos encontramos con Olga y su marido y ven que llevamos sus ropas?

—Bueno, sería un problema, ¿no?

La habitación siguiente era lo que Bohuslav había marcado como la «habitación de las espadas»; al entrar comprendieron que el nombre era lamentablemente muy poco adecuado. Medía veinticinco metros por quince, las paredes estaban pintadas de negro, y el suelo, cubierto de pizarra negra. En el centro de la sala había una vitrina de cristal iluminada desde el interior por focos colocados en el suelo. Más pequeña que el recinto por solo un par de metros y rodeada por alfombras rojo sangre, la vitrina contenía no menos de cincuenta armas blancas, desde hachas y espadas hasta alabardas y dagas, cada una en su propio pedestal de mármol con una placa escrita en ruso e inglés.

Unas ocho o diez parejas caminaban por la habitación, mirando, fascinadas, el contenido de la vitrina, con los rostros iluminados desde abajo, mientras señalaban las diferentes armas y murmuraban entre sí. Sam y Remi se les unieron, pero tuvieron la precaución de guardar silencio.

Sam, gran aficionado a la historia, reconoció de inmediato muchas de las armas: la famosa claymore, la tizona escocesa de dos manos; una bardiche, una alabarda rusa; una daga curva francesa; un shamshir, un sable persa; una janjar omaní con mango de marfil; una katana japonesa, el arma favorita de los samurais; la espada corta romana conocida como gladius.

Pero había otras que no había visto nunca: un sable mameluco británico, un yatagán turco, un hacha arrojadiza vikinga conocida como mammen, un koummya de Marruecos con rubíes en la empuñadura.

Remi se acercó para murmurarle:

—No es muy original, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Un asesino que tiene una colección de cuchillos. Habría sido más interesante que esta vitrina estuviese llena de muñecas de porcelana.

Llegaron al final de la vitrina, dieron la vuelta y se detuvieron para mirar un resplandeciente jopesh egipcio con forma de guadaña. Desde el otro lado de la vitrina se oyó el rumor de voces. A través del cristal, Sam y Remi vieron a las parejas separarse cuando una figura entró en la sala.

—El tiburón ha llegado —susurró Remi.

—Y aquí estoy yo sin mi cubo de sardinas —dijo Sam.

La profunda voz de bajo de Hadeon Bondaruk, que hablaba en inglés con un ligero acento, llenó la sala:

—Buenas noches, damas y caballeros. Veo por sus expresiones que mi colección les parece fascinante.

Con los hombros echados hacia atrás, las manos cruzadas a la espalda como un general que inspecciona a la tropa, Bondaruk caminó a lo largo de la vitrina.

—Las armas de guerra a menudo causan ese efecto. Como personas supuestamente civilizadas intentamos fingir que no nos cautivan la muerte y la violencia, pero están en nuestros genes. En nuestros corazones, todos somos personas primitivas que luchamos por la supervivencia.

Bondaruk se detuvo y miró a un lado y al otro como si desafiase a alguien a que mostrase su desacuerdo. Al no encontrar ninguna réplica, continuó caminando. A diferencia de sus invitados, no llevaba esmoquin, sino que vestía pantalón y camisa de seda negra. Era un hombre delgado, con las facciones muy marcadas, resplandecientes ojos negros y una cabellera negra recogida en una coleta. Parecía diez o quince años más joven de los cincuenta que tenía.

No prestó ninguna atención a los invitados, los cuales se apartaban respetuosamente cuando se acercaba; los hombres lo miraban con desconfianza y las mujeres lo hacían con expresiones que iban desde el miedo hasta la curiosidad.

Bondaruk se detuvo y golpeó en el cristal.

—El kris —dijo sin dirigirse a nadie en particular—. El arma tradicional de los malayos. Hermosa, con su hoja ondulada, pero poco práctica. Es un arma de ceremonia más que para matar. —Continuó caminando y se detuvo de nuevo—. Aquí pueden ver otra magnífica pieza, el dao chino, quizá la mejor arma que se haya fabricado.

Continuó, y se fue deteniendo cada pocos pasos para observar una nueva arma y ofrecer una breve lección de historia por su valoración personal de la eficacia de aquella. Cuando se acercaba al final de la vitrina, Sam, con toda naturalidad, dio un paso hacia atrás atrayendo a Remi con él hasta que se encontraron con la espalda apoyada en la pared. Bondaruk, con el rostro reflejado en el cristal, dio la vuelta a la esquina y se detuvo para admirar una alabarda de metro ochenta de largo. Estaba a menos de dos metros de ellos.

Remi apretó con una mano el antebrazo de su marido. Sam, con su mirada fija en Bondaruk, se tensó, listo para arremeter contra él en el momento en que se volviese hacia ellos. De que los reconocería no había ninguna duda; la pregunta era si Sam sería capaz de dominarlo y convertirlo en un escudo humano. Sin esa ventaja, los guardias los detendrían en un minuto.

—La alabarda —comentó Bondaruk—. Dejemos a los ingleses la tarea de encontrar un arma que es al mismo tiempo fea e inútil.

Los invitados se rieron y murmuraron su asentimiento, y luego Bondaruk continuó caminando y dio la vuelta para seguir con su conferencia al otro lado de la

vitrina. Después de unos pocos comentarios más, fue hacia la puerta, se volvió hacia la multitud, saludó con un gesto y se marchó.

Remi soltó el aliento.

—Bueno, debo reconocer que tiene presencia.

—Es la crueldad —murmuró Sam—. La lleva como una capa. Casi la puedes oler.

—Lo mismo olí en Jolkov.

—Sí —asintió Sam.

—Por un momento creí que arremeterías contra él.

—Por un momento también yo lo pensé... Vamos, a ver que podemos encontrar antes de que cambie de opinión.

Cuanto más caminaban al oeste a través de la mansión, menos invitados encontraban en el camino. Si bien el edificio y sus alas estaban dispuestos como el símbolo de la paz, la parte principal era un octógono con salones, cuartos pequeños, estudios y bibliotecas que rodeaban un vestíbulo central. Después de veinte minutos andando, se encontraron en un invernadero a oscuras donde abundaban los tiestos con palmeras y las espalderas cubiertas de trepadoras. A través de la bóveda de cristal vieron las estrellas como diamantes contra el fondo negro del cielo. A la izquierda, al otro lado de las paredes de vidrio, había una larga galería rodeada por setos.

En la pared noroeste había una única puerta. Dieron una vuelta por el invernadero para ver si había cámaras y asegurarse de que estaban solos, y fueron hacia la puerta. Estaba cerrada.

Sam ya metía la mano en el bolsillo para sacar el juego de ganzúas cuando una voz detrás de ellos dijo:

—Perdón, señor, ¿puedo preguntar qué hacen aquí?

Sam no se dio tiempo para pensar, sino que reaccionó por puro instinto. Se volvió hacia el hombre y exclamó con lo que esperaba fuese un inglés con acento ruso pasable:

—¡Por fin! ¿Dónde estaba? ¿Sabe que los sensores del control de humedad se han detenido?

—¿Disculpe?...

—Usted es de seguridad, ¿no?

—Sí, señor. Sin embargo...

—El señor Bondaruk nos dijo que viniésemos aquí, que alguien se reuniría con nosotros. Llevamos esperando durante... cuánto, querida, ¿cinco minutos?

Remi, con una expresión imperturbable, afirmó:

—Como mínimo.

El guardia los miró con los ojos entrecerrados.

—Si me permiten un momento, confirmaré...

—Muy bien, haga lo que deba, pero deje que le haga una pregunta: ¿alguna vez ha visto lo que la condensación puede hacerle a una bardiche de novecientos años de antigüedad con el mango de arce rojo de Mongolia? ¿Lo ha visto?

El guardia sacudió la cabeza con la radio a medio camino de la boca.

—Mire esta palmera —continuó Sam—. Aquí tiene un ejemplo perfecto de lo que hablo. ¿Ve las hojas?

Dio un paso adelante y hacia la izquierda del guardia al tiempo que señalaba una palmera.

Ya distraído con su propia radio, el guardia reaccionó con una curiosidad natural

y volvió la cabeza para mirar hacia donde señalaba Sam.

En aquel fugaz momento Sam cambió de dirección. Giró sobre el tacón derecho, levantó el pie izquierdo en un corto arco para enganchar el tobillo derecho del hombre y hacerle una zancadilla. En el mismo instante en que el guardia caía hacia atrás, Sam giró de nuevo, esa vez para descargar un puñetazo perfectamente calculado que alcanzó al hombre en la barbilla. Quedó inconsciente antes de tocar el suelo.

—Vaya —exclamó Remi—. Y yo que creía que el judo no era más que un pasatiempo.

—Lo es. Pero resulta que también es un pasatiempo muy útil. Por cierto, el siguiente te lo dejo a ti.

—Trato hecho. ¿Arce rojo de Mongolia? ¿Existe tal cosa?

—No tengo ni idea.

Sam se arrodilló, recogió la radio y cacheó al guardia. Encontró una pistola Glock de calibre nueve milímetros en la funda sujeta a la cadera, unas esposas, una tarjeta llave como la de los hoteles y un llavero. Se lo dio a Remi, que comenzó a probar llaves en la puerta. Sam puso al guardia boca abajo, le esposó las manos a la espalda, lo amordazó con su corbata, después lo arrastró por el cuello hasta un rincón y trasladó unos cuantos tiestos con palmeras para ocultarlo.

—Lo tengo —dijo Remi, que se volvió con una de las llaves en alto.

—¿Has comprobado la puerta?

Ella asintió.

—No he visto ningún cable de alarma. La cerradura es común.

—Bueno, lo sabremos a ciencia cierta dentro de unos cinco segundos —dijo Sam. Metió la llave en la cerradura y giró el pomo. Silencio. Ni alarmas ni sirenas.

—Aun así, podría ser una alarma silenciosa —comentó Remi.

—Es verdad. Deprisa, vamos allá.

Corrieron hasta el rincón y se ocultaron junto al cuerpo del guardia. Pasó un minuto. Dos, y siguieron sin oír pisadas que corrieran o avisos por los altavoces.

—No puede ser tan fácil —dijo Remi—, ¿verdad?

—No lo sé. No hay marcha atrás. A menos que quieras...

—¿Quién, yo? —respondió ella con una sonrisa—. Si justo ahora empiezo a divertirme.

—Esta es mi chica.

Al otro lado de la puerta se encontraron con un pasillo de tres metros pintado de blanco e iluminado con tubos fluorescentes ocultos. Al final del pasillo había otra puerta, esa de acero y con una cerradura electrónica de tarjeta.

—Muy astuto —dijo Sam—. ¿Ves aquella pantalla encima del lector?

—Sí. Es un escáner biométrico del pulgar.

—Eso significa que en alguna parte hay un centro de control de seguridad.

—Estoy de acuerdo. Al parecer, necesitamos a nuestro amigo. Espera aquí.

Sam volvió a la primera puerta y reapareció arrastrando al guardia. Le dio a Remi la tarjeta llave, y entre los dos levantaron al hombre para que Sam pudiera sujetarlo por la cintura y Remi pudiese llegar a las manos esposadas.

—Quizá tengamos un par de oportunidades antes de que activemos algo y tengamos compañía —dijo.

—¿Paso primero la tarjeta y después la huella dactilar?

—Correcto. Espero.

—Fantástico.

Sam separó las piernas para apoyarse mejor, y después acercó el cuerpo del hombre al lector. Remi pasó la tarjeta, sujetó la mano del guardia y apoyó el dedo pulgar de esta en el escáner.

El lector emitió un sonoro pitido.

—Primer intento —dijo Sam.

—Estoy nerviosa.

—El segundo es el de la suerte. Deprisa, este tipo pesa cada vez más.

Remi hizo una pausa y probó de nuevo.

El lector emitió un tintineo de bienvenida, seguido por un chasquido metálico cuando se abrió la cerradura.

—Ábrela un par de centímetros antes de que se vuelva a cerrar —dijo Sam, retrocediendo para dejar al guardia en el suelo—. Ahora mismo regreso. —Arrastró el cuerpo del guardia hasta el otro lado, y volvió—. ¿Ves algo?

Remi abrió la puerta un poco más, miró por el resquicio durante unos segundos y después se apartó.

—Ninguna cámara, que yo vea.

—Pues adentro.

Remi abrió la puerta y entraron. La habitación era circular, con las paredes grises y una alfombra azul marino. Las luces del techo proyectaban círculos de luz en el suelo. Delante de ellos, en las posiciones de las diez y las dos, había dos puertas con cerraduras electrónicas. Cada uno escogió una puerta, Sam la izquierda, Remi la derecha, y buscaron cables. No encontraron ninguno.

Repitieron el anterior proceso de pasar la tarjeta y apoyar el pulgar con la puerta izquierda. Al otro lado había un pequeño rellano y unos escalones que bajaban unos cinco metros hasta un pasillo con una moqueta color burdeos iluminado por luces indirectas.

Abrieron la puerta de la derecha.

—Es una habitación cuadrada, de unos tres metros por tres —susurró Remi, con la puerta abierta unos centímetros—. Enfrente hay otra puerta, con cerrojo pero sin

cerradura a la vista. La pared de la derecha es de cristal desde media altura hasta el techo. Al otro lado hay lo que parece una sala de control: un par de ordenadores y una consola de radio. Hay otra puerta, detrás de los ordenadores.

—¿Luces?

—Todo oscuro, excepto por el resplandor de las pantallas.

—¿Cámaras?

Remi dio otra ojeada, esa vez agachada y torciendo el cuello. Se echó hacia atrás y asintió.

—Solo veo una: una luz verde que parpadea cerca del techo en la esquina derecha.

—¿Es fija?

—No, se mueve.

—Bueno para nosotros, malo para ellos.

—¿Por qué?

—En un espacio tan pequeño tendrían que haber puesto una cámara fija con un objetivo de ojo de pez... para que no quede ningún punto muerto donde ocultarse. Vigíla y calcula cuánto tarda en hacer un recorrido completo.

—Cuatro segundos.

—No es mucho tiempo. —Sam frunció el entrecejo—. ¿Tienes alguna preferencia?

—No.

—Entonces, vayamos primero a la izquierda.

Arrastraron al guardia a través de la puerta, lo dejaron caer en el rellano y luego bajaron los escalones, agachados para poder vigilar el pasillo que tenían delante. No vieron ninguna luz verde que indicase la presencia de las cámaras. Siguieron caminando.

Después de diez metros, el pasillo acababa en una puerta de madera con una placa dorada y un rótulo en cirílico. Si bien ninguno de los dos leía ruso, sugería algo como «prohibida la entrada». El pomo también era dorado. Sam lo movió. No estaba cerrado con llave. Abrió la puerta.

Otra habitación circular, esa de unos diez metros de diámetro y revestida de madera. El suelo estaba cubierto con lo que parecía ser una alfombra turca tejida a mano.

—Es una dosemealti —susurró Remi.

—¿Perdón?

—La alfombra. Es una dosemealti; las tejen los nómadas yoruk. Son muy escasas y carísimas. Leí un artículo sobre ellas el mes pasado. En cada metro cuadrado de estas alfombras hay casi dos mil nudos hechos a mano.

—Impresionante.

—Sí, pero algo me dice que no es lo más valioso de esta habitación.

—No me digas.

Separadas cada pocos pasos a lo largo de las paredes curvas había resplandecientes urnas de cristal; cada una contenía un objeto militar sobre un pedestal de mármol. La habitación estaba a oscuras, salvo por una única lámpara halógena montada en el interior de cada urna. Sin embargo, a diferencia de la sala de las espadas, la decoración dejaba claro que esa colección solo era para el disfrute de Bondaruk. Cualquier duda al respecto quedaba disipada por la butaca de cuero con respaldo alto que estaba ubicada en el centro exacto de la sala.

—Tiene un claro aspecto de trono —comentó Sam. —Lo mismo pensaba yo.

Se separaron, y cada uno recorrió una de las paredes y fue observando de una en una las piezas.

—Aquí hay algo llamado gerron —dijo Sam por encima del hombro, delante de una urna donde había un escudo oval hecho de mimbre y cuero—. Utilizado por las tropas persas.

—Yo aquí tengo una espada persa —dijo Remi desde el otro lado—. Pone que se llama akinakes. Fue el arma de los Inmortales persas durante la dinastía aqueménida.

—Al parecer, existe un patrón. Aquí tengo una sagaris. Un hacha de batalla persa, también de la misma dinastía.

Continuaron el recorrido, cada uno leyendo en voz alta las respectivas placas. Escudos, lanzas, dagas, arcos largos..., todo proveniente de la antigua dinastía persa de Jerjes I.

—Creo que alguien tiene una pasión —comentó Remi cuando se encontraron de nuevo cerca de la puerta.

—Estoy de acuerdo —convino Sam—. A menos que esté muy equivocado, me parece que hemos encontrado el secreto de Bondaruk.

—Quizá, pero eso plantea una pregunta: ¿qué tiene que ver con la bodega perdida de Napoleón?

Cruzaron de nuevo la habitación circular con la alfombra azul. Remi se agachó junto a la puerta del lado derecho, la abrió y echó otro vistazo. —Ningún cambio.

—Vale, esto es lo que vamos a hacer —dijo Sam. Y se apresuró a explicar—: Una vez que entre, si la cámara deja de moverse, cierra la puerta y busca un lugar para ocultarte. Puede significar que han visto algo y que los guardias vienen de camino.

—¿Y tú?

—Preocúpate por ti. Yo te estaré pisando los talones.

Cambiaron sus posiciones ante la puerta. Sam esperó a que la cámara se moviese del todo a la derecha, se echó boca abajo y se arrastró para atravesar la puerta. Rodó hacia la derecha hasta que su espalda tocó la pared, y después fue a gatas hasta la otra

puerta.

Entonces oyó el leve rumor del motor de la cámara. Remi, una vez más de rodillas junto a la puerta, golpeó el suelo dos veces con la uña para indicarle que la cámara se estaba alejando. Sam volvió la cabeza hasta poder mirar a través del cristal. Observó el techo y las paredes por encima de los ordenadores a la búsqueda de cámaras, pero no vio ninguna. Por el rabillo del ojo vio que la cámara se movía hacia él. Remi golpeó el suelo con la uña una vez para informarle de que la cámara se estaba acercando, y él se agachó de nuevo.

Pasaron cinco segundos, Remi golpeó dos veces. Sam levantó una mano y movió el pomo. Estaba abierta. Rodó a la izquierda y se puso de rodillas, con mucho cuidado de mantener la cabeza por debajo del cristal. Esperó hasta que Remi le diese la señal de todo despejado, giró el pomo, abrió la puerta, entró y la cerró. Tres segundos más tarde estaba de pie junto a la pared, debajo de la cámara. Levantó el pulgar. Quince segundos después ella había cruzado ambas puertas y estaba a su lado.

La sala de control era el doble de grande que el anterior espacio. Detrás de la pared con la mitad de vidrio había una mesa larga con dos torres de ordenador y pantallas de veinticuatro pulgadas.

A una distancia de cinco metros, en la pared opuesta, había otra puerta.

Sam se tocó la oreja, señaló la cámara y luego a sí mismo: «Puede haber micrófonos, lo comprobaré». Remi asintió con la cabeza.

Sam sincronizó sus movimientos con el recorrido de la cámara. Primero se fue agachado hacia la izquierda, luego hacia la derecha, y se puso de puntillas para poder ver bien la cámara.

—No se oye nada —le dijo a Remi—. Comprobaré la puerta. Tú dices cuándo.

Esperaron, mirando la cámara por encima de la cabeza. —Ahora.

Sam se deslizó a la izquierda por la pared, comprobó el pomo, vio que estaba abierto y volvió.

—De momento, la suerte nos acompaña —dijo. —Me pone nerviosa.

La velocidad de la cámara no les daba mucho tiempo para abrir la otra puerta, echar un vistazo y regresar o seguir adelante.

—Tendremos que arriesgarnos —opinó Sam.

—Lo sé.

—¿Preparada?

Remi respiró hondo, soltó el aire y asintió. Vigilaron la cámara, esperaron a que se desviase del todo, luego corrieron, abrieron la puerta y pasaron.

Se encontraron con una luz cegadora. Antes de que sus ojos pudiesen adaptarse, una voz con acento escocés preguntó:

—¿Eh, quiénes son ustedes? ¿Qué están...?

Con una mano delante de los ojos, Sam levantó la Glock y apuntó hacia la voz.

—¡Arriba las manos!

—Vale, vale, por amor de Dios, no me dispare.

Cuando ya veían bien, descubrieron que estaban en una sala de laboratorio de paredes blancas con el suelo cubierto con baldosas de goma blanca antimicrobianas y antiestáticas. En el centro había una mesa de trabajo de cuatro metros por dos, rodeada por taburetes con ruedas. En los estantes y las mesas había, calculó Sam, un cuarto de millón de dólares en equipos de restauración, autoclaves, neveras con puertas de cristal, dos microscopios estéreos Zeiss, un microscopio de fluorescencia polarizada y un aparato de rayos X manual. Sobre la mesa había lo que parecían ser piezas de la colección de armas de Bondaruk: un mango de lanza partido, una cabeza de hacha de doble filo, un sable de caballería torcido y oxidado de la guerra de Secesión... Un triángulo de lámparas halógenas alumbraba desde el techo.

El hombre que tenían delante era bajo y calvo, excepto por dos mechones de pelo color naranja sobre las orejas. Vestía una bata de laboratorio blanca. Detrás de los gruesos cristales de las gafas de montura negra, sus ojos se veían muy grandes.

—Vaya, aquello me suena —dijo Remi, y señaló.

En uno de los monitores aparecía la imagen de un trozo de cuero agrietado con un grupo de símbolos.

—Eureka —murmuró Sam. Luego le preguntó al hombre—: ¿Quién es...?

No había acabado la pregunta cuando el otro dio media vuelta y echó a correr hacia la pared más apartada, con la intención, se dio cuenta Sam, de llegar a un botón rojo en forma de seta que ponía en marcha la alarma.

—¡Alto! —gritó Sam, sin ningún efecto—. ¡Maldita sea!

Detrás de él, Remi ya se movía. Dio un salto, recogió el trozo del mango de lanza de la mesa y lo arrojó horizontalmente. El mango voló a través del aire en una trayectoria lineal y golpeó al hombre detrás de las rodillas. Con el brazo ya extendido hacia el botón, soltó un gruñido y cayó hacia delante. Su cabeza golpeó contra la pared con un ruido sordo por debajo del botón. Se deslizó sobre el rostro, inconsciente.

Sam la miró con los ojos muy abiertos, aún sosteniendo la pistola en alto. Ella le devolvió la mirada y se encogió de hombros con una sonrisa.

—Era majorette de pequeña.

—Ya se ve. Estoy seguro de que también eras buenísima lanzando herraduras.

—Espero no haberlo matado. Oh, Dios, no lo he matado, ¿verdad?

Sam se acercó, se puso de rodillas y giró al hombre para ponerlo boca arriba. En la frente tenía un chichón del tamaño de un huevo. Le buscó el pulso.

—Solo dormiré una larga siesta y le dolerá la cabeza unos cuantos días, pero nada más.

Remi estaba delante de la pantalla que mostraba el grupo de símbolos.

—¿Crees que es de la botella de Rum Cay? —preguntó.

—Eso espero. Si no es así, significa que Bondaruk tiene más de una botella. Echa una ojeada a ver si está aquí.

Buscaron en los armarios, las neveras y los cajones de la mesa, pero no encontraron ningún rastro de la botella o de la etiqueta.

Lo más probable es que sea una imagen digital —opinó Remi, con la mirada puesta en la pantalla—. ¿Ves el borde, a la izquierda? Parece como si hubiesen realzado el color.

—Aunque me gustaría robarle la botella a Bondaruk, esto podría ser todo lo que necesitamos. A ver si consigues imprimirla... —Sam se interrumpió y ladeó la cabeza—. ¿Lo has oído? Oh, maldita sea. —Señaló.

En una esquina, oculta en parte de la vista por un armario, había una cámara de vídeo. Dejó de moverse, el objetivo los apuntaba.

—Tendremos compañía —avisó Remi.

—Rápido, a ver si puedes imprimir lo que hay en pantalla.

Mientras Remi comenzaba a escribir en el teclado, Sam corrió al rincón, cogió el cable de alimentación de la parte posterior de la cámara y lo arrancó. Luego corrió hacia la puerta, apagó todas las luces y volvió junto a Remi, quien exclamó: «¡Lo tengo!», y apretó una tecla. Se encendieron los pilotos verdes de la impresora láser y se puso en marcha.

Desde la sala de control les llegó el ruido de una puerta, después un portazo y luego un chirrido que indicaba que se abría otra. Las pisadas sonaron en el linóleo, y después se apagaron.

—Abajo —susurró Sam, que se echó al suelo y arrastró a Remi con él—. Quédate aquí y recoge la página impresa. —Se arrastró hasta el lado corto de la mesa y asomó la cabeza.

El pomo de la puerta giraba poco a poco. Apuntó con la Glock.

La impresora láser continuó funcionando.

—Imprimiendo —susurró Remi.

Se abrió la puerta y quedó a la vista una figura recortada por la luz de las pantallas de los ordenadores de la sala de control. Sam disparó una vez. La bala alcanzó al hombre en la pantorrilla justo por debajo de la rodilla. Soltó un alarido y cayó hacia delante. Su arma —una metralleta Heckler Koch MP5— rebotó en el

suelo de goma y fue a parar a un par de palmos de Sam. En la sala de control oyó una voz ahogada que decía algo en ruso; una maldición, supuso Sam por el tono. El herido gemía mientras se arrastraba hacia la puerta.

—La tengo —avisó Remi—. El detalle es perfecto. Podemos usarla.

—Ven aquí —susurró Sam, y Remi se arrastró por la esquina y le tocó el tobillo. Sam se volvió para darle la pistola—: Cuando diga ya, dispara tres veces a través de la puerta. Apunta a la pared de vidrio.

—Vale.

Sam se puso de rodillas y respiró hondo.

—Ya.

Remi se levantó y empezó a disparar. Los cristales se hicieron añicos. Sam dio un salto desde detrás de la mesa, giró a la izquierda, recogió la MP5 y volvió a ponerse a cubierto.

—¿A qué están esperando? —preguntó Remi.

—Yo diría que a que lleguen refuerzos o a tener mejores armas. Debemos salir de aquí antes de que lo consigan.

Como si hubiese sido una señal, una mano apareció por el borde del marco y lanzó algo. El objeto rebotó en un costado de la mesa, golpeó el suelo de goma y rodó hasta detenerse.

—¡Abajo, Remi! —gritó Sam.

Llevado por el instinto y la convicción de que había identificado correctamente el objeto, Sam se levantó, dio un paso y devolvió el objeto a través de la puerta de un puntapié. Cuando llegó al umbral, estalló. Una luz cegadora y un estruendo ensordecedor llenaron el laboratorio. Sam se tambaleó y cayó de espalda detrás de la mesa.

—Por Dios, ¿qué ha sido eso? —preguntó Remi, sacudiendo la cabeza para despejarse.

—Una granada de luz y sonido. La utilizan las fuerzas especiales para distraer a los malos. Mucha luz y sonido, pero nada de metralla.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por el Discovery Channel. Al menos ahora sabemos una cosa: intentan evitar cualquier tiroteo aquí dentro.

—¿Qué tal una pequeña distracción por nuestra parte? —dijo Remi, y señaló con la Glock.

Sam miró. En la pared opuesta a la del botón de la alarma había una caja de plexiglás que guardaba un botón amarillo con la imagen de una gota de agua.

—Eso nos valdrá.

—Dos disparos, por favor.

—¿Preparado?

—Adelante.

Remi se levantó y abrió fuego. Sam se lanzó hacia la pared, golpeó la caja de plexiglás con la culata de la MP5 y logró arrancarla. Tiró de la palanca hacia abajo. Desde unos altavoces ocultos, una voz de mujer por ordenador hizo un anuncio, primero en ruso y después en inglés: «Aviso. Sistema contra incendios activado. Evacúen la zona de inmediato. Aviso. Sistema contra incendios activado».

Sam corrió a protegerse detrás de la mesa.

—Llega la lluvia, Remi. Protege la hoja.

—Ya está guardada.

—¿En el escote?

—En un lugar más seguro. He encontrado una bolsa impermeable.

Por el rabillo del ojo, Sam detectó a su derecha un movimiento en la puerta. Se giró para disparar una ráfaga de tres proyectiles. Una de las pantallas de la sala de control estalló entre una nube de chispas y después comenzó a humear. Sam volvió a ocultarse detrás de la mesa.

Con un zumbido, unas boquillas niqueladas bajaron del techo. Hubo una demora de un segundo seguida por una pequeña detonación. Las boquillas comenzaron a disparar chorros de agua.

Sam asomó la cabeza por la esquina de la mesa a tiempo para ver una figura que corría a través de la habitación y desaparecía al otro lado de la puerta.

—Vamonos antes de que llegue la caballería —dijo Sam por encima del estrépito del agua.

—Espera, estoy comprobando la munición... Me quedan nueve balas. Lista cuando digas.

—A la voz de ya, dispara tres veces a través del portal y sígueme. No te apartes de mí, ¿entendido?

—Sí.

—Ya.

Sam se levantó y corrió. Cuando llegó al final de la mesa, tendió la mano derecha y cogió uno de los taburetes rodantes. A tres metros de la puerta, lo puso por delante y le dio una patada. En aquel momento una figura apareció en el umbral. El taburete, que ya se estaba cayendo al tiempo que daba vueltas, se estrelló contra las piernas del hombre. Movié los brazos en molinete para recuperar el equilibrio, pero acabó cayendo de espaldas sobre la pantalla aún humeante. Sam cruzó la puerta en tres pasos. Giró la metralleta y descargó un culatazo en el centro del rostro del caído. Cuando le destrozó la nariz, se oyó un sonido como el de una calabaza reventada. Inconsciente, el tipo resbaló de la mesa y cayó con las piernas todavía enredadas en el taburete.

Sam recogió la metralleta del hombre caído y se la dio a Remi.

—¿Ahora qué? —preguntó ella, se apartó del rostro el pelo empapado.

—Nada complicado. Correr para salvar la vida. Cruzaron la primera puerta, entraron en la pequeña habitación siguiente, pasaron la segunda puerta y de nuevo estuvieron en el pasillo, donde el agua ya les llegaba a la altura del tobillo. Se habían apagado las lámparas fluorescentes del techo.

—Tienes un plan, ¿verdad? —preguntó Remi.

—Yo no lo llamaría un plan; mejor, un primer borrador.

—A mí ya me vale.

Sam se volvió hacia ella y le cogió la mano.

—¿Estás preparada? Quizá tengas que hacer algo que no quieres hacer.

Remi sonrió. El agua le chorreaba por las mejillas y los labios.

—¿Te refieres a dispararle a alguien? No te preocupes; empezaron ellos.

—Esta es mi chica. Vale, a la de tres. Mantente agachada y ve a la izquierda para ponerte a salvo. Si algo se mueve, dispara.

—Será un placer. Sam cogió el pomo.

—Uno... dos...

—... ¡Tres!

Agachado, Sam abrió la puerta.

Excepto por la luz de la luna que entraba a través del techo, el invernadero estaba a oscuras y, al estar separado del laboratorio, en su interior no llovía. El agua del pasillo comenzó a entrar y a correr por el suelo.

Sam y Remi esperaron, atentos. Silencio. Nada se movía.

—¿Dónde están? —susurró Remi.

Una granada de luz y sonido golpeó contra la pared que había junto a la puerta y aterrizó a sus pies. Sam la lanzó de vuelta de un taconazo y cerró la puerta. Desde el otro lado llegó la detonación, y un destello de luz blanca se filtró por las grietas.

Sam abrió la puerta unos centímetros; esa vez oyó pisadas que corrían y vio las luces de las linternas que buscaban cómo llegar hasta ellos a través del invernadero.

—¿Te importa si te la pido prestada? —preguntó Sam y cogió la metralleta de Remi—. Cuando comience a disparar, ve a la derecha. Salta por una de las ventanas y ve hacia el patio.

—¿Y tú?

—Voy a demoler la casa. ¡Ve!

Sam abrió la puerta, apuntó al techo con las metralletas y abrió fuego. Agachada, Remi corrió hacia el patio, disparando la Glock, que rebotaba en su mano con cada retroceso y de cuyo cañón salían fogonazos de color naranja.

Sam, consciente de que el cristal seguramente era reforzado, apuntó a las juntas de soporte cerca de la cumbrera. Las juntas se rompieron con un largo y reverberante sonido. La primera placa de cristal se desprendió hacia dentro, seguida por otra y otra, que en su caída aplastaban las palmeras y rompían las espalderas. Unas voces comenzaron a gritar en ruso, pero casi de inmediato se convirtieron en alaridos cuando el primer panel se hizo añicos contra el suelo. Los trozos de vidrio volaron por el invernadero como si fuesen metralla, cortando el follaje y atravesando las paredes.

Sam, ya corriendo, vio todo eso por el rabillo del ojo. Los certeros disparos de Remi habían destrozado una de las paredes de vidrio. Estaba agachada en el patio y le hacía gestos para que se apresurase. Sam sintió un tirón en la manga, luego tres agujonazos en el rostro. Agachó la cabeza y levantó los brazos mientras continuaba corriendo para saltar a través del agujero abierto por Remi.

—Estás sangrando —dijo Remi.

—Quizá acabe con una cicatriz como si me hubiese batido en duelo. ¡Vamos!

Le devolvió la metralleta, dio media vuelta y corrió hacia los setos. Con los brazos extendidos en forma de cuña, se abrió paso como un ariete entre las ramas

para llegar al otro lado, y después echó una mano atrás para ayudar a Remi. Desde el otro lado del seto oyeron el estruendo de los cristales que se rompían cada pocos segundos mientras los restos del techo del invernadero continuaban cayendo. Unas voces se llamaban las unas a las otras, algunas en inglés, otras en ruso. De la misma manera, desde la casa principal y desde lo que Sam y Remi supusieron que era el patio donde se celebraba la fiesta, llegaban las voces de los invitados de Bondaruk.

La pareja se agachó en la hierba para recuperar el aliento y orientarse. A la derecha, a cincuenta metros, estaba la pared de la finca que daba al acantilado; detrás tenían el ala oeste, la zona principal de la casa, y el ala este; delante, a cien metros, había una hilera de pinos muy juntos con una barrera de agracejos rojos.

Sam consultó su reloj: las cuatro de la madrugada. Faltaban unas horas para el amanecer.

—Robemos uno de los coches —propuso Remi, que se quitó los zapatos para partírles los tacones, y se los calzó de nuevo—. Podemos largarnos a Sebastopol a toda prisa y encontrar algún lugar con mucha gente. Bondaruk no se atreverá a hacer nada en público.

—No cuentes con eso. Además, es demasiado obvio. A estas alturas ya habrán cerrado el perímetro. No lo olvides: solo puede saber que somos nosotros por los vídeos de las cámaras o si le muestra nuestras fotos al tipo del laboratorio. Ahora mismo lo único que sabe es que se ha desatado el caos. Lo mejor será mantener el misterio.

—¿Cómo?

—Volveremos sobre nuestros pasos. El último lugar donde se les ocurrirá buscar es por donde entramos.

—¿De nuevo por el túnel? ¿Y después qué, nadar hasta la barca?

Sam se encogió de hombros.

—Aún no he llegado a esa parte. Sin embargo, creo que es nuestra mejor opción.

Remi se lo pensó cinco segundos.

—Pues entonces vayamos por el túnel de los contrabandistas, a menos que veamos un helicóptero o un tanque en algún lugar del camino.

—Encuéntrame un tanque, Remi Fargo, y te prometo que nunca más me saltaré los límites de velocidad.

—Promesas, promesas.

De todas las cosas desconocidas de la finca de Bondaruk, había dos que causaban mayor preocupación a Sam y Remi. La primera era: ¿Bondaruk tenía perros?; la segunda: ¿cuántos hombres había en la propiedad o en reserva, dispuestos a intervenir a su llamada? Aunque no sabían la respuesta a ninguna de las dos preguntas, decidieron asumir lo peor y largarse mientras reinase la confusión y antes de que el

anfitrión tuviese la oportunidad de reunir a los sabuesos —humanos o caninos— que tuviera a su disposición.

Agachados, corrieron hasta el final de los setos, hicieron una pausa para asegurarse de que tenían el camino despejado y luego cruzaron una zona abierta hacia los agracejos. Sam se quitó el esmoquin y se lo dio a Remi, luego se arrastró y se abrió paso entre las espinosas ramas hasta llegar a la estrecha franja de hierba que había antes del bosque de pinos. Remi se unió a él unos segundos más tarde y comenzó a quitarse la chaqueta.

—Quédatela —dijo Sam—. Está bajando la temperatura. Remi sonrió.

—Siempre tan caballero... Sam, tus brazos.

Él se los miró. Las espinas habían destrozado las mangas de la camisa; la tela blanca estaba salpicada de sangre.

—Parece peor de lo que es, pero esta camisa va a hacer que nos pillen.

Se arrastraron un poco más entre los pinos. Sam recogió puñados de tierra y se los frotó en la pechera de la camisa, las mangas y el rostro. Remi le ensució la espalda, luego se ocupó de sus brazos y su rostro. Sam no pudo menos que sonreír.

—Tenemos todo el aspecto de haber estado en una fiesta en el infierno.

—Tampoco hay mucha diferencia. Mira... allí.

A un centenar de metros hacia el este vieron tres linternas que aparecían por una esquina de la casa y comenzaban a moverse a lo largo de la pared hacia ellos.

—¿Oyes algún perro? —preguntó Sam.

—No.

—Confiemos en que siga así. Vamos.

Continuaron adentrándose entre los árboles, agachados y moviéndose a los lados para evitar las ramas bajas, hasta que llegaron a un angosto sendero de caza que iba de norte a sur. Lo tomaron para ir hacia el norte en dirección a los establos. El bosque de pinos tenía más de cien años, lo que al mismo tiempo era una desventaja y una ventaja. Si bien las ramas entrelazadas los obligaban muchas veces a arrastrarse y a caminar como los cangrejos, también los ocultaban. En varias ocasiones, mientras hacían una pausa para recuperar el aliento, vieron a los guardias moverse al otro lado de los árboles a diez metros de ellos, pero el follaje era tan espeso que los rayos de las linternas no conseguían penetrar.

—En algún momento acabarán por decirle a alguien que entre —susurró Sam—, pero con un poco de suerte para entonces ya nos habremos ido.

—¿A qué distancia están los establos?

—En línea recta, cuatrocientos metros, pero con las vueltas y revueltas del sendero, lo más probable es que estén al doble. ¿Preparada?

—Cuando tú digas.

Durante los veinte minutos siguientes anduvieron con mucha atención por el

sendero, deteniéndose cada docena de pasos para mirar y escuchar. Con frecuencia vieron luces o siluetas que se movían por el terreno, algunas veces a centenares de metros, otras tan cerca que Sam y Remi tenían que tumbarse, sin atreverse a respirar o a moverse mientras los guardias miraban entre los árboles.

Por fin el bosque comenzó a clarear, y muy pronto el sendero dio a una zona de hierba; al otro lado estaba la pared sur de los establos. Sam se adelantó para hacer un rápido reconocimiento y volvió junto a Remi.

—La zona de la fiesta la tenemos a nuestra derecha. Los invitados no están, pero todos los coches continúan en el aparcamiento.

—Lo más probable es que Bondaruk los tenga a todos dentro y los esté interrogando —murmuró Remi.

—No me sorprendería. No veo ningún centinela... Bueno, solo veo uno, y por desgracia está en la esquina de los establos junto a la entrada.

—¿Alguna posibilidad de hacer que se vaya?

—No, a menos que yo pueda levitar. Mueve la cabeza de un lado al otro. No podría recorrer ni la mitad del claro sin que me oyera. Sin embargo, tengo una idea. —Se la explicó.

—¿A qué distancia? —preguntó ella.

—Sesenta o setenta metros.

—Nada menos que sobre el tejado del establo. Es un tiro desde muy lejos y una apuesta arriesgada.

Dedicaron unos minutos a buscar entre los árboles hasta que consiguieron media docena de piedras del tamaño de pelotas de golf. Sam cogió la primera, se movió como un cangrejo hasta el borde del claro, y esperó a que el guardia mirase en otra dirección para levantarse y lanzarla. La piedra voló muy alto por encima del tejado. Sam se agachó y retrocedió.

Silencio.

—Has fallado —susurró Remi.

Sam cogió otra piedra y repitió el proceso. Otro fallo. Luego un tercero y un cuarto. Cogió la quinta piedra, la sacudió en la mano como si fuesen un par de dados, y la sostuvo junto a los labios de Remi.

—Dame suerte.

Ella puso los ojos en blanco, pero, obediente, sopló en la piedra.

Sam se arrastró de nuevo, esperó el momento y la lanzó. Pasaron dos segundos.

Desde el aparcamiento llegó el sonido de un cristal roto, seguido por los rítmicos bocinazos de una alarma de coche.

—Acabas de hundir el acorazado de alguien —dijo Remi.

La alarma tuvo un impresionante e inmediato efecto, que comenzó con el guardia apostado en la puerta del establo, quien dio media vuelta y salió corriendo hacia el

aparcamiento. Voces procedentes de otros puntos de la finca comenzaron a gritarse las unas a las otras.

Sam y Remi corrieron hacia la pared y llegaron allí en menos de diez segundos. Dobladados por la cintura, la recorrieron hasta la esquina. Delante vieron a cinco o seis guardias que corrían por la zona de la fiesta y cruzaban los setos.

—Adelante —jadeó Sam. Doblaron la esquina y entraron en los establos.

No habían dado dos pasos en el interior cuando una enorme silueta oscura se alzó ante ellos. Sam empujó a Remi a la izquierda y él rodó a la derecha. El caballo, un semental árabe negro que medía por lo menos dieciséis palmos hasta la cruz, se encabritó y sus cascos se movieron en el aire delante de Sam. Soltó un tremendo relincho, apoyó los cascos en el suelo, echó a galopar por el pasillo y desapareció por una de las puertas abiertas.

Detrás de Sam se abrió una puerta. El guardia vio primero a Remi y se dirigió hacia ella, levantando la metralleta. Antes de que pudiese decir una palabra, Sam ya estaba allí para descargarle un tremendo derechazo en la sien. El tipo se tambaleó y cayó al suelo. Mientras Remi recogía el arma, Sam cerró la puerta y colocó la tranca. En el exterior se oían unas cuantas botas que pisaban la gravilla.

—Para que después hablemos de una salida silenciosa —murmuró Sam.

—En este momento prefiero cualquier salida —dijo Remi.

Echaron a correr hacia el cuarto de arreos.

Acababan de llegar a la entrada del cuarto de arreos cuando comenzaron a aporrear la puerta del establo. Sam y Remi miraron hacia atrás.

—¿Cuánto crees que tardarán? —preguntó ella, y luego siguió a Sam al interior del trastero. Se arrodillaron junto a la trampilla.

—Unos treinta segundos antes de que comiencen a disparar, otros treinta para despabilarse y buscar algo que meter por la separación y levantar la tranca. Dos minutos, como máximo.

—El plan que mencionaste...

—Primer borrador.

—Lo que sea. Cuéntamelo.

Él tardó diez segundos en explicárselo.

—Valdría la pena intentarlo —opinó Remi.

—Hay un gran problema. Si son más rápidos de lo que creo, nos pillarán en el acantilado. Nos cazarán como palomos. Si lo hacemos a mi manera, al menos tenemos alguna protección y quizá incluso consigamos hacerlos retroceder.

—Bien dicho. Vale.

—Yo me ocuparé de la parte pesada; ocúpate tú de los suministros. Si lo hacemos bien, será suficiente para demorarlos, o incluso conseguir que desistan.

—Siempre tan optimista.

Sam volvió al cuarto de arreos, cogió la silla de la mesa y la llevó al trastero. Cerró la puerta y encajó la silla debajo de la manija. Remi ya había abierto la trampilla y bajaba. Sam la siguió y la cerró después de pasar.

A la luz de las linternas, se pusieron a trabajar. Sam corrió hasta la intersección, donde comenzó a mover uno de los carretones que estaba junto a la pared para ponerlo en la vía, mientras Remi corría por el túnel hacia la entrada del acantilado.

A lo lejos llegó el estrépito de los disparos.

—Buen cálculo —gritó Remi desde la oscuridad.

—Esperaba haberme equivocado por tres o cuatro horas —dijo Sam y empujó un segundo carretón.

Un minuto más tarde tenía un tercero colocado en las vías. Remi volvió con varias lámparas de aceite. Arrojó dos o tres en cada uno de los carretones, asegurándose de que lo hacía con la fuerza suficiente para que el aceite se derramara. Arriba cesaron los disparos.

—Ahora están utilizando el cerebro —afirmó Sam.

Juntos corrieron por el túnel para coger más lámparas, hasta que reunieron otra docena, volvieron y las arrojaron a los carretones.

—Combustible —dijo Remi, y otra vez echaron a correr.

En esa ocasión recogieron cualquier cosa que pudiese arder: cajones de madera, botas, monos, rollos de cuerdas secas, y después volvieron para repartirlo todo en tres pilas que metieron en los tres carretones.

—¿Notas eso? —preguntó Remi.

Sam alzó la cabeza y por primera vez notó una brisa fresca que llegaba desde la entrada del acantilado. —Eso es bueno.

Con su navaja del ejército suizo cortó tres tiras de uno de los monos para improvisar tres mechas, hicieron un nudo en un extremo de cada una y los empaparon en el aceite acumulado en el fondo del primer carretón.

—¿Esperamos o...? —comenzó Remi. Desde el cuarto de los arreos llegó el sonido de golpes—. Olvídate de la pregunta.

Sam encendió con su mechero cada una de las tres mechas que sostenía Remi. Cuando prendieron, le dio dos a Sam, quien las arrojó en los dos primeros carretones. Remi lanzó la suya en el carretón más cercano y luego retrocedieron.

No pasó nada.

—Vamos... —murmuró Remi.

—Me lo temía. El aceite está demasiado espeso.

Desde el otro extremo del túnel les llegó el sonido de maderas que se rompían, seguido por un portazo.

Sam miró los carretones, con el rostro furioso.

—¡Maldita sea!

Con un súbito estruendo, uno de los carretones estalló en llamas y un humo negro comenzó a salir por la parte superior. También se encendieron el segundo y el tercero, y en cuestión de segundos una espesa nube de humo se extendía casi hasta el techo. Empujada por la brisa, comenzó a moverse por la intersección y los túneles laterales.

Sam y Remi, tosiendo y con los ojos llorosos, se apartaron de los carretones.

—Si eso no los detiene, nada lo hará —dijo Sam.

—¿Podemos marcharnos ya de la fiesta? —preguntó Remi.

—Después de ti.

Corrieron por el túnel y se detuvieron en la entrada. En el exterior, la niebla se había levantado y el puente estaba alumbrado por la luz de la luna. Las olas rompían contra la pared del acantilado. A pesar de la brisa, la nube de humo también se movía por el túnel hacia ellos y con ella traía los distantes sonidos de las toses y las arcadas.

—Cuando lleguemos al agua, dejaremos que la marea nos lleve. Debe de moverse de norte a sur a lo largo de la costa. Balaclava solo está a unas tres millas. Allí saldremos a tierra.

—Vale.

—¿Todavía tienes la hoja?

Remi se palmeó la cintura del vestido.

—Sana y salva.

Sam se asomó al borde. Una bala golpeó la roca junto a su cabeza. Se echó hacia atrás y ambos se tiraron cuerpo a tierra.

—¿Qué...? —exclamó Remi.

—Abajo hay una barca —murmuró Sam—. Están debajo mismo de las escarpas.

—Estamos atrapados.

—Y un cuerno. Vamos.

Ayudó a Remi a levantarse y de nuevo corrieron por el túnel.

—¿Te importaría explicármelo? —preguntó Remi.

—No tengo tiempo. Ya te enterarás. No te apartes de las vías.

Con cada paso el humo era más espeso, hasta que sus linternas no les sirvieron de nada. Cogidos de la mano, continuaron corriendo, con las cabezas gachas y los ojos entrecerrados para protegerse del humo.

—Ya casi estamos —gritó Sam, con la mano extendida adelante.

Las arcadas y las toses sonaban más fuertes, al parecer, a su alrededor. Una voz gritó algo en ruso, seguida por una ronca réplica en inglés:

—Atrás... atrás...

Sam tropezó y cayó, arrastrando a Remi con él. Se levantaron y continuaron corriendo. Con la mano extendida tocó algo caliente y la apartó. Se dejó caer de rodillas con Remi a su lado. En algún lugar cercano se oyeron muchas pisadas. El rayo de una linterna atravesó el humo y desapareció.

—¿Qué está pasando? —susurró Remi.

En respuesta, Sam golpeó al carretón con los nudillos.

—Quítate la chaqueta.

—Ella lo hizo. Sam metió las manos en las mangas, y luego le dio vuelta a la chaqueta para hacerla una bola—. Manoplas para el horno.

Remi captó la idea.

—¿Una carga de profundidad?

—Eso es.

—Chico listo.

—En cuanto la ponga en movimiento, tú me empujas por detrás.

—Vale.

Agachado, Sam fue al otro lado del carretón, aseguró bien los pies, puso las manos envueltas contra el costado de acero y empujó. El carretón no se movió. Lo intentó de nuevo. Nada. Oyó un chirrido metálico y después el susurro de Remi:

—Tenía puesto el freno. Prueba de nuevo.

Sam respiró hondo, apretó los dientes y empujó. Con un chirrido de acero contra acero, el carretón se movió. Una detonación resonó en el túnel, pero Sam no le hizo

caso y siguió. Pasó junto a Remi y ella se le puso detrás con las manos apoyadas en los riñones. El carretón ganó velocidad de inmediato. Empujados por la brisa, las llamas y el humo iban hacia atrás por encima de sus cabezas como la cola de un cometa.

De pronto el humo comenzó a disiparse. La entrada del túnel apareció ante ellos, a unos seis metros.

—¡Frenando! —gritó Sam, y se echó hacia atrás, hundiendo los tacones en el balasto.

Remi, con las manos bien sujetas a su cinturón, hizo lo mismo. El peso combinado comenzó a frenar el carretón. La abertura estaba cada vez más cerca. Tres metros... dos metros... Sam hizo un rápido cálculo mental, decidió que el impulso era el correcto, y apartó las manos. Juntos cayeron hacia atrás, hechos un ovillo, y miraron a tiempo para ver que el carretón en llamas caía suavemente por encima del borde.

Hubo tres segundos de silencio y luego una tremenda explosión.

Sam y Remi fueron a gatas hasta la entrada y miraron por encima del borde. Ya envuelta en llamas, la barca se inclinaba a babor mientras el agua entraba por un agujero en la cubierta de popa. Pasados unos segundos, un par de cabezas asomaron a la superficie. Una comenzó a apartarse, pero la otra permaneció inmóvil. La lancha se hundió primero por la popa y no tardó en desaparecer de la vista.

—Creo que a eso le llaman dar en la diana —comentó Remi, que se tumbó boca abajo y soltó un suspiro de cansancio. Sam hizo lo mismo. Por encima de sus cabezas, el humo negro salía del túnel y comenzaba a pasar a través del puente.

—Bien —dijo Sam—, yo diría que ya no somos bienvenidos aquí. ¿Crees que podemos dar por terminada la fiesta?

—Sí, por favor.

Monaco

Yvette los miró por encima del borde de la taza de café mientras escuchaba con mucha atención a Sam, que le hacía un resumen de sus aventuras en Elba. Omitió cualquier mención de la casi traición de Umberto a manos de Jolkov.

—Después fuimos a Nisporto, y de allí volvimos a tierra firme —dijo finalmente Sam.

—Sorprendente —exclamó Yvette—. Ustedes dos, desde luego, saben cómo hacer honor a su reputación.

Era primera hora de la mañana y los tres estaban sentados en la terraza de la villa de Yvette que miraba a Point de la Veille. El sol se reflejaba en las tranquilas aguas del Mediterráneo.

Después de haber comprobado que la embarcación de Bondaruk se hundía en las profundidades debajo del puente, Sam y Remi habían bajado por la escalera de escarpas para lanzarse al agua. Habían encontrado dos chalecos salvavidas color naranja, que habían quedado flotando tras la desaparición de la barca, se los habían puesto se habían dejado arrastrar por la corriente, hacia el sur y a lo largo de la costa. Mientras el sol asomaba por encima del horizonte, continuaron a la deriva, observando las columnas de humo negro que se acumulaban sobre la finca de Bondaruk y oyendo las sirenas de los camiones de los bomberos que se acercaban. Varias veces durante su deriva hacia el norte, vieron más embarcaciones de Bondaruk, pero las tripulaciones tenían centrada su atención en los acantilados sobre los que se hallaba la finca.

Después de unas horas en el agua se encontraron en las playas al norte de Balaclava. Nadaron hasta la costa y fueron a la ciudad. A las dos horas de llamar a Selma estaban sentados en una limusina camino de Kerch, ciento sesenta kilómetros costa arriba en el mar de Azov. Allí los esperaba un mensajero que, siguiendo órdenes de Selma, había recogido sus pasaportes, tarjetas de crédito y equipaje del hotel en Yevpatoria. Una hora más tarde estaban a bordo de un avión privado rumbo a Estambul.

Conscientes de que debían esperar hasta que Selma pudiese descifrar los símbolos que habían robado del laboratorio de Bondaruk, y de que necesitaban un lugar seguro donde reagruparse, llamaron a Yvette, que muy dispuesta los invitó, y de inmediato envió a Langdon, su guardaespaldas, a bordo de su avión particular para que los recogiese.

—Bien, en honor a la justicia tengo que decírselo: Umberto lo confesó todo —dijo Yvette—. Se mostró muy avergonzado.

—Se ha redimido a sí mismo con todos los honores —afirmó Remi.

—Estoy de acuerdo. Le dije que si los Fargo lo perdonaban, yo también.

—Siento curiosidad por un detalle —dijo Sam—. ¿Qué ha sido de Carmine Bianco?

—¿Quién?

—El poli de Elba que trabaja para la mafia corsa.

—Ah, él... Creo que ahora es huésped del gobierno italiano. Lo acusan de intento de asesinato.

Sam y Remi se echaron a reír.

—¿El diario de Laurent les está siendo útil? —preguntó Yvette.

—Y un desafío —contestó Remi—. El código que utilizó es complejo y a varios niveles, pero si hay alguien que lo pueda descifrar, es Selma. —Tan pronto como habían llegado a la casa, le habían enviado por fax la copia a Selma.

Langdon apareció con una cafetera y sirvió otra ronda en todas las tazas.

—Bien, Langdon, ¿cuál fue la respuesta? —preguntó Sam.

—¿Perdón, señor?

—¿Ella ha tenido la sensatez de aceptar?

Langdon carraspeó y frunció los labios.

—Oh, por amor de Dios, Langdon... —dijo Yvette. Y después añadió para Sam y Remi—: Es tan reservado, tan correcto... Langdon, tiene permiso para compartir la buena noticia. Adelante, dígaselo.

Langdon se permitió un mínimo esbozo de sonrisa.

—Sí, señor, ha aceptado casarse conmigo.

—Felicidades.

Remi levantó su taza de café.

—Por el novio.

Los tres brindaron por Langdon, cuyo rostro había tomado el color de un tomate. Dio las gracias y murmuró:

—Señora, si no hay nada más...

—Adelante, Langdon, antes de que tenga un ataque. Langdon desapareció.

—Por desgracia, significa que lo perderé —comentó Yvette—. Ahora será un hombre mantenido. Un gigoló, si lo quieren llamar de esa manera.

—No es un mal trabajo, si lo puedes pillar —comentó Sam.

Remi le tocó el bíceps con los nudillos.

—Vigila tus modales, Fargo.

—Solo digo que te encuentras por ahí trabajos peores.

—Basta.

Conversaron y bebieron café hasta que Langdon apareció media hora más tarde.

—Señor y señora Fargo, la señora Wondrash les llama.

Se disculparon y siguieron a Langdon hasta el estudio. El ordenador de Yvette estaba abierto sobre una mesa de caoba que daba al jardín. Langdon ya había acomodado un par de sillas delante del ordenador. En cuanto se sentaron, salió y cerró la puerta.

En la pantalla aparecía el despacho de Selma en La Jolla.

—¿Selma, estás ahí? —llamó Sam.

El rostro bronceado de Pete Jeffcoat apareció ante la cámara. Les sonrió.

—Hola, Sam. Hola, Remi.

—¿Cómo estás, Pete?

—Estupendo, no podía estar mejor. —La alegre actitud de Pete no conocía límites. No solo podía convertir limones en limonada, sino que podía convertirlos en un huerto de limoneros.

—¿Y Wendy?

—Está bien. Un poco nerviosa por estar siempre encerrados aquí. Los tíos de seguridad son fantásticos, pero un tanto estrictos.

—Es por el bien de todos —dijo Sam—. Con un poco de suerte, muy pronto se acabará.

—Claro, ningún problema, estamos muy bien. Eh, que llega la jefa...

Pete desapareció de la vista y fue reemplazado por Selma, quien se acomodó en un taburete delante de la cámara mientras metía y sacaba una bolsa de infusión de una taza humeante.

—Buenos días, señor y señora Fargo.

—Buenos días, Selma.

—¿Quieren primero las buenas noticias o las malas?

—Las dos al mismo tiempo —respondió Sam—. Es como arrancar una tiritita.

—Lo que digan... Los dibujos que envié ayer resolvieron el problema. Muy buena imagen; alta resolución, la utilicé para descifrar las siguientes líneas del código. La mala noticia es que el acertijo nos tiene perplejos. Quizá ustedes tengan más suerte. Selma cogió una hoja de la mesa y leyó:

*Los angustiados compañeros atrapados en el ámbar;
Tassilo y Pepere Giboso Baia guardan seguro el lugar de Hajj;
el genio de Ionia, sus zancadas una batalla de rivales;
un trío de quoins, el cuarto perdido, señalarán el camino
a Frigisinga.*

—Ya está —dijo Selma—. Lo he enviado a sus teléfonos con el encriptado Blowfish habitual. Continuaremos trabajando, pero está claro que este es algo más difícil que el anterior.

—Estoy de acuerdo —manifestó Remi, que ya estaba pensando.

—Selma, la palabra en la última línea: coins... —Aquí está escrita q-u-o-i-n-s.

—¿Estás segura?

—Estamos seguros. Lo comprobé tres veces, y luego hice que Pete y Wendy hicieran lo mismo. ¿Por qué?

—Quoin es un término de arquitectura y de imprenta. En arquitectura puede significar: sillar de esquina o una piedra angular.

—Pero ¿de qué? —preguntó Remi.

—Esa es la pregunta del millón. Debemos suponer que se responde en el resto del acertijo.

—A menos que se refiera a cualquier otro de sus significados —dijo Selma—. Quoin también está relacionada con la imprenta y la guerra naval. En el primer caso, es un artefacto para sujetar los tipos en su lugar. En el segundo, una pieza de madera que se utiliza para levantar y bajar el cañón de una pieza de artillería.

—¿Una pieza de madera? —preguntó Remi—. ¿Te refieres a algo parecido a una cuña?

—Sí, eso creo.

—Por lo tanto tiene algo que ver con cuñas y piedras angulares.

—Si aceptamos el significado literal —dijo Sam—. Pero si son metafóricos, pueden significar cualquier cosa: una cuña puede soportar o separar objetos. Lo mismo con una piedra angular.

—Necesitamos el resto del texto —admitió Remi—. Nos pondremos a trabajar. Gracias, Selma.

—Otras dos cosas antes de que se marchen: también estoy descifrando sobre la marcha el diario de Laurent, y creo que hemos encontrado la respuesta a un par de nuestros minimisterios. Primero he descubierto por qué Napoleón y él se ocuparon de crear un código e inventarse una serie de enigmas en lugar de dibujar un mapa con una gran X. Según Laurent, Napoleón cayó en una profunda depresión poco después de su llegada a Santa Helena. Había escapado del exilio en Elba solo para ser derrotado cuatro meses más tarde en Waterloo. Le confió a Laurent que su destino estaba escrito. Estaba seguro de que moriría en el exilio en Santa Helena.

—Tenía razón —dijo Sam.

—Comenzó a pensar en su legado —prosiguió Selma—. Tenía un hijo, Napoleón Francisco José Carlos (Napoleón II) de su segunda esposa, María Luisa. Cuando Napoleón fue derrotado en Waterloo, abdicó el trono en favor de su hijo, que gobernó durante unas dos semanas antes de que los aliados tomaran París y lo destronasen.

Napoleón se llevó una tremenda desilusión y estaba furioso. Creía que si su hijo hubiese tenido el verdadero carácter de los Bonaparte, eso no habría sucedido. Daba lo mismo que el chico tuviese cuatro años.

—No le habría sido fácil estar a la altura de la reputación de su padre —señaló Sam.

—Yo diría que imposible. En cualquier caso, Napoleón le ordenó a Laurent que creara un mapa rompecabezas que, y ahora cito, «confundiría a nuestros enemigos, probaría el valor del nuevo emperador y señalaría el camino a la recompensa que ayudaría a devolver la grandeza al nombre Bonaparte».

»Por desgracia —continuó Selma—, después de ser destronado por los aliados, Napoleón II fue enviado a Austria, donde se le dio el título honorario de duque de Reichstadt, mantenido como un virtual prisionero hasta que murió de tuberculosis en 1832. Hasta donde sé, nunca intentó recuperar el poder, ni siquiera seguir el mapa. No obstante, Laurent no explica la razón.

»En cuanto al segundo minimisterio, es decir, por qué Napoleón y Laurent escogieron las botellas de vino como pistas del rompecabezas—, según los escritos de Laurent, el propio Napoleón ordenó la destrucción de las uvas Lacanau (las semillas, el viñedo, todo), pero no tenía nada que ver con su amor por el vino. Su teoría era que las botellas se convertirían de inmediato en objetos de interés para los coleccionistas; el vino que Napoleón Bonaparte no quería que nadie más tuviese. Si cualquiera de las botellas era encontrada en su lugar secreto, irían a parar a un museo o a colecciones particulares, donde permanecerían seguras hasta que apareciese un descendiente de Bonaparte que conociese el secreto.

—Por lo tanto, Napoleón no tenía tanta confianza en la inteligencia de su hijo como dijo —opinó Remi—. Repartió sus apuestas.

—Así parece. Cuando Napoleón abdicó por segunda y última vez, estaba en vigor la primera ley de sucesión napoleónica. Designaba a Napoleón II como legítimo heredero del trono; de no ser así, la sucesión pasaba al hermano mayor de Napoleón, José, y a sus descendientes masculinos, luego a su hermano menor, Luis, y a sus descendientes.

—Ninguno de los cuales se molestó en seguir el rastro —dijo Remi.

—Si es que llegaron a enterarse —puntualizó Selma—. Aún estamos trabajando en esa parte. En cualquier caso, está claro que todos los esfuerzos de Napoleón y Laurent se echaron a perder. Hasta ahora, nadie se había enterado de su gran plan.

—Y ahora estamos solo Bondaruk y nosotros —manifestó Sam.

—Todo es muy triste —afirmó Remi—. Al final Napoleón solo era un hombre desesperado, patético y paranoico, a la espera de que alguien restaurase el nombre de la familia. Pensar que, en la cumbre de su poder, ese hombre tenía bajo su mano a buena parte de Europa...

—Un tirano es más tirano consigo mismo —citó Sam.

—¿Perdón?

—Es una cita de George Herbert. Un poeta gales. No creo que estuviese hablando de Napoleón, pero desde luego encaja. Selma, la recompensa que menciona Laurent... ¿hay alguna referencia a ella en el diario?

—Nada, hasta el momento.

—La apuesta segura sería dinero —dijo Remi—, o algo que se pueda convertir en dinero; un cofre de guerra que su hijo hubiese podido utilizar para financiar un ejército.

—Lo suficiente para que un nuevo emperador Bonaparte reconquistase Francia y quizá Europa —convino Sam.

Se despidieron de Selma y salieron a la terraza. Cuando subían los escalones, sonó el teléfono de Sam. Miró la pantalla. Era Rube Haywood. Sam lo puso en manos libres.

—Creo que he encontrado el secreto de Bondaruk —dijo Rube.

—Somos todo oídos.

—El tipo que envié a hablar con el viejo controlador iraní de Bondaruk...

—Aref Ghasemi —dijo Remi.

—Así es. Al principio, Ghasemi se mostró un tanto receloso, pero al final acabó por hablar. Confirmó que había controlado a Bondaruk durante toda la guerra fronteriza con los rusos. Los detalles no son muy claros en esta cuestión, pero en algún momento, a Bondaruk se le ocurrió que era un descendiente directo de un antiguo rey persa, un tipo llamado...

—Jerjes I —acabó Sam.

—Sí, el mismo. ¿Cómo lo has sabido?

Sin entrar en muchos detalles, Sam describió el museo privado de la dinastía aqueménida que habían encontrado en las entrañas de la finca de Bondaruk.

—Bueno, ya tienes la confirmación —manifestó Rube.

—¿Qué opinó Ghasemi? —preguntó Sam—. ¿Cree que Bondaruk podría ser un descendiente de Jerjes?

—Creyó que era posible, pero debes tener claro que Ghasemi es un tipo escurridizo. Los británicos no se creen nada de lo que se dice sin haberlo confirmado antes tres o cuatro veces.

—En cualquier caso, parece una historia curiosa de inventar —apuntó Remi.

—Lo mismo creo yo —admitió Rube—. Sea como sea, Bondaruk ha gastado millones investigándolo, así que si no está loco de remate, quizá tenga pruebas que apoyen su reivindicación; al menos en su mente.

—Remi, ¿recuerdas lo que Jolkov nos dijo en Marsella? —preguntó Sam—. ¿Sobre la meta de Bondaruk?

Remi cerró los ojos, recordó la conversación y las palabras de Jolkov.

—«... Los artículos tienen que ver con un legado familiar. Solo intenta acabar algo que comenzó hace mucho tiempo...»

—El ángulo de Jerjes podría ser la clave —opinó Sam—. Pero ¿cuáles son los artículos? ¿Alguna cosa que Jerjes perdió hace mucho tiempo?

—Otro proyecto para Selma y su grupo.

—Es irrelevante que la reivindicación sea justa o no —comentó Rube—. Se la cree, e impulsa todo lo que hace. Lo que busca es otra historia. Descubridlo y habréis recorrido la mitad del camino.

—Por lo tanto, estamos de nuevo en el punto de partida —dijo Sam—. ¿Qué demonios tienen que ver Jerjes y su dinastía con la bodega perdida de Napoleón?

Sam se despertó con la vibración de su móvil. Se giró. Los números rojos en la pantalla marcaban las 3.12. Sam cogió el teléfono y buscó el nombre de la persona que llamaba: número oculto.

—Hola —respondió.

—Me pareció que había llegado el momento de hablar directamente —dijo una voz—. Sin intermediarios.

Todavía somnoliento, Sam tardó unos instantes en identificar la voz.

—Me ha despertado, Bondaruk. Es de mala educación. ¿Supongo que no querrá decirme dónde consiguió mi número?

—Ah... El dinero mueve montañas, señor Fargo.

—El dinero no es más que dinero. Lo que cuenta es lo que se hace con él.

—Las palabras de un hombre de corazón noble.

Remi se volvió en la cama y se sentó junto a Sam. En respuesta a su expresión interrogante, él movió los labios para decir en silencio: «Bondaruk».

—¿Qué quiere? —dijo Sam.

—Tengo curiosidad: ustedes estuvieron entre los invitados a mi fiesta, ¿no es así?

—Estábamos detrás de usted durante su conferencia en la habitación de las espadas.

Nos dio la clara impresión de que le gusta escucharse a sí mismo.

—Son ustedes muy valientes. Eso lo admito. Invadieron mi casa, señor Fargo. Si usted fuese otro...

—Ya estaría muerto. Ahórrese las amenazas y vaya al grano. Quiero continuar durmiendo.

—Le ofrezco una última oportunidad. Trabajemos juntos. Cuando esto se acabe, usted se queda con las botellas, yo consigo lo que quiero y nos despedimos. Ningún problema.

—Si hablamos de lo que busca... ¿Tiene algo que ver con la Persia en miniatura

que tiene debajo del laboratorio? Bondaruk no respondió.

—Ya me lo parecía —continuó Sam—. Bondaruk, ¿no cree que está llevando todo este asunto de Jerjes demasiado lejos? No es sano.

—Está cometiendo un error, señor Fargo.

—A nosotros nos parece que es usted quien comete todos los errores. Por cierto, sabemos que su gente ha estado vigilando nuestra casa en San Diego. Si a cualquiera de ellos se le ocurre aunque solo sea tocarnos un periódico en el camino de la entrada, le caerán encima la mitad de los agentes del Departamento de Policía de San Diego, como una avalancha.

—Tomo nota. Esta es la última vez que se lo pido de una forma amable.

—Gracias por el aviso.

Sam colgó.

—¿Persia en miniatura? Muy imaginativo —comentó Remi.

—Tengo mis buenos momentos.

Provistos de las siguientes frases del acertijo y la conexión de banda ancha de Yvette, Sam y Remi se encerraron en el estudio y empezaron a trabajar. Yvette, siempre la amable anfitriona, le ordenó a Langdon que les sirviese tentempiés y bebidas, y les proveyese de bolígrafos, papel, otro ordenador portátil, una pizarra blanca de un metro por un metro y los rotuladores correspondientes. En la pizarra escribieron el texto del acertijo en grandes letras mayúsculas:

*Los angustiados compañeros atrapados en el ámbar;
Tassilo y Pepere Giboso Baia guardan seguro el lugar de Hajj;
el genio de Ionia, sus zancadas una batalla de rivales;
un trío de quoins, el cuarto perdido, señalarán el camino
a Frigisinga.*

Luego comenzaron a compilar una lista de sinónimos para cada palabra que podía dar múltiples significados. Contaron quince: angustiados, compañeros, atrapados, Giboso, guardan, seguro, lugar, Hajj, genio, zancadas, batalla, rivales, trío, señalarán y camino.

A partir de ahí generaron una lista de docenas de palabras. Las escribieron en el otro lado de la pizarra, en un cuadro que parecía una telaraña con las líneas que se unían a los signos de interrogación.

Luego volvieron su atención a las palabras que tenían claros vínculos con la historia: ámbar, Tassilo, Baia, Hajj, genio, Ionia y quoins, que también escribieron en la pizarra en columnas y listas separadas. Hecho esto, se repartieron las palabras y comenzaron a buscar en internet las referencias históricas, que relacionaron con breves resúmenes de cada palabra.

Cinco de las palabras: ámbar, Tassilo, Baia, Hajj e Ionia tenían vínculos con lugares, personas o cosas bien conocidas. Ámbar es una resina fósil que se utiliza en joyería; Tassilo, el nombre de una larga línea de reyes bávaros; Hajj, la peregrinación anual islámica a La Meca; Baia, que significa mina, es el nombre de una comuna en Rumania sobre el río Moldava; e Ionia, una isla griega en el norte del mar Egeo.

Por desgracia, como su lista de sinónimos, cada una de esas referencias históricas

era en sí misma un laberinto de hechos, significados dobles y referencias cruzadas.

Sam y Remi hicieron una única pausa para la comida y para utilizar el baño del despacho, y estuvieron trabajando desde la mañana hasta última hora de la tarde, cuando decidieron abordarlo por otro lado: enfocarían su atención en una sola línea del enigma, con la idea de que la solución pudiera tener un efecto dominó. Decidieron probar con la segunda línea.

—«Tassilo y Pepere Giboso Baia guardan seguro el lugar de Hajj» —recitó Remi, dándose golpéenos en la sien con el lápiz—. Pepere es fácil, es el apodo francés que corresponde a «abuelo».

—Correcto. A menos que estemos pasando por alto alguna otra referencia significativa a Tassilo, podemos aceptar que alude a Baviera: su historia, su cultura, su geografía. Algo bávaro.

—De acuerdo. ¿Qué me dices de Giboso Baia?

Ya habían dedicado dos horas a la historia rumana con la esperanza de encontrar algo sobre Baia.

—Gibosa se refiere a una fase de la luna, cuando está casi llena, justo antes o justo después del plenilunio.

—¿Estás segura de eso?

—Sí, una luna gibosa es...

—No, pregunto si es el único significado.

Sam lo pensó un momento, y frunció el entrecejo.

—Eso creo, pero quizá estoy equivocado. —Empezó a buscar entre el desorden de libros que había sobre la mesa, hasta que encontró el diccionario. Buscó la página correcta, leyó la entrada y chasqueó la lengua—. Eres tonto, Sam...

—¿Qué?

—Giboso también significa «jorobado». Así que Giboso y Baia...

Remi ya estaba escribiendo en el ordenador. Aunque muchas de las referencias más exhaustivas las había obtenido de webs de bibliotecas, su punto de partida por defecto era el amigo Google.

—Aquí. Tengo algo —dijo al cabo de unos minutos de lectura—. Pon los dos juntos y tienes esto: Baia es parte de la frase «hombres de Baia». Es una traducción aproximada de la palabra Baviera.

—Entonces qué, ¿el jorobado de Baviera? —preguntó Sam.

—No, no... —Remi volvió a escribir y miró los resultados de la búsqueda—. ¡Lo tengo! Vale, Tassilo III, rey de Baviera desde 748 a 787, fue instalado en el trono por Pepino el Breve, padre de Cario Magno y abuelo de Pepín el Jorobado.

—Ahora sí que te escucho —dijo Sam—. Por lo tanto, Tassilo y el abuelo del jorobado, Pepino el Breve, «guardan seguro el lugar de Hajj»

—El problema es que no encuentro ninguna vinculación ni entre ninguno de ellos,

ni con Baviera o La Meca.

—Tiene que ser una metáfora o un sinónimo —opinó Sam.

—Sí, o quizá un artefacto islámico en algún lugar de Baviera.

Sam, que ahora trabajaba en su propio ordenador, hizo una búsqueda rápida.

—No, aquí no hay nada. Probemos con otra frase.

—Tendremos que volver al principio: «Los angustiados compañeros atrapados en el ámbar». Ya tenemos la etimología y los sinónimos para todas ellas. ¿Cómo se combinan?

Sam se relajó en la silla y se inclinó con la cabeza hacia atrás, al tiempo que se apretaba el puente de la nariz con el índice y el pulgar.

—No lo sé... Algo en esa frase me es familiar.

—¿Qué parte?

—No lo sé. Está ahí. Casi lo veo.

Permanecieron en silencio alrededor de media hora, cada uno inmerso en sus pensamientos; sus mentes buscaban relaciones y posibles vinculaciones...

Finalmente, Remi consultó su reloj.

—Es casi medianoche. Vayamos a dormir y, ya más frescos, seguiremos por la mañana.

—Vale. En cualquier caso es frustrante. Sé que me estoy saltando algo. No acabo de saber qué es.

Cuatro horas más tarde, mientras dormían en la habitación de invitados de Yvette, Sam se sentó en la cama impulsado como un resorte.

—¡Ya lo tengo!

Remi, que tenía el sueño ligero, se despertó en el acto.

—¿Qué? ¿Qué pasa, Sam?

—Nada. Creo que lo tengo.

En pijama, volvieron al estudio, encendieron las luces y pusieron en marcha los ordenadores. Durante veinte minutos, Sam escribió en el teclado y siguió los enlaces mientras Remi lo observaba desde su silla. Por fin, Sam se volvió hacia ella y sonrió.

—Es de un libro que leí en el colegio universitario: *The Days of the Upright*, escrito por un tipo llamado... Roche. Habla del origen de la palabra hugonote.

—Los calvinistas franceses, ¿no? —preguntó Remi—, Protestantes.

—Así es. Un grupo muy numeroso entre los siglos XVI y XVIII. En cualquier caso, hay muchas explicaciones acerca de dónde proviene la palabra hugonote. Algunos creen que es un híbrido, de la palabra alemana *eidgenoss*, que significa «confederado», y el nombre de Besançon Hugues, que aparece en la primitiva historia calvinista.

»La etimología que la mayoría de los historiadores apoyan viene de la palabra

flamenca huisgenooten, que era el apodo de los estudiosos de la Biblia en la Francia flamenca. Los huisgenooten se reunían en secreto en las casas para estudiar las Escrituras. El nombre se traduce como «compañeros».

Remi lo miró durante diez segundos antes de murmurar:

—Sam, es brillante.

—Lo que habría sido brillante es que se me hubiese ocurrido hace dieciocho horas.

—Mejor tarde que nunca. Vale, así que hablamos de los hugonotes.

—Hugonotes angustiados —le corrigió Sam.

Remi se levantó para ir a la pizarra, y con el rotulador rodeó con un círculo la lista de sinónimos de «angustiados». Había docenas. No vieron ninguna relación obvia entre ellos y los hugonotes.

—Hablemos del ámbar —propuso Sam, que pasó a la segunda parte de la frase—. «Atrapados en ámbar.» ¿Cómo acabas atrapado en el ámbar?

Lo pensaron durante unos minutos hasta que Remi dijo:

—Probemos de esta manera: ¿qué pasa cuando algo queda atrapado en el ámbar?

—Te mueres —dijo Sam.

—Antes de eso..., quedas inmovilizado.

—Petrificado en un lugar.

—Correcto... —Remi se echó adelante y atrás con la cabeza agachada, los ojos cerrados—. Petrificados en un lugar... como en una instantánea.

Sam, que tenía la nuca apoyada en el reposacabezas de la silla, se inclinó hacia delante.

—Como en un cuadro.

—¡Sí!

Se volvió en la silla y comenzó a escribir en el ordenador.

—Pintura... Hugonotes... —Leyó el resultado de la búsqueda.

—¿Alguna cosa?

—Masacre —murmuró.

—¿Qué?

—Masacre podría ser, si nos permitimos una licencia, sinónimo de angustiado.

—Sí.

—Entonces ¿qué te parece esto: una pintura de Francois Dubois titulada La masacre del día de San Bartolomé?

—¿Cuál es el contexto?

Sam leyó el artículo, y luego lo resumió:

—Francia, en 1572... Desde agosto hasta octubre de aquel año, las turbas católicas atacaron a la minoría hugonote por todo el país... —Sam se reclinó en la silla y frunció el entrecejo—. Entre diez mil y cien mil hugonotes fueron asesinados.

—Si eso no es angustia, entonces no sé qué es —murmuró Remi—. Vale, así que si combinamos eso con Baviera.

Sam se inclinó hacia delante y volvió a escribir, y esa vez utilizó los términos Dubois, San Bartolomé y Baviera en combinación con día y masacre.

—Quizá también podríamos añadir nuestros sinónimos para Hajj —propuso Remi, y después dictó de la lista en la pizarra—. Meca, peregrinaje, islam, peregrino...

Sam acabó de escribir y pulsó enter.

—Muchos resultados —susurró, mientras iba pasando las páginas—. Sin embargo, nada obvio.

—Comencemos a quitar y a mezclar palabras para la búsqueda.

Durante la hora siguiente lo hicieron, intentando permutaciones de los términos de búsqueda hasta que, por fin, cerca del amanecer, Sam encontró algo interesante con la combinación de San Bartolomé, Baviera y peregrino.

—Se ha hecho la luz —dijo con una sonrisa.

—¿Qué? —preguntó Remi, y después se acercó para leer en la pantalla—. Iglesia de la Peregrinación de San Bartolomé en Baviera, Alemania.

Schónau, Baviera

—Increíble —susurró Sam.

Sam y Remi se acercaron a la barandilla de madera del observatorio y contemplaron el panorama que se extendía debajo.

—No creo que la palabra hermoso sirva siquiera para describir esto, Sam —susurró Remi—. ¿Cómo es que hemos tardado tanto tiempo en venir aquí?

—No tengo ni idea —susurró él a su vez, y después levantó su cámara Canon EOS para tomar una foto. Habían estado antes en Baviera, pero nunca en esa zona—. Ni espectacular parece suficiente.

—En absoluto. Casi oigo la música de Sonrisas y lágrimas.

Abajo se extendían las aguas esmeralda del Königssee (lago del Rey) Fjord. Con un ancho de ochocientos metros en su parte más ancha y enmarcado por montañas pobladas de bosques y picos nevados, el Königssee se abría paso desde el pueblo de Schónau en el norte hasta el Obersee, o lago Superior, ocho kilómetros al sur. Separado del Königssee por un deslizamiento de tierra hacía mucho tiempo, el Obersee estaba abrigado dentro de su propio valle oval, rodeado por campos alpinos cubiertos de flores silvestres y por cataratas, una visión que atraía a los amantes de la naturaleza y a los aficionados a la fotografía de todo el mundo. Un servicio de lanchas iba desde Schónau hasta el muelle de Salet en el Obersee.

Aparte del paso de las pocas lanchas eléctricas que surcaban silenciosamente el Königssee, la superficie del lago era como un espejo, salpicado de sol, que reflejaba los verdes, grises y ocres de los bosques y acantilados que lo rodeaban. Allí donde Sam y Remi miraban había otra perfecta postal alpina.

A unos dos tercios del lago, donde su anchura se reducía a unos pocos centenares de metros antes de ensancharse de nuevo y curvarse hacia el sudeste en dirección al Obersee, la iglesia de la Peregrinación de San Bartolomé estaba en un claro de la península de Hirschau.

Mezcla de estilos arquitectónicos, la mitad de la iglesia de San Bartolomé era un viejo refugio de esquiadores bávaros, con paredes blancas, un tejado a dos aguas de pizarra gris, y sólidas persianas de madera pintadas de verde y amarillo, mientras que la otra mitad consistía en un grupo de tres cúpulas acedolladas rojas desde las cuales se alzaban otras dos torres: una cúpula sin ventanas, y la otra, más próxima a la orilla, un campanario más tradicional, con el techo muy inclinado y ventanas como saeteras.

—¿Es una ironía que a Hitler también le gustase este lugar? —preguntó Remi—. ¿O es que es un poco siniestro?

Berchtesgaden, el municipio al que pertenecía el Königssee, también era donde

había estado el refugio de montaña de Adolf Hitler, conocido con el nombre de Nido del Águila.

—Nadie es inmune a la belleza —dijo Sam—. Al parecer, ni siquiera él.

La pregunta era, como bien sabían Sam y Remi, además de por el entorno, ¿por qué estaban allí?

Aunque habían descifrado solo la primera parte del último acertijo, tenían tanta confianza en su solución como para llamar de inmediato a Selma y pedirle que les consiguiese pasajes de Monaco a Baviera. A media mañana, después de agradecerle a Yvette su hospitalidad, y prometerle regresar para contarle el resultado de la investigación, ya estaban de camino al aeropuerto de Niza, y de allí fueron a París, y después a Salzburgo, donde alquilaron un coche y condujeron los restantes cincuenta kilómetros hasta Schónau am Königssee.

—¿A qué hora sale nuestra lancha por la mañana? —preguntó Remi.

—A las nueve. Recuérdame que esta noche consulte el pronóstico meteorológico. —Incluso entonces, a finales de primavera, el tiempo en el valle del Königssee era inestable; había días en los que se podía pasar del calor del sol a grandes nubarrones y nevadas en el espacio de una hora. El visitante prudente siempre llevaba un chubasquero y un jersey.

Dada la ubicación de la iglesia de San Bartolomé, solo había dos maneras de llegar hasta ella: en lancha desde Schónau o a pie por los pasos de montaña que la rodeaban. Si bien la última opción los entusiasmaba, sabían que debían dejarla para una próxima visita.

No tenían tiempo. Aunque haber entrado en la finca de Bondaruk los había situado un paso por delante, dado lo mucho que ese hombre llevaba buscando la bodega perdida, y la amplitud de los recursos a su disposición, la ventaja podía durar muy poco. No habían visto ninguna señal de Jolkov o de sus hombres, pero aún parecía prudente mantener cierta paranoia. Hasta que encontrasen los secretos que podía guardar San Bartolomé y estuviesen lejos, asumirían que estaban siendo vigilados. Además, tenían claro que su intrusión en Jotyn había enfurecido todavía más a Bondaruk. Cualquier contención que él hubiese podido mostrar hasta el momento, sin duda había desaparecido. Lo que no podían saber, a la vista de los extremos a los que ya había llegado Bondaruk, era qué haría a continuación.

Si el Königssee era la cumbre de la belleza alpina, Sam y Remi decidieron que el pueblo más cercano, Schónau, encarnaba la palabra pintoresco.

Hogar de cinco mil personas, el pueblo, que se alzaba junto al río con el cauce de piedras que alimentaba el Königssee, era una extensa colección de casas particulares y locales de negocios, cada una, una joya de la arquitectura bávara, más parecida a un chalet que a un edificio. En el lado este del puerto en forma de S truncada, justo al sur de una hilera de cafés, restaurantes y hoteles, había una curva de cobertizos cuyo

estilo parecía sacado de las páginas de un libro de fotografías de los puentes cubiertos de Vermont.

En ese momento, mientras Sam conducía hacia el pueblo por la carretera bordeada de árboles, vieron que las últimas embarcaciones de turistas del día entraban en los cobertizos; sus estelas formaban transparentes abanicos sobre el agua esmeralda.

Pocos minutos más tarde entraron en el aparcamiento del hotel Schiffmeister. Con las marquesinas rojas y blancas y los balcones repletos de flores rojas, blancas y rosas, la fachada del Schiffmeister tenía ornamentos de color siena que formaban flores entrelazadas, hiedras y espirales. Mientras el conserje se ocupaba del coche y el botones de las maletas, entraron en el vestíbulo y fueron a la recepción. Minutos más tarde, se encontraban en una habitación con vistas al lago.

Se ducharon, se vistieron con los gruesos albornoces del hotel, pidieron que les subiesen café y se acomodaron en el balcón. Con la puesta de sol tras las montañas, el lago estaba iluminado por detrás en un tono dorado, y el calmo aire de la tarde comenzaba a refrescar. En las calles, los turistas paseaban entretenidos mirando los escaparates y sacando fotos del puente.

Sam encendió el móvil y se conectó al servicio de internet del hotel.

—Selma nos ha enviado algo —dijo, al mirar la lista de mensajes electrónicos.

Con la eficacia habitual, la documentalista les había preparado un informe de Jerjes I y su dinastía, tanto en una versión resumida como en otra detallada. Sam lo reenvió al teléfono de Remi, y dedicaron la siguiente media hora a leer la historia del antiguo rey persa.

Jerjes I, el octavo gobernante de la dinastía aqueménida, había ocupado el trono a la edad de treinta y cinco años, y no había perdido el tiempo en hacer honor a su fama de guerrero. Primero aplastó una revuelta en Egipto, y otra en Babilonia, de donde, tras anunciar el final del Imperio babilónico, se había apresurado a llevarse el ídolo de oro de Bel-Marduk y ordenar que se fundiera, para, de esa manera, aplastarlos definitivamente con el fundamento espiritual del imperio.

Dos años más tarde, Jerjes volvió su furia hacia los atenienses, que habían derrotado a la dinastía en la batalla de Maratón, donde acabaron con el intento del rey Darío I de conquistar toda Grecia.

En el año 483 a. C, Jerjes comenzó los preparativos para la invasión de Grecia y lo hizo de una forma espectacular: construyendo un puente para cruzar el Helesponto, y luego abrir un canal navegable a través del istmo de Athos.

Desde Sardis, Jerjes y su ejército se abrieron paso al norte a través de Tracia y Macedonia, antes de verse detenidos en las Termopilas por el rey Leónidas y sus espartanos, de los que, a pesar de su heroísmo, no se salvó ni un hombre. Sin oponentes, Jerjes continuó hacia el sur a lo largo de la costa hasta Atenas, donde

saqueó la ciudad abandonada. Este episodio resultó ser la cumbre de la invasión de Jerjes; poco después perdió gran parte de su flota en la batalla de Salamina, y luego la mayor parte de su ejército terrestre en las batallas de Platea y Micala en 479 a. C.

Tras dejar el ejército en manos de uno de sus generales, Mardonio, Jerjes se retiró a Persépolis, en el Irán actual, donde pasó el resto de sus días ocupado en reprimir los tumultos políticos. Acabó siendo asesinado por el capitán de su guardia, probablemente por orden de su propio hijo, Artajerjes, que asumió el trono en 464 a.C.

—Oh, qué lío —comentó Remi cuando acabó la lectura.

Sam, que tardó diez segundos más, alzó la mirada y respondió:

—Un tipo poco agradable el señor Jerjes.

—¿Alguno de ellos lo es? —Remi sonrió.

—Pocas veces. Bueno, si estamos buscando en la biografía de Jerjes alguna pista sobre lo que persigue Bondaruk, lo primero que me llama la atención es el ídolo de Bel-Marduk de Babilonia, pero la historia dice que fue fundido.

—¿Qué pasa si la historia está equivocada? ¿Por qué no puede ser que fundiese una copia y se largara con el original, que perdió en alguna parte?

—Podría ser. —Sam envió un mail a Selma y recibió su respuesta: COMPROBÁNDOLO—. De acuerdo, ¿otras posibilidades?

—Todo parece haber ido cuesta abajo para Jerjes después de invadir Grecia. Entregó el control de su ejército, volvió a casa, estuvo ocupado en tonterías durante unos pocos años y lo asesinaron. Quizá perdió algo en la campaña que a su juicio maldijo su reino.

—Y Bondaruk cree que si lo recupera volverá a equilibrar la balanza —concluyó Sam—. Poner las cosas en orden para la descendencia de Jerjes.

—Como dijiste, la apuesta segura es Bel-Marduk, pero la historia considera el levantamiento babilónico poco más que un incordio para Jerjes.

—¿Qué me dices de la revuelta egipcia? Fue más o menos por el mismo tiempo.

Remi soltó un suspiro.

—Es posible. El problema con la historia, sobre todo la historia antigua, es que a menudo solo lo más destacado llama la atención. Bien podría ser que en algún texto antiguo arrinconado en alguna biblioteca o museo haya una lista de tesoros robados por Jerjes, junto con el lugar donde los encontraron.

—Fantástico —manifestó Sam con una sonrisa—. ¿Por dónde empezamos?

—Tú escoges: El Cairo, Luxor, Estambul, Teherán... Si empezamos hoy, puede ser que acabemos en diez o doce años.

—En ese caso no es el mejor camino. Vale, a ver si podemos reducir un poco el marco: Jerjes gobernó durante veinte años. En ese tiempo realizó tres grandes campañas: Egipto, Babilonia y Grecia. De las tres, Grecia fue la más importante y,

presumiblemente, un punto de inflexión en su reinado. ¿Por qué no nos centramos en las guerras Médicas y vemos adonde nos llevan?

Remi lo pensó un momento y asintió.

—Suenan bien.

Se oyó el aviso de la recepción de un mensaje electrónico en el ordenador de Sam, y lo leyó.

—Es de Selma —explicó—. La historia de que fundieran el ídolo de Bel-Marduk es muy sólida. Hay una abundancia de relatos de primera mano de los acontecimientos, tanto de los persas como de los babilonios.

—Entonces, solucionado —dijo Remi—. Grecia.

Dedicaron una hora más a leer todo lo posible sobre la guerra greco-persa durante el reinado de Jerjes, luego hicieron una pausa para ir a cenar a la terraza del restaurante que daba al puerto, ya a oscuras. La combinación de la altitud, el impresionante panorama y la fatiga del viaje les había provocado un tremendo apetito. Comieron con placer los platos bávaros: Kalte Braten, lonchas muy finas de cerdo asado frío con pan y rábanos; Kartoffelsalat, una ensalada de patatas marinada; y filetes de trucha asalmonada cocidos en Kristallweissbier, todo acompañado con un vino bacchus de Franconia servido en su tradicional botella chata, conocida como Bocksbeutel. Por último bajaron la comida con sendas jarras de Weizenbier bien frías. La elección de una bebida a una temperatura por debajo de la ambiente atrajo las miradas curiosas de una pareja de residentes locales sentados a una mesa cercana, y la escueta explicación de Sam —«Americanos»— dio lugar a grandes sonrisas y a la invitación a una ronda.

Ahíto y un tanto achispados, subieron a la habitación, pidieron una cafetera y volvieron al trabajo.

—El punto importante de toda la campaña parece haber sido el saqueo de Atenas —señaló Remi—. Era la base del poder griego.

—Tracia y Macedonia no fueron más que ejercicios de calentamiento —admitió Sam—. Se reservó la mayor parte de su furia para Atenas. Por lo tanto, hagamos otro supuesto: Jerjes dominó a los babilonios al robar y destruir el ídolo de Bel-Marduk. ¿No estaría dispuesto a hacer lo mismo con los griegos?

Remi ya estaba leyendo el informe de Selma.

—Creo que decía algo... Sí, aquí está: Delfos.

—¿Cómo? ¿El Oráculo de Delfos?

—El mismo. Jerjes lo tenía en el punto de mira.

Ubicado a ciento sesenta kilómetros al noroeste de Atenas, en las laderas del monte Parnaso, el santuario de Delfos, dedicado al dios Apolo, era un complejo de templos que incluían la cueva Coricio, la fuente de Castalia, el altar de los Quíos, la

Stoa de los atenienses y el templo de Apolo, donde vivía el Oráculo, además de numerosos tesoros, un estadio y un teatro.

Tanto en los tiempos antiguos como en los modernos, el templo donde residía el Oráculo de Delfos era quizá el lugar visitado con más frecuencia. Los que buscaban la verdad desde el otro lado del Mediterráneo acudían a la pitonisa, por lo general una mujer del lugar escogida para servir como el conducto terrenal del Oráculo.

En los últimos años, los científicos han despojado a Delfos de sus propiedades mágicas, al sugerir que el trance en que caía la pitonisa era provocado por los vapores del metano, el dióxido de carbono y el ácido sulfhídrico, que escapaban de la roca debajo del templo.

Sam y Remi sabían que un ataque a Delfos estaría en consonancia con el modo de actuar de Jerjes. El saqueo de Delfos habría sido muy importante para convertir en impotentes a los dioses griegos, de la misma manera que había hecho en Babilonia con Bel-Marduk.

Inmediatamente después de acabar con los espartanos en las Termopilas, Jerjes envió un batallón de siete mil hombres a saquear Delfos.

Según la leyenda, se vieron obligados a retroceder por un oportuno deslizamiento de piedras provocado por el propio Apolo.

—Algo que puede o no ser cierto, si recuerdo bien mis clases de historia antigua —dijo Sam.

—Hay mucho debate al respecto —admitió Remi—. De acuerdo, continuemos con las suposiciones. ¿Qué pasa si las tropas de Jerjes no fueron detenidas? ¿Qué se podrían haber llevado?

—A la pitonisa, pero, a menos que Bondaruk esté buscando un esqueleto, no lo creo probable. ¿Qué te parece el omfalos?

El omfalos, «ombligo», era una piedra hueca en forma de piña que se decía había sido modelada a semejanza de una roca que la madre de Zeus, Rea, había envuelto en harapos para engañar al padre de Zeus, Cronos, quien en un ataque de celos quería asesinar al recién nacido.

Colocado dentro del templo de Delfos, el omfalos supuestamente permitía una comunicación directa con los dioses, pero una vez más, los científicos habían sostenido que el hueco del omfalos hacía poco más que canalizar los gases alucinógenos a los pulmones de la pitonisa.

—No sirve —dijo Remi—. Hay numerosos relatos de que el omfalos sobrevivió a la guerra. El problema es: ¿quién sabe la verdad? Si los británicos hubiesen conseguido robar la Declaración de la Independencia durante la guerra de 1812, ¿hasta qué punto se dispondría el gobierno a admitirlo?

—Verdad. ¿Qué más?

—Había muchos tesoros en Delfos. Se dice que dos en particular habían sido

cuantiosos: el tesoro de Argos y el tesoro de los Sifnios. Tenían algún significado religioso y cultural, pero en esencia eran como bancos pequeños: depósitos de oro y plata.

Sam se encogió de hombros.

—Puede ser, pero Jolkov dijo que Bondaruk buscaba un legado de la familia. Eso es bastante más personal que el botín de un antiguo robo a un banco.

—Además, acabar con lo que comenzó hace mucho tiempo suena como una misión de alguna clase.

Sam asintió y soltó un bostezo.

—Mi cerebro se está quedando sin fuerzas. Dejémoslo por esta noche y ya empezaremos de nuevo mañana.

Cincuenta kilómetros al norte, Jolkov bajó de la escalerilla del avión y pisó la pista, al tiempo que encendía y comprobaba el buzón de voz de su Blackberry. Se detuvo de pronto y miró la pantalla. Los tres hombres que lo acompañaban hicieron lo mismo.

—¿Qué pasa? —preguntó uno de ellos.

En respuesta, Jolkov se limitó a sonreír y fue hasta las sillas más cercanas, donde se sentó. Sacó el ordenador portátil del maletín, lo puso en marcha y escribió. Pasados treinta segundos, murmuró:

—Los tengo.

—¿Los tiene?

—Después de todo, los Fargo no son tan listos —murmuró. Miró a sus compatriotas—. Están justo al sur, en Baviera. ¡Vamos allá!

—Muy pronto todos ustedes disfrutarán de mi talento musical —dijo el capitán con un correcto pero muy acentuado inglés. Redujo la velocidad del motor y la embarcación comenzó a frenarse—. A su derecha tienen la Echowand, que significa «pared del eco».

Junto con los otros veinte pasajeros, Sam y Remi se volvieron en los asientos y miraron a estribor. Iban a bordo de una de las dieciocho lanchas eléctricas que explotaba la Königssee Boat Company. Había dos modelos: uno de veinte metros de eslora, con capacidad para ochenta y cinco pasajeros, y el modelo donde viajaban Sam y Remi, de seis metros de eslora, que podía llevar a veinticinco pasajeros.

Cuatrocientos metros más allá, a través de la niebla matinal, vieron un acantilado cubierto de bosque que se elevaba del agua. El capitán sacó una pulida flügelhorn de debajo de la consola del timón, se la llevó a los labios, sopló unas pocas notas tristes y después guardó silencio. Dos segundos más tarde, el sonido llegó en una réplica perfecta.

Los pasajeros rieron y aplaudieron.

—Por favor, mi interpretación no está incluida en el billete de esta mañana y es un trabajo que da mucha sed. Cuando desembarquen, quizá quieran dejar algo de trinkgeld en mi jarra o en cualquiera de las otras que vean en las bordas. Dividiré el bote entre mi colega de las montañas que respondió a mi llamada y yo.

Más risas. Uno de los pasajeros preguntó:

—¿Qué es trinkgeld?

—Dinero para beber, por supuesto. Esto de la corneta da mucha sed. Vale, ahora continuamos. La siguiente escala es la iglesia de la Peregrinación de San Bartolomé.

El viaje se reanudó casi en absoluto silencio; los motores eléctricos producían un suave gorgoteo. Era como navegar suspendidos en la niebla, con el susurro del agua a los lados. El aire era calmo, pero lo bastante frío para que Sam y Remi vieran su propio aliento.

Se habían levantado temprano, a las seis, y habían desayunado poco en la habitación para continuar con el trabajo. Antes de irse a la cama, Remi había escrito a algunos antiguos colegas y conocidos para plantearles tres preguntas: ¿qué tesoros contenía Delfos cuando la invasión de Jerjes? ¿Dónde se encontraban en la actualidad dichos tesoros? ¿Había algún relato referente a que Jerjes se hubiese llevado el tesoro de Delfos o el de Atenas?

En el buzón había media docena de respuestas, la mayoría de las cuales solo daban pie a nuevos interrogantes.

—Seguimos sin saber nada de Evelyn —comentó Remi, que buscaba en el buzón del iPhone.

—Recuérdamela, Evelyn... —dijo Sam.

—Evelyn Torres. En Berkeley. Fue ayudante del conservador en el Museo Arqueológico de Delfos hasta hace seis meses. Nadie conoce Delfos mejor que ella.

—Ya nos contestará, estoy seguro. —Sam tomó unas cuantas fotos del paisaje antes de volverse hacia Remi, que miraba su teléfono. Fruncía el entrecejo—. ¿Qué pasa? —preguntó.

—Me preocupa que Jolkov aparezca de nuevo. Se me ha ocurrido una cosa: ¿cuántas veces ha aparecido hasta ahora?

Sam pensó un momento.

—Sin contar el Pocomoke: apareció en Rum Cay, en el castillo de If y en Elba. Tres veces.

—No apareció en Ucrania, en Monaco, ni aquí. ¿Correcto?

—Toca madera.

—No cuentes con ello.

—¿Eso qué significa?

—No puedo estar segura, pero si la memoria no me falla hay tres lugares que tienen algo en común: Ucrania, Monaco y este.

—Adelante.

—Nunca utilicé mi iPhone en ninguno de aquellos lugares; teníamos el móvil vía satélite. No lo encendí, y únicamente lo he hecho aquí, anoche. No, no es así. Leí mi correo cuando aterrizamos en Salzburgo.

—¿Estás segura?

—Del todo. ¿Es posible que lo hayan pinchado?

—Técnicamente es posible, pero ¿cuándo pudieron hacerlo? Nunca ha estado fuera de tu vista, ¿no?

—Una vez, lo deje en el hostel cuando fuimos a reflotar el Molch.

—Maldita sea. Las otras veces, en Rum Cay, en el castillo de If y en Elba, ¿solo lo encendiste o te conectaste a internet? —El iPhone podía conectarse a internet de dos maneras, ya fuese por la red integrada Edge o por las redes inalámbricas locales.

—Las dos cosas.

—Jolkov podría haber instalado un transpondedor. Cada vez que lo enciendes o conectas a internet, el transpondedor se conecta al GPS del iPhone y envía una señal a Jolkov para avisarlo: «Aquí».

Remi exhaló un sonoro suspiro, con expresión decidida.

—¿Crees que...? —Comenzó a volverse, pero Sam la detuvo.

—Ya lo miraremos cuando desembarquemos. ¿Cuándo fue la última vez que lo encendiste? ¿En el hotel?

—Así es.

—No vi a nadie siguiéndonos esta mañana.

—Yo tampoco, pero con estas multitudes es difícil saberlo.

—Por desgracia, Schónau no es tan grande. Media docena de hombres bastarían para que hubieran visto desde lejos cómo subíamos a la embarcación.

—¿Qué hacemos?

—Lo primero es lo primero. Mandamos a la papelera los acertijos y la investigación —respondió Sam con su móvil—. No podemos arriesgarnos a que Jolkov se haga con esto.

Como había hecho con la mayoría de los artilugios personales y de la casa, Sam había modificado los móviles para añadirles una serie de aplicaciones, incluida una carpeta de borrado rápido. Si se intentaba abrir la carpeta sin la contraseña de inmediato, se borraba el contenido. Una vez que Remi pasó los datos a la carpeta, Sam dijo:

—Ahora roguemos para que se produzca un milagro.

—¿Cuál?

—Que estés en un error. El problema es que no ocurre con tanta frecuencia. Déjame ver tu móvil. —Remi se lo dio, y él sacó su navaja del ejército suizo y se puso a trabajar.

Sam, con la cabeza inclinada y el móvil desarmado en su regazo, acabó por murmurar:

—Aquí lo tienes.

Remi se inclinó.

—¿Has encontrado algo?

Con las pinzas de la navaja sacó un chip del tamaño de la uña del meñique del interior del móvil. Un par de cables iban hasta la batería.

—El culpable —dijo. La buena noticia era que el chip estaba programado para transmitir únicamente cuando se encendía el teléfono; ninguna señal alertaría a Jolkov de que lo habían encontrado. Sam cortó los cables, se guardó el chip en el bolsillo de la camisa y comenzó a montar de nuevo el móvil.

Veinte minutos más tarde, con la bruma casi disipada del todo por el sol que brillaba en el cielo azul, rodearon la península de Hirschau. Apareció a la vista San Bartolomé, con sus cúpulas de color rojo vivo resplandeciendo al sol y las praderas salpicadas de nieve de las montañas detrás. El prado donde se alzaba San Bartolomé era una cuña de un par de hectáreas que iban desde la costa hasta el bosque. Había dos muelles, uno para las llegadas y salidas de los visitantes; el otro, situado cerca de la capilla, era un cobertizo cubierto. Diseminados detrás de la capilla, en islas de hierba verde y senderos sinuosos, había una docena de edificios de madera, con los troncos toscamente labrados, cuyo tamaño iba desde el de un granero hasta el de una cabaña.

El capitán trazó un círculo delante del muelle, a la espera de que otra embarcación desembarcase a los turistas, y luego se acercó al embarcadero. Un tripulante saltó a tierra, sujetó las amarras de proa y popa y levantó la barandilla protectora.

Sam y Remi desembarcaron, atentos a los rostros de los demás pasajeros, y dejaron unas cuantas monedas en la jarra del capitán.

—No he visto a nadie —murmuró Sam cuando pisó el muelle. Le tendió la mano a Remi—. ¿Tú?

—Tampoco.

La suya era la segunda embarcación de la mañana que llegaba a tierra; la mayor parte del primer grupo aún estaba en la zona del muelle y alrededor de la tienda de regalos, entretenida en tomar fotos y consultar los mapas. Sam y Remi se movieron a lo largo de la cerca que rodeaba el muelle, siempre atentos a los rostros, antes de que la multitud tuviese tiempo de dispersarse.

Mientras caminaban, oyeron a varios guías turísticos que iniciaban sus explicaciones por encima del rumor general:

—Construida en el siglo XII, San Bartolomé fue considerada protectora de los granjeros y las lecheras alpinas...

—... la disposición interior está basada en la catedral de Salzburgo, y el trabajo de estuco exterior fue realizado por el famoso artista vienes Josef Schmit...

—... hasta 1803 el pabellón de caza junto a la capilla fue el retiro privado de los príncipes prebostes de Berchtesgaden, el último de los cuales...

—... después de que Berchtesgaden se convirtiese en parte de Baviera, el pabellón se convirtió en el lugar preferido...

Sam y Remi completaron el recorrido del muelle y volvieron al punto de partida. No vieron ningún rostro conocido.

A ochocientos metros, otras dos embarcaciones acababan de pasar la península.

—Podemos esperar aquí y mirar a los pasajeros a medida que llegan las embarcaciones, o mezclarnos con la multitud y comenzar la búsqueda de pistas.

—No me entusiasma mucho esperar —dijo Remi.

—A mí tampoco. Vamos allá.

Fueron hasta la tienda de regalos, donde compraron un par de sudaderas —una amarillo limón, la otra azul oscuro— y un par de sombreros de paja. Pagaron las compras y se dirigieron a los lavabos para ponerse las prendas nuevas. Si Jolkov y sus hombres los habían estado observando desde los muelles, esos rudimentarios disfraces, combinados con la multitud, que ahora rondaba las doscientas personas, podían darles a Sam y Remi la protección suficiente para moverse de forma anónima.

—¿Preparada? —preguntó Sam.

—Del todo —contestó Remi, se remeti6 el pelo cobrizo debajo del sombrero.

Durante los siguientes veinte minutos, pasearon por la zona de desembarco,

tomando fotos del fiordo y las montañas, hasta que Remi avisó:

—Lo tengo.

—¿Dónde? —preguntó Sam sin volverse. —La embarcación que espera entrar en el muelle. En la banda de estribor, cuarta ventanilla de popa.

Sam se volvió para enfocar la cámara a través del fiordo, y situó la embarcación que entraba, a un lado del marco. Puso en marcha el teleobjetivo, sacó unas cuantas fotos y bajó la cámara.

—Sí, es Jolkov. Conté otros tres. Espera aquí.

Con el sombrero calado hasta los ojos, Sam fue hasta el muelle.

—Eh, un momento —le dijo al tripulante que estaba a punto de soltar las amarras—. Me olvidé el dinero de la bebida. —Sam le mostró un billete de diez euros.

—Por supuesto, señor, adelante —dijo el tripulante.

Sam subió a bordo, dejó el dinero y el chip en la jarra, y bajó de nuevo al muelle. Mientras había estado en el baño, había utilizado las pegatinas del precio de las sudaderas para conectar una batería de reloj al chip. Calculaba que la batería no alimentaría al transpondedor durante más de treinta minutos, pero bastaría para sus propósitos.

Volvió junto a Remi.

—¿Crees que funcionará? —preguntó Remi.

—Funcionará. No podrán hacer otra cosa que seguirlo. La pregunta es: ¿cómo lo resolverá Jolkov?

Detrás de la multitud, la mitad de la cual participaba de una visita guiada y la otra mitad iba por libre, Sam y Remi fueron por el ancho sendero de piedra blanca hacia la capilla. En el muelle, Jolkov y sus tres compañeros acababan de desembarcar.

—¿Crees que van armados? —preguntó Remi.

—Yo diría que sí.

—Podríamos encontrar a alguien, ver si hay guardias de seguridad.

—No quiero poner a nadie en el camino de Jolkov. Quién sabe lo que es capaz de hacer. Además, ahora mismo vamos un paso por delante. No hay por qué desperdiciar la ventaja.

Sigamos, acabemos el trabajo, encontremos lo que hemos venido a buscar y larguémonos.

—Vale. Vayamos al acertijo. La primera mitad está resuelta —dijo Remi—. Eso nos deja dos frases: «El genio de Ionia, sus zancadas una batalla de rivales» y «Un trío de quoins, el cuarto perdido, señalarán el camino a Frigisinga». Algo en la primera línea no deja de molestarme.

—¿Qué es?

—Algo de la historia. Una vinculación que se me pasa por alto.

Detrás de ellos se oyó una voz:

—Perdón, por favor... Permiso...

Se volvieron y vieron a una mujer con muletas que intentaba adelantarlos. Se hicieron a un lado, y la mujer les dio las gracias con una sonrisa al pasar. Remi entrecerró los ojos mientras la miraba alejarse.

—Conozco esa mirada —dijo Sam—. ¿Se te ha encendido la bombilla?

Remi asintió, su mirada todavía puesta en la mujer.

—Las muletas. La derecha está una medida más baja.

—¿Y?

—Dilo de otra manera: su paso no es una batalla de rivales —respondió, con el rostro iluminado—. Eso es, ven. —Fue a paso rápido por el sendero hasta donde se ensanchaba delante de la capilla y se detuvo junto a la cerca, para asegurarse de que no había nadie que pudiese oírlos. Se apresuró a escribir en la pantalla del iPhone—. ¡Ya está! ¡Lo tengo! ¿Has oído hablar de la Liga Jónica: la antigua Grecia, una confederación de Estados formados después de las guerras Médicas?

—Sí.

—Uno de los miembros de la Liga Jónica era la isla de Samos: el lugar del nacimiento del genio de Samos, también conocido como Pitágoras. Ya sabes, el padre del triángulo.

—No te sigo.

—Las muletas de la mujer... Una es más corta que la otra.

Si le das rienda suelta a la imaginación, forman un triángulo escaleno: dos lados desiguales.

Sam sonrió, complacido al entenderlo.

—Pitágoras era el padre del triángulo isósceles. Dos lados iguales...

—Sus zancadas una batalla de rivales —citó Remi de nuevo.

—Así que estamos buscando un triángulo isósceles.

—Así es. Con toda probabilidad señalado con el sello de la cigarra de Laurent. Eso nos deja una frase: «Un trío de quoin, el cuarto perdido, indicará el camino a Frigisinga».

Sam miró por encima del hombro y observó a la multitud hasta que vio a Jolkov, que caminaba por la zona de desembarque. Sus hombres no estarían muy lejos. Sam ya estaba a punto de volverse cuando vio a Jolkov sacar una Blackberry del bolsillo y mirar la pantalla. Levantó la cabeza, miró alrededor y luego le hizo un gesto a alguien de entre la multitud. Diez segundos más tarde, sus tres compañeros lo rodeaban. Después de una breve conversación, dos de ellos volvieron a toda prisa al muelle. Jolkov y el otro fueron hacia el sendero de la capilla.

—Mordió el cebo —dijo Remi.

—Pero no está enganchado del todo. Es lo que me temía. La pregunta es: ¿cuándo

se dará cuenta de lo obvio?

—¿Qué es?

—Que nos tiene atrapados. No tienen más que quedarse en el muelle y esperar nuestro regreso.

—Quoin —murmuró Remi, que pensaba en voz alta mientras caminaba—. Hay tres opciones: una cuña que se utiliza para asegurar las letras de imprenta; cuñas utilizadas para levantar el cañón de una pieza de artillería, o piedras angulares en arquitectura. Tiene que ser lo último. No veo ningún cañón ni prensas.

Sam asintió, distraído, con la mitad de su atención dedicada a mantener a Jolkov y a su compañero a la vista; habían recorrido la mitad del camino hacia la capilla. Sus cabezas se movían a un lado y al otro en busca de la presa.

Remi continuó con su análisis.

—Por aquí abundan los ángulos, pero debemos suponer que no se refiere a uno de los edificios de madera.

La cerca de la izquierda daba paso a la terraza de una cervecería con mesas y sombrillas. Una banda bávara interpretaba una canción folclórica mientras el público aplaudía y cantaba. Sam y Remi dejaron atrás la cervecería y dieron la vuelta por la parte de la capilla que daba al extremo norte.

—Cañón —dijo Sam, que se detuvo—. Más o menos.

Remi miró hacia donde señalaba. A treinta metros en medio del prado había un pedestal de piedra de un metro de altura con la réplica de un sextante de bronce, un aparato anterior a la navegación moderna que se utilizaba para calcular la altura del sol sobre el horizonte. Si bien la mayoría de los sextantes tenían más o menos el tamaño de las tapas abiertas de un libro, ese medía cuatro o cinco veces más, casi un metro veinte de lado. El largo anteojo parecía el cañón de un trabuco.

Sam y Remi se acercaron. Allí había menos personas; la mayoría de los visitantes no se apartaban de los senderos de piedra, con su atención puesta en la capilla, las montañas o el fiordo.

—Aquí hay una placa —dijo Remi—. Está en alemán.

Sam se agachó para echar una mirada más de cerca y tradujo:

—Regalado en agosto de 1806 al elector Maximiliano José I, casa de Wittelsbach, miembro de la Confederación del Ring y rey de Baviera designado por Napoleón I, emperador de los franceses.

—Si esto no es una pista, ya me dirán qué es —comentó Remi—. Sam, mira aquí.

Se movió hacia donde ella estaba arrodillada. La parte inferior del sextante consistía en un brazo móvil que se deslizaba sobre un arco marcado con rayas, cada una indicando una sexagésima parte de un grado. Un agujero en el brazo mostraba la lectura del arco. Señalaba setenta.

—No es un trío —dijo Remi—. Habría estado muy bien que señalase el tres.

Sam la cogió de pronto del brazo y se ocultaron tras el pedestal para no ser vistos desde la zona de la capilla. Entre los brazos del sextante vieron a Jolkov y a su

compañero caminar por el sendero hacia los edificios más próximos a los árboles.

—Puede que sea esto —dijo Sam—. Vamos a pensar diferente: si el sextante es nuestro cañón y las marcas en el arco son quoins, las cuñas, esta parte del acertijo de Laurent es metafórica.

—Continúa.

—Recuerdas la frase: «Un trío de quoins, el cuarto perdido, señalarán el camino a Frigisinga». Sugiere que un cuarto quoin completaría el grupo. Si tienes un grupo completo, ¿cuál es el porcentaje?

—Cien.

—O sea, que cada quoin representa un cuarto del total. ¿Cuántas marcas hay en el arco?

Remi las contó.

—Ciento cuarenta y dos.

Sam hizo el cálculo mental:

$$142/4 \text{ quoins} = 35,5$$

$$35,5 \times 3 \text{ quoins} = 106,5$$

—Vale —dijo Sam—, o sea, que si levantamos el anteojo hasta los ciento seis grados...

Se arrodillaron detrás del sextante e imaginaron el anteojo apuntando hacia la nueva posición. Señalaba directamente a la torre más adelantada de las cúpulas acebolladas rojas.

—Yo diría que lo que tú llamas una X marca el lugar —dijo Remi—. Metafóricamente, por supuesto.

—El triángulo marca el punto —le corrigió Sam—. Con un poco de suerte.

No habían dado ni diez pasos de vuelta hacia la capilla cuando una voz sonó por el sistema de megafonía, para hacer un anuncio, primero en alemán y después en inglés.

—Atención, visitantes. Pedimos perdón por las molestias, pero acabamos de recibir un aviso de tormenta. Como se esperan fuertes vientos, cerraremos el parque antes. Por favor, vayan de inmediato y en orden a la zona de embarque y sigan las instrucciones del personal. Gracias.

Alrededor de Sam y Remi se oyeron las voces desilusionadas y las de los padres

que llamaban a sus hijos. Los rostros se volvieron para mirar el cielo azul.

—No veo nada... —comenzó Sam.

—Allí —dijo Remi.

Por el sudoeste una estrecha franja de nubes negras pasaba por encima de los picos de las montañas. Mientras Sam y Remi miraban, el frente pareció bajar como una ola en cámara lenta por las laderas hacia el fiordo. Los visitantes se dirigieron a los muelles, algunos a paso rápido, otros paseando. El personal vestido con camisa azul claro actuaba como pastores, animando cortésmente a los rezagados y ayudando a los padres a reunir a los niños.

—No sé tú —dijo Sam—, pero a mí no me entusiasma...

—A mí tampoco. Nos quedamos. Tenemos que encontrar un lugar donde refugiarnos.

—Vamos.

Con Remi pegada a sus talones, Sam fue hacia la playa, a unos cincuenta metros, donde un sendero se bifurcaba: a la izquierda, en dirección al bosque, y a la derecha, hacia los muelles. Tomaron el de la izquierda y comenzaron a correr, pasando junto a una docena o más de visitantes que iban en dirección opuesta. Uno de ellos, un hombre, que llevaba a dos niños pequeños con trajes alpinos, les gritó en alemán.

—¡Van en la dirección errónea! Los muelles están por aquí.

—He perdido las llaves del coche —respondió Sam—. Ahora mismo volvemos.

Un minuto más tarde estaban entre los árboles. El sendero giraba a la izquierda hacia los edificios auxiliares, pero ellos continuaron en línea recta, pasaron por debajo de la barandilla y entraron en el sotobosque. Treinta metros más allá se detuvieron para agacharse debajo de las ramas de un pino. En lo alto, las nubes negras comenzaron a extenderse sobre la península y taparon el sol.

Durante los siguientes veinte minutos observaron entre los árboles cómo los visitantes iban a paso rápido por los senderos y a través del prado en dirección a los muelles. Poco después vieron que una de las embarcaciones eléctricas entraba en el fiordo, seguida por otras dos que llegaban desde el norte; las tres se abrían camino entre las crestas blancas de las olas.

Poco a poco se apagó el rumor de voces, y solo quedó el silbido del viento entre los árboles y los gritos de «¡Todos a bordo!» ahogados por la nieve que caía, procedentes del muelle. Los altavoces, que habían estado repitiendo el aviso de evacuación cada treinta segundos, dejaron de transmitir.

—Comienza a hacer frío —dijo Remi, que se rodeó el pecho con los brazos.

Sam, que había hecho caso de la recomendación de la guía, sacó las sudaderas y los gorros de la mochila. Remi se puso las prendas y metió las manos en las mangas de la sudadera.

—¿Crees que se ha marchado con los demás? —preguntó Remi.

—Depende de lo que Jolkov crea que hicimos. Lo mejor sería esperar a la última embarcación y ver si nos marchamos con los que quedan.

—Así y todo, algo me dice que es mejor suponer lo peor.

—Estoy de acuerdo.

Esperaron una hora entera después de que la última embarcación abandonase el fiordo. Cargado con gordos copos de nieve, el viento soplaba muy fuerte y sacudía los árboles. Las pinas y las hojas caían al suelo y se mezclaban con la maleza. La nieve comenzó a amontonarse detrás de los troncos y la hierba, pero se fundía de inmediato cuando tocaba los senderos de piedras calientes por el sol, y se creaban tentáculos de vapor que eran arrastrados por el viento.

—Echemos una mirada —dijo Sam—. Busquemos algún lugar donde estar abrigados.

Volvieron al sendero y lo siguieron tierra adentro hasta un claro donde encontraron una cabaña de troncos con el tejado abuhardillado y ventanas alpinas. Era una estructura muy larga, de casi treinta metros de longitud, con una escalera que subía por la pared trasera hasta una puerta. Sam y Remi subieron los escalones y probaron la puerta. No estaba cerrada. La abrieron y se encontraron en un altillo con una barandilla desde donde se veía el nivel inferior. El interior estaba a oscuras excepto por una tenue luz gris que se filtraba por los vidrios esmerilados de las ventanas.

—No es el Four Seasons, pero al menos estamos protegidos del viento —dijo Sam.

—La comodidad es relativa —afirmó Remi con una sonrisa, y se quitó la nieve de la sudadera.

Encontraron un rincón cálido y se sentaron.

Esperaron otra media hora, tiempo suficiente, confiaron, para que cualquier miembro del personal que hubiera quedado atrás hubiese embarcado de regreso a Schónau. Sam y Remi no tenían manera de saber si se había quedado algún guardia, pero salvarían ese escollo cuando lo encontrasen. Fuera el viento había disminuido un poco y había dado paso a una fuerte nevada. Las ramas de los pinos rascaban las paredes de la cabaña como los dedos de un esqueleto.

Remi movió la cabeza; creía haber oído algo.

—¿Qué? —preguntó Sam solo con el movimiento de los labios.

Remi se llevó los dedos a la boca y señaló hacia la ventana. Unos segundos más tarde Sam las oyó: unas pisadas que aplastaban la nieve. Silencio, luego el golpe de una bota en la madera. Alguien subía la escalera. Sam se levantó, fue hasta la puerta,

la cerró y volvió junto a Remi. Poco después se movió la manija. Silencio de nuevo. Las pisadas bajaron la escalera y volvieron a cruzar la nieve.

Se abrió una puerta en la planta baja.

Remi se acurrucó junto a Sam, quien le pasó un brazo sobre los hombros.

De nuevo pisadas, esa vez de dos personas. Fueron hasta la cabaña y se detuvieron. El haz de luz de una linterna pasó por el tejado, rozó la barandilla del altillo y se apagó.

—¿Hola? —llamó una voz en alemán—. Personal del parque. ¿Hay alguien aquí?

Remi miró a Sam y sus labios formaron una pregunta. El negó con la cabeza y con el movimiento de los labios dijo: «Jolkov».

Más pisadas. La puerta se cerró.

Sam mantuvo la palma levantada junto a Remi, luego apoyó los dedos en sus labios.

Pasó un minuto. Dos. Cinco.

Desde abajo se oyó el débil rascar de un zapato en la madera.

—No están aquí —dijo Jolkov en inglés.

—¿Qué te hace pensar que todavía están aquí? —preguntó una segunda voz.

—Es lo que yo haría. Sé cómo piensan; son demasiado testarudos para permitir que un poco de mal tiempo los haga retroceder. Vamos.

Se abrió y se cerró la puerta. Las pisadas crujieron en la nieve y se perdieron. Sam fue a gatas hasta la barandilla y echó un vistazo. Se volvió hacia Remi y levantó el pulgar.

—Me late el corazón como un martillo neumático —dijo Remi.

—Bienvenida al club.

—Hemos de tener mucho cuidado con nuestras huellas de pisadas.

—Ellos también. Es más, vamos a aprovecharlas mientras podamos.

Salieron del altillo, bajaron la escalera y siguieron las pisadas de Jolkov fuera del claro, con la precaución de detenerse cada tres metros para mirar y escuchar. Sabían que se estaban mostrando demasiado precavidos, pero el ruso era un profesional. Quedaba la probabilidad de que el hombre hubiese dado media vuelta para tenderles una emboscada. Su mejor probabilidad era encontrar a Jolkov y a su socio y tenerlos a la vista mientras ellos permanecían ocultos.

El tiempo no iba a ayudarlos. La nieve caía con más fuerza, y la visibilidad se había reducido a treinta metros. Las huellas de Jolkov ya comenzaban a desaparecer. Después de quince minutos de marchas y paradas llegaron a un cruce de senderos. A izquierda y derecha conducían a otro par de cabañas de madera y ladrillo, y delante había un edificio que parecía un granero. Más allá, apenas visible entre la nieve, vieron el techo oscuro de la capilla.

A la izquierda, un golpe sordo: una puerta que se había cerrado.

Sam y Remi se apartaron del sendero y se echaron cuerpo a tierra en la maleza. Diez segundos más tarde un par de figuras difusas por la nieve aparecieron por el sendero a la izquierda, cruzaron la intersección y desaparecieron entre los árboles en su camino hacia la otra cabaña. Pasado un minuto oyeron el chirrido de las bisagras.

Sam volvió al sendero, fue hasta el cruce y miró a la derecha. Se volvió para hacerle una señal a Remi. Juntos marcharon deprisa por el camino opuesto hacia la cabaña que Jolkov acababa de abandonar. Entraron y cerraron la puerta. Sam fue a la ventana y se arrodilló para montar guardia. Remi se acomodó a su lado.

Pasados diez minutos, Jolkov y su compañero aparecieron entre la nieve, y esa vez fueron a la derecha para dirigirse a la cabaña de la capilla. En cuestión de segundos, la nieve los había ocultado.

—¿Cuánto más debemos esperar? —preguntó Remi.

Sam sacó el folleto del bolsillo y miró el mapa turístico.

—Hay un edificio más entre este y la capilla. Si ya lo han visitado o no, hay que adivinarlo.

—Por lo tanto, seguimos marchando, y confiemos en verlos antes de que nos vean.

—Quizá sí —dijo Sam, con una mirada distante—. Quizá no. —Buscó en la mochila y sacó la cámara. Recuperó las fotos en la pantalla y las fue observando una a una—. Aquí. —Le pasó la cámara a Remi—. Esta la hice cuando dábamos la vuelta al muelle.

Era la foto del cobertizo. A través de las puertas entreabiertas se veía el morro blanco de una planeadora.

—Debe de ser para emergencias —comentó Remi—. Veo otras dos detrás de esta.

En respuesta, Sam sonrió con una expresión picara y asintió.

—Conozco esa mirada —dijo Remi—. Funcionan los engranajes mentales. A ver, cuéntame.

—Una persecución como las que montaría MacGyver.

—Yo diría que es un truco un tanto evidente —señaló Remi.

—Estoy de acuerdo, pero volverán a enfrentarse al mismo dilema: seguirnos, separarse o esperar. No pueden permitirse no seguirnos, ante la posibilidad de que sea real. En cualquier caso, nuestras probabilidades mejoran.

Salieron, siguieron las huellas de Jolkov hasta el sendero y fueron a la izquierda. Delante de ellos, el camino se bifurcaba alrededor del último edificio antes de la capilla. La nieve blanda se había apilado deprisa; diez centímetros se amontonaban sobre la hierba, y los árboles estaban cargados de nieve en polvo. La primavera alpina se había convertido en una maravillosa tierra invernal.

Las pisadas de Jolkov iban hacia la derecha, así que ellos fueron a la izquierda. Luego se arrimaron a la pared del edificio y la siguieron hasta el final, agachados cuando pasaban por debajo de las ventanas, y deteniéndose cada pocos pasos para oír y mirar. Llegaron a la esquina delantera y se detuvieron. Enfrente tenían la capilla. A la derecha estaba la cerca, el prado y el sendero que llevaba hacia los muelles. A la izquierda apenas alcanzaban a ver el monumento del sextante; más allá el fiordo aparecía envuelto en la nieve y la bruma.

Remi se detuvo de pronto y tiró de la manga de Sam para llamar su atención. Señaló con la barbilla la pared que tenían detrás. Con una palma apoyada en la madera, movió los labios para decir sin voz: «Vibración». Sam apoyó la oreja en la pared. Desde el interior llegaron las pisadas en la madera. A la vuelta de la esquina oyeron el crujir de una puerta que se abría.

Sam dio un vistazo y después echó la cabeza hacia atrás. Se apretó contra la pared. Remi hizo lo mismo.

Un momento más tarde, Jolkov y su compañero aparecieron en el sendero de camino hacia la cabaña de la capilla. Sam y Remi esperaron hasta verlos desaparecer por la puerta trasera para luego correr, agacharse y caminar en cuclillas hasta la leñera que había junto a la puerta.

—Vamos a darles un minuto —susurró Sam—. Si ya han buscado en la capilla, no tardarán en salir. Si no es así, iré hasta el cobertizo.

—Mientras tanto, ¿yo qué hago? ¿Sentarme aquí?

—Más o menos.

—Olvidalo.

Sam le sujetó la mano.

—En cuanto me vaya, te ocultas en la leñera y permaneces quieta. Los dos en

movimiento doblamos las probabilidades de que nos vean.

—Entonces será mejor que camines rápido —dijo Remi, y se levantó—. ¿Vienes? Sam suspiró.

—Voy.

Agachados, echaron a correr, rodearon la capilla por la izquierda con la precaución de caminar por la hierba y fuera del sendero. Al cabo de un minuto llegaron donde la pared de madera de la cabaña daba paso a los ladrillos de las cúpulas. Siguieron la pared curva hasta donde se unía al sendero de la costa. Se detuvieron. A no más de quince metros, se alzaba el cobertizo.

La puerta estaba abierta.

En la penumbra interior vieron movimientos. Salió Jolkov seguido por su compañero. Echaron una mirada a un lado y a otro, y cada uno señaló mientras hablaba. Por fin Jolkov señaló hacia el embarcadero y fueron en aquella dirección. Sam y Remi esperaron hasta verlos alejarse, y luego corrieron para entrar en el cobertizo.

Era del tamaño de un garaje para dos coches y estaba subdividido en tercios con planchas de madera colgadas de las vigas. En el recinto había una embarcación Hans Barro naranja y blanca de cinco metros de eslora. Las puertas se cerraban con una tranca horizontal.

Sam caminó por la pasarela central, levantó la tranca a la posición vertical y abrió las puertas un par de centímetros. Una ráfaga de aire helado se coló por la brecha.

—Busca las llaves —susurró Sam.

Miraron en cada embarcación; no había ninguna llave en los arranques.

—Supongo que explica qué hacía Jolkov aquí dentro —comentó Remi—. Impedir nuestra salida. Si no es así, es que el personal guarda las llaves en otro lugar.

—En cualquier caso, algo me dice que no habría confiado solo en las llaves para mantenernos aquí.

Sam levantó la tapa de cada uno de los motores y miró el sistema con su linterna. En todos habían quitado un cable del distribuidor.

—No lo han cortado —dijo Remi, que miró por encima de su hombro—. Lo han quitado.

Era obvio que Jolkov había planeado su eventual estrategia de retirada.

—Inteligente, pero no lo bastante —murmuró Sam.

Desde que había tenido edad para manejar un destornillador, había estado trasteando con aparatos, comenzando cuando tenía cinco años por la tostadora de su madre, y sus estudios y su entrenamiento en la DARPA habían afinado sus habilidades para el bricolaje.

—Vigila —dijo Sam, y Remi fue hasta la puerta y se puso de rodillas para mirar por la grieta entre las bisagras.

Sam se montó en la embarcación del medio, encendió la linterna, la sujetó con los dientes y se metió por debajo del salpicadero del timón.

El sistema eléctrico del tablero era sencillo. Un puñado de cables ocultos detrás de un panel de plástico en la parte inferior del volante. Muy pronto encontró los cables del sistema de encendido, la bocina, el foco y los limpiaparabrisas. Con cuatro cortes de las tijeras de su navaja del ejército suizo se hizo con dos trozos de veinte centímetros de cable, les quitó la funda de plástico en los extremos y los ató. Conectó uno al distribuidor y se guardó el otro.

—¿Qué más? —susurró Sam con aire ausente—. Algo sencillo, pero no demasiado obvio.

Remi miró a su alrededor y se encogió de hombros.

—Estás preguntando a la chica equivocada. ¿No hay manera de que puedas preparar algo desagradable para esos tipos?

—¿Una bomba? Ya quisiera. No hay suficiente material aquí.

Continuó buscando. Tardó dos minutos, pero acabó por encontrarlo: un brazo torcido dentro del alternador. Devolvió el brazo a la posición original.

Seguro de que había encontrado todos los desperfectos hechos por Jolkov, volvió a meterse debajo del tablero, buscó los cables del arranque, quitó el aislante y los dejó colgando. Volvió a salir y bajó al muelle. Solo tardó un minuto en encontrar lo que necesitaba colgado en una pared: un cordón de sesenta centímetros de largo con un gancho en cada extremo. Aseguró uno de los ganchos al volante, y luego al acelerador, que movió hasta la posición máxima. Por último desató los cabos de proa y popa de la embarcación y los dejó caer al agua.

Ahora venía la parte difícil: el momento oportuno.

—¿Cómo lo tenemos? —le preguntó a Remi.

—Míralo tú mismo. Ni rastro de ellos.

Sam fue hasta la puerta y echó un vistazo. El embarcadero estaba oculto por la nevada. Apartó a Remi de la puerta.

—En cuanto oigas el arranque, regresa aquí. Vuelve sobre nuestros pasos y nos reuniremos en la leñera.

—Bien. —Remi se puso en posición junto a la puerta.

Sam volvió a la embarcación reparada y se metió de nuevo debajo de la consola.

—Cruza los dedos —murmuró, y luego cogió las puntas peladas de los cables y los unió. Hubo un chispazo seguido de una explosión.

Sam se arrastró hacia atrás, saltó a la cubierta y corrió a la puerta.

—Ve —le dijo a Remi.

Ella asomó la cabeza y corrió hacia la penumbra.

El motor de la embarcación se puso en marcha. Un humo gris salió de los colectores y llenó el cobertizo. El agua debajo de la popa comenzó a burbollar, y la

embarcación salió disparada pasando entre las puertas abiertas y desapareciendo en la nieve que caía.

—Navega con certeza —dijo Sam, y luego dio media vuelta y echó a correr.

Había dado tres pasos tras salir por la puerta cuando oyó una voz ahogada por la nieve que gritaba a su izquierda: «¡Allí!». Sin saber si el grito era por la planeadora que huía o por él, Sam se desvió a la derecha para seguir la curva del edificio, y luego corrió a través del prado hacia del monumento del sextante. Si Jolkov y su compañero lo perseguían, no quería conducirlos hasta Remi.

Cuando vio el monumento delante, se lanzó de cabeza por una pendiente que lo llevó detrás del pedestal. Se giró para mirar por dónde había llegado. Pasaron diez segundos. Oyó el ruido de las pisadas en la gravilla. Entre la nieve arrastrada por el viento vio a dos figuras aparecer por la esquina del edificio y entrar en el cobertizo. La pregunta era: ¿cuánto tiempo le llevaría a Jolkov reparar su propio sabotaje? El cable del distribuidor le llevaría menos de un minuto, pero devolver el volante a la posición correcta le sería más difícil. Cuanto más tardasen, más difícil le resultaría alcanzar a la planeadora.

Pasó un minuto. Dos. Un motor se puso en marcha y aceleró. Tras unos pocos segundos se alejó en dirección al lago. Sam se puso de pie, rodeó la parte de atrás de la capilla y encontró a Remi acurrucada en la penumbra de la leñera.

—Lo he oído —dijo Remi—. La pregunta es: ¿cuánto tiempo hemos ganado?

—Diez o quince minutos como mínimo. Con la que está cayendo es lo que tardarán en descubrir nuestro señuelo. Vamos.

La ayudó a levantarse. Subieron los escalones hasta la puerta de atrás y la abrieron.

Después del viento y la nieve, el relativo calor de la capilla les pareció celestial. Comparada con su gran exterior, la capilla era muy sencilla, con mosaicos marrones, bancos agrietados y paredes blancas de donde colgaban iconos religiosos. Por encima de sus cabezas, un balcón recorría toda la pared trasera, y las bóvedas estaban adornadas con filigranas rosas y grises. Los grandes rosetones de las paredes laterales permitían la entrada de una luz blanca opaca.

Caminaron por el pasillo central hasta el fondo de la capilla, donde había una puerta. La cruzaron y se encontraron en el ábside, en el que vieron una escalera de caracol. Subieron treinta o cuarenta escalones hasta una trampilla cerrada con cerrojo y un candado. El candado no estaba puesto.

—Al parecer, alguien se olvidó de controlar un punto del protocolo de evacuación —comentó Remi con una sonrisa.

—Mejor para nosotros. No me haría ninguna gracia estropear un monumento nacional bávaro.

Sam quitó el candado y descorrió el cerrojo. Con mucho cuidado levantó la trampilla, subió, ayudó a Remi y la cerró de nuevo. Aparte de la poca luz que entraba por las persianas, el espacio octogonal estaba a oscuras. Encendieron las linternas y echaron un vistazo.

—Aquí —dijo Remi, y se arrodilló—. He encontrado algo.

—Aquí también —dijo Sam desde la pared opuesta.

Se acercó a Remi y miró lo que ella alumbraba. Grabado en la moldura de madera debajo de la ventana, casi borrada por capas y capas de pintura, estaba el símbolo de la cigarra.

—¿El tuyo es idéntico? —preguntó Remi.

Sam asintió y fueron a la pared opuesta. Allí también había otro símbolo de la cigarra.

—¿Por qué dos? —preguntó en voz alta.

—La frase «Un trío de quoins»... tuvieron que aplicarla no solo al sextante.

Les llevó menos de treinta segundos encontrar el tercero. Los primeros dos símbolos de la cigarra estaban situados cerca de la fachada de la torre; el tercero, en la parte posterior.

—Formemos el triángulo —dijo Sam.

Se agachó junto a uno de los sellos y Remi hizo lo mismo. Después extendieron los brazos, cada uno señalando al otro y al tercer sello.

—Corrígeme si me equivoco —dijo Sam—, pero esto es un triángulo isósceles.

—Desde luego que lo es. Pero ¿en qué sentido se supone que señala?

—Si extendemos las líneas, los dos de adelante apuntarían al lago y las montañas. El tercero apunta a tierra adentro, detrás de nosotros.

Sam bajó los brazos mientras se sentaba, con la espalda apoyada en la pared. Frunció el entrecejo un instante y luego sonrió.

—¿Qué? —preguntó Remi.

—La última parte de la línea —respondió Sam—. Sabía que algo me resultaba conocido. —Buscó en los bolsillos del pantalón y sacó el folleto turístico de San Bartolomé. Lo ojeó—. Aquí. —Se lo dio a Remi—. Frigisinga.

—Hasta 1803 —leyó Remi—, el pabellón de caza junto a la capilla fue el retiro privado del príncipe preboste Joseph Conrad von Schroffenberg-Mös, que también fue obispo de Freising.

—Sabía que algo había leído al respecto durante nuestra búsqueda —añadió Sam—. Solo que lo situé mal. La palabra del siglo VIII para Freising era Frigisinga.

—Vale, entonces ¿el tal Schroffenberg-Mös estuvo aquí?

—Exactamente aquí, no. Pero vivía cerca y ya hemos estado allí.

Volvieron a bajar por la escalera de caracol, cruzaron la capilla y salieron por la

puerta de atrás para seguir por el sendero hacia el bosque. Cinco minutos más tarde estaban de nuevo en la cabaña en cuyo altillo se habían refugiado poco antes. Se detuvieron delante de la placa colocada en un poste junto a la puerta principal.

—Una vez sirvió como pabellón privado del último príncipe preboste de Berchtesgaden, Joseph Conrad von Schroffenberg-Mös —leyó Remi.

—Antes de Frigisinga —acabó Sam.

Entraron. Si bien la mayor parte de la cabaña estaba hecha de troncos, tanto los cimientos como las columnas eran de piedra.

—Primero busquemos en la sillería —dijo Sam—. La madera se puede reemplazar sin problemas, la piedra cuesta más.

—De acuerdo. ¿Cómo vamos de tiempo?

Sam consultó su reloj.

—Han pasado quince minutos desde que escapó nuestra liebre.

Como sabían lo que buscaban, no tardaron mucho. Cada uno caminó agachado a lo largo de las paredes iluminando bloques de piedra con las linternas.

—La cigarra marca el lugar —dijo Remi.

Estaba arrodillada junto a un pedestal debajo del altillo. Sam se apresuró a agacharse junto a ella. Estampado en la esquina superior izquierda de la piedra estaba el sello de la cigarra.

—Por lo visto, al final tendremos que hacer un pequeño estropicio —comentó Remi.

—Lo haremos con cuidado.

Sam miró alrededor, y luego fue hasta la chimenea, cogió un atizador de acero y volvió. Se puso a trabajar. Si bien el extremo del atizador tenía forma de espátula, era más ancho que las grietas que había entre las piedras, así que tardaron unos diez preciosos minutos en mover el bloque hacia fuera hasta que entre los dos pudieron sacarlo. Remi metió la mano en el hueco.

—Hay un espacio vacío alrededor del pedestal —murmuró—, espera...

Se tumbó en el suelo y metió el brazo en el agujero hasta el codo. Se detuvo. Abrió mucho los ojos.

—Madera.

—¿El pedestal?

—No, no lo creo. Sácame.

Sam la sujetó por los tobillos y la arrastró con suavidad lejos de la pared. El brazo salió del hueco seguido por una caja de madera oblonga. Remi tenía la mano cerrada como una garra, con las uñas clavadas en la tapa.

Durante diez segundos miraron la caja en silencio.

—Me debes una manicura —afirmó Remi con una sonrisa.

—Hecho —dijo Sam también sonriendo.

El peso de la caja les indicaba que no estaba vacía, pero lo comprobaron de todas maneras. Acomodada en un lecho de paja y envuelta en una tela impermeable había otra botella de la bodega perdida de Napoleón.

Sam cerró la tapa.

—No sé tú, pero yo creo que ya he tenido suficiente paseo turístico por un día.

—Estoy contigo.

Sam guardó la caja en la mochila y salieron al claro. Hasta entonces no habían oído el sonido de ninguna lancha porque estaban lejos del cobertizo, así que se movieron deprisa pero con cuidado, y muchas veces se detuvieron para ocultarse y mirar a su alrededor, hasta que llegaron de nuevo a la capilla.

—Ya casi estamos —dijo Sam. Remi asintió y cruzó los brazos sobre el pecho. Sam la abrazó y le dio una buena friega en la espalda—. Dentro de nada estaremos tomando un brandy caliente.

—Me gusta.

Dieron la vuelta a la izquierda por detrás de la capilla y siguieron sin apartarse de la pared hasta llegar a la fachada. Sam se detuvo tres metros antes, le hizo a Remi una señal para que esperase, y luego avanzó a gatas para asomarse por la esquina. Pasados unos segundos volvió junto a ella.

—¿Hay algo? —susurró Remi.

—No se mueve nada, pero la puerta está entreabierta. No puedo ver cuántas lanchas hay dentro.

—¿Qué me dices del muelle?

—Ahí no hay nada, pero con esta nieve...

—Silencio. —Remi inclinó la cabeza y cerró los ojos—. Escucha.

Pasados unos segundos, Sam lo distinguió: muy débil, a lo lejos, se oía un motor.

—Allí hay alguien —dijo Remi.

—No renunciarían a seguir al señuelo —razonó Sam—. O aún lo están persiguiendo o vuelven.

—De acuerdo. Es ahora o nunca.

Después de una última ojeada desde la esquina, Sam le indicó a Remi que iban a salir. Cogidos de la mano corrieron hasta el cobertizo. Entraron. Aparte de la embarcación que ellos habían lanzado al agua, faltaba la de la derecha.

Remi saltó a bordo de la embarcación que quedaba y se acomodó en el asiento mientras Sam dejaba a un lado la mochila, levantaba la tapa del motor e instalaba a toda prisa el cable del distribuidor y arreglaba la escobilla torcida. Cerró la tapa y se metió debajo del tablero para hacer un puente.

—Vale —dijo mientras salía—. Vamos a...

—¡Sam, la puerta! Sam se volvió.

Una figura entraba a la carrera por la puerta del cobertizo. Sam vio por un momento el rostro del hombre, el compañero de Jolkov, y cómo su mano se levantó empuñando un revólver de cañón corto. Sam no pensó, sino que reaccionó recogiendo el objeto más cercano —un chaleco salvavidas color naranja— y se lo arrojó.

El hombre lo apartó de un manotazo, pero le dio a Sam el segundo que necesitaba para saltar al muelle e ir a por él. Lo golpeó, y juntos se precipitaron sobre la pared. Sam le sujetó la muñeca y se la retorció con fuerza para romperle los huesos. El arma se disparó una vez, y otra.

Era un profesional, y en lugar de oponerse a la fuerza que Sam le hacía en la muñeca, la aprovechó, girando el cuerpo mientras levantaba el brazo izquierdo en un gancho con el que golpeó a Sam en la sien. Sam vio las estrellas, pero no soltó la muñeca. Después metió su brazo derecho por debajo del brazo con el que el hombre lo golpeaba, y lo sujetó con un abrazo de oso. Con la visión todavía nublada, Sam echó la cabeza hacia atrás y la descargó hacia delante. El cabezazo encontró su diana. Oyó un sonido ahogado cuando le destrozó la nariz al hombre. El arma cayó al suelo. Con un gruñido, el pistolero se apoyó en la pared, y juntos tropezaron. Sam sintió que un pie pisaba en el vacío. Estaban cayendo. Respiró hondo y se sumergió en el agua.

El agua lo envolvió, tan fría que por un momento lo paralizó como una descarga eléctrica. Sam luchó contra el instinto natural de salir a la superficie para respirar, e hizo todo lo contrario. Con el hombre todavía sujeto con el abrazo de oso, giró para quedar con las piernas hacia arriba, y las movió para ir hacia las profundidades. Su oponente estaba atontado, y con un poco de suerte, debido a la nariz fracturada, no podría respirar hondo una última vez.

El hombre se sacudió, y lanzó puñetazos desesperados con el brazo derecho. Sam soportó los golpes y no lo soltó. De pronto el pistolero dejó de lanzar puñetazos. Sam notó el movimiento de un brazo entre ambos. Miró hacia abajo. A través del agua oscura y la espuma vio que la mano del hombre se movía por debajo de la americana. La mano reapareció empuñando un puñal. Sam le sujetó el antebrazo e intentó apartarlo. El puñal se movió hacia arriba. Sam lo apartó. La hoja le desgarró la camisa; sintió un dolor agudo cuando le cortó el abdomen. La hoja continuó subiendo. Sam soltó la muñeca de su rival y sujetó la mano del puñal. Intuyó más que vio la hoja cerca de su cuello. Echó la cabeza hacia atrás y la volvió a un lado. La punta del arma pasó por delante de su barbilla, llegó al lóbulo y le cortó la parte superior de la oreja.

Una docena de años de judo le habían enseñado a Sam el poder de la palanca. El hombre, al levantar el brazo derecho por encima de la cabeza, estaba en una situación de debilidad. Sam no estaba dispuesto a desaprovechar la ventaja. Con la mano izquierda todavía sujetando la muñeca de la mano con la que el hombre empuñaba el arma, invirtió la sujeción de la mano derecha, le sujetó el dorso de la mano y a continuación tiró hacia atrás y la retorció al mismo tiempo. Un chasquido sordo le indicó que le había roto el hueso de la muñeca. La boca del ruso se abrió para soltar un grito ahogado en medio de un torrente de burbujas. Sam continuó retorciéndosela hasta oír el rascar de hueso contra hueso. El puñal se le escapó de los dedos y lo perdió de vista.

Sam giró de nuevo y movió las piernas para seguir bajando. Chocaron contra el fondo. El otro intentó clavarle los dedos de la mano izquierda en los ojos. Sam cerró los párpados con fuerza, apartó la cabeza y, con la base de la mano derecha, le golpeó la barbilla para echarle la cabeza hacia atrás. Oyó un sonido como el de una calabaza que se aplasta. El hombre se sacudió una vez, dos, y después se quedó inmóvil. Sam abrió los párpados y se encontró mirando los ojos fijos y sin vida del oponente. Detrás de la nuca, una roca afilada triangular asomaba en el fondo arenoso. Sam lo soltó y la corriente se llevó el cadáver, dejando un rastro de sangre mientras daba tumbos por el fondo. No tardó más de unos segundos en desaparecer en las tinieblas.

Sam flexionó las piernas y se empujó desde el fondo. Salió a la superficie debajo

de una de las pasarelas, se puso boca arriba y respiró hondo hasta que se le aclaró la vista.

—¡Sam! —gritó Remi—. ¡Aquí, por este lado, ven!

Sam nadó hacia la voz. Con las prendas empapadas, tenía la sensación de que sus brazos se movían entre miel. Sintió que las manos de Remi cogían las suyas. Se sujetó de la borda y dejó que lo ayudase a subir a la embarcación. Rodó sobre la cubierta y permaneció inmóvil, con la respiración entrecortada. Remi se arrodilló a su lado.

—Oh, Dios, Sam, tu rostro...

—Parece peor de lo que es. Unos pocos puntos de sutura y volveré a ser el mismo guaperas de siempre.

—Tienes la oreja cortada. Pareces un perro que acaba de perder una pelea.

—Digamos que es la herida de un duelo.

Ella le movió la cabeza a un lado y a otro, le observó el rostro y el cuello, y palpó con las puntas de los dedos hasta que Sam alzó la mano y le apretó la suya en un gesto tranquilizador.

—Estoy bien, Remi. Jolkov puede haber oído los disparos. Será mejor que nos vayamos.

—Tienes razón. —Levantó el cojín del asiento más cercano y buscó hasta encontrar un paño, que Sam se apretó en las heridas. Luego hizo un gesto hacia el agua—. ¿Está...?

—Desaparecido. No me dio otra alternativa. —Sam se sentó, se puso de rodillas y se quitó la sudadera y la camiseta—. Espera, el arma...

—La tengo. Aquí está. —Le entregó el revólver y se sentó al timón mientras Sam soltaba la amarra de proa. Remi giró la llave en el contacto y el motor se puso en marcha—. Sujétate. —Movié la palanca del acelerador a tope y la planeadora salió a través de las puertas—. Busca el botiquín de emergencia. Puede que encuentres una manta.

Sam buscó debajo de todos los cojines hasta que dio con una caja grande. En el interior, tal como había dicho Remi, encontró una manta térmica enrollada de color plata. La desenrolló y, cuando acabó de envolverse alrededor del cuerpo, se acomodó en el asiento del pasajero.

Más tarde, Sam no recordaría el sonido de otro motor por encima del suyo; solo vio la cuña blanca de la proa de la planeadora que aparecía por la niebla a su izquierda y los fogonazos del arma de Jolkov.

—Remi, ¡todo a estribor!

Remi, para su honra, reaccionó en el acto y, sin preguntar, giró el volante a tope. La planeadora se deslizó de costado. La proa de Jolkov, que había apuntado directamente al asiento de Sam, rebotó en el casco y se deslizó a lo largo de la borda.

Sam, que ya estaba agachado, apartó la cabeza y sintió cómo el casco de fibra de vidrio rozaba su cabellera. La proa golpeó un ángulo del parabrisas. El tremendo golpe retorció el marco de aluminio, y el vidrio voló hecho añicos. La lancha cayó de nuevo en el agua, y Sam vio que se desviaba en una amplia curva hacia la izquierda.

—Remi, ¿estás bien? —preguntó Sam, tumbado en el fondo.

—Sí, eso creo. ¿Y tú?

—Sí. Vira todo a babor, avanza durante cinco segundos y apaga el motor.

Una vez más, Remi no hizo preguntas y obedeció. Cerró el acelerador, apagó el contacto y la embarcación se deslizó silenciosamente sobre la superficie hasta que acabó por detenerse. Permanecieron en silencio; la planeadora se balanceaba con suavidad.

—Daré la vuelta —susurró Sam—. Supondrá que continuaremos avanzando en la misma dirección durante un rato.

—¿Cómo lo sabes?

—El instinto natural de dejarse dominar por el pánico y huir cuanto antes en la dirección opuesta.

—¿Cuántas balas nos quedan en esa cosa?

Sam sacó el revólver que llevaba a la cintura. Era un Smith & Wesson calibre 38 de cinco balas.

—Dos gastadas, quedan tres. Cuando lo oigamos a nuestra derecha, ve a la izquierda hacia la costa. Avanza a toda velocidad durante treinta segundos y cierra el acelerador.

—¿Otro palpito?

Sam asintió.

—Creeré que vamos en línea recta a Schönau.

—Es lo que acabaremos por hacer. La alternativa es una marcha de tres días a través de las montañas con esta tormenta de nieve.

Sam sonrió.

—Siempre nos queda el plan C. Ya te lo explicaré más tarde. Chist... ¿Lo has oído?

Prestaron atención. Les llegó el sonido de un motor que se movía a proa de derecha a izquierda. Al cabo de unos pocos minutos cambió el sonido, que resonó en la orilla.

—Vamos —dijo Sam.

Remi puso en marcha el motor, movió la palanca del acelerador a tope y viró a babor. Navegaron durante treinta segundos, cerraron el acelerador y avanzaron hasta detenerse. Solo el chapoteo de las olas en el casco rompía el silencio. El viento había amainado casi por completo, y los gruesos copos de nieve comenzaron a amontonarse en las bordas y los asientos.

—¿Qué está haciendo? —susurró Remi.

—Lo mismo que nosotros. Escuchando, esperando.

—¿Cómo lo sabes?

—Es un soldado; piensa como tal.

A popa, quizá a unos doscientos metros, oyeron la aceleración de un motor. La mano de Remi se movió hacia el acelerador.

—Todavía no —dijo Sam.

—Está cerca, Sam.

—Espera.

El motor de Jolkov continuó acercándose, acortando la distancia. Sam señaló a popa por la banda de babor y se llevó el índice a los labios. Apenas visible entre la nevada, una larga silueta fantasmal pasó junto a ellos. Vieron la figura de un hombre de pie al volante del timón. La cabeza de Jolkov se movía de izquierda a derecha. Sam levantó el revólver, apuntó y siguió la trayectoria de la embarcación hasta que se perdió de vista. Después de diez segundos, Remi dejó escapar un suspiro.

—No puedo creer que no nos haya visto —dijo.

—Nos ha visto. Fue una pausa apenas perceptible cuando se volvió hacia este lado, pero nos ha visto. Ahora dará la vuelta. Ve marcha atrás, poco a poco. Con todo el silencio que puedas.

Remi lo hizo. Después de haber recorrido unos quince metros, Sam susurró:

—Adelante y despacio. Llévanos hacia la orilla. —Cogió el bichero de dos metros cuarenta del soporte junto a la borda y miró a través de la nieve. A su izquierda oyó el chapoteo del agua en las rocas—. Vale, apágalo —le dijo a Remi—. A la derecha.

Ella lo hizo.

Silencio.

Más allá de la borda apareció el difuso contorno de un pino, luego otro. Las ramas se inclinaban hacia ellos como dedos de un esqueleto. Sam sujetó una rama con el bichero para frenar la deriva, y se arrimó hasta que el casco golpeó contra la orilla. Las ramas cubiertas de nieve, que bajaban hasta a casi treinta centímetros de la superficie del lago, formaban un dosel sobre sus cabezas. Sam se arrodilló junto a la borda y se asomó entre las ramas. Remi hizo lo mismo.

Por delante y a la derecha llegó el ruido de un motor. Pasados diez segundos se detuvo. Un momento más tarde, su embarcación comenzó a balancearse cuando les alcanzó la estela de la lancha de Jolkov.

—En cualquier momento —susurró Sam—. Preparada para irnos.

Como si hubiese sido una señal, a una distancia de catorce metros pasó la lancha de Jolkov, que iba de nuevo hacia los muelles de la capilla. Con el motor a ralentí. Luego desapareció, perdida en la niebla.

—No nos ha visto —susurró Remi.

—Esta vez no. Vale, en marcha. Síguelo. Cinco segundos a baja velocidad. Diez segundos de planeo.

Remi volvió a colocarse al timón y se apartaron de las ramas, dieron media vuelta y siguieron la estela de Jolkov.

Durante los siguientes veinte minutos continuaron su juego de planear y reducir la velocidad, siempre guiándose por el ruido del motor de Jolkov directamente en la proa. Apagaban el motor cuando él lo hacía y avanzaban solo cuando él volvía a poner el marcha el motor. Avanzaban lentamente, cubriendo menos de quince metros cada vez. Los muelles de San Bartolomé aparecieron a la derecha, las cúpulas acebolladas rojas parecían flotar en el aire.

Delante, el motor de Jolkov aceleró y comenzó a desviarse a la izquierda. Sam le hizo una señal a Remi para que fuese a la derecha. De nuevo hacia la costa.

—Poco a poco y sin prisa. —El ruido del motor de Jolkov parecía ir hacia el centro del lago.

—Apaga el motor —susurró Sam, y Remi lo hizo.

—Cree que nos estamos escondiendo o que volvemos a Schónau, ¿no es así? —preguntó Remi.

Sam asintió.

—Montará una emboscada en algún lugar al norte. Por desgracia para él, no vamos a entrar en su juego.

Pasaron los minutos, los cinco se convirtieron en diez, luego en veinte. Por fin Sam dijo:

—Vale, continuemos. Seguiremos la costa hacia el sur. Ve apenas por encima del ralenti.

—Algo me dice que ese brandy caliente tendrá que esperar.

—¿No te conformas con un techo sobre tu cabeza y un buen fuego?

Hotel Schöne Aussicht Grössinger, Salzburgo

—Un mensaje de Evelyn Torres —dijo Remi, que se sentó en la enorme cama y se quitó los zapatos—. Solo dice: LLÁMAME. No obstante, parece nerviosa. Vive para esto.

—Primero el brandy que te prometí, después Evelyn —propuso Sam.

—Necesitamos ropa y cosas básicas.

—Brandy, dormir y comprar, Evelyn.

Después de eludir a Jolkov en el Königssee habían estado despiertos y activos durante más de veintiocho horas. Siempre en dirección sur a lo largo de la costa y a paso de caracol habían llegado a los muelles de Salet una hora más tarde. Tras desembarcar, Sam había abierto las barrenas de la embarcación, había esperado hasta que unos treinta centímetros de agua borbollasen en el fondo antes de apuntar la proa hacia el centro del lago y mover el acelerador un punto. La lancha no tardó en esfumarse en la cortina de nieve.

—No se puede decir que hayamos sido turistas que no dejan huella de su paso, ¿verdad? —opinó Remi.

—No te preocupes —respondió Sam con un guiño—. Haremos una donación anónima a la Sociedad Histórica de San Bartolomé. Se podrán comprar una flota de planeadoras.

Desde los muelles habían seguido el sendero de gravilla tierra adentro durante casi un kilómetro, y habían cruzado el puente de tierra hasta la desembocadura del Königssee, donde habían encontrado otro cobertizo similar al de San Bartolomé. Ese, en cambio, disponía de un salón caldeado. Dentro, se quitaron las ropas empapadas y las colgaron en los percheros de la pared. Hallaron una lámpara de petróleo, y permanecieron acurrucados junto a ella hasta que oscureció, cuando Sam encendió el fuego en la estufa de leña. Pasaron el resto de la noche durmiendo junto a la estufa. Se levantaron a las ocho y media, se vistieron con las prendas ya secas y esperaron que llegase la primera embarcación con turistas. Se mezclaron con ellos, caminaron durante unas horas y mantuvieron los oídos atentos a cualquier mención de disparos durante la noche anterior o del hallazgo de un cadáver en el lago. No oyeron nada. Al mediodía embarcaron con regreso a Schónau.

Una vez en la costa decidieron mantener las precauciones y no volvieron al hotel ni tampoco quisieron usar el coche de alquiler. Atentos a la presencia de Jolkov y sus hombres, se metieron en la primera tienda de regalos y salieron por la puerta de atrás, que daba a un callejón. Durante veinte minutos anduvieron con cuidado, lejos de los muelles de Schónau, hasta que dieron con un café en una tranquila calle lateral, desde

donde llamaron a Selma.

A las dos de la tarde, un Mercedes de una agencia de alquiler de coches de Salzburgo se detuvo delante del café; y tres horas más tarde, después de un viaje con vistas preciosas, durante el cual Remi y Sam estuvieron siempre atentos a cualquier señal de persecución, se alojaron en un hotel con los nombres de Hank y Liz Traman.

Bien comidos y calientes con el brandy, primero le enviaron a Selma por correo electrónico las fotos de los símbolos de la botella de San Bartolomé, y después llamaron a Evelyn Torres a su casa.

—¿A qué viene el súbito interés en Jerjes y Delfos? —preguntó Evelyn por el altavoz tras un par de minutos de charla.

—Es un proyecto en el que estamos trabajando —contestó Remi—. Ya te contaremos los detalles cuando volvamos a casa.

—Bien, para responder a vuestras preguntas en orden, en el momento de la invasión de Jerjes, Delfos era, sin duda, el lugar más sagrado de Grecia. Las predicciones de la pitonisa se consultaban para todo, desde asuntos de Estado hasta un matrimonio. En cuanto a tesoros, no había allí mucha riqueza tangible: unas pocas piezas de valor, pero nada comparable con las riquezas de Atenas. Algunos eruditos no están de acuerdo, pero creo que Jerjes no comprendía el lugar de Delfos en la cultura griega. Por los pocos relatos orales que he leído, se consideraba el Oráculo como una novedad, algo parecido al tablero ouija actual. Estaban convencidos de que los griegos ocultaban algo en Delfos.

—¿Lo hacían?

—Siempre ha habido rumores, pero ninguna prueba sólida en la que basarse. Además, vosotros conocéis la historia: la tropa enviada por Jerjes fue apartada por la mano divina de Apolo, en la forma de un muy oportuno deslizamiento de tierras. Unos pocos persas consiguieron pasar y se llevaron algunos objetos ceremoniales, pero nada de importancia.

—¿Alguna cosa de valor sobrevivió a la invasión? —preguntó Sam.

—Las ruinas todavía están allí, por supuesto. Algunas de las columnas de los tesoros se encuentran en el Museo de Delfos, además de trozos de altares, frisos, el omfalos... Nada de oro o joyas, si eso es lo que os interesa.

—¿Recuerdas si alguien estuvo curioseando por Delfos cuando tú estabas allí? —preguntó Remi—. ¿Algo fuera de lo habitual?

—No, en realidad no. Solo las habituales peticiones formuladas por las universidades. —Evelyn hizo una pausa—. Espera un momento. Hace cosa de un año vino un tipo. Creo que era de la Universidad de Edimburgo, de la Facultad de Historia, Clásicas y Arqueología. Un tipo bastante extraño.

—¿A qué te refieres?

—Solicitó un permiso para examinar los restos de Delfos, y se lo concedí. Hay ciertas normas para los exámenes de los objetos; cosas que puedes hacer y cosas que no puedes hacer. Lo sorprendí tratando de destrozar uno de los importantes; mejor dicho, a punto de destrozarlo. Lo pillé cuando intentaba realizar una prueba con ácido en una de las columnas.

—¿Qué columnas? —preguntó Remi.

—Las cariátides. Estaban en la entrada del tesoro de los Sifnios en Delfos. — Antes de que Remi o Sam pudiesen formular la siguiente pregunta, Evelyn la respondió—: Una cariátide es una columna de piedra, por lo general de mármol, que representa a una mujer griega vestida con una túnica. Las más famosas son las que están en la Acrópolis de Atenas.

—¿Qué clase de prueba intentaba hacer? —preguntó Sam.

—No lo recuerdo. Tenía un martillo y un fino punzón de joyero, y un equipo con botellas de ácido... Lo escribí todo en un informe para la junta. Es posible que todavía tenga una copia. La buscaré mientras hablamos.

Oyeron moverse a Evelyn, luego el ruido de una caja y el rumor de unos papeles.

—¿Qué dijo cuando lo pillaste? —preguntó Remi.

—Que había entendido mal las reglas, cosa que era mentira. Yo misma se las había explicado. Mentía, pero se negó a decir por qué pretendía hacer la prueba. Lo echamos y comunicamos el incidente al director del departamento donde trabajaba en Edimburgo.

—¿No se avisó a la policía?

—La junta prefirió no hacerlo. Tuvo mucha suerte. Los griegos se toman ese tipo de cosas muy en serio. Podrían haberlo enviado a la cárcel. Sé que la universidad lo expulsó, y eso ya es un castigo severo. No sé qué fue de él después de aquel episodio. Aquí está el informe... Se llamaba Bucklin. Thomas Bucklin.

—¿Qué me dices del equipo de ácidos? —preguntó Sam.

El sonido de las hojas llegó por el altavoz.

—Qué raro —dijo Evelyn—. Había olvidado esta parte. Utilizaba ácido nítrico.

—¿Por qué es raro? —preguntó Remi.

—No es habitual. Es muy corrosivo. Nosotros no lo utilizamos.

—¿Quién lo utiliza?

—Los metalúrgicos —respondió Sam—. Lo utilizan para probar el oro.

Hablaron unos minutos más y se despidieron. Sam encendió su ordenador portátil, unas de las pocas cosas que habían llevado consigo en la mochila desde Königssee, y se conectó a internet. Había casi dos mil entradas sobre Thomas Bucklin. Solo tardaron unos minutos en dar con la precisa.

—Bucklin escribió varios artículos sobre historia clásica, la mayor parte

referentes a Persia y Grecia, pero no hay ningún trabajo del último año.

—Más o menos cuando lo despidieron —señaló Remi, que miraba por encima del hombro—. ¿Hay disponibles algunos de sus trabajos?

—Al parecer, en JSTOR están todos. —JSTOR es una biblioteca virtual gratuita en la que se pueden consultar toda clase de publicaciones, entre ellas de arqueología, historia, lingüística y paleontología. Sam, Remi y Selma la usaban con frecuencia—. Le diré a Selma que los baje y los envíe.

Sam escribió un mensaje y lo envió. Selma respondió treinta segundos más tarde: EN CINCO MINUTOS.

—¿Alguna mención de lo que ha estado haciendo desde que dejó Edimburgo? —preguntó Remi.

—Nada.

Sonó el aviso de entrada del correo electrónico de Sam. Selma había encontrado catorce trabajos de Bucklin, y los habían adjuntado en un archivo en formato PDF.

—Aquí hay algo interesante —señaló Sam—. Según Selma, Bucklin disfrutaba del año sabático que había solicitado en la Universidad de Edimburgo cuando apareció en Delfos.

—O sea, que trabajaba por libre —manifestó Remi—. No estaba allí por encargo de la universidad. ¿Quién demonios es ese tipo?

Sam dejó de buscar; sus dedos permanecieron quietos sobre el teclado. Se inclinó sobre la pantalla y entrecerró los ojos.

—Aquí tienes tu respuesta. Echa una ojeada.

Remi se inclinó sobre su hombro. Uno de los trabajos de Bucklin incluía una foto del autor. Era pequeña y en blanco y negro, pero era imposible confundir la calva, la corona de pelo naranja y las gruesas gafas negras.

Thomas Bucklin era el hombre vestido con bata blanca que habían encontrado en el laboratorio privado de Bondaruk.

Los trabajos de Bucklin eran muy interesantes, aunque no muy bien recibidos o merecedores de una amplia difusión. Según JSTOR, Sam y Remi habían sido solo los segundos en comprarlos desde su publicación. No les costó mucho adivinar la identidad del otro interesado.

Sam envió los documentos a su iPhone, le dejó a Remi el portátil y dedicaron tres horas a leer los trabajos de Bucklin. Como no querían condicionar las conclusiones del otro, esperaron hasta el final para comparar notas.

—¿Tú qué crees? —preguntó Sam—. ¿Un loco o un genio?

—Depende de si está en lo cierto o está equivocado. No hay duda de que está obsesionado con Jerjes y Delfos. Su versión de la invasión no le ganó muchos amigos en el mundo académico.

A través de años de laboriosa investigación, Bucklin había llegado a una conclusión muy extraña: que la invasión de Jerjes en Delfos había tenido un éxito mayor del que los historiadores griegos estaban dispuestos a admitir. Según Bucklin, en las semanas anteriores a la invasión, los encargados del tesoro de los Sifnios idearon un plan para proteger sus riquezas. Como no sabían de ningún lugar que pudiese estar a salvo del saqueo persa, los sifnios fundieron el oro y lo moldearon en un par de cariátides. Cuando las columnas se enfriaron, las cubrieron con argamasa y las colocaron en lugar de las verdaderas columnas que estaban en la entrada del edificio del tesoro.

Por razones desconocidas, los asaltantes persas no se dejaron engañar. El destacamento de doscientos soldados de élite, denominados los Inmortales, huyeron con las cariátides, con la intención de salir de Grecia por el norte, antes de desviarse al este a través de Macedonia y Tracia y volver a Persépolis, donde Jerjes tenía planeado fundir las cariátides para hacer un enorme trono, un monumento a su triunfo sobre los griegos, que instalaría en la sala de las Cien Columnas para toda la eternidad.

Los Inmortales no sabían que la noticia del robo en Delfos había llegado a Esparta menos de un día después de que la fuerza persa se marchase. Un phratra de soldados espartanos, unos veintisiete, los persiguió, con la intención no solo de recuperar las cariátides, sino también de vengar a los compañeros que habían perdido en la batalla de las Termopilas.

Alcanzaron a los Inmortales en el territorio de la actual Albania y les cortaron la ruta que los llevaría al este. Durante tres semanas, los espartanos acosaron a los Inmortales y los persiguieron en dirección norte a través de las actuales Montenegro, Bosnia y Croacia, antes de arrinconarlos en las montañas que hay al noroeste de Eslovenia. Pese a que los Inmortales los superaban diez a uno, no eran rivales para

los espartanos. Murieron casi todos. De los doscientos que habían dejado Grecia un mes antes, solo sobrevivieron treinta, aquellos que los espartanos decidieron que necesitaban como porteadores de las cariátides.

El comandante espartano había decidido no volver a casa, dado que el ejército de Jerjes aún continuaba atacando la polis. Las columnas se habían convertido en un símbolo de la supervivencia de Grecia, y los espartanos juraron morir antes que dejar que cayesen en manos de Jerjes. Como no sabían hasta dónde avanzaría la invasión persa, los espartanos continuaron hacia el norte, salieron de la actual Eslovenia con la intención de encontrar un lugar donde esconder las columnas hasta que llegase el momento de devolverlas a casa. Nunca más se volvió a saber nada de ellos, salvo por un único soldado que llegó a Esparta un año más tarde. Antes de sucumbir al agotamiento y a los efectos de la congelación, afirmó que el resto de sus compañeros habían muerto y que las cariátides se habían perdido con ellos. También se había perdido el secreto de su ubicación.

—Así que esta es la última pieza del rompecabezas —comentó Remi—. O al menos una de las últimas. Cómo Bondaruk y Bucklin se encontraron es algo que quizá nunca sabremos, pero está claro que Bondaruk cree la historia. Cree que la bodega perdida de Napoleón es el mapa del tesoro que lo llevará a las columnas de los sifnios. Es el legado familiar que intenta recuperar. Recuerdas qué más dijo Jolkov en Marsella sobre los motivos de Bondaruk: «Solo intenta acabar lo que comenzó hace mucho tiempo».

—Ese loco quiere fundirlas como pretendía Jerjes —dijo Sam—. No podemos permitir que se salga con la suya, Remi. Como piezas arqueológicas, las cariátides no tienen precio.

—Va más allá de no tener precio. Todo encaja: después de las batallas de Platea y Micalé, Jerjes de pronto le entrega el control del ejército a Mardonio y emprende el regreso a su capital. Vuelve a casa convencido de que las cariátides van de camino. La mayoría de los relatos lo sitúan regresando a Persépolis para comenzar un enorme programa de construcciones, incluida la Sala de las Cien Columnas.

—Donde, según Bucklin, pensaba mostrar el trono. Te dejaré que adivines dónde piensa Bondaruk colocar su trono.

—En el museo persa que tiene en el sótano de su casa —contestó Remi—. Es triste cuando lo piensas. Jerjes murió esperando un premio que nunca llegó, un premio que significaba muy poco para los griegos, y Napoleón murió esperando a que su hijo siguiese las pistas de los acertijos y recuperase el mismo premio.

—Quizá podamos mantener la llama viva —manifestó Sam.

—¿A qué te refieres?

—Nos aseguraremos de que Bondaruk muera sin llegar a poner la mano sobre las cariátides. Estará en buena compañía.

A las seis de la mañana, sonó el móvil de Sam. Era Selma.

—Es temprano, Selma —protestó Sam, casi dormido.

—Aquí es tarde. Buenas noticias. Creo que vamos mejorando. Hemos descifrado el código, pero pensamos que les gustaría descifrar el acertijo.

—Vale, envíamelo por correo.

—Va de camino. Llámeme más tarde.

Sam despertó a Remi. Ella se dio la vuelta en el momento en que sonaba el aviso de entrada del correo electrónico de Sam.

—Otro acertijo —dijo él.

—Ya lo sé.

Sam abrió el correo y juntos leyeron las líneas:

El hombre de Histría, trece por tradición.

Casa de Lázaro en Nazaret.

Hijo de Morpeth, guardián de Leuce, la tierra que está sola.

Juntos descansan.

—¿Alguna idea? —preguntó Sam.

—Pregúntamelo después del café.

Tras haber descifrado dos de los acertijos, Sam y Remi tenían mucho más claro el método que Napoleón y Laurent habían empleado para crearlos. Una combinación de dobles significados y oscuras referencias históricas, la solución de cada enigma dependía de la combinación de las frases individuales.

A media mañana ya habían encontrado en internet las referencias más obvias de cada frase:

La primera —«Hombre de Histría, trece por tradición»— se refería a Histría, el nombre latino de Istria, una península entre el golfo de Trieste y la bahía de Kvarner en el mar Adriático.

La segunda —«Casa de Lázaro en Nazaret»— podía tener centenares de significados. El nombre de Lázaro era mencionado dos veces en la Biblia, una como el hombre que Jesús había resucitado de entre los muertos, y la otra en la parábola de Lázaro, el pordiosero. Nazaret, por supuesto, era el lugar del nacimiento de Jesús.

La tercera —«Hijo de Morpeth, guardián de Leuce»— era demasiado amplia para

precisarla. Morpeth era una ciudad en el noreste de Inglaterra, y en la mitología griega, Leuce era una ninfa, la hija de Océano.

La cuarta —«Juntos descansan»— era la más ambigua de todas. ¿A quiénes se refería? ¿Descansan significaba dormir o estar muertos, o alguna otra cosa?

—Piensa en el último acertijo —propuso Sam—. Napoleón y Laurent utilizaron una línea similar: el «genio de Ionia» para referirse a Pitágoras. Quizá hicieron lo mismo aquí. Sabemos que la tercera frase probablemente contiene un lugar-nombre: Morpeth. Averigüemos si Morpeth fue el hogar de un residente famoso.

Remi se encogió de hombros.

—Vale la pena intentarlo.

Una hora más tarde tenían una lista de una docena de hijos de Morpeth que eran relativamente famosos. Ninguno de ellos les resultaba conocido.

—Vamos a cruzar los datos —dijo Remi— para ver si hay alguna relación entre alguno de los nombres de Morpeth y la palabra Leuce. ¿Alguno de ellos es experto en mitología griega?

Sam leyó la lista.

—No me parece. ¿Qué más sabemos de Leuce?

Remi buscó en sus anotaciones.

—Se la llevó Hades, el rey del inframundo. Según la versión que prefieras, después de su muerte se transformó en un álamo, ya fuese por obra de Hades o de Perséfone.

—Álamo —murmuró Sam, y escribió en el ordenador—. Leuce es una variedad de álamo. —Buscó en la lista de nombres de Morpeth—. Aquí puede haber algo: William Turner, nacido en Morpeth en 1508. Considerado por muchos como el padre de la botánica inglesa.

—Interesante. ¿Esta frase se referirá a Turner, o a los álamos?

—Ni idea. ¿Y la otra parte... «la tierra que está sola».

—Lo primero que se me ocurre es que se trata de una isla; están solas en medio del agua.

—Yo también he pensado lo mismo. —Sam buscó en Google las palabras isla, álamo y Turner, pero no encontró nada—. Hay varias referencias a una reserva de vida salvaje en la isla Poplar, en la bahía de Chesapeake, pero no hay ninguna relación con Turner, a menos que cuentes a Tina Turner, que donó dinero para la reserva.

—Probemos de nuevo con la primera frase: «El hombre de Híria, trece por tradición».

Como habían hecho con Morpeth, generaron una lista de figuras históricas vinculadas a la península de Istria, pero al igual que sucedió con Morpeth, ninguna de ellas tenía relevancia.

Pasaron a la segunda frase —«Casa de Lázaro en Nazaret»— y buscaron más a fondo, en las referencias más oscuras.

—¿Qué te parece esto? —preguntó Remi, que leía de la pantalla de su portátil—. Durante la Edad Media, las órdenes religiosas cristianas que atendían las colonias de leprosos eran conocidas como Casas de Lázaro.

—¿Como Lázaro, el santo patrono de los leprosos? —quiso saber Sam.

—Así es. En Italia, el término lazar se transformó en lazaretto, un lugar donde las naves y las tripulaciones pasaban la cuarentena. El primer lazareto registrado se estableció en 1403 frente a la costa de Venecia, en la isla de Santa María de Nazaret. —Miró a Sam—. Podría ser nuestra vinculación entre Lázaro y Nazaret.

—Nos estamos acercando, pero no puede ser tan fácil —opinó Sam—. Aún nos falta solucionar la primera frase.

Hizo otra búsqueda en Google y fue añadiendo y quitando palabras hasta que encontró un artículo en un ejemplar del National Geographic de 2007, donde se describía el descubrimiento de una fosa común para las víctimas de la peste bubónica que habían sido puestas en cuarentena para proteger Venecia de la plaga.

—El lugar estaba en una isla de la laguna veneciana llamada Lazzaretto Vecchio —dijo Sam.

Remi buscó entre sus notas.

—Vecchio... es el nombre moderno de Santa María de Nazaret. Sam, tiene que ser esta.

—Es probable, pero vamos a confirmarlo.

Veinte minutos más tarde y después de docenas de permutaciones de búsquedas, dijo:

—Vale, aquí. He utilizado las palabras isla, Venecia y plaga y he encontrado esto: Poveglia. Es otra isla en la laguna veneciana, donde ponían en cuarentena a las víctimas de la plaga durante el siglo XVII. Los cadáveres eran enterrados en fosas comunes, algunas veces había vivos mezclados con los muertos, o eran quemados en grandes piras. Los cálculos sitúan el número de muertos entre... —Hizo una pausa y abrió los ojos como platos.

—¿Qué? —preguntó Remi.

—Las estimaciones sitúan el número de muertos entre los ciento sesenta mil y los doscientos cincuenta mil.

—¡Dios bendito!

—Algo más: antes de llamarse Poveglia, se llamaba Popilia.

—¿Por qué me suena?

—Popilia es una derivación de Populas, que en latín significa «álamo». Poveglia estuvo una vez cubierta con bosques de álamos.

—Así que, por un lado, tenemos Poveglia y, por el otro, Santa María de Nazaret;

ambas son posibilidades muy sólidas. Tienes razón: aquí todo se reduce a la primera frase del acertijo, nuestro misterioso hombre de Histria.

—En cualquier caso, nuestra próxima parada es Venecia.

Sebastopol

—Por tu tono deduzco que no tienes buenas noticias —manifestó Hadeon Bondaruk al teléfono.

—Se han marchado y uno de mis hombres ha muerto —dijo Jolkov—. Encontramos el chip del teléfono de la mujer de Fargo a bordo de una de las embarcaciones eléctricas. No tengo idea de cómo lo descubrieron. —Jolkov recapituló el resto del encuentro en el Kónigssee, con la llegada a San Bartolomé hasta que perdieron a los Fargo en el lago—. De alguna manera consiguieron regresar a Schónau sin que los viésemos.

—¿Hallaron la botella?

—No lo sé.

—¿Donde están ahora?

—Encontramos a una persona que vio a alguien que respondía a la descripción subir a un Mercedes. Lo rastreamos hasta una agencia de alquiler de coches en Salzburgo. Ahora vamos para allí. Haremos averiguaciones en los moteles, el aeropuerto, la estación de trenes...

—No —dijo Bondaruk.

—¿Perdón?

—Cada vez que nos acercamos, se escapan del lazo. Creo que es el momento de retirarnos y dejar que los Fargo hagan lo que hacen mejor. Mientras tanto, quiero que sigas adelante con tu plan alternativo.

—Hay riesgos.

—No me importa. Estoy cansado de perseguir a esas personas por toda Europa. ¿Ya tienes al hombre?

—Sí —contestó Jolkov—. Según mis fuentes es el único que tiene familia: una esposa y dos hijas.

—Pues en marcha.

—Si nos denuncia en lugar de...

—Entonces asegúrate de que no nos denuncie. Convéncelo de que la cooperación es su único camino de salida. Es algo que puedes hacer, ¿no?

—Haré la llamada.

Venecia, Italia

El taxi acuático se detuvo en el embarcadero, y Sam y Remi se apearon. Juntos contemplaron los edificios.

—No importa cuántas veces la veo, siempre me quita el aliento —afirmó Remi.

La piazza de San Marco es un espacio trapezoidal en la boca este del Gran Canal. Famosa por las palomas y las losas, que siguen un diseño geométrico parecido al juego de la rayuela, es quizá la plaza más famosa de toda Europa, y en ella se hallan varias de las maravillas de Venecia, algunas de las cuales se remontan a mil años o más.

Sam y Remi dieron una vuelta completa como si la estuviesen viendo por primera vez: la basílica de San Marco, con sus cúpulas bizantinas; el Campanile, con su torre de cien metros de altura; el imponente palacio Ducal gótico, o palacio del Dogo; y por último, al lado opuesto de la basílica, el Ala Napoleónica, que había sido una vez el edificio de la administración francesa.

Fuese una coincidencia o no, no tardarían en saberlo, pero tenían muy clara la relación de Napoleón con Venecia y la piazza de San Marco, que él había bautizado como «la sala de Europa». En 1805, poco después de que Venecia fuese integrada en el recién creado Reino de Italia, el emperador ordenó la construcción del Ala, porque otros edificios, como los ocupados por la Zecca —o casa de la moneda—, la Librería Marciana y las Procuratie Nuove, no eran lo bastante grandes para acomodar a su corte.

Eran casi las seis y el sol se inclinaba hacia el horizonte por encima del tejado de la Librería Marciana. Se habían encendido algunas de las luces de la plaza, que proyectaban charcos ámbar en las arcadas y cúpulas. La mayoría de los turistas se habían marchado y reinaba el silencio, excepto por un murmullo de voces y el arrullo de las palomas.

—¿Con quién nos vamos a encontrar? —preguntó Remi.

—La conservadora —respondió Sam—. Maria Favaretto.

Antes de tomar el vuelo de las dos que salía de Salzburgo, Sam había llamado a la conservadora del Museo Archeologico y se había presentado. Para su fortuna, la señora Favaretto había oído hablar de ellos. Le comentó que su descubrimiento del diario perdido de Lucrecia Borgia —la maquiavélica seductora y manipuladora política del siglo XV—, un año antes en Bisceglie había sido noticia de primera plana en Venecia. Aún más, un antiguo colega suyo era el ayudante del conservador del Museo Borgiano de la Biblioteca Vaticana, a la que Remi y él habían donado el diario. Favaretto había aceptado reunirse con ellos acabado el horario de visita al

museo.

—¿Es aquella? —preguntó Remi, y señaló.

Una mujer les hacía señas desde el interior de uno de los pórticos de la Procuratie Nuove, donde estaba una parte del Museo Arqueológico; el resto se encontraba en el interior de la Biblioteca Nazionale Marciana, la Biblioteca Nacional de San Marcos. Sam y Remi se acercaron a la mujer.

—Señor Fargo, señora Fargo, soy Maria Favaretto. Es un placer conocerlos.

—Por favor, llámenos Sam y Remi —le pidió Remi, y le estrechó la mano.

—Y a mí llámenme Maria.

—Gracias por su ayuda. Esperamos no molestar.

—En absoluto. Recuérdenmelo de nuevo. ¿Qué período les interesa?

—No estamos muy seguros, pero ninguna de las referencias que hemos encontrado van más allá del siglo XVIII.

—Bien, creo que estamos de suerte. Si me siguen, por favor...

Los llevó más allá de una arcada, por un pasillo de azulejos crema, y entraron en el museo. La siguieron entre sarcófagos egipcios y carros asirios, estatuas y vasos etruscos, bustos romanos, tallas de marfil bizantinas y cerámica minoica.

Maria se detuvo delante de una puerta y la abrió con su llave. Caminaron por un largo pasillo en penumbra. Se detuvo de nuevo.

—Es una parte de la biblioteca que no está abierta al público. Dada la pregunta que quieren hacer, creo que la persona más indicada para ayudarlos es Giuseppe. No tiene ningún título, pero lleva aquí más que cualquier otro: casi sesenta años. Sabe más de Venecia que cualquier persona que conozca. —Titubeó y se aclaró la garganta—. Giuseppe tiene ochenta y dos años y es un tanto extraño. Creo que la palabra es excéntrico. Pero no se preocupen. Solo hagan sus preguntas y él encontrará las respuestas.

—De acuerdo —dijo Sam con una sonrisa.

—Les pedí una fecha porque Giuseppe es lo que se llama un hombre que vive en el pasado. No tiene ningún interés en nada moderno. Si no ocurrió en el siglo XIX o antes, no existe para él.

—No lo olvidaremos —prometió Remi.

Maria abrió la puerta y los invitó a pasar.

—Aprieten este timbre cuando hayan acabado. Vendré a buscarlos. Buena suerte. —Cerró la puerta.

La biblioteca del museo era larga y angosta, medía unos sesenta y seis metros por trece. Las paredes no eran paredes, sino estanterías desde el suelo hasta el techo. Tenían seis metros de altura. En cada una de las cuatro paredes había una escalera móvil. En el pasillo central había una única mesa de tres metros de largo y una silla de respaldo recto. Focos halógenos colgados del techo proyectaban una suave luz

sobre el suelo de mosaico verde.

—¿Hay alguien ahí? —llamó una voz.

—Sí. La señora Favaretto nos ha hecho pasar —respondió Sam.

A medida que sus ojos se acomodaban a la poca luz vieron a una figura en lo alto de la escalera, al fondo de la biblioteca. Estaba en el último escalón, con los dedos recorriendo los lomos de los libros y, de cuando en cuando, empujaba uno hacia dentro o sacaba otro hacia fuera. Pasados unos minutos, bajó de la escalera y caminó por el pasillo arrastrando los pies. Treinta segundos más tarde se detuvo ante ellos.

—¿Sí? —dijo sin más.

Giuseppe apenas medía un metro cincuenta, con el pelo blanco revuelto como si se hubiese peleado con el peine. No podía pesar más de cuarenta y cinco kilos. Los escudriñó con unos ojos azules de mirada penetrante.

—Hola. Soy Sam y ella es...

Giuseppe agitó una mano como descartando la presentación.

—¿Tienen una pregunta para mí?

—Sí..., tenemos un acertijo. Estamos buscando el nombre de un hombre, probablemente de Istria, en Croacia, que pudo tener alguna relación con Poveglia o con Santa María de Nazaret.

—Dígame el acertijo —ordenó Giuseppe.

—Hombre de Histria, trece por tradición... —recitó Sam.

Giuseppe no dijo nada, sino que los miró durante diez segundos mientras movía los labios.

—También creemos que pudo tener algo que ver con los lazaretos... —añadió Remi.

Giuseppe se dio la vuelta de pronto y se alejó. Se detuvo en el pasillo y miró a cada pared. Su dedo índice se movía en el aire a la manera de un director de orquesta en cámara lenta.

—Está catalogando los libros en su cabeza —susurró Remi.

—Silencio, por favor.

Pasados dos minutos, Giuseppe fue a la pared a mano derecha, empujó la escalera hasta el fondo, subió, sacó un libro del estante, lo ojeó, lo volvió a poner en su sitio y bajó.

Repitió el proceso cinco veces más: miró las estanterías, movió el dedo en el aire, subió y bajó de la escalera hasta que por fin se acercó de nuevo a ellos.

—El hombre que buscan se llama Pietro Tradonico, el dogo de Venecia desde 836 hasta el 864. De acuerdo con la cronología, era el undécimo dogo, pero por tradición es considerado el décimo tercero. Los seguidores de Tradonico escaparon a la isla de Poveglia después de que lo asesinasen. Tenían algunas chozas cerca del extremo noreste de la isla.

Dicho esto, Giuseppe se volvió para alejarse.

—Una pregunta más —gritó Sam.

Giuseppe se giró sin decir nada.

—¿Tradonico está enterrado allí?

—Algunos creen que sí. Otros opinan que no. Sus partidarios reclamaron el cuerpo después del asesinato, pero nadie sabe adonde se lo llevaron.

Giuseppe se alejó de nuevo.

—Gracias —dijo Remi.

Giuseppe no respondió.

—¿Encontraron lo que buscaban? —les preguntó Maria unos minutos más tarde cuando salieron. La conservadora había tardado cinco minutos en llegar después de que ellos hubieran apretado el timbre. Durante ese tiempo, Giuseppe continuó con su trabajo como si ellos no existiesen.

—Así es —respondió Sam—. Giuseppe es todo lo que usted nos dijo. Le agradecemos su ayuda.

—Ha sido un placer. ¿Hay algo más que pueda hacer por ustedes?

—Dado que es tan amable... ¿cuál es la mejor manera para llegar a Poveglia?

Maria se detuvo para mirarlos. Su rostro mostraba una expresión tensa.

—¿Por qué quieren ir a Poveglia?

—Forma parte de la investigación.

—Pueden usar todas nuestras instalaciones. Estoy segura de que Giuseppe...

—Gracias, pero nos gustaría verlo por nosotros mismos —manifestó Sam.

—Por favor, piénselo.

—¿Por qué? —preguntó Remi.

—¿Hasta qué punto conocen la historia de Poveglia?

—Si se refiere a las tumbas de las víctimas de la plaga, leímos...

—No solo eso. Hay mucho más. Vayamos a tomar algo. Les contaré el resto.

—Explícamelo de nuevo —susurró Remi—. ¿Por qué no podemos esperar hasta mañana?

—Ya es mañana —respondió Sam, girando el timón ligeramente para mantener la proa en el rumbo. Si bien su punto de destino no mostraba ninguna luz, el campanario se recortaba con claridad contra el cielo nocturno.

Vista desde el aire, Poveglia tenía la forma de un abanico, y medía quinientos metros desde la parte superior hasta la base y trescientos de un lado a otro, donde un angosto canal con paredes cortaba la isla de oeste a este, excepto por un banco de arena en el centro.

—No me vengas con tecnicismos, Fargo. Por lo que a mí respecta, las dos de la madrugada es plena noche. No es mañana hasta que sale el sol.

Después de tomar algo con Maria, habían encontrado una agencia de alquiler de barcos abierta. El encargado solo disponía de una embarcación, una lancha de cuatro metros de eslora con un motor fuera borda. Aunque no era en absoluto lujosa, Sam decidió que les serviría. Poveglia solo estaba a tres millas de Venecia, dentro de los brazos protectores de la laguna, y casi no soplabla viento.

—No me digas que te has creído las historias de Maria —comentó Sam.

—No, pero tampoco se puede decir que fuesen muy alegres.

—Eso es verdad.

Además de haber servido como fosa común para las víctimas de la plaga, a lo largo de sus mil años de historia, Poveglia había sido hogar de monasterios, colonias, una fortaleza y depósito de municiones para Napoleón; y en fecha más reciente, en los años veinte, un hospital psiquiátrico.

Maria les había explicado, con tremendos detalles, que el doctor que estaba a cargo del centro, después de haber oído a los pacientes quejarse de haber visto los fantasmas de las víctimas de la plaga, había comenzado a realizar burdas lobotomías y terribles experimentos con los internos, su particular forma de exorcismo médico.

La leyenda decía que el médico había acabado por ver los mismos fantasmas que mencionaban sus pacientes, y se había vuelto loco. Una noche había subido hasta lo más alto del campanario y se había arrojado al vacío. Los pacientes recogieron el cadáver, lo llevaron a la torre y sellaron las salidas, enterrándolo para siempre. Poco después, el hospital y la isla fueron abandonados, pero hasta el día de hoy, los venecianos dicen haber oído tocar la campana de Poveglia o haber visto luces fantasmagóricas moviéndose en las ventanas del hospital.

Poveglia era, les dijo Maria, el lugar más maldito de Italia.

—No, no me creo la parte de los fantasmas —dijo Remi—, pero lo que pasó en aquel hospital está bien documentado. Además, la isla está cerrada al turismo.

Nosotros estamos cometiendo un delito.

—Eso es algo que nunca nos ha detenido antes.

—Solo intento ser la voz de la razón.

—Debo admitir que es muy siniestro, pero estamos tan cerca de resolver este acertijo que quiero acabarlo de una vez.

—Yo también. Pero prométame una cosa. Al primer tañido de la campana, nos largamos.

—Si eso ocurre, tendrás que ganarme la carrera hasta la lancha.

Unos pocos minutos más tarde divisaron la entrada del canal. A unos centenares de metros de la costa se veían las siluetas oscuras del hospital y el campanario, que se alzaba por encima de los árboles.

—¿Ves alguna luz fantasma? —preguntó Sam.

—Tú continúa con tus bromas, gracioso.

Sam llevó la lancha a través de la resaca creada por las olas y entraron en el canal. Protegido por el lado del mar, había poca circulación; la superficie del agua se veía sucia y salpicada con trozos de vegetación, y en algunos lugares solo había unos palmos de profundidad. A la derecha, la pared de ladrillos cubierta con lianas; a la izquierda, árboles y maleza. Por encima oyeron el batir de unas alas y vieron murciélagos que cazaban insectos.

—Fantástico —murmuró Remi—. Tenían que ser murciélagos.

Sam se rió. Remi no tenía miedo a las arañas, las serpientes o los insectos, pero detestaba los murciélagos, los llamaba «ratas con alas y pequeñas manos humanas».

Diez minutos más tarde llegaron al banco de arena. Sam aceleró para encajar la proa en la arena, después Remi desembarcó y arrastró la lancha un par de metros. Sam se unió a ella y sujetaron la amarra con una estaca. Encendieron las linternas.

—¿Hacia dónde? —preguntó ella.

Sam señaló a la izquierda.

—Al extremo norte de la isla.

Cruzaron el banco de arena y subieron por la ribera opuesta hasta una zona de arbustos. Encontraron una brecha, se abrieron paso y salieron a un claro del tamaño de un campo de fútbol y rodeado por árboles bajos.

—¿Esto es...? —susurró Remi.

—Podría ser. —Ninguno de los mapas de Poveglia ubicaba con precisión las fosas comunes—. En cualquier caso, es extraño que aquí no crezca nada.

Continuaron su camino a través del campo, con cuidado y alumbrando el suelo con las linternas. Si se trataba de una fosa común, estaban caminando sobre los restos de decenas de miles de personas.

Cuando llegaron a la línea opuesta de árboles, Sam fue hacia el este unos treinta metros antes de desviarse de nuevo hacia el norte. Los árboles comenzaron a

espaciarse y salieron a un pequeño claro con las hierbas muy altas. A través de los árboles, al otro lado del claro, vieron el reflejo de la luna en el agua. A lo lejos sonó una campana.

—Una boya en la laguna —murmuró Sam.

—Gracias a Dios. El corazón me ha dado un brinco.

—Aquí hay algo. —Avanzaron y se detuvieron junto a un bloque de piedra que asomaba por encima de los hierbajos—. Tuvo que ser parte de un cimiento.

—Allí, Sam —Remi alumbró con la linterna lo que parecía ser el poste de una cerca en el lado derecho del claro. Se acercaron. Atornillado al poste había una placa cubierta con un cristal:

Necrópolis del siglo IX de los seguidores de Pietro Tradonico, dogo de Venecia de 836 a 864. Restos desenterrados y trasladados en 1805. Sociedad Histórica de Poveglia

—Si Tradonico estuvo aquí, ahora se ha marchado —dijo Remi.

—Trasladados en 1805 —volvió a leer Sam—. Es más o menos la fecha en que Napoleón fue coronado rey de Italia, ¿no?

—También alrededor de ese año había convertido Poveglia en un depósito de municiones —señaló Remi—. Si Laurent estaba con él, es probable que aquí tuviesen la inspiración para el enigma.

—Y hubiesen sabido a qué lugar se habían llevado los restos de Tradonico. Remi, aquí nunca hubo una botella. Todo el acertijo no era más que un escalón para enviar a Napoleón hijo a alguna otra parte.

—Pero ¿adonde?

A la mañana siguiente, dos minutos después de las ocho, el taxi que llevaba a Sam y Remi se detuvo en una pequeña callejuela, dos manzanas al este de la iglesia de Santa María Magdalena. Le pagaron al taxista, bajaron del vehículo y subieron hasta una puerta roja bordeada con una reja negra de hierro forjado. Una pequeña placa de bronce en la pared junto a la puerta decía: sociedad histórica de poveglia.

Sam pulsó el timbre. Oyeron pasos en un suelo de madera, y luego se abrió la puerta para dejar a la vista a una mujer rolliza con un vestido estampado rosa y amarillo.

—Sí?

—Buon giorno —dijo Remi—. Parla inglese?

—Sí, hablo inglés muy bien. ¿En qué puedo ayudarlos?

—¿Es usted la conservadora?

—¿Perdón?

—De la Sociedad Histórica de Poveglia —respondió Sam, sonriente y señalando la placa.

La mujer asomó la cabeza, miró la placa y frunció el entrecejo.

—Es vieja —dijo—. La sociedad no se reúne desde hace unos cinco o seis años.

—¿Por qué?

—Por todo ese asunto de los fantasmas. A la gente solo le interesaba el hospital y las fosas comunes. No les importaba el resto de su historia. Yo era la secretaria. Rosella Bernardi.

—Quizá pueda ayudarnos —dijo Remi. Se encargó de las presentaciones—. Tenemos algunas preguntas sobre Poveglia.

La señora Bernardi se encogió de hombros, los invitó a pasar y los llevó por el pasillo hasta una cocina con los azulejos blancos y negros.

—Siéntense. Hay café hecho. —Les señaló la mesa de la cocina. Sirvió tres tazas de café de una cafetera eléctrica plateada y se sentó—. ¿Qué quieren saber?

—Nos interesa Pietro Tradonico —respondió Sam—. ¿Sabe si fue enterrado en Poveglia?

La señora Bernardi se levantó, cruzó la cocina y abrió un armario de encima del fregadero. Sacó lo que parecía ser un álbum de fotos encuadrado en cuero marrón y volvió a la mesa. Abrió el álbum y buscó una página aproximadamente en el medio. Debajo de una lámina de acetato había una hoja de papel amarillento con docenas de líneas escritas a mano.

—¿Es una referencia original? —preguntó Remi.

—Sí. Es el censo oficial de Poveglia de 1805. Cuando Napoleón ordenó la adscripción de la isla, el gobierno se apresuró a borrar su pasado.

—¿Que incluía las viviendas de Tradonico y sus seguidores...?

—Sí, las casas también. Según este documento, Pietro Tradonico y su esposa, Majella, fueron enterrados uno al lado del otro en Poveglia. Cuando los desenterraron, guardaron los huesos en un mismo ataúd, que fue depositado temporalmente en el sótano de la basílica della Salute.

Sam y Remi intercambiaron una mirada. Allí estaba la solución a la última frase del acertijo: «Juntos descansan».

—Ha dicho temporalmente —preguntó Sam—. ¿Ahí dice adonde enviaron después los restos?

La señora Bernardi siguió con el índice las frases de la página, pasó a la siguiente y se detuvo más o menos por la mitad.

—Se los llevaron a casa —contestó.

—¿A casa? ¿Adonde?

—Tradonico había nacido en Istria.

—Sí, lo sabemos.

—Algunos de los miembros de la familia Tradonico vinieron para llevarse los cuerpos a su pueblo natal: Oprtalj. No sé si lo saben, pero está en Croacia.

—Si —dijo Remi con una sonrisa.

—Qué hicieron con Tradonico y su esposa cuando llegaron a Oprtalj no lo sabemos. ¿Esto responde a sus preguntas?

—Así es —respondió Sam, y se levantó.

Remi y él estrecharon la mano de la señora Bernardi. Caminaron por el pasillo, y ya salían por la puerta principal cuando ella los detuvo.

—Si los encuentran, por favor, avísenme. Podré actualizar los registros. Dudo que nadie más pregunte, pero al menos lo tendré apuntado.

La señora Bernardi se despidió de nuevo y cerró la puerta.

—Croacia, allá vamos —dijo Remi.

Sam, que había estado buscando en su iPhone, le mostró la pantalla.

—Hay un vuelo que sale dentro de dos horas. Estaremos allí a la hora de comer.

El cálculo de Sam había sido demasiado generoso. Resultó que la ruta más rápida era un vuelo de Alitalia desde Venecia hasta Roma y luego a través del Adriático hasta Trieste, donde alquilaron un coche. Cruzaron la frontera y fueron en dirección sur, donde estaba Oprtalj, a unos cincuenta kilómetros de distancia. Llegaron a última hora de la tarde.

Situada en lo alto de una colina de trescientos metros de altura en el valle de Mirna, Oprtalj tenía un claro aspecto mediterráneo, con techos de tejas y laderas bañadas por el sol en las que abundaban los viñedos y los olivares. La historia del pueblo, como una antigua fortaleza medieval, se mostraba en el laberinto de callejuelas de adoquines, rejas y edificios apretujados. Después de detenerse tres veces para pedir orientaciones, que recibían en mal inglés o en italiano, encontraron el ayuntamiento, a unas pocas manzanas al este de la carretera principal, detrás de la iglesia de San Juraj. Aparcaron a la sombra de un olivo y se apearon.

Como en el pueblo solo había mil cien habitantes, Sam y Remi confiaban en que el nombre de la familia Tradonico fuese famoso. No se llevaron una desilusión. Al escuchar el nombre del antiguo dogo, el empleado asintió y les dibujó un mapa en una servilleta de papel.

—El Museo Tradonico —dijo en un inglés pasable.

El mapa los llevó hacia el norte, colina arriba, pasado un prado donde había vacas, y después a un callejón hasta un edificio del tamaño de un garaje y pintado de color azul. Un cartel pintado a mano sobre la puerta tenía seis palabras, la mayoría de ellas escritas en croata, pero una palabra era reconocible: tradonico.

Abrieron la puerta. Sonó una campanilla. A su izquierda había un mostrador de madera, con forma de L; delante, una habitación de seis metros por seis con columnas

de madera y paredes encaladas. En los estantes había pequeñas esculturas, iconos enmarcados y diversos recuerdos para turistas. Un ventilador de techo crujía y chirriaba con el movimiento de las aspas.

Un hombre mayor con unas gafas de montura metálica y un viejo chaleco se levantó de la silla detrás del mostrador.

—Dobar dan.

Sam abrió en una página señalada del libro de frases croatas que había encontrado en el aeropuerto de Trieste.

—Zdravo. Ime mi je Sam. —Señaló a Remi y ella sonrió—. Remi.

El hombre se señaló el pecho con el pulgar.

—Andrej.

—Govorite li Engleski? —preguntó Sam.

Andrej movió la cabeza de un lado a otro.

—Poco inglés. ¿Americano?

—Sí —asintió Sam—. De California.

—Buscamos a Pietro Tradonico —dijo Remi.

—¿El dogo?

—Sí.

—Dogo muerto.

—Sí, lo sabemos. ¿Está aquí?

—No. Muerto. Mucho tiempo muerto.

Sam probó otra táctica.

—Venimos de Venecia. De la isla de Poveglia. A Tradonico lo trajeron aquí desde Poveglia.

Se iluminaron los ojos de Andrej y asintió.

—Sí, 1805. Pietro y esposa Majella. Por aquí.

Andrej salió de detrás del mostrador y los llevó hasta una urna de vidrio en el centro de la habitación. Señaló un icono pintado con pan de oro. Mostraba a un hombre de rostro afilado y nariz larga.

—Pietro —dijo Andrej.

Había otros artículos en la urna, que en su mayoría eran joyas y figurillas. Sam y Remi caminaron alrededor de la urna y se detuvieron ante cada estante para examinarlo. Se miraron el uno al otro y negaron con la cabeza.

—¿Es usted un Tradonico? —preguntó Remi, y lo señaló—. ¿Andrej Tradonico?

—Da. Sí.

Sam y Remi habían discutido esa parte en el avión, pero no habían decidido cómo hacerlo. ¿Cómo hacías para decir a alguien que querías echar una ojeada a los restos de sus antepasados?

—Nos gustaría ver... Quizá podríamos...

—¿Ver cuerpo?

—Sí, si no es un inconveniente.

—Seguro, ningún problema.

Lo siguieron a través de una puerta detrás del mostrador y caminaron por un pasillo hasta otra puerta. El hombre se sacó una vieja llave del bolsillo del chaleco y la abrió. Salió una vaharada de aire frío con olor a moho. Oyeron el agua que goteaba en alguna parte. Andrej tendió la mano y tiró de un cordel. Se encendió una bombilla para dejar a la vista unos escalones de piedra que descendían a la oscuridad.

—Catacumbas —explicó Andrej, y comenzó a bajar.

Sam y Remi lo siguieron. La luz se esfumó detrás de ellos. Después de descender unos diez metros, los escalones acababan en un desvío a la derecha. Oyeron los zapatos de Andrej rascar en la piedra, y luego un clic. A su derecha se encendieron seis bombillas que alumbraban un largo y angosto pasillo de piedra.

En cada pared había nichos rectangulares, apilados uno encima de otro hasta el techo a seis metros de altura, y que se extendían a todo lo largo del pasillo. Pese al resplandor de las bombillas, muy espaciadas, la mayoría de los nichos estaban en sombras.

—Cuento cincuenta —le susurró Sam a Remi.

—Cuarenta y ocho —le corrigió Andrej—. Porque dos están vacíos.

—Entonces ¿no está aquí toda la familia Tradonico? —preguntó Remi.

—¿Todos? —Andrej se rió—. No. Demasiados. El resto en cementerio. Vengan, vengan.

Andrej los guió por el pasillo, y de vez en cuando les señalaba los nichos.

—Drazan... Jadranka... Grgur... Nada. Mi tatarabuela.

A medida que Sam y Remi pasaban delante de cada nicho atisbaban esqueletos, una mandíbula, una mano, un fémur..., trozos de tela o de cuero podridos.

Andrej se detuvo al final del pasillo y se arrodilló junto al nicho inferior de la pared derecha.

—Pietro —dijo Andrej con toda calma, y después señaló el nicho de arriba—. Majella. —Metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó una pequeña linterna y se la dio a Sam—. Por favor.

Sam la encendió y alumbró el nicho de piedra. Una calavera le devolvió la mirada. Alumbró todo el largo del esqueleto. Repitió el proceso en el nicho de Majella. Solo otro esqueleto.

—Nada más que huesos —susurró Remi—. Claro que ¿qué esperábamos? ¿Quizá que uno de ellos sujetase una botella?

—Es verdad, pero valía la pena intentarlo. Se volvió hacia Andrej—. Cuándo los trajeron a Poveglia, ¿había algo más con ellos?

—¿Perdón?

—¿Había alguna pertenencia? —preguntó Remi—. ¿Posesiones personales?

—Sí, sí. Vieron arriba.

—¿Nada más? ¿Una botella con palabras francesas?

—¿Francesas? No. No botella.

Sam y Remi se miraron el uno al otro.

—Maldita sea —susurró él.

—No botella —repitió Andrej—. Caja.

—¿Qué?

—Palabras francesas, ¿sí?

—Sí.

—Había una caja dentro ataúd. Pequeña, con forma de... ¿pan?

—Sí, eso es —exclamó Remi.

Andrej pasó junto a ellos y recorrió de regreso el pasillo. Sam y Remi se apresuraron a seguirlo. Andrej se detuvo junto al primer nicho al lado de los escalones. Se arrodilló, se inclinó en el interior, buscó un poco y sacó una caja de madera cubierta con letras cirílicas. Era una caja de municiones de la Segunda Guerra Mundial. Levantó la tapa.

—¿Esto?

Colocada sobre pliegues de lona podrida y media enterrada entre ovillos de cordel y herramientas de mano oxidadas y botes de pintura había una caja de aspecto familiar.

—Dios bendito —murmuró Sam.

—¿Puedo? —le preguntó Remi a Andrej.

El hombre se encogió de hombros. Remi se puso de rodillas y con mucho cuidado levantó la caja. Le dio la vuelta en las manos, miró cada lado y, por último, miró a Sam y asintió.

—¿Hay algo...? —preguntó Sam.

—¿Algo en el interior? Sí.

Trieste, Italia

Sonó el teléfono de Sam y él miró la pantalla, le dijo «Selma» a Remi y contestó.

—Es un nuevo record. Has tardado menos de dos horas.

Estaban sentados en la terraza del Grand Hotel Duchi D'Aosta, que daba a las luces de la piazza Unitá d'Italia. Era de noche y a lo lejos se veía el parpadear de las luces en el puerto.

—Ya hemos descifrado once líneas de acertijos y centenares de símbolos —respondió Selma—. Ya es como un segundo idioma.

Después de abrir la caja y confirmar que efectivamente contenía una botella de la bodega perdida de Napoleón, Sam y Remi se habían enfrentado a un dilema. Era obvio que Andrej no sabía el valor de lo que había estado oculto en las catacumbas de su familia durante los últimos doscientos y pico años. Así y todo, no estaban dispuestos a renunciar a la botella. En realidad, no les pertenecía a ellos ni a Andrej, sino al pueblo francés; era parte de su historia.

—Es una botella de vino muy particular —le dijo Sam a Andrej.

—¿Ah? —exclamó el croata—. ¿Francés, usted dice?

—Sí.

Andrej soltó un bufido.

—Napoleón violó tumba de Tradonico. Llévese botella.

—Permítanos que le demos algo por ella —dijo Remi.

Andrej entrecerró los ojos. Se acarició la barbilla.

—Tres mil kuna.

Sam hizo la conversión.

—Unos quinientos dólares —le dijo a Remi.

Los ojos de Andrej se iluminaron detrás de las gafas.

—¿Tienen dólares americanos?

—Sí.

Andrej le tendió la mano.

—Hacemos trato.

—Acabo de enviar el acertijo por correo electrónico —dijo Selma.

—Te llamaremos cuando tengamos la respuesta. —Sam colgó y abrió el correo. Remi acercó la silla y miró por encima de su hombro—. Esta vez es largo —comentó Sam.

*Este del dubr.
La tercera de siete se alzará.
El rey de Iovis muere.
Alfa a omega, Saboya a Novara, salvador de Styrie.
Templo en la encrucijada del conquistador.
Camina al este hasta el cuenco y encuentra el símbolo.*

—Las cinco primeras líneas encajan en el patrón —observó Remi—. Pero la última es diferente. Nunca habían sido tan explícitos, ¿verdad?

—Es la primera vez que aparecen y dicen: «Ve allí» y «encuentra esto». Puede que estemos llegando a la meta, Remi.

—Pues toca trabajar —dijo ella.

Comenzaron como habían hecho anteriormente, escogiendo del acertijo lo que parecían ser lugares y nombres. Para dubr redujeron las referencias a dos posibles candidatos: Ad Dubr, una aldea en el norte de Yemen; y dubr, una palabra celta que significaba «agua».

—Por lo pronto es algo que está al este de Ad Dubr o al este de una masa de agua. ¿Qué hay al este de Ad Dubr?

Sam lo consultó en Google Earth.

—Unos ciento veinte kilómetros de montañas y desiertos, y después el mar Rojo. No parece probable. Hasta ahora todas las localizaciones han estado en Europa.

—Estoy de acuerdo. Sigamos. Probemos con el «rey de Iovis». ¿Cuándo murió?

Sam lo buscó.

—No existe tal persona. Iovis tampoco era un reino o un territorio. Aquí hay algo... Estamos agrupando mal las palabras: «Iovis muere». En latín significa «jueves».

—¿Rey del jueves?

—Júpiter —le aclaró Sam—. En la mitología romana, Júpiter es el rey de los dioses, como Zeus es el de los griegos.

Remi captó la idea.

—También conocido como el planeta joviano. Así que del latín Iovis consiguieron jovis y después joviano.

—Eso es.

—Por lo tanto prueba con Júpiter, dubr, tres y siete.

—Nada. —Sam añadió y eliminó términos de búsqueda, y tampoco consiguió

nada—. ¿Cuál era la quinta frase?

—«Templo en la encrucijada del conquistador.»

Sam probó Júpiter combinado con encrucijada del conquistador, pero no tuvo éxito, y entonces intentó con Júpiter y templo.

—Bingo —murmuró—. Hay muchísimos templos dedicados a Júpiter: Líbano, Pompeya... y Roma. Tiene que ser este. Roma, la colina Capitolina está dedicada a la tríada capitolina: Júpiter, Juno y Minerva. Y aquí tenemos el broche final: está ubicado en una de las siete colinas de Roma.

—Déjame adivinar: la tercera. «La tercera de las siete se alzaría.»

—Sí.

Sam encontró un mapa, dibujado por un artista, del aspecto que tenía el lugar durante el apogeo de Roma. Giró la pantalla para que Remi lo viese. Después de unos pocos momentos ella sonrió.

—¿Ves aquí algo que te resulte familiar?

—¿Te refieres a algo aparte de la colina Capitolina? No.

—Mira al oeste.

Sam siguió con el dedo a través de la pantalla y se detuvo en una sinuosa línea azul que iba de norte a sur. —El río Tiber.

—¿Cuál es la palabra celta para agua? Sam sonrió. —Dubr.

—Si esas fuesen las únicas frases del acertijo, yo diría que es preciso que vayamos a Roma, pero algo me dice que no va a ser tan fácil.

Tras aceptar que la última frase —«Camina al este hasta el cuenco y encuentra el símbolo»— se resolvería por sí sola cuando llegasen a su destino, se concentraron en la cuarta y quinta frase —«Alfa a omega, Saboya a Novara, salvador de Styrie / Templo en la encrucijada del conquistador»—, y dedicaron las dos horas siguientes a llenar sus libretas y a andar en círculos.

Un poco antes de la medianoche, Sam se echó hacia atrás en la silla y se pasó las manos por el pelo. Se interrumpió de pronto.

—¿Qué pasa? —preguntó Remi.

—Necesito el resumen biográfico de Napoleón, aquel que nos envió Selma. —Miró alrededor, cogió el móvil de la mesilla de noche y buscó el mensaje—. Aquí está. Styrie.

—¿Qué pasa con él? —Remi buscó entre sus notas—. Es una región de Austria.

—También era el nombre del caballo de Napoleón, o al menos hasta la batalla de Marengo en 1800. Rebautizó a Styrie para conmemorar la victoria.

—Así que «salvador de Styrie»..., alguien que salvó al caballo de Napoleón. ¿Estamos buscando un veterinario? ¿Quizá al doctor Dolittle?

—No lo creo —dijo Sam, y se rió.

—Bueno, es un principio. Vamos a suponer que las dos frases anteriores («Alfa a omega, Saboya a Novara») tienen algo que ver con la persona que hizo el salvamento. Sabemos que Saboya es una región de Francia, y Novara, una provincia de Italia...

—Pero también tienen una relación napoleónica —manifestó Sam—. Novara era el cuartel general de su departamento del Reino de Italia antes de que fuese entregada a la casa de Saboya en 1814.

—Correcto. Volvamos a la frase anterior: «Alfa a omega».

—Principio y final, nacimiento y muerte, primero y último.

—Quizá habla de la persona que primero dirigió el departamento del Reino de Italia, y después asumió en 1814. No, eso no es correcto. Lo más probable es que estemos buscando un único nombre. ¿Quizá alguien que nació en Saboya y murió en Novara?

Sam escribió diferentes términos en Google y realizó combinaciones. Al cabo de diez minutos encontró una encíclica en la página web de El Vaticano.

—Bernardo de Menthon, nacido en Saboya en 923 y muerto en Novara en 1008. Fue santificado por el papa Pío XI en 1923.

—Bernardo —repitió Remi—. ¿Como en San Bernardo?

—Sí.

—Sé que no puede ser, pero lo único que se me ocurre son perros.

—Estás cerca. —Sam sonrió—. Los perros se hicieron famosos en el hospicio y monasterio del paso del Gran San Bernardo. Estuvimos allí, Remi.

Tres años antes se habían detenido en el hospicio durante un viaje en bicicleta por el paso del Gran San Bernardo en los Alpes Peninos. El hospicio, que se había hecho famoso por atender desde el siglo XI a los perdidos, tenía otro mérito para la fama: en 1800 había ofrecido descanso a Napoleón Bonaparte y a su ejército de reserva cuando cruzaban las montañas hacia Italia.

—No sé si habrá algún relato —dijo Sam—, pero no cuesta mucho imaginar a un agradecido Napoleón dando su caballo Styrie a los herreros del hospicio. En mitad de una ventisca habría parecido una salvación.

—Tendría que ser eso —manifestó Remi—. Una última línea: «Templo en la encrucijada del conquistador». Estas montañas han visto a muchos conquistadores: Aníbal... Carlomagno... Legiones romanas.

Sam ya escribía de nuevo en el ordenador. Su búsqueda —Júpiter, templo y Gran San Bernardo— lo llevó a un artículo de la Universidad de Oxford en el que se relataba una expedición al lugar del templo de Júpiter en la cumbre del paso.

—El templo se remonta al año 70 —dijo Sam—. Fue construido por el emperador Augusto.

Buscó el lugar en Google Earth. Remi se inclinó sobre su hombro. Solo vieron un

montón de escarpados riscos de granito gris.

—No veo nada —dijo Remi.

—Está allí —insistió Sam—. Puede que solo sea un montón de piedras, pero está allí.

—Así que si miramos al este del templo... —Con el dedo índice trazó una línea a través del lago hasta el acantilado en la costa sur—. No veo nada que se parezca a un cuenco.

—No tenemos bastante resolución. Lo más probable es que necesitemos estar ahí mismo.

—Es una gran noticia —opinó Selma, cuando Sam y Remi la llamaron diez minutos más tarde. Se echó hacia atrás en la silla y dio un sorbo a su infusión. Sin su taza de hierbas, las tardes se le hacían interminables—. Déjenme que investigue un poco y los llamaré con un itinerario. Intentaré conseguirles el primer vuelo de la mañana.

—Cuanto antes mejor —dijo Remi—. Estamos en la recta final.

—Por lo tanto, si creemos la historia de Bucklin sobre los Inmortales y los espartanos, estamos aceptando que los espartanos llevaron las cariátides a través de Italia hasta el paso del Gran San Bernardo, y entonces... ¿qué?

—Entonces, dos mil quinientos años más tarde, Napoleón las encontró. Cómo y dónde no lo sabremos hasta que no vayamos hasta el templo.

—Es algo muy excitante. Casi me hace desear estar allí.

—¿Dejarías la comodidad de tu taller? —preguntó Remi—. Estamos asombrados.

—Tiene razón. Ya miraré las fotos cuando vuelvan.

Hablaron unos minutos más y colgaron. Selma oyó el roce de un zapato y, al volverse, vio que uno de los guardaespaldas que había enviado Rube Haywood iba hacia la puerta.

—Ben, ¿no? —llamó Selma.

El guardaespaldas se volvió.

—Así es. Ben.

—¿Necesita alguna cosa?

—Eh... no. Solo me pareció oír algo, así que vine a echar una mirada. Ha tenido que ser usted hablando por teléfono.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Selma—. No tiene buena cara.

—Es un resfriado. Creo que lo pillé de una de mis hijas pequeñas.

Paso del Gran San Bernardo, frontera suizo-italiana

Sam y Remi descubrieron que había dos rutas para llegar al paso: desde Aosta, en el lado italiano de la frontera, y desde Martigny, en el lado suizo, el camino que Napoleón y su ejército de reserva habían seguido casi doscientos años antes. Escogieron el más corto de los dos, el de Aosta, por la carretera SS27 al norte, a través de Entroubles y Saint Rhémy, por un camino serpenteante que cada vez ascendía más por la montaña hasta la entrada del túnel del Gran San Bernardo.

Una maravilla de la ingeniería, el túnel atravesaba las montañas a lo largo de casi seis kilómetros para unir los valles de Aosta y de Martigny, y ofrecía un paso protegido de las inclemencias del tiempo y las avalanchas.

—En otro momento —comentó Sam sin apartarse de la SS27. Añadiría casi otra hora al viaje, y puesto que no sabían cuánto tiempo les llevaría seguir la última línea del acertijo, prefirieron optar por la prudencia.

Después de otra media hora de camino enrevesado pasaron por un angosto cañón y se detuvieron en la cuenca de un lago. Dividido por la imaginaria frontera suizoitaliana, el lago era un espejo casi ovalado de agua azul verdosa rodeado por imponentes paredes de roca. En la costa este —el lado suizo— se encontraban el hospicio y el monasterio; en la costa oeste —el lado italiano—, había tres edificios: un café y hotel, alojamientos de personal, y el cuartel de los Carabinieri y el control aduanero. En lo alto, el sol brillaba en un cielo sin nubes, reflejándose en el agua y bañando en sombras los picos de la costa sur.

Sam entró en un aparcamiento en la orilla del lago, al otro lado del hotel. Bajaron del coche y desentumecieron los músculos. Había otros cuatro vehículos cerca. Los turistas paseaban por el lugar y hacían fotos del lago y la montaña.

Remi se puso las gafas de sol.

—Es precioso.

—Piensa dónde estamos —dijo Sam—. Estamos en el mismo lugar donde marchó Napoleón cuando Estados Unidos solo tenía veinte años de existencia. Bien podría ser que acabase de encontrar las cariátides, y él y Laurent estuviesen elaborando su plan.

—Es posible que les preocupase más cómo salir vivos de estas montañas en mitad de una tormenta.

—También puede ser. Vale, vayamos a buscar el templo. Tendría que estar en lo alto de la colina detrás del hotel.

—Perdón, perdón —llamó una voz que hablaba italiano con acento inglés. Se volvieron y vieron a un hombre delgado con un traje azul que se acercaba a la carrera

desde la entrada del hotel.

—¿Sí? —dijo Sam.

—Perdón. —El hombre esquivó a Sam y se detuvo junto al parachoques del coche de alquiler. Miró el trozo de papel y luego la matrícula, y se volvió hacia ellos—. ¿El señor y la señora Fargo?

—Sí.

—Tengo un mensaje para ustedes. Una tal Selma intenta hablar con ustedes. Dijo que es urgente, que la llamen. Pueden utilizar el teléfono del hotel, si lo desean.

Lo siguieron al interior y encontraron la cabina de teléfonos en el vestíbulo. Sam tecleó el número de su tarjeta de crédito y llamó a Selma.

Atendió a la primera.

—Problemas —dijo Selma.

—No tenemos cobertura desde Saint Rhémy. ¿Qué pasa?

—Ayer cuando hablaba con ustedes por teléfono, uno de los guardaespaldas de Rube, Ben, estaba en la sala. Al principio no hice mucho caso, pero comencé a inquietarme. Efectué una revisión de todos los ordenadores. Alguien había instalado un dispositivo de registro de teclado, y después lo quitó.

—Para profanos, Selma.

—Es un pen USB cargado con un software que registra las pulsaciones del teclado. Lo conectas y lo dejas. Mientras ha estado instalado, ha guardado todo lo que yo he escrito. Todos los mensajes de correo, todos los documentos... ¿Cree que Bondaruk lo tiene a sueldo?

—A través de Jolkov. Ahora no tiene importancia. ¿Está allí ahora?

—No, y aún no ha llegado para el cambio de guardia.

—Si se presenta, no le dejes entrar. Llama al sheriff si es necesario. Cuando colguemos, llama a Rube y dile lo que me has contado. Él se encargará.

—¿Qué van a hacer?

—Asumir que no tardaremos en tener compañía.

Salieron, recogieron sus mochilas del coche y fueron hasta la parte de atrás del hotel para iniciar la subida por la ladera. La hierba comenzaba a verdear alrededor de los salientes de roca, y aquí y allá se veían flores silvestres rojas y amarillas. Cuando llegaron arriba, Sam sacó el GPS y tomó una lectura.

—¿Crees que ya están aquí? —preguntó Remi, que observaba la zona del aparcamiento con el teleobjetivo de la cámara.

—Quizá, pero no debemos engañarnos. Aquí hay centenares de personas. A menos que queramos marcharnos y volver más tarde, voto por seguir adelante.

Remi asintió.

Con la mirada fija en la pantalla del GPS, Sam caminó hacia el sur treinta metros,

luego al este otros treinta, y se detuvo.

—Estamos encima. Remi miró alrededor. No había nada.

—¿Estás seguro?

—Aquí —dijo Sam. Señaló debajo de sus pies, y ambos se arrodillaron.

Apenas visible en la roca había una línea recta hecha a golpes de formón, de unos treinta y seis centímetros de largo. Muy pronto vieron otras marcas, algunas que se cruzaban y otras en diferentes direcciones.

—Debe de ser lo que queda de las piedras de los cimientos —dijo Remi.

Caminaron hasta lo que les pareció debía de ser el centro del templo y luego viraron al este. Sam se orientó con el GPS, escogió una señal al otro lado del lago y bajaron la colina. Abajo cruzaron la carretera por donde habían llegado y siguieron un sendero a lo largo de la costa más allá de un café, delante de una pasarela de madera. Continuaron por una repisa de piedra que bordeaba el agua hasta una abrupta cornisa. Bajaron y siguieron el sendero alrededor de una pequeña cala hasta otra zona llana cubierta con peñascos y retazos de hierba. Por encima de ellos, el acantilado sobresalía en un ángulo de cincuenta grados. A la sombra de los picos, la temperatura había bajado diez grados.

—Final del camino —comentó Sam—. A menos que debamos subir.

—Quizá nos pasamos algo atrás al venir.

—Lo más probable es que doscientos años de erosión hayan convertido el cuenco que había aquí en un plato.

—Quizá exageramos y ellos hablaban del lago en sí mismo.

Una racha de viento lanzó el pelo de Remi sobre sus ojos y ella lo apartó. Sam oyó un silbido a su derecha. Volvió la cabeza, con la mirada atenta.

—¿Qué pasa? —preguntó Remi.

Sam se llevó un dedo a los labios.

El sonido se repitió, unos pocos pasos más allá. Sam se acercó y se detuvo delante de una lápida de granito. Tenía tres metros de altura y un metro veinte de anchura. Dos tercios más arriba había una grieta diagonal tapada con líquenes amarillo-verdosos. Sam se puso de puntillas y apoyó las yemas de los dedos en la grieta.

—Por aquí sale aire frío. Detrás hay un hueco. La parte superior no puede pesar más de doscientos cincuenta kilos. Con la palanca correcta podremos moverla.

De las mochilas sacó unas piquetas Petzl Cosmique y las metió en el cinturón. Aunque no tenían claro qué encontrarían una vez llegados al paso, suponían poco probable que las cariátides se hallaran escondidas en un armario del hospicio. Lo más verosímil era que el escondite estuviese en una grieta oculta o en algún lugar bajo tierra.

—En la próxima aventura, nada de meterse en cuevas, solo playas tropicales —dijo Remi.

—¿Alguien nos está mirando? —preguntó Sam.

Observaron con atención la orilla opuesta del lago y las carreteras.

—Si lo hacen —dijo Remi—, son muy discretos.

—¿Te importa hacer de escalera?

—¿Alguna vez he dicho que no?

Sam metió los dedos en la grieta y se levantó un poco. Remi puso los hombros debajo de sus pies y él se encaramó a la parte superior de la lápida. Se giró, con la espalda apoyada en la pendiente. Encajó el extremo afilado de las piquetas en la grieta entre la lápida y la ladera, de forma tal que los mangos apuntasen hacia fuera. Sujetó los mangos como si estuviese sujetando dos frenos de mano.

—Cuidado abajo.

Sam apretó las mandíbulas, tiró hacia arriba de los mangos y empujó con los pies. La lápida partida se movió hacia fuera, se balanceó un momento y se desplomó. Los pies de Sam se deslizaron con ella. Se giró sobre el vientre y cruzó los brazos para engancharse en el borde. La lápida cayó al suelo y levantó una nube de polvo.

—¿Qué ves? —preguntó Remi.

—Un túnel muy oscuro. De unos sesenta por sesenta centímetros.

Se dejó caer y los dos se arrodillaron junto a la lápida. Sam cogió la cantimplora que llevaba en el cinturón y se vació la mitad del contenido sobre el rostro para quitarse el polvo.

Grabada en la piedra había una cigarra.

Se colocaron los arneses, y las linternas en la frente, y cargaron con el equipo de escalada. Sam subió a la lápida y alumbró la entrada.

—Es recto y nivelado unos tres metros, y después se ensancha —dijo—. No veo ninguna repisa.

Se metió en el túnel con los pies por delante, y se agachó para ayudar a Remi. Una vez que ella estuvo montada en la lápida, continuó retrocediendo, y Remi avanzó a gatas tras él hasta que llegaron a la parte más ancha, donde Sam se volvió. El techo estaba a sesenta centímetros de altura y aparecía cubierto con pequeñas protuberancias de calcita.

Delante, en el suelo, un agujero en forma de embudo estaba cerrado en parte por una estalactita. No vieron ninguna otra abertura. Avanzaron a gatas y Sam miró por el agujero.

—Hay una plataforma a unos dos metros.

Se puso de espalda y golpeó la estalactita con los pies hasta que se desprendió del techo. La apartó del agujero.

—Yo iré primero —dijo Remi, que se adelantó y metió las piernas. Sam la sujetó por las manos y la bajó hasta que los pies de ella tocaron la plataforma—. Vale, parece firme.

La soltó, y un momento más tarde se dejó caer a su lado, levantó los brazos y volvió a colocar la estalactita en el agujero. Con un chirrido, se encajó en su lugar. Sacó un mosquetón del arnés y lo encajó entre la estalactita y el borde del agujero.

—Un sistema de alarma temprano —explicó.

Un tanto inclinada, la plataforma medía tres metros de largo por dos de ancho y acababa en una cornisa. Encima estaba la boca de una rampa en diagonal. Al resplandor de las lámparas vieron que se curvaba hacia abajo y a la derecha.

Sam sacó de la mochila un rollo de cuerda de nueve milímetros, le enganchó un mosquetón en un extremo, la pasó por encima de la repisa y dejó que cayese por la rampa. Había soltado unos seis metros de cuerda cuando el mosquetón se detuvo.

—Otro punto nivelado —dijo Sam—. Lo que no sabemos es qué ancho tiene.

—Bájame —le pidió Remi.

Sam recogió el mosquetón y lo enganchó al arnés de Remi. Con los pies apoyados en la pared, Sam la bajó por la rampa y fue soltando cuerda según sus indicaciones hasta que ella le dijo que parase.

—Otra plataforma —avisó Remi, y su voz resonó—. Hay paredes a la izquierda y delante, y una cornisa a la derecha. —Sam oyó el roce de las botas en las piedras sueltas—. Y otra rampa en diagonal.

—¿Qué ancho tiene la plataforma?

—Más o menos el mismo de donde estás tú.

—Muévete contra la pared. Ahora bajo.

Soltó la cuerda por encima del borde y se descolgó hasta que sus pies tocaron la rampa. Se sentó y se deslizó como quien baja por un tobogán hasta la plataforma. Remi lo ayudó a levantarse.

El techo era más alto, medio metro por encima de la cabeza de Sam, y estaba salpicado por finas estalactitas de unos tres centímetros de largo.

Sam se acercó a la cornisa y alumbró la siguiente rampa.

—Comienzo a intuir una pauta —le comentó a Remi.

Durante los siguientes quince minutos continuaron bajando por una serie de plataformas y rampas hasta que finalmente se encontraron en una caverna del tamaño de un granero con estalactitas en el techo y las paredes cubiertas con manchas marrones y crema. Unas estalagmitas gruesas como toneles parecían bocas de incendio retorcidas.

Sam sacó un tubo de luz química de la mochila, lo quebró y lo sacudió hasta que brilló con una luz verde neón. Lo dejó detrás de la estalagmita más cercana, donde no se podía ver desde la plataforma superior.

Delante había una pared ciega; a la derecha había tres fisuras verticales que correspondían a las entradas del mismo número de túneles. A la izquierda, una cortina de estalactitas como dientes de dragón bajaba hasta unos treinta centímetros del suelo.

—Estamos por lo menos a treinta metros bajo tierra —comentó Remi—. Sam, es imposible que alguien pudiese traer las cariátides hasta aquí abajo por este camino.

—Lo sé. Tiene que haber otra entrada, en algún lugar del paso. ¿Oyes eso?

En alguna parte, a su izquierda, más allá de los dientes de dragón, llegaba el sonido del agua en movimiento.

—Una cascada.

Caminaron a lo largo de la cornisa y se detuvieron a mirar por debajo cada pocos pasos. Más o menos por la mitad encontraron que los dientes de dragón estaban rotos y dejaban una abertura que les llegaba a la altura de la cintura. Al otro lado había un puente de piedra de un metro veinte de ancho que cruzaba una grieta; a medio camino, una fina cortina de agua caía al abismo, levantando una nube de bruma que resplandecía a la luz de las linternas. Apenas visible a través de la cascada distinguieron la silueta oscura de otro túnel.

—¡Es increíble! —exclamó Remi por encima del ruido—. ¿Viene del lago?

Sam le habló con la boca pegada a la oreja.

—Lo más probable es que sea una vertiente del deshielo. Seguramente no estará aquí dentro de un par de meses.

Volvieron por donde habían llegado. Procedente de algún lugar a lo lejos llegó un

sonido metálico, seguido por el silencio y luego una serie de tintineos cuando el mosquetón de Sam cayó por las rampas de arriba.

—Quizá solo se resbaló —dijo Remi.

Volvieron a la plataforma y permanecieron inmóviles y atentos. Pasó un minuto, dos, y luego llegó el eco de una voz.

—Bájame.

—Maldita sea —murmuró Sam.

La voz era inconfundible: Hadeon Bondaruk.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Remi.

—Tendrá más gente. Veinte, veinticinco minutos.

—Debe de creer que estamos en el camino correcto —manifestó Remi—. Ha venido a reclamar su recompensa.

En aquel momento eran pocas las personas que sabían que esa cueva era el escondite de las columnas: Sam y Remi, Bondaruk y quién fuese que lo acompañaba. Bondaruk no podía dejar que saliesen con vida.

—Pues se va a llevar una desilusión —afirmó Sam—. Vamos.

Caminaron en zigzag entre las estalagmitas hasta la pared opuesta y miraron en cada túnel. En el primero y en el del medio no vieron nada más que oscuridad. El tercero se desviaba a la izquierda dos metros más allá. Sam miró a Remi y se encogió de hombros. Ella hizo lo mismo y dijo:

—Cara o cruz.

Se colaron por la fisura y pasaron por la curva. Remi tropezó y cayó al suelo; se sentó para frotarse una rodilla. Sam la ayudó a levantarse.

—Estoy bien. ¿Qué es eso?

Un objeto en el suelo brillaba a la luz de la lámpara. Sam pasó junto a ella y lo recogió. Era una espada recta y fina de unos sesenta centímetros de largo. Aunque mostraba manchas de óxido, había puntos en los que el metal brillaba a lo largo de la hoja.

—Es una xiphos, Remi. La usaban los infantes espartanos. Dios mío, estuvieron aquí. —Salió de su sorpresa y continuaron avanzando.

El túnel se prolongaba otros quince metros, desviándose a un lado y a otro hasta que llegó a una intersección de tres salidas.

—El de la izquierda creo que es el túnel del medio. Lleva de nuevo a la caverna —dijo Sam.

—No, gracias.

Tras otros seis metros, el túnel comenzaba a bajar, primero suavemente y después más empinado, hasta que acabaron teniendo que ir apoyados en las paredes. Transcurrieron los minutos. Pasaron un recodo, y Sam resbaló hasta que se detuvo contra una pared.

—Callejón sin salida —dijo Remi.

—No del todo.

Donde la pared se unía con el suelo había una grieta horizontal. Sam se agachó y alumbró el interior. Apenas si tenía unos cincuenta centímetros de altura. El aire frío entraba por la abertura.

—Puede que haya otra entrada —señaló Remi—. Iré a comprobarlo.

—Demasiado peligroso.

Detrás de ellos una voz resonó en el túnel.

—¿Habéis visto algo?

Era Jolkov. Dos voces le respondieron:

—Nada.

—Bondaruk, Jolkov y dos más —dijo Sam.

—Voy —afirmó Remi.

—Remi...

—Es menos probable que yo me quede enganchada. Si me atasco, necesitaremos de tu fuerza para que me saques. No te preocupes, solo avanzaré un par de metros y veré lo que haya que ver.

Sam asintió con el entrecejo fruncido.

Remi se quitó la mochila y el arnés. Sam le ató un extremo de la cuerda a un tobillo, y ella se echó boca abajo y se arrastró por la grieta. Cuando solo se veían los pies, Sam acercó la boca a la abertura y dijo:

—Ya está bien.

—Espera, hay algo aquí delante.

Los pies desaparecieron y Sam la oyó arrastrarse por las piedras sueltas. Pasados treinta segundos, el sonido se apagó. Sam contuvo el aliento, por fin escuchó el susurro de Remi:

—Sam, hay otra caverna.

Se quitó la mochila y el arnés, los apiló sobre los de Remi y luego metió la espada entre las mochilas. Lo ligó todo con la cuerda y dio un tirón. El paquete desapareció a través de la grieta.

—Vale, ahora tú —llamó Remi.

Sam se tendió en el suelo y se metió por la abertura. Las paredes y el techo se cerraron a su alrededor, y se raspó los codos y la cabeza.

Entonces, desde detrás, llegó un sonido.

Se detuvo.

Unos pasos bajaban por el túnel, seguidos por el sonido de las botas que golpeaban en los cascotes. El rayo de una linterna se movió por las paredes de piedra.

—¡Aquí está! —gritó una voz—. ¡Los tengo!

Sam se movió a toda prisa, las manos buscando apoyos en el suelo, las botas

apoyadas en los costados.

—¡Usted! ¡Alto!

Sam continuó moviéndose. Tres metros más allá había otra grieta, por la que Remi, alumbrada por la luz de la linterna, asomó la cabeza. Entonces aparecieron sus manos, y después un mosquetón al final de su cuerda, que se arrastró por el suelo entre golpes en su dirección. Sam lo sujetó y continuó avanzando. Remi tiraba de la cuerda con una mano detrás de la otra.

—¡Dispárale! —gritó Jolkov.

Sonó un estruendo. El túnel se llenó con una luz naranja. Sam sintió un dolor agudo en la pantorrilla izquierda. Cogió la mano que le tendía Remi, encogió las piernas y empujó con fuerza. Cayó de cabeza, hizo un torpe salto mortal y aterrizó hecho un ovillo. El arma disparó dos veces más, y las balas pasaron a través de la grieta por encima de sus cabezas para acabar dando en la pared.

Sam rodó sobre sí mismo y se sentó. Remi se arrodilló a su lado y le levantó la pernera.

—No es más que una rozadura —comentó—. Un par de centímetros a la derecha y no tendrías talón.

—Un milagro.

Remi sacó de la mochila el botiquín de primeros auxilios y se apresuró a cubrirle la herida con una venda elástica. Sam se puso de pie, probó la pierna y asintió.

Desde el interior de la grieta llegaron sonidos de algo que se arrastraba.

—Necesitamos taponarlo —dijo Sam.

La pareja miró alrededor. Ninguna de las estalactitas era lo bastante delgada para poder partirla. Algo cerca de la pared derecha llamó la atención de Sam. Se acercó. Recogió lo que parecía ser una vara, pero no tardó en saber qué era: una lanza. El mango estaba muy bien conservado, pintado con una especie de laca.

—¿Espartana? —preguntó Sam.

—No, la cabeza tiene otra forma. Diría que es persa.

Sam sopesó la lanza, volvió atrás y se apoyó en la roca debajo de la grieta.

—Dé la vuelta y retroceda —gritó.

Ninguna respuesta.

—¡Última oportunidad!

—¡Váyase al infierno!

El arma disparó de nuevo. La bala dio en la pared opuesta.

—Como quiera —murmuró Sam.

Se levantó, flexionó el brazo y metió la lanza en la abertura. Golpeó en algo suave y oyeron un gemido. Sam retiró la lanza y se agachó. Esperaron, atentos a oír al perseguidor llamando a su compañero, pero solo hubo silencio.

Sam asomó la cabeza. Un hombre yacía inmóvil medio metro dentro de la grieta.

Alargó un brazo y le cogió el arma, un revólver Magnum 357.

—Dámelo a mí —dijo Remi—. Tienes las manos ocupadas. A menos que quieras desprenderte de tu atizador... —Sam le dio el revólver y Remi añadió—: Les llevará algún tiempo sacarlo de aquí.

—Bondaruk no se molestará si no le queda otra opción —avisó Sam—. Están intentando encontrar otra entrada.

Miraron alrededor para orientarse. Esa caverna tenía forma de riñón y era más pequeña que la principal, con un techo de cuatro metros de altura y una salida en la pared a mano derecha.

Sam y Remi buscaron entre las estalactitas, pero no encontraron ningún otro objeto hecho por el hombre.

—¿Cuántos persas y espartanos dijo Bucklin que habían sobrevivido? —preguntó Sam.

—Veinte o más espartanos y treinta persas.

—Remi, mira esto.

Remi se acercó a Sam, que estaba junto a lo que parecían un par de estalactitas. Eran huecas, y los lados subían como pétalos de una flor. Los espacios interiores eran cilindros perfectos.

—No hay nada en la naturaleza así de regular —opinó Remi—. Estuvieron aquí, Sam.

—Y solo hay un lugar al que pudieron ir.

Caminaron hasta la pared y entraron en el túnel, que se prolongaba unos seis metros antes de abrirse a una cornisa. Otro puente de piedra, solo de sesenta centímetros de ancho, cruzaba un abismo para entrar en el otro túnel. Sam se inclinó a la izquierda y después a la derecha para comprobar la resistencia del puente.

—Parece sólido, pero... —Miró alrededor. No había estalactitas donde sujetarse—. Me toca a mí.

Antes de que Remi pudiese protestar, Sam entró en el puente. Se detuvo, permaneció inmóvil durante unos pocos segundos y después cruzó. Remi se unió a él. Juntos se abrieron paso entre el denso bosque de estalactitas y salieron a un espacio abierto. Se detuvieron.

—Sam... —murmuró Remi.

—Las veo.

Alumbradas por la luz de las linternas, las cariátides yacían lado a lado en el suelo, con sus rostros dorados mirando al techo. Sam y Remi se acercaron y se arrodillaron.

Fundidas con imaculado cuidado, aquellas figuras femeninas tenían el torso de oro envuelto en túnicas tan delicadamente elaboradas que la pareja vio las diminutas arrugas y las costuras. En la cabeza de cada mujer había una corona de laurel; cada

tallo y hoja era una obra de arte en sí misma.

—¿Quién las trasladó? —preguntó Remi—. ¿Laurent? ¿Cómo pudo hacerlo él solo?

—Con aquello —respondió Sam, y señaló.

Junto a la pared había un improvisado trineo construido con media docena de escudos entrelazados. Hechos de mimbre y cuero, cada escudo tenía la forma de un reloj de arena de un metro cincuenta de alto. Estaban unidos con lo que parecía ser tripa para formar la silueta de una canoa de poca profundidad.

—Vimos uno de esos en la finca de Bondaruk —comentó Sam—. Es un gerron persa. Imagínatelo: Laurent, aquí, trabajando solo durante días, para construir su trineo y después arrastrar cada cariátide a través del puente... Asombroso.

—Pero ¿por qué dejarlas aquí?

—No lo sé. Sabemos que hay una laguna en su biografía unos pocos años antes de contratar a Arienne y el Faucon. Quizá Napoleón le ordenó que intentase sacarlas. Quizá Laurent comprendió que no podía hacerlo sin ayuda, así que las dejó con la idea de volver.

—Sam, la luz del día.

Sam alzó la mirada. Remi se había movido un poco más allá a lo largo de la pared y estaba arrodillada junto a una grieta del ancho de los hombros. El interior se había derrumbado y estaba lleno de rocas. Un rayo de sol se filtraba en el extremo más apartado.

—Napoleón y Laurent tuvieron que venir por este camino —dijo Remi—, pero no lo utilizaremos para salir.

—Es hora de marcharnos —afirmó Sam—. Hay que buscar refuerzos.

Encontraron otra salida, apenas un poco más grande que la grieta por la que habían entrado. Al otro lado había un hueco y otro túnel lateral, que iba en dirección a la caverna principal. Durante veinte minutos caminaron por allí hasta que por fin llegaron a un cruce. A la izquierda oyeron el ruido del agua. —La cascada —dijo Remi.

Fueron a gatas por el túnel hasta la boca, y se detuvieron aun par de metros. Delante de ellos estaba la cortina de dientes de dragón. A la izquierda, la plataforma. Apenas si veían el resplandor de la luz química de Sam en la pared detrás de la estalactita.

—No veo a nadie —dijo Sam.

—Yo tampoco.

Comenzaron a cruzar la caverna en línea hacia la plataforma.

Sam captó un movimiento con el rabillo del ojo, una fracción de segundo antes de que disparase el arma. La bala hizo blanco en la estalactita, junto a la cadera de Sam.

Se agachó. A su lado, Remi se giró, hizo puntería a la figura que había disparado, y disparó a su vez. La figura se giró y cayó, pero dio una vuelta sobre sí misma y comenzó a levantarse.

—¡Corre! —gritó Sam—. ¡Por allí!

Con Remi en cabeza corrieron hacia los dientes de dragón, cruzaron por la brecha y llegaron al puente de la cortina de agua. Sin aminorar la carrera, Remi cruzó la catarata, seguida por Sam. Cuando llegaron a la cornisa más lejana, Remi no se detuvo, sino que se agachó para entrar en el túnel, pero Sam sí se detuvo y se volvió.

—¡Sam!

A través de la cortina de agua, Sam vio a una figura que corría por el puente. Sam dejó caer el xiphos y la lanza, recogió un puñado de grava y la arrojó sobre el puente. Un segundo más tarde, la figura cruzó la catarata, con el arma por delante. El pie adelantado resbaló en los guijarros y patinó. Con los ojos muy abiertos, moviendo los brazos como molinetes, empezó a caer hacia atrás, con el rostro vuelto hacia la catarata. Cayó sobre el puente de espaldas. Su pierna resbaló por el borde e intentó sujetarse con la otra pierna. Luego desapareció y solo se oyó un alarido mientras desaparecía en las profundidades.

Remi apareció junto al hombro de Sam. Su marido recogió la lanza, se levantó y se volvió hacia ella.

—Dos abajo, dos por...

—Es demasiado tarde para eso —dijo una voz—. No muevan ni un músculo.

Sam giró la cabeza. Rodeado por una nube de niebla, Jolkov estaba en el puente, delante de la catarata. Los apuntaba con la Glock de nueve milímetros.

—Me queda una bala —susurró Remi—. De todas maneras, nos van a matar.

—Es verdad —susurró Sam.

—Cállense —ordenó Jolkov—. Fargo, apártese de su esposa.

Sam se movió unos centímetros, aún cubriendo la mano de Remi que sujetaba el arma, mientras que con mucha lentitud extendía la lanza hacia Jolkov. En un movimiento instintivo, la mirada del ruso se dirigió hacia la punta de hierro.

Remi no desaprovechó la oportunidad. En lugar de levantar el arma hasta la altura del hombro, solo la subió hasta la cintura y apretó el gatillo.

Apareció un agujero en el esternón de Jolkov; una mancha roja se extendió por la pechera de su suéter. Cayó de rodillas y miró boquiabierto a Sam y Remi. Sam vio temblar la mano de Jolkov, vio que la Glock comenzaba a levantarse. Con la lanza por delante, Sam enfiló el puente. Los reflejos cada vez más lentos de Jolkov no fueron problema para la lanza de dos metros. La cabeza de metal se hundió en el pecho de Jolkov y le salió por la espalda. Sam se inclinó, arrancó la pistola de la mano del ruso, y después afirmó los pies y giró la lanza. Jolkov se precipitó por el borde. Sam se acercó, para mirar cómo caía hasta desaparecer.

—No podría haberle ocurrido a un tipo más desagradable —opinó Remi, que se le acercaba.

De nuevo en la caverna, buscaron el camino entre las estalactitas, sin olvidarse de mirar atrás a ambos lados mientras iban de vuelta a la plataforma. A Bondaruk no se lo veía por ninguna parte. Esperaban verlo salir de la oscuridad de uno de los túneles, pero nada se movió. Aparte del lejano rumor de la catarata, todo estaba en silencio. Se detuvieron en la cornisa.

—Esta vez yo haré de escalera —dijo Sam, que se puso de rodillas y formó un estribo con las manos. Remi no se movió.

—Sam, ¿dónde está la luz química?

Él se volvió.

—Está allí...

Detrás de la estalagmita, el resplandor verde de la luz química se movió.

—Corre, Remi —susurró Sam entre dientes.

Ella no discutió, sino que echó a correr a través de la caverna hacia los túneles al otro lado de los dientes de dragón.

A tres metros delante de Sam, apareció Bondaruk. Como un puma atraído por una liebre que escapa, se giró, levantó el arma y apuntó.

—¡No! —gritó Sam.

Alzó la pistola y disparó. La bala erró la cabeza de Bondaruk, le rozó la mejilla y acabó atravesándole la oreja. Soltó un grito al mismo tiempo que se volvía y disparaba. Sam sintió algo parecido a un brutal martillazo en el lado izquierdo. Una punzada de dolor candente le atravesó el torso y explotó detrás de sus ojos. Tropezó y cayó. La Glock se estrelló contra el suelo.

—¡Sam! —gritó Remi.

—¡Quédese donde esta, señora Fargo! —ordenó Bondaruk. Salió de detrás de la estalactita y se acercó para apuntar con el arma a la cabeza de Sam—. ¡Vuelva aquí ahora mismo!

Remi no se movió.

—¡Venga aquí!

Remi puso los brazos en jarras.

—No. De todas maneras va a matarnos.

Sam permaneció inmóvil; intentaba recuperar el aliento. Entre el rumor de la sangre en los oídos, trataba de centrarse en la voz de Remi.

—No es verdad. Dígame donde están las columnas y yo...

—Es un mentiroso y un asesino, y puede irse al infierno. Tendrá que encontrar las columnas sin nosotros, pero tendrá que hacerlo de la manera más difícil.

Dicho esto, Remi dio media vuelta y comenzó a caminar. El inesperado desafío

había tenido el efecto deseado.

—¡Maldita sea, vuelva aquí!

Bondaruk se giró para apuntarla con el arma. Sam respiró hondo, apretó las mandíbulas y se sentó. Levantó el xiphos por encima de la cabeza y lo descargó como un hacha. La hoja alcanzó a Bondaruk en la muñeca. Pese a no haber sido utilizada en dos mil quinientos años, la espada espartana aún tenía el filo suficiente para cercenar el hueso y la carne.

La mano de Bondaruk se desprendió y acabó en el suelo. Él soltó un alarido y se sujetó el muñón con la otra mano. Cayó de rodillas.

Remi estaba allí unos segundos más tarde, arrodillada junto a Sam.

—Ayúdame —dijo él.

—Tienes que permanecer quieto.

Sam se puso de rodillas.

—Ayúdame —repitió.

Ella lo hizo. Sam se levantó con una mueca de dolor. Apoyó la palma en la herida de bala.

—¿Me sangra la espalda? —preguntó.

—Sí.

—Eso es bueno. Una herida limpia.

—Yo no diría precisamente que es bueno.

—Todo es relativo.

Sam se acercó a Bondaruk, apartó el arma de un puntapié, y luego lo sujetó por el cuello de la chaqueta.

—Levántese.

—No puedo —jadeó el multimillonario—. Mi mano.

Sam levantó a Bondaruk.

—Señor Bondaruk, ¿cuánto sabe usted de alturas?

—¿A qué se refiere?

Sam miró a Remi con una expresión interrogativa.

Ella reflexionó un segundo y después asintió con gesto grave.

Sam lo llevó medio a rastras medio caminando a través de la caverna hacia los dientes de dragón.

—Suélteme —gritó Bondaruk—. ¿Qué hace?

Sam continuó caminando.

—Alto, alto... ¿Adonde vamos? —insistió Bondaruk.

—¿Vamos? —respondió Sam—. Nosotros no vamos a ninguna parte; usted, en cambio, va a tomar el ascensor expreso al infierno.

Epílogo

Beaucourt, Francia, cuatro semanas después

Remi entró en el camino de coches bordeado por árboles con el Citroen de alquiler y lo siguió un centenar de metros hasta una granja de dos pisos y paredes blancas con ventanas de tejadillo enmarcadas por persianas negras. Se detuvo junto a la cerca y apagó el motor. A la derecha de la casa había un jardín rectangular, con la tierra negra rastrillada y lista para la siembra. Un camino de losetas llevaba desde la cerca hasta la puerta.

—Si hemos acertado —comentó Remi—, estamos a punto de cambiar la vida de una joven.

—Para bien —afirmó Sam—. Ella se lo merece.

Tras la refriega en la caverna habían empleado dos horas en el camino de regreso a la entrada. Remi delante, colocando escarpas y cargando hasta donde podía el peso de su marido. Sam se había negado a que fuese sola a buscar ayuda. Habían llegado juntos y se marcharían juntos.

Una vez fuera, Sam se había puesto cómodo mientras Remi corría hacia el hotel para pedir auxilio.

Al día siguiente estaban en un hospital de Martigny. La bala no había tocado ningún órgano vital, pero había dejado a Sam con la sensación de haber sido utilizado como el saco de arena de un boxeador. Permaneció ingresado durante dos días en observación, y después le dieron el alta. Tres días más tarde estaban de nuevo en San Diego, donde Selma les explicó cómo Bondaruk y Jolkov los habían seguido hasta el Gran San Bernardo. Uno de los guardias de seguridad enviados por el amigo de Rube había sido abordado días antes por Jolkov, quien le había dado un ultimátum: coloca el artilugio o verás secuestradas a tus dos hijas. Sam y Remi se pusieron en el lugar del hombre y no lo culparon por la decisión tomada. No se dio parte a la policía.

A la mañana siguiente comenzaron el proceso de devolver las cariátides al gobierno griego. La primera llamada fue para Evelyn Torres, quien de inmediato se puso en contacto con el director del Museo Arqueológico de Delfos. A partir de ese momento, las cosas se movieron deprisa, y al cabo de una semana, una expedición patrocinada por el Ministerio de Cultura helénico estaba en la cueva debajo del lago del Gran San Bernardo. En el segundo día dentro de la cueva, el equipo encontró una caverna lateral en cuyo interior había docenas de esqueletos espartanos y persas, junto con sus armas y equipos.

Pasarían semanas antes de que la expedición intentase sacar las columnas de la cueva, les informó Evelyn, pero el ministerio estaba seguro de que las cariátides volverían a encontrar el camino de regreso a casa, sanas y salvas, y acabarían por ser

exhibidas en el museo. Antes de que acabase el año, los eruditos de todo el mundo tendrían que reformular una buena parte de la historia griega y persa.

Hadeon Bondaruk había muerto sin ver nunca a sus amadas y esquivas cariátides.

Una vez que Sam estuvo completamente recuperado, se dedicaron a la bodega perdida. Según la leyenda, Napoleón le había ordenado a su enólogo, Henri Emile Archambault, que produjese doce botellas de vino de Lacanau. Sam y Remi solo habían podido dar con cinco: una perdida por Manfred Boehm y destruida, de acuerdo con el fragmento de vidrio encontrado en el Pocomoke por Ted Frobisher; tres recuperadas por ellos: a bordo del Molch, en San Bartolomé y en las catacumbas de la familia Tradonico en Opratlj; y, por último, la botella robada del Marder por parte de Jolkov, en Rum Cay, y supuestamente entregada a Hadeon Bondaruk en su finca, una cuestión que los gobiernos de Francia y Ucrania intentaban resolver. Por su parte, Sam y Remi ya habían entregado sus botellas al Ministerio de Cultura de Francia, que había hecho una donación de 750.000 dólares a la Fundación Fargo. Un cuarto de millón de dólares por botella.

Quedaba un misterio pendiente: ¿qué había sido de las otras siete botellas? ¿Se habían perdido, o estaban en algún lugar esperando ser descubiertas, ya fuese como partes superfluas de los acertijos de Napoleón o escondidas por su propia seguridad? La respuesta, decidieron Sam y Remi, podía tenerla el hombre que había comenzado la leyenda de la bodega perdida, el capitán contrabandista del Faucon, Lionel Arienne, a quien Laurent había empleado para ayudarlo a esconder las botellas.

Hasta donde sabían, Napoleón solo había estado dispuesto a confiar en Laurent para la tarea, y se habían realizado grandes esfuerzos para garantizar que las botellas permaneciesen ocultas. Entonces ¿por qué había buscado Laurent la ayuda de un capitán cualquiera, que había encontrado en una taberna de Le Havre?

Fue una pregunta que tardaron dos semanas en responder. La primera parada fue en la Biblioteca Newberry de Chicago, donde pasaron tres días buscando en la colección Spencer, cuna de la que se suponía era la mayor colección de documentos originales de Napoleón en Estados Unidos. De allí volaron a París, donde dedicaron cuatro y tres días, respectivamente, a la Bibliothèque Nationale de France y a los archivos del Ministerio de Defensa de Château de Vincennes. Por fin, con montones de notas, copias de certificados de nacimiento y defunción, documentos de licencias y de traslados, fueron en dirección oeste hasta Rouen, la capital de la provincia de Normandía. Allí, en el sótano de los archivos provinciales, encontraron el último eslabón de la cadena.

En septiembre de 1818, el sargento Léon Arienne Pelletier, un condecorado granadero en el ejército de reserva de Napoleón y subordinado de Arnauld Laurent durante la campaña italiana de 1800, había sido licenciado por razones desconocidas y enviado a su casa en Beaucourt, a ciento ochenta kilómetros al este del puerto de Le

Havre. Dos meses más tarde había desaparecido de Beaucourt y reaparecido en Le Havre con documentos de identidad nuevos, y había comprado una embarcación de tres palos llamada Zodiaque. La embarcación costaba más de lo que un sargento habría podido ganar en ocho vidas en el ejército francés. Arienne había cambiado el nombre de Zodiaque por el de Faucon, y había comenzado a contrabandear armas y licores arriba y abajo de la costa, con unas ganancias modestas y, asombrosamente, sin tener nunca ningún problema con las autoridades francesas. Dos años más tarde, en junio de 1820, Arnauld Laurent había entrado en un bar y contratado a Lionel Arienne y al Faucon. Doce meses después de la vuelta de Arienne a Le Havre, este vendió el Faucon y regresó a su casa en Beaucourt, donde se había bebido y jugado toda su fortuna.

Por qué Peletier/Arienne había escogido revelar el secreto en su lecho de muerte era algo que Sam y Remi desconocían, pero estaba claro que él, Laurent y Napoleón eran los únicos que sabían de la existencia de las cariátides. Tampoco acabarían por saber cómo los tres hombres habían encontrado las columnas.

La traducción completa del diario y el libro de códigos de Laurent había resuelto dos pequeños acertijos: diez meses después de que él y Arienne recogiesen el vino de Santa Helena, habían pasado casi un año escondiendo las botellas por todo el mundo, y recibieron la noticia de la muerte de Napoleón.

Con el corazón destrozado, pero ya en ruta a Marsella, Laurent escondió tres botellas en el castillo de If antes de volver a puerto. De las otras botellas, no dijo nada.

En cuanto al hijo de Napoleón, Napoleón II, nunca emprendió la búsqueda que su padre había pensado para él, algo que también había sido una desilusión para Laurent. Desde el momento de su regreso a Francia con Arienne hasta su muerte en 1825, Laurent le había escrito a Napoleón II docenas de cartas rogándole que obedeciese los deseos de su padre, pero Napoleón II rehusó, afirmando que no veía ningún motivo para abandonar las comodidades de la corte real austríaca por un juego infantil de buscar un tesoro.

Resultó que el sargento Léon Arienne Peletier aún tenía un descendiente vivo, una prima lejana llamada Luisa Foque. Tenía veintiún años y estaba acosada por las deudas, tras la muerte de sus padres en un accidente de coche un año antes, que la habían dejado con tres hipotecas sobre la granja.

—¿Cómo crees que lo tomará? —preguntó Remi.

—Vamos a averiguarlo. De una manera u otra, su vida está a punto de cambiar.

Bajaron del coche y caminaron por el sendero hasta la puerta principal. Remi tiró del cordón de cuero y sonó una campanilla. Unos momentos más tarde se abrió la puerta y apareció una joven de pelo castaño claro y nariz respingona.

—Oui?

—Bonjour, ¿Louisa Foque?

—Oui.

Remi hizo las presentaciones y después le preguntó a Louisa si hablaba inglés.

—Sí, hablo inglés.

—¿Podemos pasar? Tenemos una información sobre su familia, referente a Léon Peletier. ¿Conoce el nombre?

—Creo que sí. Una vez mi padre me enseñó nuestro árbol genealógico. Por favor, pasen.

En el interior se encontraron con una cocina que era la quinta esencia del estilo francés provincial: paredes amarillas, una mesa de roble lacada y una alacena verde donde había unas cuantas piezas de porcelana china. Alegres cortinas de cuadros naranjas enmarcaban las ventanas.

Louisa preparó el té y se sentaron a la mesa.

—Su inglés es muy bueno —comentó Remi.

—Estudiaba literatura norteamericana en Amiens. Tuve que dejarlo. Hubo... Tuve algunos problemas familiares.

—Lo sabemos —dijo Sam—. Lo sentimos mucho.

Louisa asintió con una sonrisa forzada.

—Han dicho que tienen una información referente a mi familia.

Sam y Remi se turnaron a la hora de explicar su teoría sobre Peletier, la bodega perdida y su relación con las cariátides. Remi sacó media docena de recortes de periódicos de su bolso y se los mostró a Louisa, quien les echó una ojeada.

—Leí sobre esto —dijo—. ¿Ustedes estuvieron involucrados?

Sam asintió.

—No me lo puedo creer. No tenía ni idea. Mis padres nunca dijeron nada.

—Estoy seguro de que no lo sabían. Aparte de Napoleón y Laurent, Peletier era la única otra persona que lo sabía, y guardó el secreto hasta su muerte. Ni siquiera él pudo contar toda la historia.

—Nadie lo habría creído.

—Casi nadie —puntualizó Remi con una sonrisa.

Louisa permaneció en silencio durante treinta segundos, y luego movió la cabeza en una muestra de asombro.

—Bien, gracias por contármelo. Es bonito saber que alguien de nuestra familia hizo algo importante, un tanto extraño, pero así y todo importante.

Sam y Remi cruzaron una mirada.

—Creo que no nos hemos explicado con bastante claridad —dijo Sam—. Falta encontrar algunas botellas.

Louisa los miró con los ojos bien abiertos.

—¿Ustedes creen...? ¿Aquí?

Sam sacó el móvil y buscó la imagen de la cigarra.

—¿Alguna vez ha visto este símbolo en alguna parte?

En respuesta, Louisa se levantó y fue hasta donde colgaban las ollas y las sartenes, sobre el fregadero. Cogió una sartén y la dejó en la mesa delante de Sam. En el mango había un pequeño sello. El mango era una varilla de acero, en cuyo extremo estaba el sello de la cigarra. Era idéntico al que habían encontrado en la cripta de Laurent.

—Mi padre lo encontró en el desván hace unos años —comentó Louisa—. No sabía para qué servía, así que lo utilizó para reparar la sartén.

—¿Aquí hay sótano? —preguntó Remi.

Si bien la investigación sobre el sargento Peletier les había permitido descubrir muchas sorpresas, también había desafiado una de sus suposiciones básicas: que Laurent se había encargado él solo de colocar las botellas en su escondite.

Después de haber pasado tanto tiempo dedicados a la investigación, habían comenzado a pensar como Laurent y Peletier, y solo tardaron quince minutos en encontrar lo que habían ido a buscar. En la esquina noroeste del sótano, debajo de una pared, junto a una bodega, encontraron una piedra con el sello de la cigarra. Como siempre, Sam se encargó de quitarla y Remi de buscar. Louisa estaba detrás de ellos con una linterna. Remi sacó la mano del agujero y se arrodilló.

—Siete —dijo.

—Oh, Dios mío... —Louisa suspiró. Remi se hizo a un lado para que la joven se arrodillase y lo viera por sí misma—. ¿Cuánto tiempo han estado aquí?

—Ciento noventa años, más o menos —respondió Sam.

—¿Qué pasará ahora?

—Louisa, es rica. —Remi sonrió—. Podrá pagar las hipotecas, volver a la universidad y vivir felizmente el resto de sus días.

Sam y Remi fueron hacia su coche agarrados de la mano.

—Encontramos once botellas de las doce —dijo Remi—. No está mal.

—Qué va. Piénsalo: estas botellas sobrevivieron a un viaje alrededor del mundo, la caída de Napoleón y dos guerras mundiales. Yo diría que es milagroso.

—Bien dicho. Así y todo, me siento un poco desilusionada.

—¿Por?

—El final de la aventura —dijo Remi, nostálgica.

—¿El final? Ni lo sueñes. El tesoro de Patty Cannon aún está allí, y todavía nos queda por revisar casi todo el pantano de Pocomoke.

Remi se echó a reír.

—¿Y después de eso?

—Después de eso, buscaremos un lugar en el mapa y ahí iremos.

Fin